
Gregorio Echeverría
Memoria gráfica

Gregorio Echeverría

Memoria gráfica

1846 / 1962



INTENDENCIA MUNICIPAL
DE
TIGRE

CORRESPONDE EXPTE. 4112-55332/12

TIGRE, 28 NOV 2012

VISTO:

La importante trayectoria cultural del escritor Don Gregorio Echeverría, radicado en Tigre desde hace 18 años, y,

CONSIDERANDO:

Que este Departamento Ejecutivo comparte en un todo la propuesta de la Unidad Administrativa Agencia Cultura Tigre de declarar dicha obra de Interés Municipal, atento los antecedentes obrantes a fs. 1/28 del expediente 4112-55332/12.

Por ello, el Intendente Municipal del Partido de Tigre en uso de sus atribuciones

D E C R E T A

ARTÍCULO 1.- Declárase de Interés Municipal la obra del escritor Gregorio Echeverría.

ARTÍCULO 2.- Refrende el presente Decreto el señor Secretario de Gobierno.

ARTÍCULO 3.- Dése al Registro Municipal de Normas. Publíquese en el Boletín Oficial de la Municipalidad de Tigre. Notifíquese y cúmplase por la Unidad Administrativa Agencia Cultura Tigre.

DGD
LRT
D3212
211112

Eduardo Cergnul
Secretario de Gobierno

Sergio Massa
Intendente Municipal

DECRETO Nº 1593

Gregorio Echeverría

Memoria gráfica

1846 / 1962



Llevas en la sangre algunas cosas buenas y otras muy malas. Dios sabe si podrás tú solo en la vida con toda esa carga. Ya verás que no basta con la inteligencia. De poco te servirá una buena cabeza si no miras por dónde caminas. Aunque llegues a ministro. Deberás aprender que no siempre dos y dos son cuatro. Así lo digas en inglés, anda. Y si en mala hora te diera por la poesía, que el Señor te ayude. Pepe siempre decía que de poetas y de locos todos tenemos un poco. Me da el cuerpo que sufres bastante de las dos cosas. Hazte cargo como puedas de tu poesía. Que si alguien se hace cargo de tu locura, hasta puede ser que le encontréis el gusto al pan y a la cebolla.

Macrina Iglesias de Vidal



A los que sustentaron esta trama.

A todos los tejedores de la urdimbre.

Ancestro

He derivado sin timón / descalzo magro
de vestimenta y biografía sobre una arena
paleolítica desembarco / crustáceos intensos
trituran mis costillas / un vendaval de arenques
castañetea mis molares / mellando los omóplatos
y el esternón me circunvalan caracoles
acorralado bajo un cielorraso sin estrellas
padezco cabe los pies rastros cuasi esbozados
escozor de redes en los húmeros hastiados
de paisaje sin gaviota (una muñeira seduce
mis insomnios con eclosión de gaitas) y piedra
transustanciada de altares paganos me enceguece
pescador impar —el ceño innumerable—
remendando con tripa de besugo tus mallones
cincelados sobre las corvas un menguante
y el signo de tu aldea.
Reconozco tu perfil —salobre escorzo de bronce
ennegrecido— y esa pipa de escayola / relámpagos
se hincan a sangre en mis ijares callándome
a concelebrar ensimismada comunión / bisabuelo
pescador —encanecida rama— roble fundacional
parido entre la urdimbre de los basaltos celtas
y el entramado de la mar gallega / hieráticas
—ya apaciguado el trémolo— mis quijadas
dando resuello a los resucitados huesos me acuclillo
presto a tejer mi propia barredera y relingar mis cabos.
Una gaviota afiebrando mi frente con la señal
del Ángel / exorciza todo lo gris y mis cangrejos. ▮

San Isidro, mayo de 1981



Bisabuelos; Manuela Pena Rodríguez (66) y Manuel Iglesias Piñeiro (68), año 1914.

¿Por qué?

Los presentes volúmenes de *Memoria gráfica* —tres en principio— intentarán recorrer la historia de varias familias que representan el tronco del cual provengo y las ramas que la vida me ha permitido echar.

El origen de este tronco, la familia Iglesias Pena, es para mí (lamentablemente) apenas una hermosa fotografía de galería, tomada en un estudio de Pontevedra en el año 1914. Dos pensamientos acuden a mí al decir esto. Primero la mirada serena de mis bisabuelos Manuela y Manuel, padres de abuela Macrina, madre de Victoria mi madre. Mis tres hijos —Guillermo, María Eugenia y Gustavo— son sus tataranietos. Y mis cinco nietos —Lautaro, Agustín, Tabaré, Felipe y Joaquina— son sus choznos.

Lo segundo, es el contraste entre esas dos miradas y la circunstancia en que vivían, a comienzos de la Primera Guerra Mundial, que habría de durar cuatro años o más de un siglo, según como pretendamos leer la Historia.

La documentación se basa en una buena parte de la correspondencia cursada y recibida a lo largo de mi vida. Más lo poco que he podido rescatar de mi familia materna y su entorno. Esta correspondencia está conformada por cartas manuscritas, telegramas, entradas de redes sociales y piezas de correo electrónico, estas últimas datadas a partir de 1992, año en que inicio mi aprendizaje con la primera PC (bravo, Max). Aunque los archivos rescatados parten del 2000. Una cantidad de cartas y de e-mails fueron excluidos dado su carácter trivial o en todo caso cuando se trataba de cuestiones de estricta privacidad.

Me pareció oportuno agregar algunos documentos que, como recortes de prensa, partidas de nacimiento, de matrimonio y de defunción, ayudan (supongo) a visualizar la trama parental. Aparecen asimismo visas y otros oficios consulares, dando cuenta de fechas y lugares que ubican a algunas personas en su espacio histórico. El mismo objeto cumplen tarjetas postales, recordatorios de ceremonias religiosas y obituarios.

Por otra parte se entrelazan en orden cronológico artículos periodísticos y algunas glosas —en general inéditas— soliloquios que me parece arman un aceptable contrapunto con la faceta coloquial del género epistolar. Incluso fotografías, que contribuyen a componer una imagen compleja que tiene bastante de mapa o de rompecabezas. El propósito es ofrecer una visión literaria lo más aproximada posible del autor de novelas, relatos y poemas, en su perspectiva más cercana y en su carnadura más tangible, esto es más humana. Detrás y por debajo de la ficción desea mostrarse el hombre, sin maquillajes, sin justificaciones y sin excusas. ▮

GE / Ricardo Rojas, agosto 2013.



Abuelo Andrés Vidal Castromán y abuela Macrina Iglesias Pena. Adelante, Victoria Elena, Secundina, Juanita y Josefina. Tomada alrededor de 1919.

Nació Macrina de bisabuelo Manuel Iglesias Piñeiro y bisabuela Manuela Pena Rodríguez. Y casó con Andrés Vidal, hijo de Ignacio Vidal y Josefa Castromán y tuvo numerosas hijas e hijos. Y fueron sus días veintinueve mil ciento cincuenta. Y nunca soltó la manija. Y a la hora de mostrar dijo para muestra basta un botón. Y entre todos los botones estaban los del uniforme de la foto. Y adentro del uniforme de la foto estaba Tito. Y con los años pudo haber llegado a estar Gregorio. ▮

[*Abuela Macrina*, fragmento].



Abuelo Gregorio Echeverría y abuela Josefa Militich. Rosario, circa 1934.

La circunferencia tiene un centro. Una elipse tiene dos polos. Que es como imaginar que el Sistema Solar contara con dos soles. Cada pareja de abuelos sería uno de esos soles. Un sol-luna acaso. Con dos soles-luna, la eclíptica tendría un equilibrio formidable. Dos soles-luna, mis cuatro abuelos. Pero no. No es mi caso al menos. Abuela Josefa y abuelo Gregorio empezaron a aparecer como hologramas en mi vida. Menos que hologramas, nombres apenas. Hasta los diez o doce años, fueron nada más "mis otros abuelos". Que se nombraban así, "tus otros abuelos", cuando era inevitable. Abuelo Gregorio era uruguayo. Tenía una hermana, a quien abuela Macrina llamaba con sorna "la Carne de Paloma".

Gregorio Beltrán mi padre, murió sin que llegara a conocerlo, al mes de nacer mi hijo mayor Guillermo. Unos meses después me encontraba por primera vez en mi vida con tía Sara, tío Guillermo y tío Ricardo. Tía Sara solterona. Tío Ricardo divorciado sin hijos. Y tío Guillermo, que en un intervalo de pocos años se casaría y moriría sin descendencia. Creo que fue por entonces que reflexioné acerca de ser el único vástago de ambas familias completas —los Vidal Iglesias y los Echeverría Militich— que se extinguían conmigo. A menos que. Ya habían nacido también María Eugenia y Gustavo. La última ramita tenía entonces tres brotes. ▮



Victoria Elena Vidal Iglesias y Gregorio Beltrán Echeverría Militich. Iglesia Santa Rosa, Rosario 1934.

§

La historia de mi familia es una historia de exilios y destierros. No es fácil desandar el camino del exilio. Menos cuando uno trae a cuestas la culpa de haber escrito algún libro. Porque afortunadamente las macanas siempre las hacen los otros. Yo argentino. O mejor todavía, yo rosarino. No tengo nada en contra de los escritores. Y no quiero hablar de los publicadores compulsivos. Aunque a veces pienso que son como esos asesinos seriales de las películas. Pero bueno, los editores y los libreros también tienen derecho a ganarse la vida. Mi bisabuelo materno[1] se exilió de la vida dejando un ropero lleno de frazadas quemadas con su maldito cigarro. Mi abuelo[2] huyó a un consulado en Bruselas para zafar de la batuta de mi abuela Macrina[3]. Quien se entretenía tejiendo al bolillo con el cordón umbilical de sus cinco hijos. Mi tío Manolo[4] prefirió poner mucha agua de por medio con las tijeras de su madre y se vino a Buenos Aires. Para terminar casado con una francesa, fíjense ustedes. Una francesa. Habiendo tantas mujeres buenas en el mundo. Mi tío Pepe[5] fue exiliado y además desertor. Se vino a América escapando de sus compromisos militares. Y lo bien que hizo, porque lo mandaban de cabeza a los quintos de África. En su momento mis padres[6] se exiliaron de la casa materna, también hartos de ataduras y controles. Yo mismo aguanté como pude la dictadura de mi abuela, la vigilancia del triunvirato de mi madre y mis dos tías mellizas[7] y la regencia de tío Pepe. A los quince años escapé de casa, con el pretexto de ir a estudiar ingeniería química en Santa Fe. Pero no fue ese mi primer exilio. Viví la infancia y la niñez exiliado en mundos maravillosos en los que no había tíos ni abuelas ni sopa de tapioca ni lecciones de piano ni trajes de primera comunión. Mis compinches de correrías eran Sandokan, el capitán Nemo, Jack London, Tom Sawyer y sir Lancelot. Pero no solo escapaba a la rigidez de la familia, sino al destino decretado por mi abuela, para quien un hombre sin uniforme no era más que un montón de huesos y pellejo. A los dos años me preguntaban qué vas a ser cuando seas grande. Cadete de la marina e ingeniero naval. Claro, lo más importante que había en el pueblo de mi abuela era una base naval. Y ella no podía concebir para mí otra forma de vida. Mi educación fue coherente en ese aspecto. A los tres años andaba por ahí con un trajecito marinero de brin blanco con vivos rojos y azules y cinturón con hebilla dorada. A los cuatro tuve un traje azul marino con gorra y guantes. A los cinco me dieron la opción de la Caballería y me llevaban a cabalgar en la calesita del barrio equipado con ropa de montar. A los siete fue un disfraz de cadete del colegio militar, con sable y todo. A los nueve el uniforme de marino, de pantalón largo y la cinta del gorro que decía Fragata 25 de Mayo. Si creen que miento, pueden visitar mi página web.

---

[1] Manuel Iglesias Piñeiro.
[2] Andrés Vidal Castromán.
[3] Macrina Iglesias Pena.
[4] Manuel Vidal Iglesias.
[5] José Vidal Iglesias.
[6] Gregorio Beltrán Echeverría Militich y Victoria Elena Vidal Iglesias.
[7] Josefina Vidal Iglesias y Juana Vidal Iglesias.

Finalmente tampoco fui ingeniero químico. Tal vez adiviné que las profesiones liberales no son a la larga tan liberales. Y arranqué con el diseño gráfico, que me permitió crear, volar, imaginar y soñar. Ya casado y con nuestros tres hijos santafesinos, la malaria de los 60 nos obligó a emigrar a la provincia de Buenos Aires en busca de mejor horizonte laboral. Los años 70 fueron de un destierro interior. En el '82 me exilié en Uruguay con nuestro hijo mayor[8], que aquel 2 de abril me dijo papá yo no quiero ir al sur. Tal vez por todo esto, cuando me preguntan dónde naciste, no sé qué contestar. ▮



Panorámicas de Marín, visto desde el Castro (Marín de arriba) circa 1920.



[8] Guillermo Echeverría Pastrana.

§



Marín (provincia de Pontevedra) España; alrededor de 1921. 1: Andrés Vidal Castromán. 2: Macrina Iglesias Pena. 3: Victoria Elena Vidal Iglesias. 4: Juana Vidal Iglesias. 5: Josefina Vidal Iglesias.

Nació Macrina de bisabuelo Manuel Iglesias Piñeiro y bisabuela Manuela Pena Rodríguez. Y casó con Andrés Vidal, hijo de Ignacio Vidal y Josefa Castromán y tuvo numerosas hijas e hijos. Y fueron sus días veintinueve mil ciento cincuenta. Y nunca soltó la manija. Y a la hora de mostrar dijo para muestra basta un botón. Y entre todos los botones estaban los del uniforme de la foto. Y adentro del uniforme de la foto estaba Tito. Y con los años pudo haber llegado a estar Gregorio. ▮

[GE; *Abuela Macrina*, fragmento].



La foto del uniforme. El Palomar de Rosario, con la negra Bujons, Victoria, María Herrán de Pelayo y Susana Pelayo.

§

Troya se ha convertido ya en el espectro de su pasada gloria. Entre las almenas y al pie de aquellas murallas han de perecer la juventud y la inocencia como antes perecieron otras inocencias y otras lozanías en las playas de Áulide del mar de los jonios o en la inmensidad agreste de Táuride allá en el fondo del Helesponto. Es que no es la espada de la justicia la que pesa sino la turbulenta guillotina del odio la que impera y la bandera del ensañamiento la que flamea en las picas y los mástiles que regresan victoriosos en medio de sus ayes y sus lutos. Ay de los vencedores y ay de los vencidos porque no se escucha a todo lo ancho del inmenso piélago sino el crujir de dientes y las imprecaciones de las viudas y los huérfanos. ▮

[GE; *Zapping*]

§

DON ANTONIO PAZOS MUÑOZ-ABOGADO, JUEZ MUNICIPAL DEL TÉRMINO DE MARÍN.

------- CERTIFICO: Que al folio treinta vuelto y siguiente del Tomo cuarenta y nueve de la sección segunda de este Registro Civil figura el acta de matrimonio que literalmente dice así=ANDRES VIDAL CASTROMAN Y MACRINA IGLESIAS PENA=En Marín siendo las diez de la mañana del día diez y nueve de Mayo de mil ochocientos noventa y cinco. Se procede a la inscripción del acta del matrimonio canónico que a la letra dice así=En la Iglesia de Marín a dieciocho de mayo de mil novecientos noventa y cinco. Hallándome yo el infrascripto D. Inocente Orge Pérez Srio. del Juzgado Municipal en la Iglesia parroquial de esta villa de Marín adonde me trasladé como Delegado nombrado por el Sr. Juez Municipal del término para asistir en cumplimiento de lo dispuesto en el art. setenta y siete del Código Civil á la celebración del matrimonio convenido entre Andrés Vidal Castromán y Macrina Iglesias Pena y en virtud de órden del propio Juez: DECLARO: Que á mi presencia ha procedido el Presbítero D. José Martinez Casal, cura propio de esta villa, á unir en matrimonio canónico á los referidos Andrés Vidal Castromán de edad veinticuatro años de estado soltero, natural de San Julián de Requeijo, vecino de esta villa, domiciliado en la misma de iden hijo legítimo de Ignacio Vidal, viudo, natural de San Julián de Requeijo y de Josefa Castromán, difunta, natural de San Julián de Requeijo y a Macrina Iglesias Pena de veintidos años, de estado soltera, natural de San Julián de Marín y vecina de iden domiciliada en el Tombo de iden, hija legítima de Manuel Iglesias, natural de San Julián de Marín, vecino de iden y de Manuela Pena, natural de San Julián de Marín vecina de iden habiendo asistido además á dicho acto los padres de los contrayentes y los testigos Vicente López é Ignacio Areosa mayores de edad y vecinos de esta villa=Y para que conste levanto la presente acta de inscripción del expresado matrimonio la cual será transcrita inmediatamente en la sección de matrimonios del Registro Civil del Juzgado Municipal a los efectos del art. 77 del Codigo Civil firmando los contrayentes y los testigos asistentes á dicho acto =Macrina Iglesias=Vicente López=Andrés Vidal=IgnacioAreosa=Inocente Orge Perez= El acta inscripta que antecede queda archivada en este Registro con la correspondiente nota bajo el Nº veintiocho=El Juez=Antonio Pazos=El Srio=Inocente Orge Perez. Concuerda con el acta original y para que conste á petición de parte interesada, expido la presente que sello y firmo en Marín a veintiuno de Junio de mil novecientos veinticuatro. ▮

26-5-24

F.3.037,075

DON ANTONIO PAZOS MUÑOZ, ABOGADO, JUEZ MUNICIPAL DEL TERMINO DE MARIN.

CERTIFICO: Que al folio treinta vuelto y siguiente del Tomo cuarenta y nueve de la sección segunda de este Registro Civil, figura el acta de matrimonio que literalmente dice así=NUMERO 28=ANDRES VIDAL CASTROMAN Y MACRINA IGLESIAS PENA=En Marin siendo las diez de la mañana del dia diez y nueve de Mayo de mil ochocientos noventa y cinco. Se procede á la inscripción del acta del matrimonio canonico que á la letra dice así=En la Iglesia de Marin á diez y ocho de Mayo de mil ochocientos noventa y cinco. Hallandome yo el infrascrito D. Inocente Orge Pérez Srio del Juzgado municipal en la Iglesia parroquial de esta villa de Marin á donde me trasladé como Delegado nombrado por el Sr. Juez municipal del término para asistir en cumplimiento de lo dispuesto en el art. setenta y siete del Codigo Civil á la celebración del matrimonio convenido entre Andres Vidal Castroman y Macrina Iglesias Pena y en virtud de órden del propio Juez: DECLARO: Que á mi presencia ha procedido el Presbitero D. José Martinez Casal, cura propio de esta villa á unir en matrimonio canonico á los referidos Andres Vidal Castroman de edad de veinticuatro años de estado soltero, natural de San Julian de Requeijo, vecino de esta villa, domiciliado en la misma de iden hijo legitimo de Ignacio Vidal, viudo, natural de San Julian de Requeijo y de Josefa Castroman, difunta, natural de San Julian de Requeijo y á Macrina Iglesias Pena de veintidos años, de estado soltera, natural de San

Acta de matrimonio de Andrés Vidal Castromán con Macrina Iglesias Pena, celebrado en Marín -España- el 19 de mayo de 1995, ante D. Inocente Orge Pérez, Secretario. del Juzgado Municipal

§

Poco antes de que Layo y Yocasta se casaran el oráculo de Delfos les advirtió de que el hijo que tuvieran llegaría a ser asesino de su padre y esposo de su madre. Layo tuvo miedo, y en cuanto nació Edipo, encargó a uno de sus súbditos que matara al niño, pero dicha persona no cumplió con la orden de matar a Edipo, solo perforó los pies del bebé y lo colgó con una correa de un árbol situado en el monte Citerón, faltando a su lealtad al rey Layo y también por el horror que le producía la orden que le habían dado. Forbas escuchó el llanto del bebé y lo recogió entregándoselo a Polibio. La esposa de Polibio, Peribea lo cuidó, dándole por nombre Edipo, que significa "el de los pies hinchados". ▮

[GE; *Zapping*]





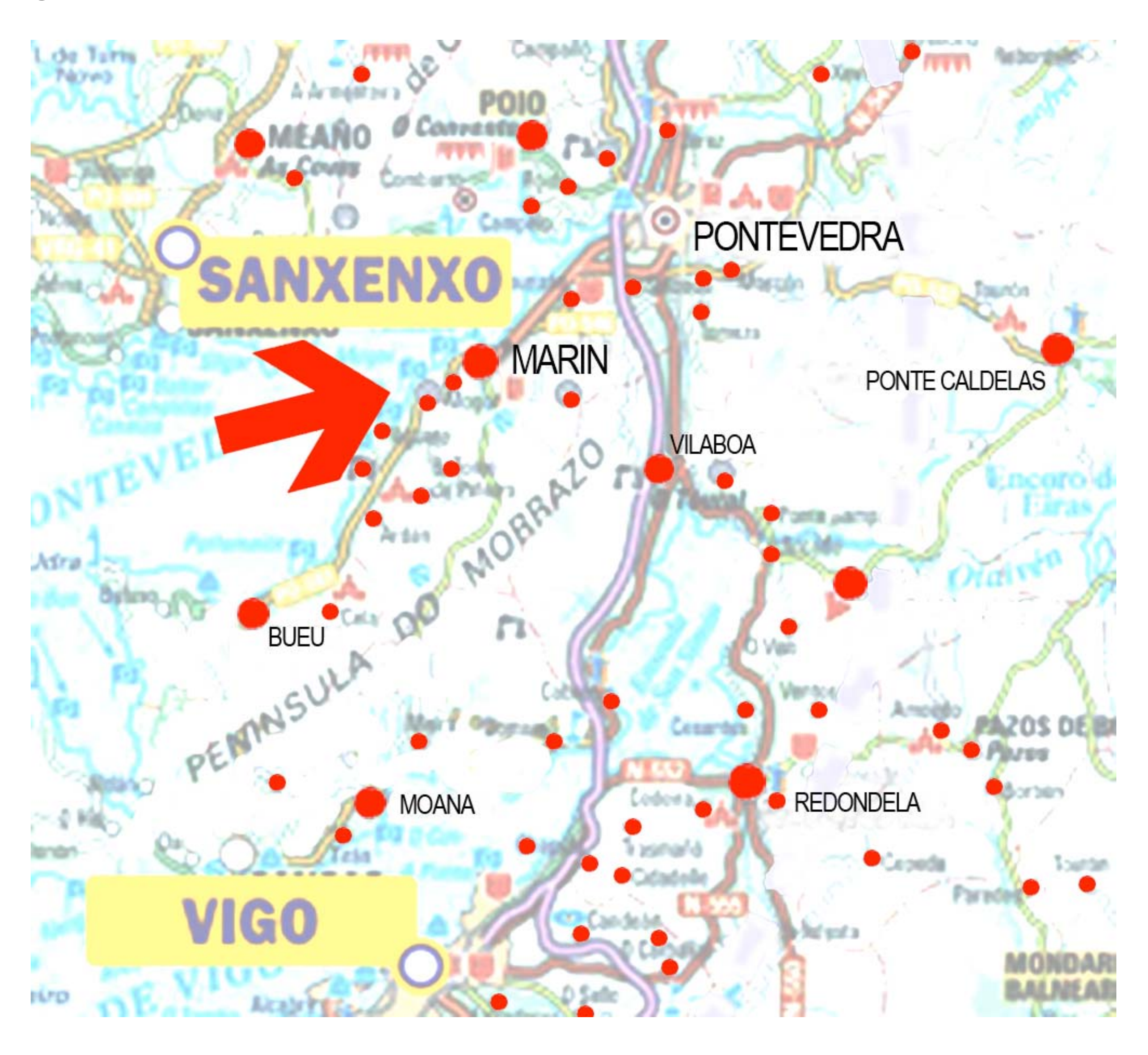
F.3.037,074 *

DON ANTONIO PAZOS MUÑOZ,ABOGADO,JUEZ MUNICIPAL DEL TERMINO DE MARIN.

CERTIFICO:Que al folio setenta vuelto y siguiente del Tomo sesenta y uno de la sección primera de este Registro Civil,figura el acta de nacimiento que literalmente dice asi="NUMERO 70=MANUEL VIDAL IGLESIAS=En Marin siendo las diez y media de la mañana del dia ocho de Marzo de mil ochocientos noventa y seis.Ante D. Justo Nobás y Gonzalez,Juez municipal del término y D. Inocente Orge Pérez,Srio,compareció Mañuel Iglesias Piñeiro,natural de San Julian de Marin,casado Albañil,mayor de cuarenta años y domiciliado en la misma calle ó lugar del Tombo solicitando se inscriba en el Registro Civil un niño y al efecto declaró=Que dicho niño nació en casa de sus padres el dia seis del corriente á las ocho de la noche=Que es hijo legitimo de Andres Vidal y Macrina Iglesias,naturales de San Julian,casados,mayores de edad y domiciliados en la misma calle ó lugar del Tombo=Que es nieto por la linea paterna de Ignacio Vidal y Josefa Castroman y por la linea materna de Manuel Iglesias y Manuel da Pena,naturales y vecinos de esta villa domiciliados en el Tombo=Y que á dicho niño se le puso el nombre de MANUEL=Fueron testigos Santiago López Acuña carpinetro y Benito Otero Losada,Albañil,naturales de esta villa,casados,mayores de edad y domiciliados en la misma=Leida ibtegramente esta acta é invitadas las personas que deben suscribirla á leerla por si mismos si lo creian conveniente se estampa en ella el sello del Juzgado municipal y la firmaron el Sr. Juez por el declarante Juan An-

Acta de nacimiento de Manuel Vidal Iglesias, Marín 8 de marzo de 1896.

§



Marín era, corriendo ya el cuarto final del siglo diecinueve, un puntito en el mapa de Galicia. Región dejada de la mano de Dios —según algunos— y apretada visión del Paraíso, según otros. Una aldea —villa— al sur de la ría de Pontevedra. Con el encanto propio de todos los pueblitos de la costa gallega. Yendo hacia el sur, la penúltima ría importante, antes de alcanzar la frontera portuguesa. Como la pequeñez (igual que la grandeza) no tiene límites, Marín reconocía y propiciaba dentro de sí —a su vez— dos porciones, dos mitades, que nadie se atrevería a asegurar si se complementaban o se excluían mutuamente. Marín de arriba, la zona más alejada del mar, la más alta, en la cual moraba la clase media y la administración, es decir alcaidía, iglesia, un juzgado de paz, un notario y el escaso comercio con el que se movían los lugareños. Todas las compras importantes se realizaban en Vigo. Y un Marín de abajo que congregaba la pequeña comunidad de pescadores, fileteadores, saladores, carpinteros y tejedores, en fin, los pobres que dependían para subsistir de la faena pesquera con sus múltiples especialidades.

El Tombo y la Lonja eran pues las barriadas pobres y bajas, miradas con benevolencia por alguno de los de arriba, con evidente menosprecio por casi todo el resto. Desniveles, cuestas y contracuestas, alguna vegetación y el aire salobre característico del litoral oceánico definían el aspecto geográfico de la villa. Los otros aspectos correspondían —sin aportar en ello inquina ni menoscabo— a las generales de una de las regiones más atrasadas y primitivas de la península (que fue siempre a su vez una de las más atrasadas de Europa). Una base naval de ubicación bien calculada —más tarde transformada en Escuela Naval Militar— era el punto de mira más relevante de una comunidad que, merced a esta fundación eventual, creyó por un momento sobresalir de las gradas en que la posicionaban las estadísticas, para instalarse en los palcos de privilegio de toda la provincia, si no de toda Galicia o de la España entera. El clima suele tratar por igual a los paisajes y a las personas. Así como los vientos erosionan la montaña y las alturas para terminar la ciclópea tarea en la redondez de los médanos y la suave planitud de las playas, lo mismo le sucede a las gentes. Tal vez ahí se encuentre la razón profunda de los desdenes y las subestimaciones. Ubicada en una suerte de mirador hacia el nuevo mundo, la comunidad costera jamás dejó de sentir el profundo influjo de los aires indianos. A la mayoría de los emigrantes les pareció, llegado el momento, mucho más natural cruzar el océano que atravesar su propio territorio. Decir América llegó a resultar, durante muchos años, más próximo que decir Barcelona, Bilbao o Jerez de la Frontera. Ese es el escenario que vio nacer, crecer y brillar a la famosa Macrina. Y mirándolo desde una vertiente metafórica, el que también la vio declinar y morir. Porque pocas vidas tan facetadas como las de mi abuela materna pudieron exponer en carne viva grandezas y miserias y —sobre todo— el fatal epílogo de aquella ecuménica fábula según la cual nunca segundas partes fueron buenas. Macrina era devota del género chico y es posible que en el Indiano de *Los Gavilanes* haya encontrado un espejo digno de lo que le hubiera gustado ser. Aunque le costara aceptar que cuando se copian los principios, suelen asimismo repetirse los finales. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



José Vidal en el primer grado. Colegio de la Inmaculada, Marín circa 1905.



Entorno de la familia Vidal Iglesias, Marín circa 1916/1918.

§

Lo de la claustrofobia vino mucho después. Por supuesto que el tema es el encierro. Gregorio suele dar demasiadas cosas por sobrentendidas. ¿No te vendrá por ahí la historieta del encierro, digo? Déjelo seguir, antes de la claustrofobia él hablaba de una abuela. Una, claro… la única que tuve. Vos una vez contaste lo de los cuatro abuelos y los ocho bisabuelos ¿te acordás? Y pienso en todo eso… Alicia detrás del espejo… la reina de corazones… la de tréboles… tréboles de cuatro hojas, de ocho hojas, de dieciseis hojas… entonces debo haber llegado a una generación más atrás… yo pude haber tenido dieciseis tatarabuelos, como casi todo el mundo… Tito no tuvo tatarabuelos.

Nació Macrina de bisabuelo Manuel Iglesias Piñeiro y de bisabuela Manuela Pena Rodríguez (apenas supe el nombre). Y casó con Andrés Vidal, hijo de Ignacio Vidal y Josefa Castromán y tuvo numerosas hijas e hijos. Y fueron sus días veintinueve mil ciento cincuenta. Y nunca soltó la manija. Y a la hora de mostrar dijo para muestra basta un botón. Y entre todos los botones estaban los del uniforme de la foto. Y adentro del uniforme de la foto estaba Tito. Y con los años pudo haber llegado a estar Gregorio. Con lo cual a partir del cuadrado hubiéramos generado el círculo perfecto. Y por lo menos tendríamos un almirante en la familia, lo cual es siempre tan necesario.

La foto en cuestión anda por ahí picada por las viruelas sepias del tiempo. En realidad recuerdo por lo menos dos fotos. En una Tito a los ¿cinco? años, en traje azul marino de pantalón largo. Chaqueta naval con botones de ancla dorados. Gorra de marinero en cuya banda negra se lee, en letra dorada, Fragata 25 de Mayo. En la otra Tito a los siete años en uniforme de cadete del Colegio Militar. Pantalones azules (largos) de vivo rojo, chaquetilla blanca con botones dorados, cinturón blanco y zapatos negros, gorra y sable. Guantes blancos.

Haciendo memoria —mucha bastante— retomo (él retoma) la cuenta regresiva. Bisabuelo Manolo. Traje oscuro. Sentado de frente, torso erguido. Bigotes manubrio ¿Puccini o es un estereotipo mentiroso que tengo metido andá a saber desde cuándo —desde dónde— sin saberlo ? Sin sombrero (o el sombrero sobre las rodillas). Abuelo Andrés de medio cuerpo, la mirada un tanto a lo lejos, perdida… en Bruselas… en las presumibles brumas de Brujas… en las grisuras otoñales de Gante. ¿Habrá tenido una historia de amor con la mujer del cónsul, como alguna vez dejaron entrever tía Nita y tía Fina en medio de risitas nerviosas? Los trajes con chaleco eran de rigor. Aunque fuera solamente para la foto. Porque si mal no recuerdo (qué puedo recordar) bisabuelo Manolo era carpintero… aunque una vieja copia del acta de matrimonio de abuela Macrina menciona un albañil… (¿bisabuelo Ignacio?) ¿Vamos a estar toda la mañana desempolvando fotografías? Bueno, siempre se quejan de que no interviene… que nos escucha a nosotros, como si tomara notas… Él alguna vez habló de bisabuelos pescadores. Habrá sido carpintero naval.

¿Qué vas a ser cuando seas grande, Titito? Cadete de la marina y después ingeniero naval. Antes, por supuesto, de que entre Grosso y Mitre y el doctor Ricardo Rojas y don Ricardo Levene lo convencieran de que fuera (yo) lo que tenía / tuviera / tuviese que ser. Poco o nada, hubiera acotado con toda la bronca tío Pepe, de haber vivido para verme abandonar la Facultad. Un merdeiro, un cacaseno atrevido y desagradecido, decretaría en su momento y de soslayo abuela Macrina.

No te vayas por las ramas. Gregorio siempre hace lo mismo. Habla y habla y nos engaña como esos charlatanes de feria que andan con los porotos y los cubiletes. Calla perrecho, que pareces un sacamuelas. *…tal cubrir y descubrir (esfuerzo ingenuo por quitar desquitar) como cubre y descubre el trujamán su cubilete y su moscada*. A mí me parece… no sé… que es una manera de esconderse… ¿A ver, cómo sería esto de hablar para esconderse? Borges dice en un cuento que Shakespeare se escondía detrás de sus palabras "que ciertamente eran copiosas y fantásticas." ¿Y usted qué piensa, Gregorio? Gregorio no sabe, no contesta. *Words, milord… only words*… ¿Quién dijo eso? Alguien por ahí atrás lo dijo. ¿También sos ventrílocuo, Gregorio? Por supuesto. Como también me las doy de sicólogo, según ella. Es que sabés tantas cosas…

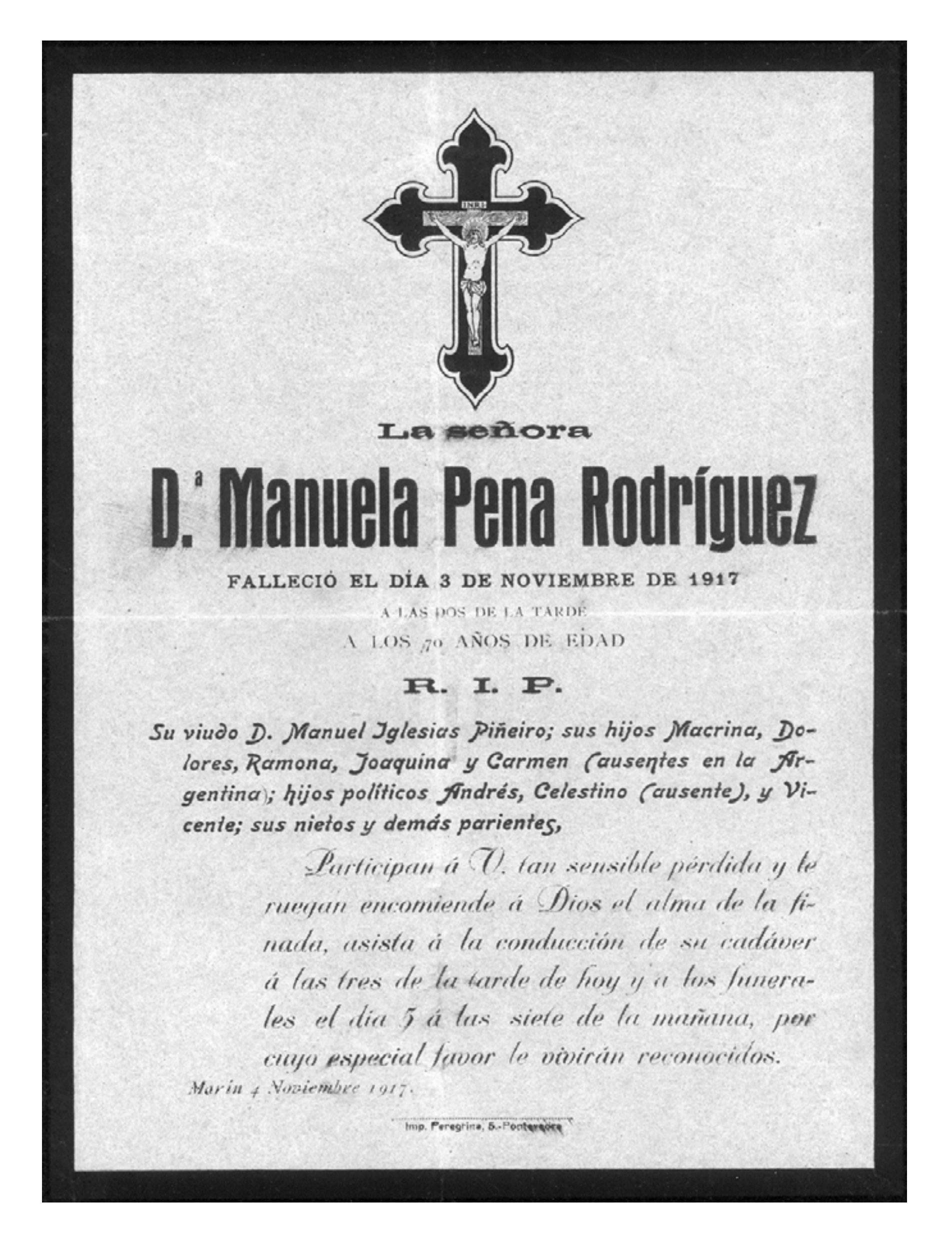
Sé muchas cosas que vos no sabés, abuelita. Fue aquella vez que Adolfo me había pasado lo de la cigüeña. Qué formidable sensación de poder, el secreto me otorgaba como el salvoconducto a la adultez. Esto lo defino ahora. Entonces era nada más que sentirme grande. Como los demás miembros de la familia. Pero lo bueno suele durar poco y aquel placer fue ciertamente breve. Ya mayor aprendí que esta es una regla general. Abuela se vino a la carga de inmediato. ¿Y cuáles son esas cosas que sabes, querido? Mi inexperiencia estaba bien lejos de la estrategia de la drosera, el nepentes o la venus atrapamoscas. Los años irían ampliando mi conocimiento de lo que pueden ocultar una mirada almibarada, unos labios de azúcar o la palabrita "querido". Y… cosas que yo sé y ustedes no saben. Pero íntimamente sentía que la gran victoria se iba reduciendo a una pequeña victoria y al final se me iba escurriendo por entre los dedos.

La mirada de abuela era calma. Aunque fija y sin pestañear no se le escapaba detalle. Pocas veces recuerdo haberla escuchado alzar la voz. ¿Para qué? En la familia bastaba con las miradas. Especialmente tío Pepe. Es decir, era como todos contra todos. El gimnasio (la arena del circo) era el comedor de diario. En la trastienda del negocio y ocupado casi por entero por una mesa de roble para doce comensales. Él se sentaba a la cabecera. Abuela Macrina en la cabecera opuesta. Tía Fina a su derecha. Al lado tía Nita, que venía a quedar así a la izquierda de tío Pepe. ¿Se entiende? Yo a la derecha de él y mamá a mi derecha. Difícilmente Tito abriera la boca durante los almuerzos. Salvo para pedir más agua o un pedazo de pan. Los niños hablan cuando mean las gallinas. Esta venía casi siempre del lado de las tías. Él en cambio me miraba. Si la cuestión era delicada, apoyado por un breve carraspeo. Tito miraba a mamá, porque no quedaban muchas otras posibilidades de hallar un aliado.

Y mamá —como hizo toda su vida— miraba a la abuela. Quien a su vez, con un clarísimo sentido de táctica militar, encaraba a tío Pepe en silencio, a través de un servicio de mesa impotente para detener aquella mirada suavemente dura. ¿Cuándo piensas cambiarte esa camisa, Pepe? Parece mentira. Lo que era el finado Manolo y lo que eres tú. Nunca pude sostenerle la mirada. Menos en esa circunstancia, con un secreto terrible cargado sobre mis espaldas como una joroba. Una culpa tan gravosa como el fardo de tela que el turquito cargaba sin esfuerzo al hombro, con su canasta y su bicicleta y su chevallier.

¿A ver cuáles son esas cosas, Titito? Persistente, segura de su influencia, del absoluto ascendiente. Cosas. Cosas… que ustedes no saben… Tito carecía ciertamente de agudeza. Hasta para decir la verdad… cuanto más para mentir… Pero tú eres muy chiquito para saber cosas que no sepan los mayores. La lógica de abuela Macrina era demoledora. Estarás confundido. Podría haber sido campeona de ajedrez. Y Adolfo me había hecho jurar. Sabía que el hilo siempre se corta por lo más delgado. La abuela te preparó arroz con leche… como a ti te gusta, bien dulce y con mucha canela… ¿cómo no le vas a contar a ella un secreto…?

[GE; *Abuela Macrina*]



La señora

D.ª Manuela Pena Rodríguez

FALLECIÓ EL DÍA 3 DE NOVIEMBRE DE 1917

A LAS DOS DE LA TARDE

A LOS 70 AÑOS DE EDAD

R. I. P.

Su viudo D. Manuel Iglesias Piñeiro; sus hijos Macrina, Dolores, Ramona, Joaquina y Carmen (ausentes en la Argentina); hijos políticos Andrés, Celestino (ausente), y Vicente; sus nietos y demás parientes,

Participan á V. tan sensible pérdida y le ruegan encomiende á Dios el alma de la finada, asista á la conducción de su cadáver á las tres de la tarde de hoy y á los funerales el día 5 á las siete de la mañana, por cuyo especial favor le vivirán reconocidos.

Marín 4 Noviembre 1917.

Imp. Peregrina, 5.-Pontevedra

Obituario de mi bisabuela Manuela Pena Rodríguez, la madre de abuela Macrina. 3 de noviembre de 1917.

Y un día no estuvo más. Encontramos a papá llorando en silencio y la mirada perdida. Esa misma tarde llegó una mujer del pueblo con cinco vestiditos negros. Nos miró con pena y se puso a peinarnos. En la cabeza también nos ató unos moños de seda negra. Nunca supimos qué había pasado. Ni papá dijo una palabra sobre el asunto. Solo dirigiéndose a mí: Macrinita, tú eres la mayor, cuida a tus hermanas. Todo siguió en aquella casa del mismo modo. Sin una palabra. Sin un gesto. De tarde en tarde mi padre se acercaba, me abrazaba y con aire triste me decía gracias. ▮

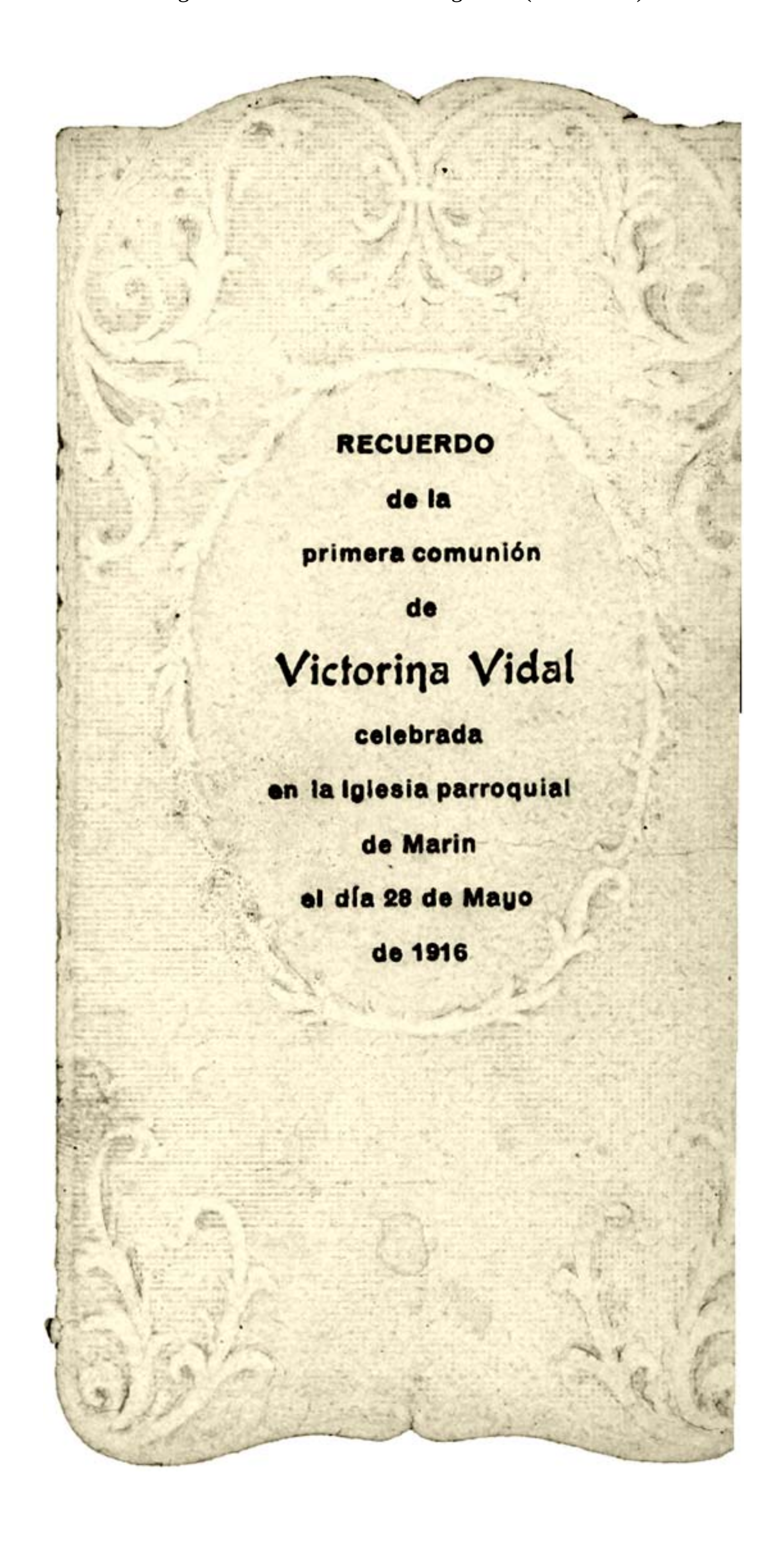
[GE / *Doble réquiem para Macrina*]







Izquierda: Tía Nita y tía Fina. Derecha: tía Nita, mi madre y tía Fina. Abajo: Colegio de la Inmaculada Concepción: tía Nita y tía Fina.


RECUERDO

de la

primera comunión

de

Victorina Vidal

celebrada

en la Iglesia parroquial

de Marin

el día 28 de Mayo

de 1916



El dorso de esta fotografía dice solo “Familia de Vidal”. Juanita y Josefina con su ¿padrino?, Andrés Vidal Castromán (mi abuelo materno), Victoria y Macrina Iglesias de Vidal. Marín, circa 1918.





Izquierda: Victoria Vidal, circa 1918. Centro: La misma, circa 1924, de luto por su padre. Derecha: Victoria recién llegados a Buenos Aires, circa 1928/1929. Abajo: Macrina circa 1918 con sus tres hijas, Josefina, Juanita y Victoria

§

Vamos, niñas, a moverse. Mañana vuelve vuestro padre. Tenemos dos huéspedes que llegaron anoche. Victoria, tú puedes ayudar a Nita y a Fina con el peinado. El ama os ayudará con los cuartos. Buscar a Pepe, que venga a bañarse. Va a ser toda la vida el mismo roñoso este chico. Es lo primero que me echará en cara el padre.

¡Ay mamá! Hay días que no se da pie con bola en esta casa. Ya son casi las once y aún no están hechas las compras. Secundina debe estar terminando con la plancha. Falta repasar la ropa de cama. Que vaya Petra[9] hasta el Tombo a traer algo de pescado. No a la Quisquiza, que esa os mete gato por liebre. Yo no tengo tiempo hoy. Mirarle las agallas, que en eso el pescado no engaña. Llevarle de pasada alguna ropa a la Xacomeredes para el crío. Estas barraganas solo saben darle a la lengua y a la crica. Después que se los apañe Dios. Y el primer chambricas que las mantenga. Cuántas veces le tengo dicho a Manolo que abra el ojo. Con tanta buscona suelta nunca se sabe. Buena falta hace aquí vuestro padre. Pero él no está para estas cosas. Marín le queda chico al señor y se nos ha embarcado para Flandes. Mala cagadera le diera con esto del consulado. Mira que dejar así un hogar con cinco críos para probar fortuna en el servicio exterior, vaya por Dios. Yo a amañarme, con el hotel, con las niñas que ya están grandecitas, con este gandul que no sé si le caen mejor los refajos o las bragas. Y el otro que a los dieciseis ya anda de copas y de putas. Virgen santa. Todo el día detrás del servicio. La limpieza de los cuartos. La ropa de los huéspedes. Los gastos del mercado. El colegio de las niñas. Los rezos de la mañana. Las letanías antes de acostarse. Controlar a las lavanderas que traigan la ropa bien blanca y que no se mezcle la de la casa con la de los huéspedes. La lejía para los pisos. La cera para los cuartos. Las flores para el comedor. Esconderle los cigarros a papá. No hay ropa de cama que le dure, todas las frazadas quemadas. Vaya por Dios. Mañana viene Nieves con María Teresa a tomar el té con nosotras. No se hace a la idea de su viudez la pobre. Al menos que esta chica crezca un poco y encuentre un buen partido. Los oficiales de la Base siempre le echan el ojo a las niñas casaderas. Claro que también a las otras, vamos. Se sabe cómo son los hombres. Hombres y basta. Buena la hiciste, Macrina. Joven, cargada de hijos y peor que si estuvieras viuda. Buena la hizo mi padre con este matrimonio, Dios me perdone. Que una no es de madera, vamos. Sin ir más lejos, el marino que se despidió el viernes. ¡Qué ojazos, Virgen santa! Y qué modales.

¿Ahí recién aparece Egisto en escena, abuelita? Señora Macrina, esta casa es una tacita de plata. Pena que no esté su esposo de usted para disfrutarla. Pues sabrá usted lo que son los compromisos diplomáticos, capitán. Que va señora, no me honre usted ni confunda mis galones. Teniente con una larga carrera por delante antes de alcanzar la capitanía. Dios lo va a ayudar. Dios le oiga, querida señora, Dios le oiga.

9 Patrocinio Arias, a la que visitaremos en Montevideo en1947, ya casada y con familia.

¡Qué ojazos, Virgen querida! Tú Secundina, recuérdame de invitar para el domingo a las monjas. La semana entrante es el cumpleaños de sor Felisa. Mañana llega Andrés, con tres semanas de licencia por lo menos. Aprovecharemos para ir a Vigo y a Ferrol. Veré de traer quién entienda del oficio a reponer las mayólicas en los cuartos de baño de la planta alta. El fontanero ha dejado eso hecho un estropicio. Anda, Secundina, echa una mirada a las niñas. Ya Victorica está entrando en edad de cuidarla. Solo me faltaría que empiecen a ponerse de palique con los huéspedes. Ay, señor, Ifigenia y Electra tan jóvenes aún y el padre siempre lejos. Bastante guerra tuvimos con Andrés por esta bendita historia del hotel. Pero al que no quiere caldo ¡siete tazas! Menos me gusta a mí todo este jaleo de secretarias y supernumerarias flamencas. De seguro anda por ahí más de una francesa. Estos protestantes no tienen moral. No son más que labeantas pintarrajeadas a la pesca de marido ajeno. Tengo que bajar uno de estos días al Tombo para ver la nueva barca de Vicente. Joaquina piensa que es desprecio, pero qué va. La pobre lo ve todo fácil, pero no sale de las cuatro paredes de su casa. Siempre fue delicada de salud. No se ha cuidado el pecho estos últimos inviernos y ya se sabe lo que es el frío húmedo. La ría es para organismos y temperamentos fuertes.

Ale, Macrina. Media jornada y el pescado sin vender. Quién me diera la pasta de Carmen. Esa sí que no pierde el sueño ni el apetito por tonteras. Echará barriga, encontrará marido, se llenará de críos y será feliz. La finada mamá la tenía bien calada de chiquita. En cambio papá se llena la boca con su Carmencita. Buena me las vería si mi casa y el hotel llegaran a depender de semejante poltrona. No me hagáis hablar, que bastante jaleo tengo con la llegada de Andrés. Como si viniera a pasar revista el mismísimo Alfonso, virgen santísima. Tiene un ojo que nomás es poner los pies en casa y empezar con sus impertinencias. Que si esto huele a hospital, Macrina. Que quita del medio tantos crucifijos. Dios me perdone, cada viaje vuelve más hereje. Razón tiene la pobre sor Felisa, estos hombres son el peor impedimento en el camino al Señor.

No olvides traer unos velones, Petra. Si no hacen falta en el comedor, le pondrás uno por día al Cristo de Limpias. Mueve el trasero, mujer, que el tiempo corre. Ya tenemos encima el mediodía. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



Vicente Iglesias Pumer con su segunda esposa Manuela Rosales rodeado de parientes de ambas familias, los Iglesias Pena y los Pumer. Arriba José Vidal Iglesias. de sombrero. En el Tombo, María circa 1918.



José Vidal Iglesias con un grupo de primas, en el Tombo. Marín circa 1918.

§

Carta a punto de zarpar

Ya sé que estarás pensando qué le dio a este tío. Nunca fui bueno para estas cuestiones epistolares, anda. Menos cuando uno la pasa escondiendo la cabeza para que nadie se dé cuenta que estás a punto de largar los mocos. ¿Qué por qué? Pues por la porra, hombre. Pero me da el cuerpo que la cosa empezó con aquella citación. Mensajero para entregar en mano a un servidor, vale. Con sellos y fajas y toda la prosopopeya. Que venía de campanillas la cosa, sí. De la Excma. Comisión de Reclutamiento para Quintos. Primera Comandancia de Cuerpos Africanos. Secretaría de Intendencia. Calle de las Carmelitas 5. Ceuta. España. Vistas y a partir de la fecha y en el término perentorio de 72 horas sírvase presentarse provisto de su documento de identidad. Que ha tenido Usted el honor. Que los gloriosos cuerpos. Que la flor y nata de nuestra juventud. Con la debida sujeción a las obligaciones que dicta la Ley de Movilización emanada de la autoridad militar. Bajo apercibimiento de auto de prisión atenido a las penas previstas en el Código de Justicia Militar artículos 468, 514 y 692 bis: "… de seis a once años más accesorias de deserción (art.514 inc.f) llegando a la máxima de detención por tiempo indeterminado (art.692 inc.c) o ejecución sumaria si concurrieran las agravantes de *casus belii* establecidas en las ordenanzas que regulan la materia)". Como lo estás leyendo, hombre. Que no he puesto ni quitado una coma. Te puedes figurar que en estas cinco semanas llevo leído la maldita cédula docenas de veces. Qué digo docenas, cientos. Conque no te resulte extraño que pueda citarla de corrido sin pasarme un pelo. Nunca fui listo con el estudio, ya lo sabes. Según mamá (la pobre no disimuló nunca su aflicción al verme tan poca cosa) ni un rastro del talento de mi padre. Pensar hijo que tu padre ha cosechado cuanta distinción se te ocurra en Servicio Exterior. Que se codea con lo mejor de la Cancillería. Que los cónsules en una docena de países se pelean por su colaboración. Y tú que no han podido contigo ni las monjas de la Inmaculada ni los benedictinos de San Tarsicio de Redondela. No sé si aciertas a dibujar una o con el contorno de un pocillo. Y mira que no es falta de dedicación de tus hermanas. Las pobres pierden el sueño y el apetito por desasnarte pero ni por esas. Carillas y carillas de palotes y mejor los hiciera un gorrino si le pones un lápiz en el hocico, Dios me perdone. Bueno, ya la conoces a mamá. Y lo malo es que le sobra razón, eso ni hablar. No es que de cualquier manera me atreviera a contradecirla, eso no. Pero teniendo como tiene toda la razón, en buen jaleo me metería si abro el pico. Más te valiera un poco más de seso y menos labia, hijo. Turbio veo tu porvenir si de una carrera decente se trata. Vas a terminar detrás de un mostrador. Y metido de seguro con malas compañías, Dios me perdone. Es que ni sé a quién sales. Tu padre ya sabes lo que es. Tu madre ya oyes tú los comentarios de los oficiales de la Base. Tus hermanas no digo yo que sean unas emi´-nencias, pero te dan diez vueltas, hijo. Y tu hermano Manolo, no me hagas hablar que las comparaciones siempre son odiosas. Es que ni siquiera te vales para trabajos pesados. No digo ya de usar la cabeza. Pero al menos fueras capaz de burrear una jornada corrida en las canteras o en el puerto. Qué va, hombre. Quién te viera detrás de un arado. Quién te imaginara hombreando bolsas. ¿Te ves acaso amontonando gavillas en la

era? ¿O hachando leña? Bueno, tú sabes que para ciertas cosas hay que nacer. Y yo no he nacido para esos menesteres, qué quieres que te diga. Otra cosa si le das unas vueltas a la victrola y me pones unos buenos discos de pasta. De la Amparito Vélez. O de la Lola Flores. Qué digo vamos. Unos chotis de la Trini. Unas bulerías del Niño de Utrera. De pensarlo ya se me van las palmas. Y no me tengo con el meneo. Aunque todo esto era antes de la maldita cédula. Hazte cargo del vuelco que habrá dado mi vida, que en estos cuarenta días ni a misa. Qué te digo a misa. Ni a lo de Barrabás ni a lo de la Pili. No he probado un cuartillo. No he jugado una perra chica. No he tocado una baraja. No puse las manos en un taco de billar. En cuanto la leí se la pasé a mamá, naturalmente. Creí que le daba el soponcio, no exagero. Y qué hacemos madre. Cómo qué hacemos, perdulario. Bueno estás para cargar avíos militares, hombre. Ni para ayudante de cocina, hijito. Ni para eso vales. Y en África para más. Con lo que se dice de aquellos regimientos. Peores que la Legión. Son destacamentos de castigo. Allí van a parar los malvivientes, los viciosos, los bebedores, los pendencieros. Si pones los pies allá, no doy un céntimo por ti, niño. Viven como animales. Metidos entre cabras y rifeños que no respetan ni el nombre de Dios. Ni conocen quiénes son sus padres ni qué cosa es la religión y el pudor. Bueno, ya imaginas la cuestión. Pensé al principio que exageraba. Pero urgía tomar alguna decisión. Lo primero salir de casa, ni qué hablar. Es adonde primero vendrán a buscarte. Conque a juntar una poca ropa en un bolso de viaje y a marchar. Tío Vicente[10] tiene una pequeña finca subiendo hacia Cesures, recuerdas. Es una tierra hosca y despoblada. Unos establos, unos corrales y medio centenar de animales. Pasan los meses y no ves un alma. El viejo Zacarías se ocupa de todo aquello. Si no te conoce no le sacarás palabra. Ni los buenos días. Tío Vicente me llevó una noche y al amanecer ya estaba instalado y Zacarías al tanto de la historia. Mamá mandaba dos veces por semana una cesta con menudencias y un recado breve. Habíamos acordado no referirnos directamente al asunto. A Dios gracias esperamos una buena temporada. Esto significa que no han aparecido uniformes por el pueblo. Temo que el buen tiempo no nos dure mucho. Esto era para abrir los ojos. Soldados o tricornios de la Guardia Civil rondando. Así fueron pasando los días. De todos modos, lo necesario ya estaba dicho. América. Tu hermano está en Buenos Aires. Contarás con el pasaje y unos duros cuando llegue el momento. Allá no te faltará nada. Hasta puedes encontrar un buen trabajo. Manolo habrá hecho algunas amistades. Y dejarás pasar el tiempo. Cuando soplen otros vientos te vuelves. Un oficial de confianza me ha dicho que las listas no se guardan por más de cinco años. Conque así son las cosas, Ignacio. No estoy escapando de ti. Ni se te dé por pensarlo. Pero no tengo coraje para vivir huyendo o escondido. Una cosa es ocultar lo nuestro y otra bien distinta andar desconfiando hasta de tu sombra. Quedar es ir a prisión, a la corta o a la larga. O peor, ir finalmente a Marruecos o a Ceuta con una condena gorda y Dios sabe cuántos agravantes y recargos. No saldría vivo, lo sé. Me marean la sangre y las maldades. Cada noche desde la llegada de esa carta he pensado en África. Qué digo pensar, soñar. Soñar con tal nitidez y tales detalles que he despertado más de una noche gritando o con la garganta cerrada por el terror. Castigado, torturado,

[10] Vicente Iglesias Pumar, casado con Joaquina Iglesias Pena.

violado por aquellos cafres. Carnes de patíbulo a quienes no importa un recargo más o menos. Porque han ido para morir allí. Y morir por morir poco les importa el cuándo y el cómo. No soporto la idea de tanta humillación, de tanta vergüenza. No sé usar los puños, qué quieres. En la vida puse mis manos sobre un arma. Mi peor castigo es este sonrojo espantoso que me traiciona sin remedio. Y el llanto que se me escapa sin poderlo evitar. Hasta creo que mamá y mis hermanas vivirán más conformes. Por lo menos más tranquilas. Sin verse obligadas a diario a defender algo que ni siquiera comprenden. Saben de lo nuestro. No me preguntes cómo pero lo saben. No se han atrevido a preguntar. Pero les noto la inquietud en la mirada. Adivino las reconvenciones y los porqués. No hablarlo es terrible. Pero hablarlo siento que sería mil veces peor. Abordar la cuestión les daría pie para toda clase de súplicas y exigencias. Ya conoces a mamá. Es inflexible en sus convicciones. Prefiere a sus hijos muertos antes que deshonrados. Tú me olvidarás con el tiempo. Tal vez yo también te olvide. O seremos uno en el otro un recuerdo que no lastime. Una imagen que ya no nos hiera. Acodado contra la litera del barco, garabateando esta despedida pienso. Pienso en tantos capullos que nunca llegarán a más que eso. Capullos. Flores abortadas antes de desbordar en perfume. Aún el odio es un capullo. El del amor puedo abrigarlo en mi alma. Pero el del odio me mataría. Por eso —entre otros motivos— estoy como escapando. Para distanciarme del rencor que me ahoga al recordar. A mamá, preguntándole al oficial aquel de confianza, en voz tan queda, si estaba bien seguro de que aquella carta llegaría a mis manos. ▮


[Atribuida a José Vidal, Marín circa 1918]



Secundina Rodríguez, Joaquina y Macrina Iglesias Pena; Vicente y Jesús Iglesias Iglesias.



Tía Nita y tía Fina para su Primera Comunión, Colegio de la Inmaculada, Marín, circa 1919.



Secundina Rodríguez, Vicente Iglesias Pumar, Macrina Iglesias de Vidal, Vicente y Jesús Iglesias Iglesias. Marín circa 1920. El tío Vicente al cual se refiere la carta. Viudo a posteriori y a su tiempo casado en segundas nupcias con Manuela Rosales Lubian.

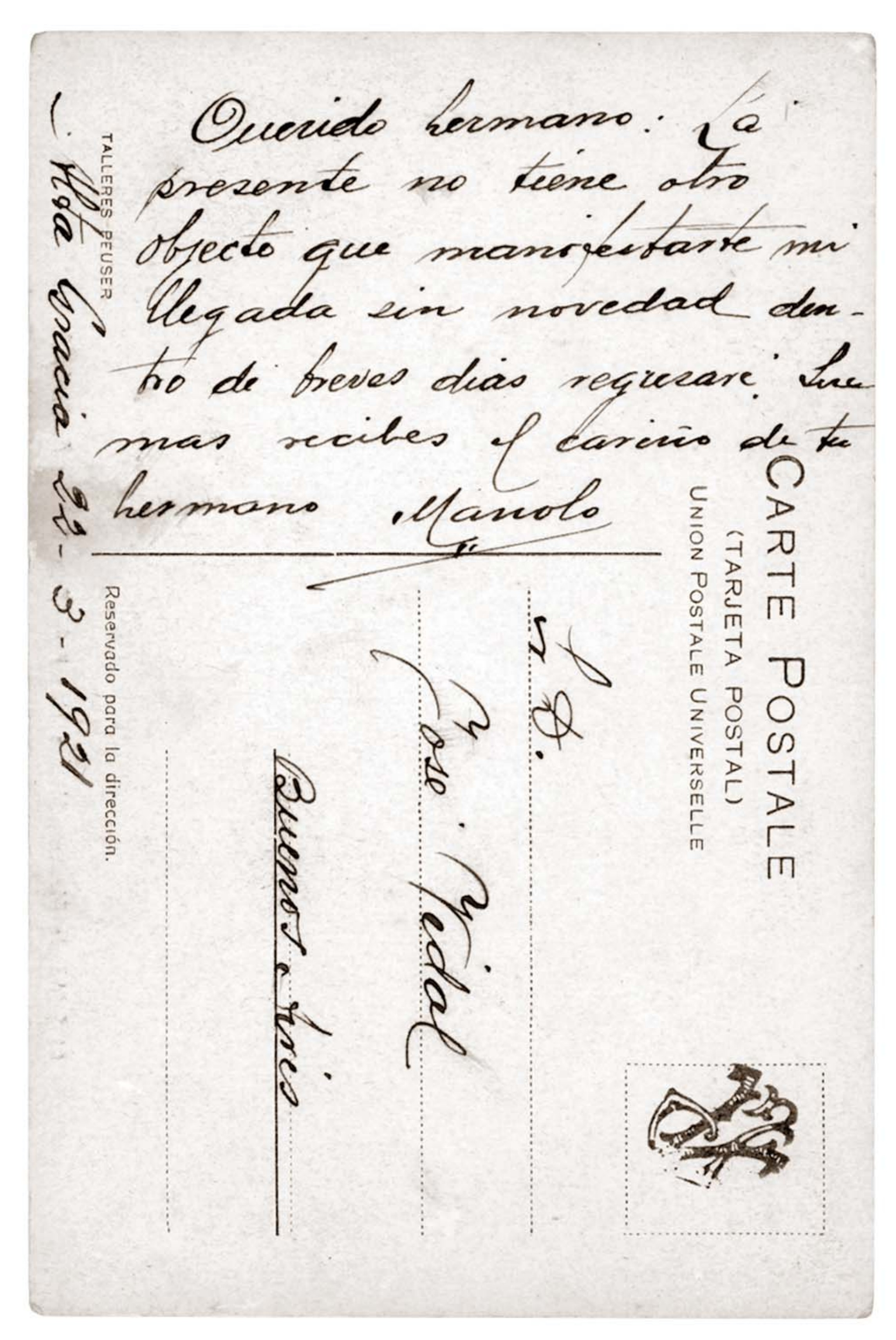
§

Escasa comprensión pudo tener abuela Macrina —o quizás demasiada— acerca de las rutinas y fatigas del dichoso consulado en tanto la ausencia del esposo le dejaba el campo libre al ejercicio de sus dotes de ilustre matrona al frente del hotel para marinos del cual habría de surgir oportunamente el escudo de armas de la familia. Aquello de su casa es una tacita de plata, señora mía, que ella refregaría por la narices a la mediocracia de Marín de arriba y al pobrerío de Marín de abajo cuantas veces le dieran ocasión y en pro del cual regresaría a su pueblo muchos años después de los dramas de Áulide y Táuride e incluso saneada ya y sujeta a evicción la ciudadela de los hugonotes en las lejanas brumas de Flandes, atorrantas y mademoiselles incluidas, si no atornilladas desnudas contra un pizarrón y condenadas a las caricias del fuego como hubiera sido su deseo, al menos al estigma de pericas despechugadas y desvergonzadas a la pesca vitalicia de hombres y maridos ajenos. ■

[GE; *Zapping*]



"Huerta Grande. Reponiendo las fuerzas para seguir viaje." María Abadía, Manuel Vidal Iglesias y ¿Seoane?
Córdoba, circa 1921.



Querido hermano: La presente no tiene otro objecto que manifestarte mi llegada sin novedad dentro de breves días regresaré. Sin mas recibes el cariño de tu hermano Manolo

Alta Gracia 22-3-1921

TALLERES PEUSER

CARTE POSTALE
(TARJETA POSTAL)
UNION POSTALE UNIVERSELLE

Reservado para la dirección.

S. D.
José Vidal
Buenos Aires

Postal de Manuel Vidal Iglesias, Alta Gracia 22 de marzo de 1921. A su hermano José Vidal Iglesias, radicado en Buenos Aires mientras se tramitaba su situación militar.



Manuel Vidal Iglesias y su esposa María Abadía, por la época de su matrimonio, circa 1922.



Casamiento de Manuel Vidal Iglesias y María Abadía, Buenos Aires 1922.







Izquierda: Manuel Vidal y ¿sus suegros? Derecha: José Vidal y su compadre Seoane. Abajo: Manuel Vidal con su hijita Elena Margarita, su suegra, Seoane y José Vidal.





Arriba: Seoane, tío Manolo, suegra con Elena Margarita y tío Pepe. Buenos Aires 1923.



Manuel Vidal, Seoane y José Vidal, Buenos Aires circa 1923.



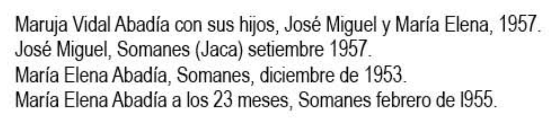
Foto de Elena Margarita, enviada por tío Manolo a abuela Macrina, Buenos Aires 21 de mayo de 1923.





Arriba: María Antonia (Maruja) y Elena Margarita Vidal Abadía, circa 1947. Abajo: Josefina y Juanita Vidal Iglesias, circa 1949. Sobtinas y tías respectivamente, en línea de sangre.




Maruja Vidal Abadía con sus hijos, José Miguel y María Elena, 1957.
José Miguel, Somanes (Jaca) setiembre 1957.
María Elena Abadía, Somanes, diciembre de 1953.
María Elena Abadía a los 23 meses, Somanes febrero de I955.



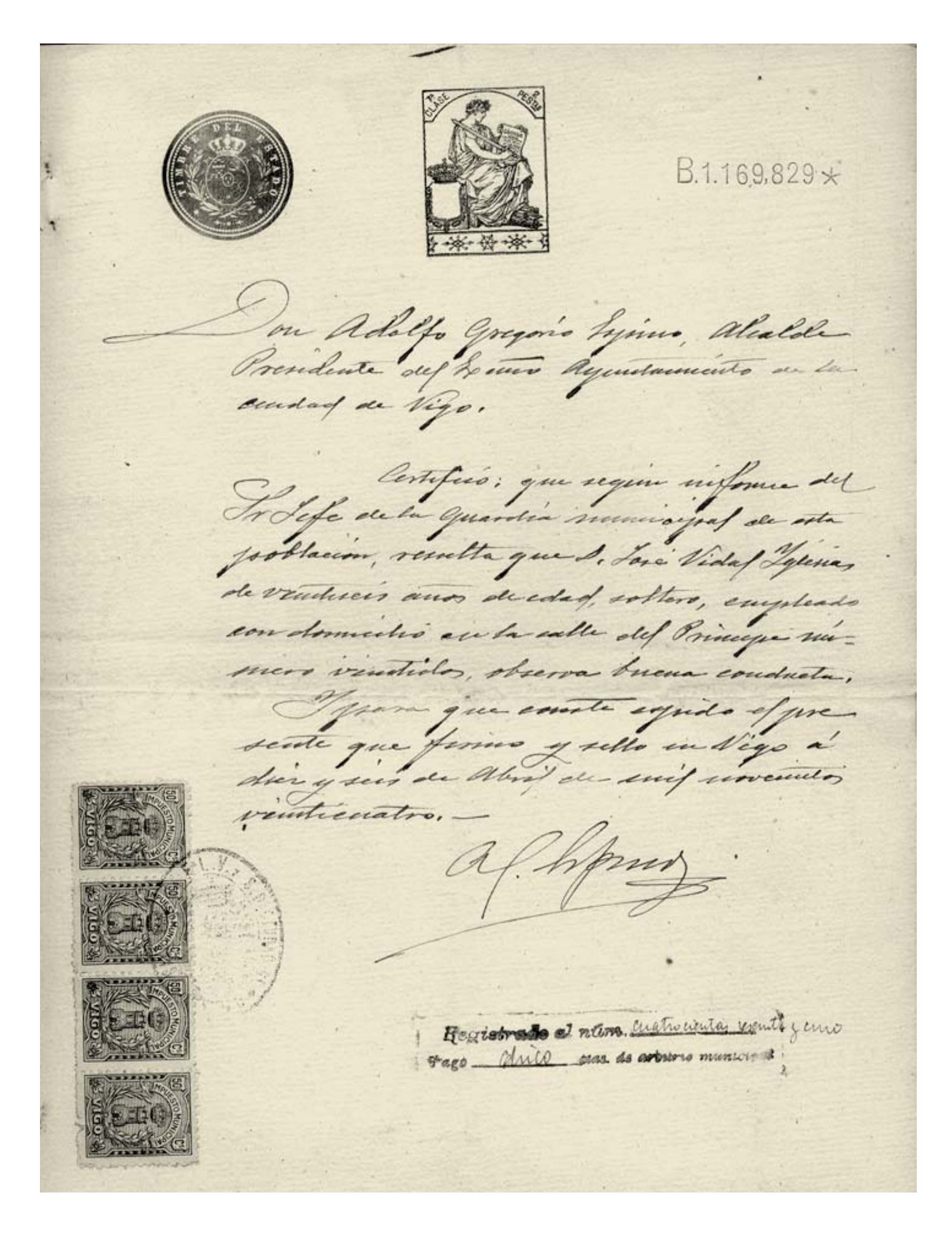




El habitat de Maruja y su familia, en pleno corazón del Pirineo aragonés, provincia de Huesca.



María Abadía -la nuera frabcesa de abuela Macrina- con su hija Elena Margarita Vidal. Probablemente tomada en Olorón, circa 1947, poco tiempo después de la boda de Elena Margarita con Juan.


TIMBRE DEL ESTADO

B.1.169.829 *

Don Adolfo Gregorio Espino, Alcalde Presidente del Excmo Ayuntamiento de la ciudad de Vigo.

Certifico: que según informe del Sr Jefe de la Guardia municipal de esta población, resulta que D. José Vidal Iglesias de veintiséis años de edad, soltero, empleado con domicilio en la calle del Príncipe número veintidós, observa buena conducta.

Y para que conste expido el presente que firmo y sello en Vigo á diez y seis de Abril de mil novecientos veinticuatro.—

A. G. Espino

VIGO IMPUESTO MUNICIPAL 50 Cts.

Registrado al núm. cuatrocientos veinte y cinco

Pago único tas. de arbitrio municipal

Certificado de buena conducta de José Vidal Iglesias, extendido por el Alcalde del Ayuntamiento de Vigo, con fecha 16 de abril de 1924.

§

Alguna vez fuiste joven, abuela. Me lo dice la razón, no los recuerdos. Quizá con esa manera extraña de ser bonitas que usaban las señoras de entonces. Que por ahí no tenía que ver con ellas. Sino con el hábito de "posar" para el fotógrafo. Algo de extático. De mentiroso casi. Ese "no se mueva, no respire" de las radiografías. Hay explicaciones técnicas, por supuesto. Las emulsiones más duras. Se requería mayor exposición. No se conocía el flash. Y el magnesio quemaba los primeros planos. Por eso los artistas fotógrafos preferían la foto "de galería." O sea, abuelita, que de joven posabas "pour la gallérie." O sea for export, vamos abuela. ¿Adónde se exportaban aquellas fotos (aquellos "retratos")? Adivina, adivinador. ¿París? Frío, frío, perrecho. ¿Londres? Menos, te alejas, frío, frío. ¿Bruselas? Maldito armadanzas, Victoria. Esta criatura es el diablo. Tiene que tomar la comunión. A ver si le sacan el demonio del cuerpo. Retratos que podían competir en cualquier casting. Señoronas en sepia que de vez en cuando aparecían majestuosas. En Estampa. En los rotograbados de La Prensa. Dulce Liberal de Martínez de Hoz. Victoria Ocampo. Mucho tiempo más tarde doña Leonor Acevedo de Borges. En aquellas postales que venían escritas atrás en inglés, francés y alemán. Piccadilly Circus by night, London 1912. L'Etoile et l'Arc de Triomph, Paris 1898. Waterlooplein, Amsterdam 1909. Y los saludos breves. Desde esta hermosa ciudad. Os extraño. Manolo. Todo este sol para vosotros. Vuestra affma. Ma. Mercedes Tenreiro. Vista del centro, desde el piso del Consulado. Cuidaos. Vuestro padre. Todo una historia en tan pocas líneas. Y vos tirabas y tirabas de los hilitos de esas historias ¿no? Por un lado alimentaban el fuego de tu resentimiento, marcando itinerarios que habrían de desembocar en naufragios, atentados, descarrilamientos, secuestros y titulares que con el tiempo serían bestséleres y batacazos de taquilla. Arsénico y encaje antiguo. Fantomas. El fantasma de la Opera. El naufragio del Titanic. Jane Eyre. Lo que a muchos ayudaría a calmar escozores. Y a tantos otros daría tal vez ánimos e ideas frescas. Y por otra parte, circulaban aquellos documentos entre los oficiales del salón. Las noches de gala. Por cierto que te daban lustre. Ese lustre de autenticidad de los testimonios oficiales. Vea usted, tiene el sello de correos de la oficina del Palacio. De veras, señora Macrina, cuánto envidio a su esposo de usted. ¿En qué sentido me lo dice, comandante? Juraría que en ese carruaje viaja nada menos que el Primer Ministro. Ay, señora mía, tan pesada es la carga de la gloria. Y que lo diga usted, capitán, que lo diga usted. ¡Qué vista preciosa, señora mía! No sé si se refiere usted a esas balandras o la imaginación le engaña, alférez. Le brilla la picardía en los ojos. Acerca bebida a los señores oficiales, Agustina. Tú atiende al compás de la música, hijo, ya tendrás tiempo para lo otro con los años. Y tú te ocupas de la mesa de los dulces, Paquita. Vos contabas. Y se te encendían los ojos. Tus historias daban vida una y otra vez a los rostros. A los uniformes. A la música. Vos de falda larga, por supuesto. Hasta el tobillo. Las señoras no tienen piernas. ¿Escote? Cuidando que algún camafeo y su cinta de terciopelo desalentaran las miradas indiscretas. ¿Se desanimaban fácilmente aquellos oficiales, abuelita? ▮

[GE; *Abuela Macrina*]

EL CÓNSUL GENERAL DE ESPAÑA EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Núm. 2033

Año 1922

CONSULADO GENERAL DE ESPAÑA
EN LA
REPÚBLICA ARGENTINA

CÉDULA DE NACIONALIDAD

El Cónsul General de España

CERTIFICO: Que Don José Vidal Iglesias natural de Marín, provincia de Pontevedra de 24 años de edad, de estado soltero y profesión empleado, se halla inscripto al folio / núm. 2033 DE LA MATRÍCULA DE SÚBDITOS ESPAÑOLES DE ESTE CONSULADO.

Buenos Aires, 19 de Septiembre de 1922

Fotografía

Art. 66 de la tarifa.
Clase 1ª
Derechos $ 0,80 cts.
I. trans. 0,16

Vale por el año de la fecha.

EL CÓNSUL GENERAL,
P. A. El Canciller

CONSULADO GENERAL DE ESPAÑA EN LA REPÚBLICA ARGENTINA BUENOS AIRES

FIRMA DEL INTERESADO

José Vidal

Visa de residencia de José Vidal Iglesias, firmada por el Cónsul de España en Buenos Aires, en el año 1922.



Este pasaporte contiene 32 páginas

Ce passeport contient 32 pages

1

PASAPORTE—PASSEPORT

ESPAÑA-ESPAGNE

N.º del pasaporte (N.º du passeport) 339

Nombre del portador (Nom du porteur) Dª Macrina Iglesias Pena

Acompañado de su esposa (Accompagné de sa femme)

y de (et de) hijos (enfants).

NACIONALIDAD / NATIONALITÉ. Española

Pasaporte de Macrina Iglesias Pena, expedido el 7 de marzo de 1923.

PASAPORTE

REGISTRADO
ENRÉGISTRÉ
Nº 716

El Cónsul General de España en la República Argentina

Le Consul Général d' Espagne dans la République Argentine

SEÑAS

Estatura / Taille

Pelo / Cheveux

Ojos / Yeux

Nariz / Nez

Boca / Bouche

Barba / Barbe

Color / Teint

FOTOGRAFÍA

Firma del portador / Signature de l'interessé

José Vidal

Vale por mano

Concede libre y seguro Pasaporte a José Vidal Iglesias
Expédie libre et sur Passeport à

de **nacionalidad** española
sujet

de estado soltero edad 25 años
état civil *âge*

natural de Marín - Pontevedra
né à

residente habitualmente en Bs. As.
résidant habituellement à

profesión empleado
profession

inscripto en el Consulado de — con el Nº —
inscrit au Consulat d'Espagne à *sous le N.*

para ESPAÑA, SOLAMENTE
pour

motivo del viaje familia
ayant pour objet le voyage

personas que le acompañan —
lui accompagnent

Dado el presente Pasaporte en virtud de los siguientes documentos:
Ce Passeport est délivré d'accord avec les documents suivants:

Cedula

Por tanto encargo a las Autoridades civiles y militares de la Nación,
Et nous demandons aux Autorités civiles et militaires de la Nation,
le dejen transitar libremente y ruego a las de los países extranjeros
de le laisser passer librement, et prions celles des pays étrangers
a donde se dirija, no le pongan impedimento alguno en su viaje;
où il se dirige de ne lui opposer aucune entrave ni empêchement dans son voyage;
antes bien le dispensen todo el favor y auxilio que necesitare.
et de lui donner l'aide et les secours qu'il pourrait avoir besoin.

Dado en **Buenos Aires**, 11 de Abril de 1923
Délivré à Buenos-Ayres

Nº de orden 716
Art. de tarifa 59
Derechos.. $ cts. 1.60
Imp. trans. " " .24 oro
Fecha 11-4-23
VA SIN ENMIENDAS

El Cónsul General de España
Le Consul Général d'Espagne

P. A. El Canciller

Pasaporte de José Vidal Iglesias, extendido por el Cónsul de España en Buenos Aires, 11 de abril de 1923.

Notificación del fallo de la Comisión Mixta

Pueblo de Marín   Provincia de Pont.ª

REEMPLAZO DE 1918 - en 1923

Mozo José Vidal Iglesias   Núm. 18 del sorteo

En la sesión celebrada por la Comisión Mixta de Reclutamiento de esta provincia el día 31 de Julio último dicha Corporación resolvió, respecto del expresado mozo, lo siguiente: que la clasificación de prófugo que le fué asignada á este mozo no puede ser modificada sin la presentación del interesado por no serle aplicable la Ley de Amnistía

Y a los efectos prevenidos en el artículo 231 del Reglamento para la aplicación de la vigente Ley de reemplazo del Ejército, expido la presente cédula en Marín 10 de Agosto de 1923.

El Alcalde,

Quedo enterado y con el duplicado de esta cédula.

El Interesado,

Última etapa del expediente por desertor y prófugo del servicio militar de José Vidal Iglesias. Tras la solicitud de reemplazo en 1918 para 1924, consiguió que lo declararan no apto el 10 de agosto de 1923. Con lo que se dio por terminada la cuestión. La familia gana un hijo. La patria pierde un soldado.

§

Agamenón cursó su purgatorio en vida bajo la batuta omnipresente de Clitemnestra y en cuanto pudo se exilió en aquel consulado en Bruselas donde nacieron todas las sospechas y casi todas las invectivas que a su tiempo conformarían el abultado expediente de sus equivocaciones y sus culpas. Jamás llegaría a sospechar que su condena estaba preparada y rubricada mucho antes de embarcar hacias las murallas de Troya y que la orfandad primero y el sacrificio luego de sus hijos no eran sino capítulos largamente masticados y ensayados por la insigne matrona que tejía al bolillo con los cordones umbilicales de toda su prole y esto porque una providencia prudente le vedaba hilar con el huso del mundo. ▮

[GE; *Zapping*]





José Vidal Iglesias, alrededor de 1920/1925. Fotografía intervenida a partir de una copia casi ilegible.

Febrero 28 de 1924

B.5584005

Don Alvaro Berasátegui Martínez-Monje, Licenciado en Derecho y Secretario accidental de la Comisión Mixta de Reclutamiento de Pontevedra.

INSPECCIÓN DE EMIGRACIÓN

17 ABR 1925

CERTIFICO: que, según resulta de antecedentes que obran en la Secretaría de mi cargo José Vidal Iglesias *que obtuvo el número* diez y ocho *en el* sorteo *verificado por el Ayuntamiento de* Marín *para el* reemplazo de mil novecientos diez y ocho, prófugo amnistiado, fué declarado libre de responsabilidad en quintas, por esta Comisión, en treinta y uno de Agosto de mil novecientos veintitrés, por haber resultado corto para activo, y haberlo sido ya en el año de su reemplazo y revisiones sucesivas, en el Consulado de Buenos Aires.

Registrado al n.º 71. 8

(ESTE DOCUMENTO SE EXPIDE GRATIS)

Y á petición del interesado, expido la presente de órden y con el visto bueno del Sr. Presidente de dicha Comisión en Pontevedra à veintiocho *de* Febrero *de mil novecientos* veinticuatro.

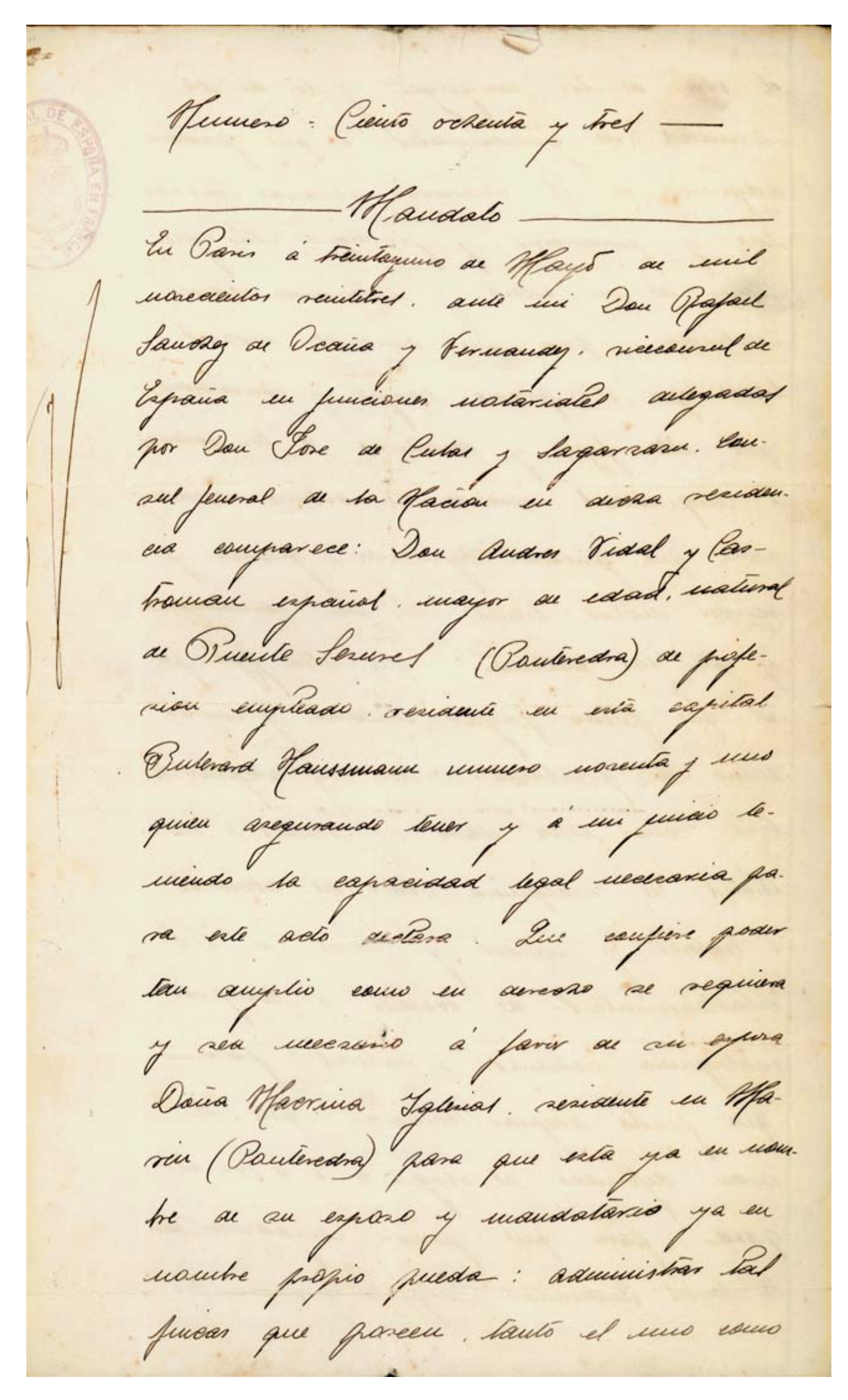
V.º B.º
El Presidente,

COMISIÓN MIXTA DE RECLUTAMIENTO

Alvaro Berasategui

Sobreseimiento de José Vidal Iglesias de su cóndición de prófugo del servicio militar, decretado el 28 de febrero de 1923 por el Presidente de la Comisión de Reclutamiento de Pontevedra.

§



Número: Ciento ochenta y tres ——

Mandato

En París á treinta y uno de Mayo de mil novecientos veintitres. ante mí Don Rafael Sanchez de Ocaña y Fernandez, vicecónsul de España en funciones notariales delegadas por Don José de Cutas y Sagarzazu. Cónsul general de la Nación en dicha residencia comparece: Don Andres Vidal y Castroman español. mayor de edad, natural de Puente Sesures (Pontevedra) de profesión empleado. residente en esta capital Bulevard Haussmann número noventa y uno quien asegurando tener y á mi juicio teniendo la capacidad legal necesaria para este acto declara: Que confiere poder tan amplio como en derecho se requiera y sea necesario á favor de su esposa Doña Macrina Iglesias. residente en Marín (Pontevedra) para que esta ya en nombre de su esposo y mandatario ya en nombre propio pueda: administrar las fincas que poseen. tanto el uno como

Poder general otorgado por Andrés Vidal Castromán en favor de Macrina Iglesias Pena para disponer libremente de los bienes comunes. Consulado de España, París 21 de mayo de 1923.

§

Poco se conocen las vicisitudes de Agamenón. No las grandes cosas que registran los historiadores. Pienso en las cuestiones pequeñas. Las dudas que previsiblemente acosan al más pintado a la hora de la verdad. Cuando la calma inmovilizó los barcos en los puertos de Áulide pudo pensar en regresar. A Esparta o a Marín, lo mismo daba. Tal vez el aquí y ahora del Agamenón que partía hacia Troya no fuera —o sí— demasiado diferente del que abordaba el tren que lo trasladaría a Bruselas. En lo esencial bien podía Marín correrse hasta el Egeo. O las brumas de Flandes abrirse camino hacia el sol de los estrechos. El escozor no era geográfico en todo caso, sino conyugal. Y ciertamente la sombra de Macrina no sería menos turbadora que la de Clitemnestra. No sé si puestas a la par no quedaban unos céntimos a favor de mi abuela. Ignoro cuándo empezaron a llamarme la atención ciertas coincidencias. Tal vez Macrina no cargara sobre su consciencia con la muerte de un primer marido. Pero sospecho que se ocupó de llenar adecuadamente las alforjas del abuelo. Y si Clitemnestra nunca creyó en el regreso de Agamenón, Macrina deseaba y temía al mismo tiempo el de su Andrés. ▮

[GE / *Doble réquiem para Macrina*]

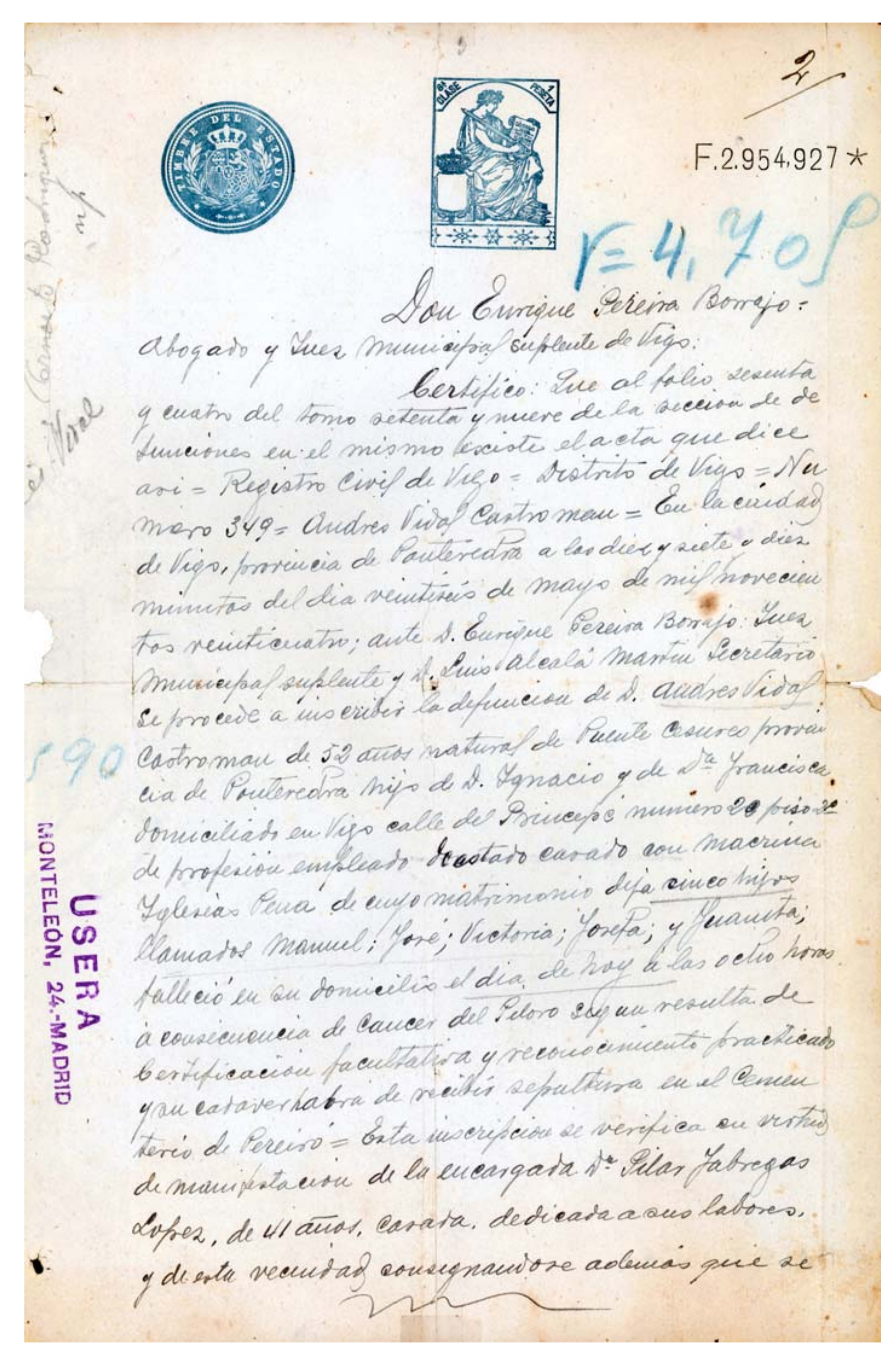
DON ENRIQUE PEREIRA BORRAJO-ABOGADO Y JUEZ MUNICIPAL SUPLENTE DE VIGO

CERTIFICO: que al folio sesenta y cuatro del tomo setenta y nueve de la sección de defunciones en el mismo existe el acta que dice así=Registro Civil de Vigo=Distrito de Vigo=Numero 349=Andrés Vidal Castromán=En la ciudad de Vigo, provincia de Pontevedra a las diez y siete y diez minutos del día veintiseis de mayo de mil novecientos veinticuatro; ante D. Enrique Pereira Borrajo: Juez Municipal Suplente y D. Luis Alcalá Martín Secretario se procede a inscribir la defunción de D. Andrés Vidal Castromán de 52 años natural de Puente Cesures provincia de Pontevedra hijo de D. Ignacio y de Dª Francisca domiciliado en Vigo calle del Príncipe número 22 piso 2º de profesión empleado de estado casado con Macrina Iglesias Pena de cuyo matrimonio deja cinco hijos llamados Manuel; José; Victoria; Josefa; y Juanita; falleció en su domicilio el día de hoy a las ocho horas a consecuencia de cáncer de píloro según resulta de Certificación facultativa y reconocimiento practicado y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio de Pereiró=Esta inscripción se verifica en virtud de manifestación de la encargada Dª Pilar Fabregas Lopez, de 41 años, casada, dedicada a sus labores y de esta vecindad consignándose además que se ignoran más circunstancias habiendola presenciado como testigos D. Casimiro Fernandez Senra y D. José Silveira Alvarez, vecinos de Vigo=Leida esta acta se sella con el de este Juzgado y la firman el Señor Juez; los testigos y la manifestante de que certifico=E. Pereira Borrajo=Pilar F. de Mou= Casimiro F. Senra=José S. Alvarez=Luis Alcalá=Hay un sello del Juzgado Municipal de Vigo=Concuerda con su original. Para que conste expido la presente que sello y firmo en Vigo a veintidos de Julio de mil novecientos veinticuatro.--------------------------------

Legitimación;=MANUEL RIVADEMAR LOJO, NOTARIO DEL ILUSTRE COLEGIO NOTARIAL DE LA CORUÑA, CON RESIDENCIA Y ASIGNACION EN ESTA CIUDAD DE VIGO.=Doy fe: Que las firmas y rúbricas que anteceden de Don Enrique Pereira Borrajo y Don Luis Alcalá, Juez Suplente y Secretario respectivamente de este Juzgado Municipal, son al parecer iguales a las que acostumbran a usar por lo que las co nsidero legítimas. Vigo cuatro de Dmbre. de mil novecientos veintiseis.



Josefina, Victoria y Juana Vidal Iglesias, de luto por la muerte de su padre. Marín 1924.



Don Enrique Pereira Borrajo:
Abogado y Juez municipal suplente de Vigo.
Certifico: Que al folio sesenta y cuatro del tomo setenta y nueve de la sección de defunciones en el mismo existe el acta que dice así = Registro Civil de Vigo = Distrito de Vigo = Número 349 = Andrés Vidal Castromán = En la ciudad de Vigo, provincia de Pontevedra a las diez y siete o diez minutos del día veintiséis de mayo de mil novecientos veinticuatro; ante D. Enrique Pereira Borrajo Juez municipal suplente y D. Luis Alcalá Martín Secretario se procede a inscribir la defunción de D. Andrés Vidal Castromán de 52 años natural de Puente Cesures provincia de Pontevedra hijo de D. Ignacio y de Dª Francisca domiciliado en Vigo calle del Príncipe número 20 piso 2º de profesión empleado de estado casado con Macrina Yglesias Pena de cuyo matrimonio deja cinco hijos llamados Manuel; José; Victoria; Josefa; y Juanita; falleció en su domicilio el día de hoy a las ocho horas a consecuencia de Cáncer del Píloro según resulta de certificación facultativa y reconocimiento practicado y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio de Pereiró = Esta inscripción se verifica en virtud de manifestación de la encargada Dª Pilar Fábregas López, de 41 años, casada, dedicada a sus labores, y de esta vecindad consignándose además que se

Trascripción del Acta de defunción de Andrés Vidal Castromán. Legitimada eñ la notaría de Manuel Rivadaneira el 4 de diciembre de 1926.

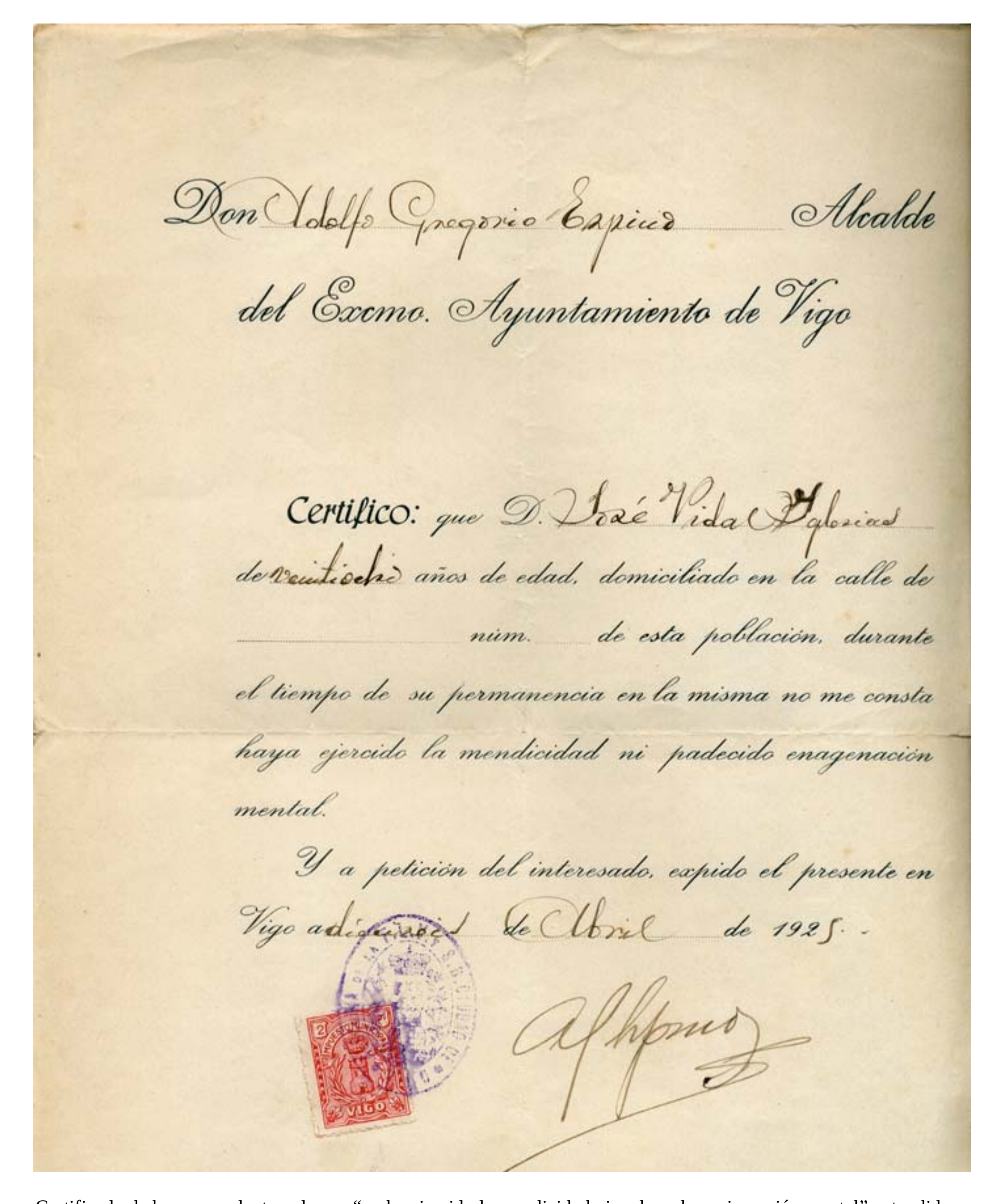
§

Clitemnestra se ocupó de que cada uno de los condenados confesara sus crímenes y pecados antes de proceder al reparto de hachazos, absoluciones y castigos, si bien sus preferencias se volcaron a la penitencia perpetua con un claro sentido político de clientelismo y dependencia que terminó haciendo la vida imposible a Casandra, a Electra y a Ifigenia y ni qué hablar de Orestes. Excluyo expresamente a Agamenón porque su muerte daría a los sobrevivientes un claro ejemplo de cómo quien mal anda mal acaba —sentencia predilecta de abuela Macrina— y a tío Pepe lo dejo de lado porque su misma condición de epígono modelado malgré lui a la sombra materna invalidaba sus intervenciones una vez puesto en evidencia que lo que escribía con la mano lo borraba con el codo. ▮

[GE; *Zapping*]



Buenos Aires, circa 1925. Café Victoria, propiedad de José Vidal y Carballo.



Don Adolfo Gregorio Espino Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Vigo

Certifico: que D. José Vidal Iglesias de veintiocho años de edad, domiciliado en la calle de ______ núm. ____ de esta población, durante el tiempo de su permanencia en la misma no me consta haya ejercido la mendicidad ni padecido enagenación mental.

Y a petición del interesado, expido el presente en Vigo a [illegible] de Abril de 1925.-

Certificado de buena conducta y de que “no ha ejercido la mendicidad ni padece de enajena-ción mental” extendido a favor de José Vidal Iglesias en Vigo, abril de 1925.



Mar del Plata, Manuel Vidal, su hija Elena Margarita y José Vidal. 24 de agosto de 1925.



Tía Fina, mi madre, abuela Macrina y tía Nita, alrededor de 1928. Probablemente frente a la casa de Victoria y San José, recién llegadas a Buenos Aires.



Victoria Vidal Iglesias, Buenos Aires 1928.



“Jorge Durán Chenlo[11] al cumplir los cinco años de edad. Sinceramente a las amiguitas Vidal. Coquito”. Buenos Aires 9 de octubre de 1928.

11 Hijo de Peregrina Chenlo y sobrino de Ángel Ramón Chenlo (ver adelante, alrededor de 1960).



Palermo 1930. Josefina, Victoria y Juanita Visal Iglesias; Macrina Iglesias Vda. de Vidal y José Vidal Iglesias.

§

Usted dice doctor que no se entiende lo de Tito y Gregorio. ¿Cómo explicarle lo que precisamente intentamos clarificar a lo largo de esta conversación interminable? Cómo saltear etapas y pasar de aquella mar y aquel cielo y aquel aire a… ¿dónde? A una América que ya se lo había devorado a tío Manolo. Aunque Macrina pudo perdonarle a Manolo que se muriera así, tan joven, tan buen mozo que las mujeres andaban como moscas detrás de él. Pero no le perdonó —murió con esa bronca encima— que se casara con María la francesa, fíjese usted, habiendo en el mundo tantas mujeres honradas —porque las hay— ir a meterse justo con una francesa. Que todo el mundo sabe lo que son. Y casarse incluso, si hubiera sido una cana al aire vaya y pase… Pero acá se encontraban —en Buenos Aires— porque tío Manolo estaba muerto y tío Pepe tenía que venir también a desembarcar en estas pampas. Según algunos parientes, siguiendo la huella de Manolo que era por lo visto su paradigma. Aunque probablemente más lo acuciara la necesidad de poner agua de por medio con sus compromisos militares según los cuales y por rigurosa cédula de llamada se lo había convocado a calzarse el uniforme de los regimientos africanos… Tánger, Ceuta, Marruecos… Todo vuelve y todo se repite. Al cabo de unos años —muchos— abuela regresaría a España siguiendo los rastros de dos hijas de tío Manolo que no conocía. Y Gregorio —al cabo de muchos más— ayudaría a su hijo mayor a poner agua de por medio para esquivar otros compromisos militares nacidos de la borrachera de un general majestuoso y el guiño complaciente de una curiosa

y corrupta venus nikeia. De esas abundosas prostitutas de belleza griega y pronunciación del Bronx. Pero estábamos en Tito, que cuando vinieron a Buenos Aires no era Tito ni era nada. Y para cuando Macrina regresó al encuentro de su pasado que de todos modos no llegó a encontrar, Tito ya dejaba de ser Tito para empezar a ser Gregorio. No para todos sus deudos, es cierto. Apenas para él, lo cual en principio le resultó más que suficiente. Me dijeron que te vieron con Gregorio. Comentario frecuente de algunas amigas de mamá. Con lo cual significaban que mamita había transgredido la veda materna. Doblemente, primero porque se había dejado engatuzar por la pinta y la labia del viejo. Y después por incumplir, aunque fuera a escondidas, la férrea instrucción originada en abuela Macrina y refrendada para la ocasión (siempre refrendaba las consignas de la abuela) por tío Pepe. Quien no se bancaba ni siquiera por compromiso que algún gavilán revoloteara alrededor de sus hermanas. Perverso hábito que con el tiempo dio muy malos frutos. Porque no faltó en Barrio Parque (como no hubiera faltado en cualquier barrio) una lengüita viperina que echara a rodar la leyenda. Manuel el cadete de El Chacho me lo dijo claramente, pienso que más por descalificar mi encendida defensa del serrallo que por maldad. Que todo el mundo lo sabía. Que de moscas muertas tenían nada más la cara. Y que el tío, detrás de sus esquemas casi calvinistas, se ocupaba de curtirles bien el lomo a las niñas. Tito respiró muy hondo esa tarde. Y no siguió preguntando, porque quedaba navegando en el aire una duda considerable… si este cínico se refería a dos de ellas o a las tres. Y tanto es cierto que el tiempo es redondo, que rodando rodando, habiendo pasado ya mucha agua debajo del puente, tía Nita y tía Fina descorrieron otro pedacito del telón. Asegurando haber sido testigos desgraciadas de ciertos manejos extraños entre tío Pepe y la otra hermana. Es decir mamá. Excuso dar detalles —los tengo— pero no garantizo que no se deslicen en otro momento de esta charla.

El matrimonio de Victoria y Gregorio fue casi tan breve como el acotado noviazgo. Que lo fue, sin dudas, porque es impensable un noviazgo prolongado estando abuela de por medio. Y a juzgar por la recurrencia de los testigos, estaba de por medio todo el tiempo. Lo prueban —si quedaran dudas— unas veinte fotografías de esa época, escritas al dorso con la letra menuda y prolija de mamá. Mamá, Victoria y Gregorio en la puerta del negocio. Victoria, Macrina y Gregorio en Parque Independencia. Mamá, Pepe, Gregorio y Victoria en la quinta de Paganini. Mamá, las niñas, Gregorio y yo en el Social. Ignoro los pormenores de esta historia. Noviaron durante seis meses y se casaron. A los nueve meses o'clock nacía Tito. Anotado con el nombre de Gregorio, como su padre. Y el sobrenombre, en un principio, para evitar el complicado Gregorio padre y Gregorio hijo, etc. Al principio digo. Porque cuando Tito cumplía tres meses el padre estaba preso. En averiguaciones acerca de una falta de dinero en el banco, pero preso. Y la jugada magistral, realmente magistral de abuela Macrina. Te vienes para casa con tu hijo. Pero nunca más una palabra de tu marido. Tu marido murió. Supongo algo por el estilo. Mamita obediente. Tío Pepe contento —supongo de igual modo— por recuperar a una de las ovejitas. Ay hermanitas perdidas. Firme y jodido en su papel, además. Que me manden al principito. Papá llamando por teléfono. Victoria no está. Papá volviendo a llamar.

Victoria no te puede atender. Papá llamando nuevamente. Victoria no te quiere atender. Papá en Barrio Parque. No pongas nunca más los pies en esta casa. Cuando te vea asomar las narices por el barrio llamo a la policía. Faltó pienso el ofrecimiento de los rollos de alambre de enfardar. Dejando de lado mi natural agravio al ir juntando los pedacitos de este rompecabezas, sospecho que tío Pepe puso la plata para arreglar la cuestión. Tal vez para lavar alguna de esas manchas impertinentes que si las querés hacer a un lado te las podés llevar encima toda la vida. A enemigo que huye, puente de plata.

A Tito le habrá costado horrores armar el rompecabezas. Y a Gregorio no creo que lo hayan ayudado mucho las racionalizaciones. En todo caso, los primeros registros son muy vagos. Imágenes sueltas, propias y prestadas. Hay palabras y circunstancias que de tanto escucharlas se te incorporan como tuyas y no lo son. Pero de cualquier modo son datos completos, ricos en detalles, en precisiones que a veces parecieran hasta… increíbles… ■

[GE; *Abuela Macrina*]



Una de las dos gatas que formaron parte de la familia. La Titina o la Mocha. Circa 1928.



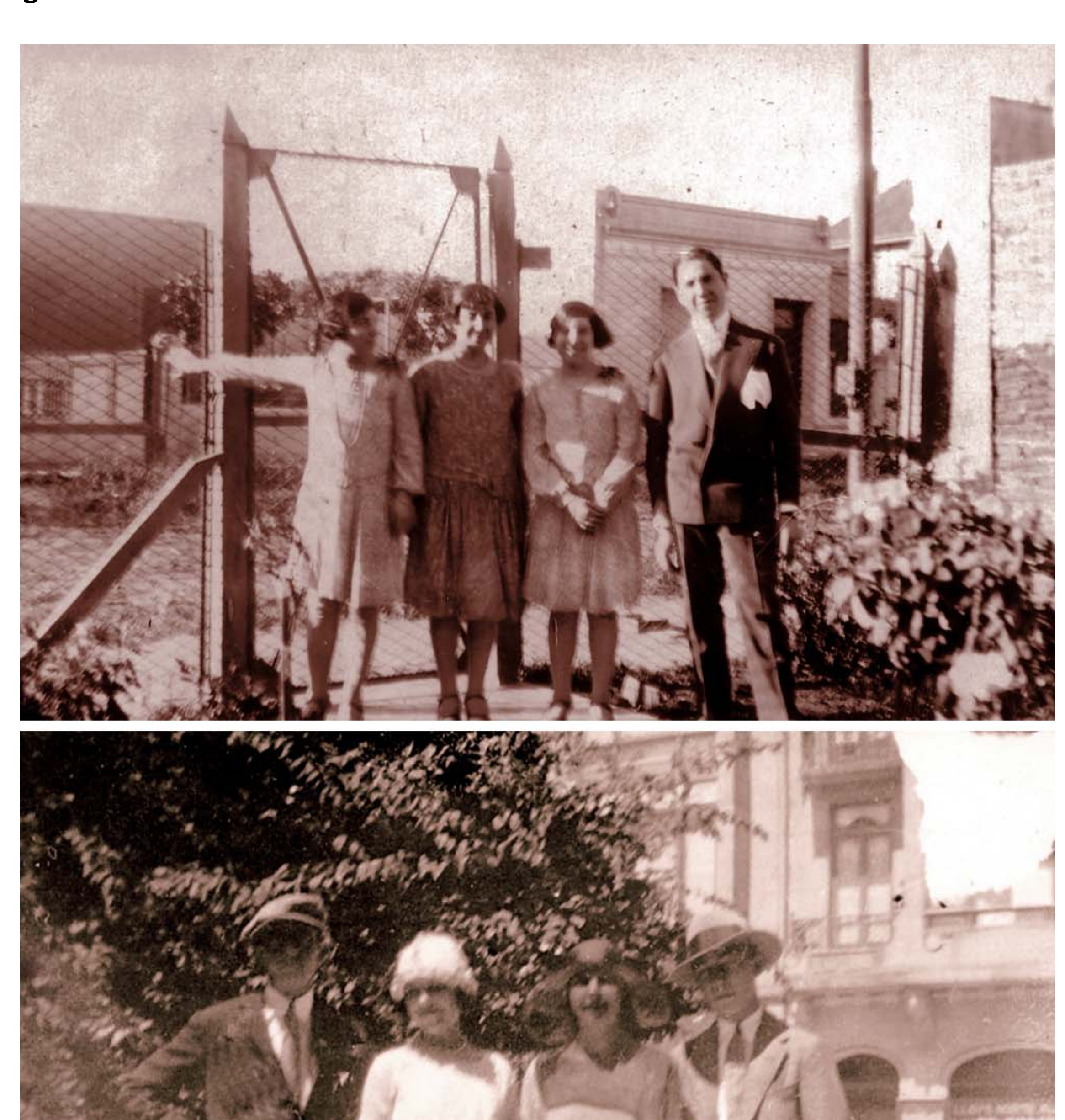
Josefina, Victoria, Juanita y José Vidal Iglesias. Probablemente Buenos Aires, circa 1928.





Josefina, Juanita, Macrina, Victoria y José Vidal Iglesias, Buenos Aires circa 1930.

§



Arriba: Josefina, Victoria, Juanita Vidal Iglesias y Alberto Iglesias, hijo de Carmen Iglesias Pena y Celestino Iglesias, Buenos Aires 31 de marzo de 1930; posiblemente frente a la casa de calle Humboldt. Abajo: Celestino Iglesias Iglesias, Josefina y Juanita Vidal Iglesias y Alberto Iglesias Iglesias. Buenos Aires 1930, en el Tigre Hotel.



1: Victoria Vidal Iglesias. 2: Carmen Iglesias Iglesias. 3: Celestino Iglesias. 4: Macrina Iglesias Vda. de Vidal. 5: Alberto Iglesias Iglesias. 6: Estela Iglesias Iglesias. 7: Josefina Vidal Iglesias. 8: Juanita Vidal Iglesias. 9: Alberto Iglesias (h). Buenos Aires, alrededor de 1928.

Vos y tía Carmen no parecían hermanas. Ella te llamaba así siempre. Hermana. Como si Macrina fuera una palabra distante. O una mala palabra. Ella y tío Celestino eran primos ¿no? Entonces tío Celestino era también primo tuyo. Siempre me costó entender. No los parentescos. Sino lo de los apellidos. Carmen Iglesias de Iglesias. Con los años Carmen Iglesias viuda de Iglesias. Nunca fui bueno con las genealogías. ¿Casualidad? No tener un arbolito propio es como no tener orígenes. Y no tener origen excluye el compromiso de enfrentar un final. Ingenioso. Pero ignoro por completo la filiación de tío Celestino. Por cierto que ubico otros Iglesias en la cuestión. Tío Vicente era Iglesias. Por lo tanto sus hijos. ¿Con tía Joaquina o con Manuela? Una tuvo y la otra no. Pero rectifico algo que pensé —o dije— en otro momento. Creo que Jesús, Vicente y Juanito eran hijos de tía Joaquina. Me faltan datos, evidentemente. Por ejemplo, ignoro si Joaquina se casó antes que vos. Tío Vicente y el abuelo ¿se conocían? Lo que sí tengo por cierto (no me preguntes las razones) es que Vicente te llenaba el ojo. Decir que te gustaba sería tal vez una ligereza. Pero asimismo desconozco si la fortuna de Vicente fue anterior a su primer matrimonio o no. Manuela —vuelvo a las certezas— sí que lo pescó ya forrado. ¡Qué expresión, abuela! Forrado. Han cambiado los tiempos, vaya. Para vos era constatar la buena salud —buena de veras— de sus cuentas bancarias.

No era para menos. Propietario de una flota de pesqueras. Dueño total de la fábrica de conservas. Dicho hoy uno hubiera pensado que era un forro. No me mires así, abuelita, que no tengo ni idea lo que son esas cosas. ¿Qué es lo que te atraía en él, abuelita? ¿Era alto, fortachón, atlético? ¿Locuaz o reservado? ¿Apacible o violento? ¿Imaginativo o pragmático? ¿Duro o manejable? Vos te habrás preguntado muchas veces de dónde sacó el perrecho sus certezas. Porque gustarte vamos, abuelita, te gustaba. De lo contrario me costaría entender tu inquina hacia Manuela. No te perdías ocasión de manifestarla. Una lagarta que se había ganado bajo el ala del viejo. Para aprovechar su poca salud y su mucha fortuna. Cualquiera pensaría en celos, abuela.



Sentados: Alberto Iglesias, Macrina Iglesias Pena y Juanita Vidal Iglesias. Parados: Victoria Vidal Iglesias, Celestino Iglesias Iglesias, Josefina Vidal Iglesias, Estela Iglesias Iglesias, Celestino Iglesias y Carmen Iglesias Pena. Buenos Aires, alrededor de 1928.

Claro, el perrecho no era cualquiera. Los demás te tenían miedo. Lo pensaban para su coleto. Guay de decirlo en voz alta. Yo al menos, aplanado convenientemente por las sabias cláusulas de tío Pepe —oír, ver y callar— escuchaba, observaba y sacaba mis conclusiones. ¿Cómo, si no, hubiera descubierto que papá no estaba muerto? Que las tías disfrutaban de pequeñas y secretas ceremonias con su hermanito del alma. Que mamita se permitía algunas módicas indemnizaciones (o consuelos) de manos de tío Guillermo y hasta de tío Ricardo. Que allí incluso podría encontrarse la clave de su propia inquina (viene de familia) hacia María Adela, la mujer de Ricardo. Y de otro modo hacia Elvira, la mujer de tío Guillermo. Y no es que yo sea freudiano a matar, abuela. Ni por esas. Es que tengo claro que el que a hierro mata… Si querés verlo de modo interpretativo, tomalo como las deducciones tan finitas de Peter Fox, de Agatha Christie o de Sherlock Holmes. Vos ni idea de lo que te hablo, pero no importa. Ignoro hasta dónde esto sea una declaración, una fantasía, una confesión u otra forma de sacarme del cuerpo tanta duda, tanta certeza, tanta inseguridad, tanta bronca por momentos, tanto aniquilamiento, tanto… arrepentimiento, tanta piedad (o tan poca casi siempre), tanto tóxico. Sin haber sido consumidor final de los alcaloides. ¿O algunos restos quedaron adentro?



Celestino Iglesias (padre), circa 1925.

Todos —creo que sin excepción— eran (éramos) de saber y callar. No olvidar, qué va. Callar, guardar. Aguardar. Cuidar con amor los filos del estilete. Libres de óxido. Adecuadamente engrasados. Repasados una y otra vez para asegurar su rendimiento llegado el caso. Matarifes prolijos en su oficio. Como tío Celestino. Soberbios en su eficiencia. Cautos en su reserva. Graduados en el ocultamiento y el disimulo. ¿Hipócritas? Digamos mejor hábiles en sobrevivir. Virtud mirada y admirada por vos, sobre todo. Siempre tienes el as para matar el tres.

¿Fue de veras tu vida una partida de naipes, abuela? Hubieras hecho fortunas en una mesa de poker. Nunca dejabas ver lo que te interesaba. Jamás dejaste traslucir tu íntima valoración de las cosas. Ni de las personas. Yo admiraba tu manera de regatear con el carnicero. Con el verdulero. Con los pescadores. Con el turquito. Titanes en el ring. Ellos exaltados. Vos tranquila. Sin alzar la voz. De buenos modos. Mezclando párrafos destinados a ellos con otros para tu coleto. Como apostillas de teatro griego. Migajas de apuntador hacia las primeras filas de la platea. Y al final todos la espalda al suelo. Que cuando este chambricas va Macrina viene ya de vuelta. Que esta zorra no me la pega. Que me da el cuerpo que tu rebaja cayó debajo de la balanza.

Vivamente aprobada —siempre— por tío Pepe. Que el diablo sabe por diablo… él sabía que vos sabías ¿no es cierto? No veo otra explicación. Siendo él tan arisco, que lo tuvieras en un puño. Ni la mirada te sostenía. Roñoso. Una semana sin cambiarte la camiseta. Si no fuera por tus hermanas te comían los piojos. ¡Cuántas verdades en pocas palabras, abuelita! A buen entendedor… Pero hablábamos de tía Carmen. Vos despreciabas la condición en que vivían. Su aspecto desprolijo. Las secuelas más que explícitas de la maternidad. Vos acostumbrada al gas natural. Ellos en cambio con la cocina a kerosén y los calentadores Primus. Ese olor asqueroso a combustible mal quemado. Los cuartos desordenados y mal ventilados. Sin agua caliente. Con una heladerita de hielo todavía. Y los hijos, claro. Salieron como salieron. Alberto una mala cabeza siempre. Como el padre, claro. Casarse tan jovencito. Y con una xoumela. Y Celestino con una negra. Una india, vamos. Carmen, ¿cómo no fuiste capaz de poner las cosas en su lugar? Será trabajadora, pero esa facha, Carmen. Claro que tú, mujer. Tan delicada que fuiste de chiquita. Y ahí lo tienes a tu hijo mayor. Todo el día en los tranvías y con los del sindicato. Echan el alma por Perón. ¿Qué quieres, Carmen? Nuestro finado padre se revolcaría en su tumba. Tú te acuerdas que lo tuve en casa muchos años. No daba más el pobre. Y aquellos cigarros, virgen santa, aquellos cigarros. Pero me miraba sin decir palabra. Gracias, hija. Gracias, Macrina. Confío en ti. Una al menos que salió a su padre. Nunca hablas de mamá, hermana. Tenía razón tía Carmen. Nunca una palabra acerca de la bisabuela Manuela. Vos eras Iglesias Pena. Hija de Manuela Pena y Manuel Iglesias. Es tal vez uno de los agujeros negros de la familia, abuelita. Uno de los tantos. Como tía Ramona. Como tía Lola. Tampoco nombrabas a tus otras hermanas. Tito llegó a saber de ellas por conversaciones entre mamá y las tías. Una nebulosa en la que se entretejen fábulas. Enfermedades innombrables. Bellezas malversadas. Honras tal vez malheridas. Esas cosas que por delicadeza —por vergüenza— conviene callar. Oír, ver y callar. Eso

no se dice. Eso no se hace. Eso no se toca. Lo que no se nombra no existe. Para tía Carmen fuimos siempre los hijos de Macrina. El nieto de Macrina. Un buen pasar. Un negocio que daba para vivir holgadamente. Tu apostura de señorona. Tus tapados de piel. Tus sombreros. Tu inmenso equipaje cuando ibas a visitarlos. Tu manera de ocupar el podio. La silla pontificia. Donde está Macrina está el poder. Tu ostensible admiración al hablar de los que tenían. El visible desprecio al referirte a los que no tenían. Tanto tienes tanto vales. Regla de oro a la cual con los años se agregaría otra no menos estimable. Arrimarte al sol que más calienta. Sencillito y sin adornos. Qué podían significar para vos un cuñado matarife (preso por una muerte), un sobrino mal casado, otro motorman y una sobrina pobre. Otra martacrica en la familia. Yo sé que para vos somos muy poca cosa, hermana. Tus hijas con estudio. Pepe con un negocio. Y Tito, pobrecito, se ve que es un chico inteligente. Tan calladito. Lástima que nunca le hablaste del padre. Quiero decir, hermana, cómo fueron de verdad las cosas. El chico tiene derecho a saber, me parece. ¿Vos qué decís, Victoria? ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



Victoria Vidal con Laura Silva, Buenos Aires circa 1930.

§



Arriba: Victoria Vidal Iglesias, centro de Buenos Aires, 22 de mayo 1930. Abajo: Macrina y Victoria, centro de Rosario, 4 de agosto de 1930.





Parque Independencia, Rosario 9 de setiembre de 1931. Juanita, Josefina, Macrina y Victoria Vidal Iglesias.



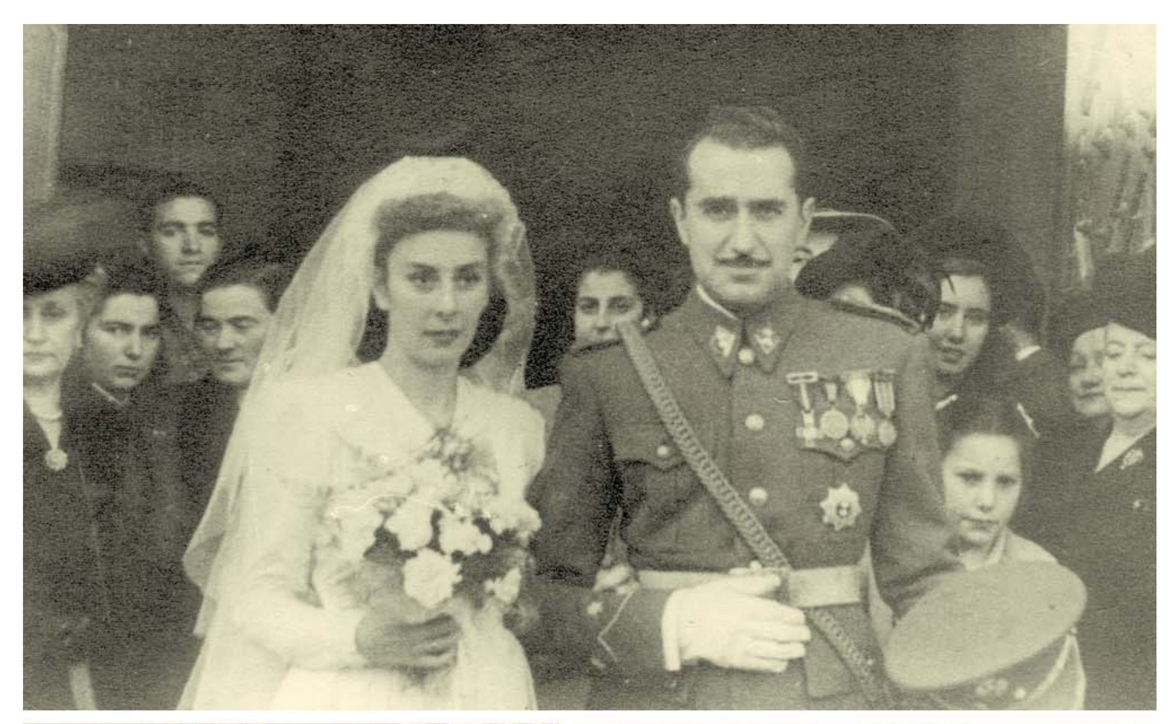
Juanita, Josefina y Victoria Vidal en el Club Social Barrio Parque, Rosario circa 1932.



Macrina, Victoria, Josefina y Juanita en Barrio Parque, Rosario 3 de enero de 1931.



Herminio Pérez, Josefina, Juanita, Macrina, Victoria y Gregorio Beltrán, Paganini 1933







Parte del mundo idílico de abuela Macrina. Izquierda, Eduardo Alonso en uniforme de Falange, con sus hermanas Ma. Teresa y Ma. Isabel. Circa 1933. Derecha: Primo Julio, oficial de Fuerza Aérea, casado con prima Gloria, sobrina de abuela Macrina. Arriba: Ma. Isabel Alonso entrando a la iglesia del brazo de su hermano Eduardo, ya con grado de oficial, circa 1939.





Dos secuencias que bien podrían definir el militarismo zarzuelero de abuela Macrina. Arriba: tripulantes de los aviones alemanes Dornier, 1933. Pocos años después, sus bombas caerían sobre Guernica y muchas otras ciudades españolas. Abajo: nadie sospecharía –viéndolos de alegre parranda- la saña asesina y fratricida que la aviación franquista iba a desplegar nomás iniciada la Guerra Civil Española. Ni creo que la obediencia debida pueda ser alegada como atenuante.





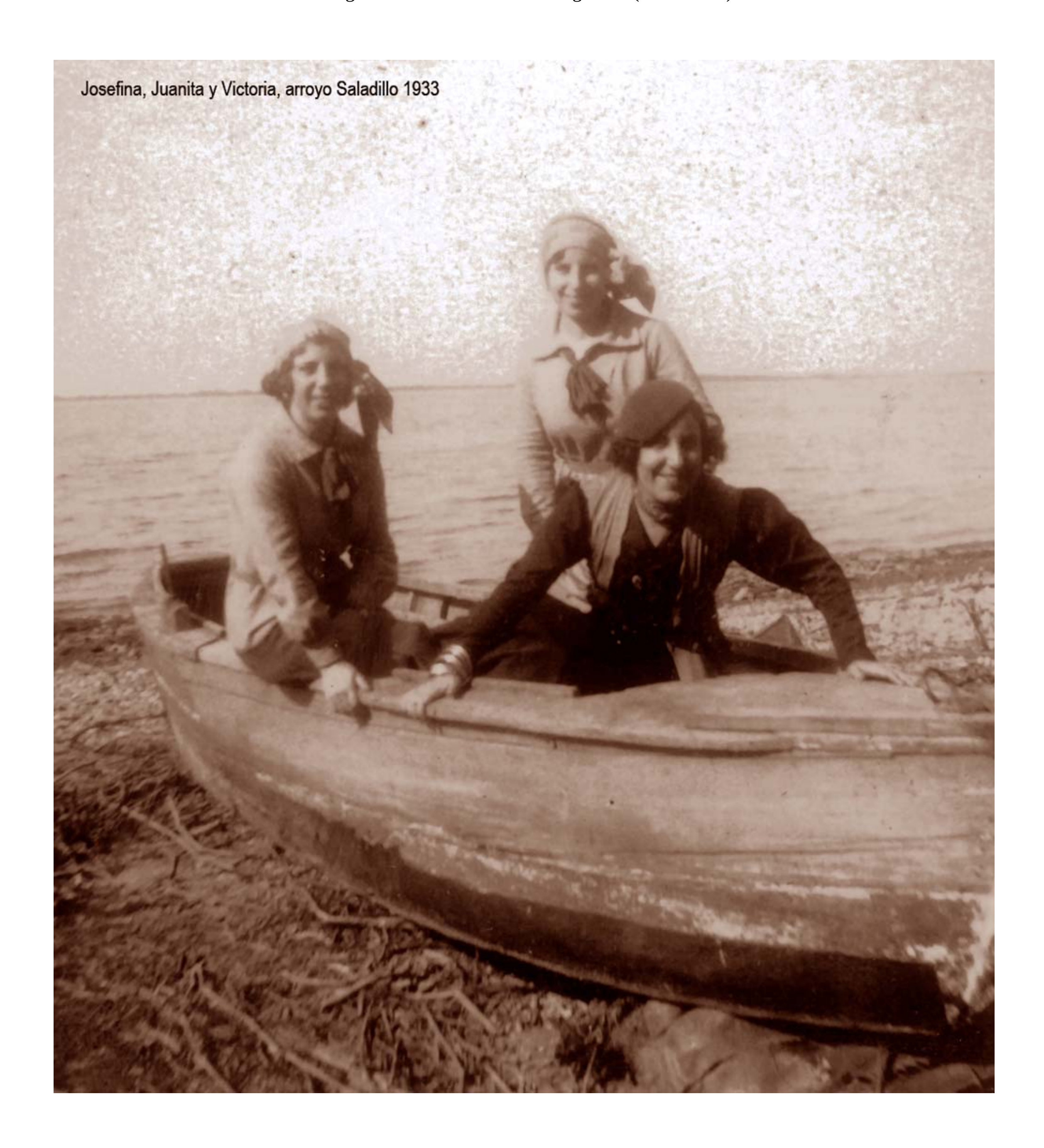


El olimpo marcial de abuela Macrina era harto versátil. Izquierda: primo Bernardino, sobrino de Macrina, guardiamarina. Derecha: el capitán Eduardo Alonso, llevando de la mano a Bebé, hija de su hermana Isabel. Abajo: un chancho republicano acosado por primo Julio y otros tres valientes aviadores franquistas.

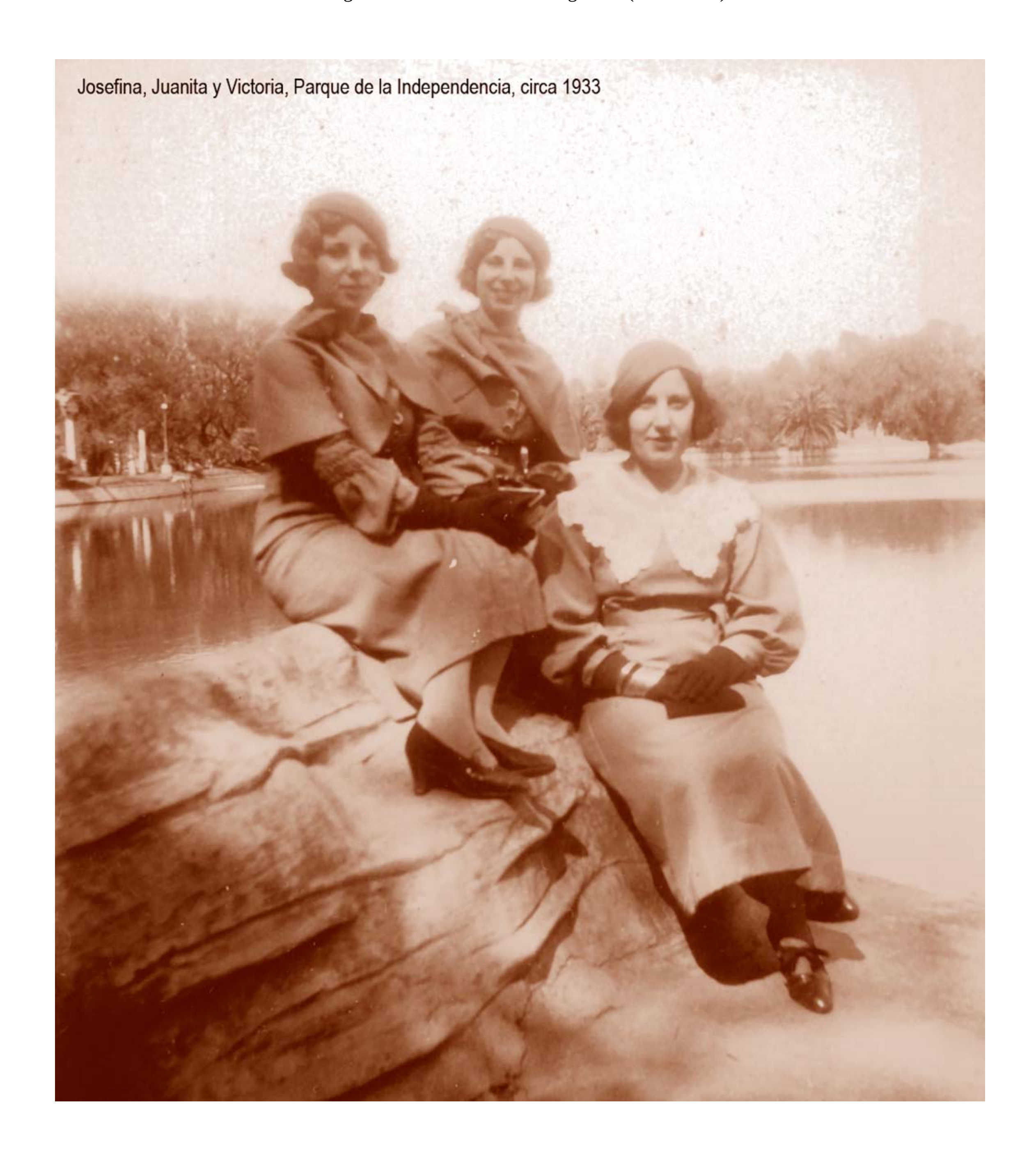
§

Bueno, aquel día mamita se mordió el labio de abajo y me dijo que si me portaba bien me iba a mostrar unas fotos pero nadie tenía que enterarse. Era muy alto y tenía una mirada triste me parece. Y una nariz de boxeador porque una vez se la rompieron jugando a la pelota con los compañeros del Banco. Estaban los dos al lado de un automóvil muy lindo que con los años me di cuenta que era como los de los Intocables. Mamá no le llegaba al hombro. Una vez que se animó mamá siguió sacando fotos de un paquete que guardaba debajo de la cama. Había una foto grande ovalada del día que se casaron donde papá estaba muy serio de traje oscuro y moñito y mamá con un ramito de flores en la mano y una nena de rulos que ella me dijo que iba en el cortejo y se llamaba Isabelita Irazoqui. Ese apellido lo recuerdo muy bien porque una vez ya grande encontré en internet el nombre de Carlos Irazoqui que era su hermano y también su papá y le mandé un mail preguntando si no tenía una hermana que se llamaba Isabel que había acompañado el cortejo de casamiento de mi madre y me contestó muy atento que era hijo único y que me deseaba mucha suerte en mi búsqueda. La verdad no sé qué se me dio para empezar aquella investigación porque hacía años que papá había muerto. Aunque no cuando decían abuela y toda la familia. Pero de esas cosas me iba enterando por pedacitos de conversaciones o comentarios sueltos. Y también por personas conocidas de la familia que sabían la historia y siempre que hablaban de mí decían pobrecito. Además era todo muy confuso porque él se llamaba Gregorio y yo también aunque me decían Tito para evitar confusiones pero yo me di cuenta que les molestaba nombrar a papá. Y si se referían a él era casi siempre para pronosticar que yo sería también una calamidad. Tío Pepe se ve que le tenía una especial inquina porque en cuanto alguien lo nombraba le agarraba carraspeo y un ataque de tos pero igual lo remataba con su "música maestro". En cambio las tías a escondidas decían que era un buen mozo y también que era mucho hombre para mamá y que tío Pepe a su lado parecía un pelele. Me parece también que decían que mamá había sido una tonta de hacerle caso a la abuela. ▮

[GE; *Aquella sombra*, fragmento].



Josefina, Juanita y Victoria, arroyo Saladillo 1933


Josefina, Juanita y Victoria, Parque de la Independencia, circa 1933







Cira Pérez, hermana de Herminio Pérez, circa 1933.



Victoria y Gregorio Beltrán, alrededor de 1933.



Victoria, patio de Barrio Parque, circa 1934



Barrio Parque 1933, avenida Francia y Las Artes. Papá, mi madre, tía Nita, tío Pepe y abuela Macrina en la puerta de El Chacho.



Macrina, Juanita, Victoria y Josefina, circa 1933



El Chacho, esquina de avenida Francia y pasaje de Las Artes. Alrededor de 1948, después del Renacimiento.



Gregorio Beltrán y Victoria, 1933



Josefina, Victoria, doña Josefa Militich, don Gregorio Echeverría, Macrina y Juanita, Paganini circa 1934



Gregorio Beltrán y Victoria, circa 1933. Fina al volante.



Fina, don Gregorio Echeverría, Juanita y Victoria, Paganini circa 1934



Rosario, noviembre 1933. Macrina, José Vidal, Juanita, Victoria, Gregorio Beltrán y Josefina.


Gregorio Beltrán, Victoria, Josefina y Juanita, Parque de la Independencia 1933



Josefina Vidal Iglesias, en el curso de la Escuela Industrial de Señoritas de Barrio Parque, Rosario circa 1934.









Arriba: compromiso de mis padres, en el negocio de tío Pepe, Establecimiento El Chacho-Sucursal Nº9. En Barrio Parque, Av. Francia 2351 esquina Las Artes. Rosario 23 de diciembre de 1933. Abajo: Tía Fina y mi madre en el Chevrolet de mi padre. Rosario año 1934, sobre Pasaje Las Artes, a metros de Av. Francia.



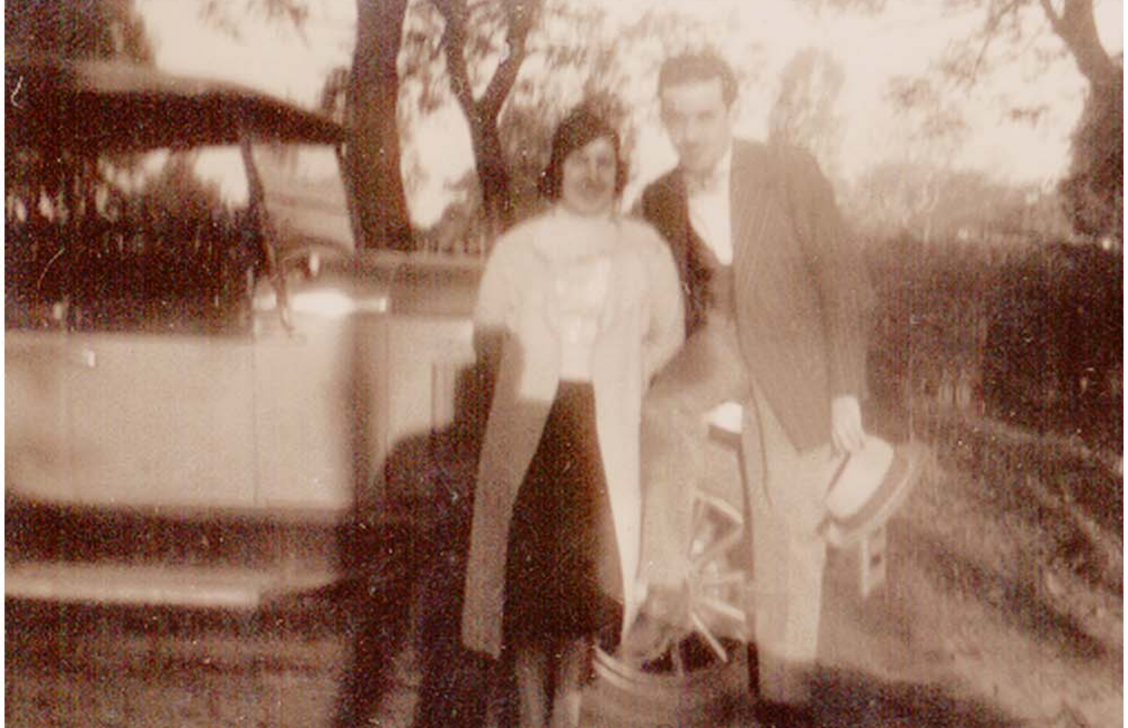
Victoria Vidal y Gregorio Beltrán Echeverría, Parque Independencia, Rosario 1934.



Gregorio, Victoria, Josefina y Josefa Militich / Rosario 1934



Victoria y Gregorio / Parque Independencia, Rosario 1934



Mis padres en Rosario, durante su noviazgo. Alrededor de 1934.



Ochava de El Chacho, esquina avenida Francia, Rosario 1934. Mamá, abuela Josefa, tía Fina, tío Pepe, tía Nita y abuela Macrina.



Tía Fina, abuela Macrina, abuela Josefa y mi madre. Prado Asturiano, Rosario abril de 1934.





Victoria Elena y Gregorio Beltrán, Rosario 1934.



Mi madre, el día de su casamiento. Rosario, julio de 1934.

§

Por una pendejésima nací en el Italiano y no en el Italia. Por una nadería mi madre fue Victoria Elena a secas y no la reina Victoria ni Elena de Troya, por un decir. Mirá que si vas por el lado de las elenas, había montones mejores para adoptar. Elena Rubinstein. Helen Curtiss. María Elena, la analista de Pocavida. Elena Sedova. Elena aquella secretaria que se quería dejar pero no pudo. O que se pudo dejar pero no quiso, qué más da. La ex de Ricardo Sanesteban también era. También era insoportable. Y la prima de Armanda, la mujer de Jorge. La hermana de Ana María la del gas y las pastillas y los trece pisos y las vías del tren y la silla de ruedas. Una de las hermanas de Carmen. Y creo que hubo una de Saboya. Asimismo Elena era la nuera de María Dapoto, la madre de Mario, aunque para ella fuera siempre la negrita o la chiruza. Claro que María era suegra de raza, porque su señora mamá se traía lo suyo. Pascual no se murió porque quiso, sino porque no le dejaron otra salida. Y aún después de muerto nunca fue Pascual para la maldita vieja, sino simplemente y apenas “ese hombre”. De cuyo trabajo vivían todos y de cuyo bolsillo se comía y de cuya paciencia —santa ciertamente— se abusaba hasta la indignidad. Era previsible que a su debido tiempo María fuera lo que fue, es decir jamás dejó de ser lo que era. Salvando los años de diferencia, podrían haber integrado con abuela Macrina un mismo clan, aunque ambas fueran de la clase de abeja reina cuya primera actividad en la vida es recorrer las celdas de las demás y matarlas dentro de sus cunas, para despejar a tiempo y definitivamente el campo de operaciones. Verdaderas atilas que no dejaron crecer ni la hierba debajo de sus culos. María maldijo, mató y enterró a su nuera y ni siquiera concedió a sus nietos —los hijos de su único hijo y de la negrita chiruza— el beneficio de las rectificaciones posmortem, por no pensar en perdones o arrepentimientos, que ya sería mucho pedir. No es gratuita la asociación que de inmediato se me arma en cuanto pienso en ellas. Macrina, María, Agripina, Catalina de Medicis, Lucrecia Borgia, Olimpia, Margaret Tatcher, Lorena Bobe, Clitemnestra. Asociación limpita, sencilla y autoexplicativa. Entre mamá y María deben haber empujado a Sarita Cuesta al vacío, dado el alto grado de virulencia de ambos caracteres, cada una a su manera. Hay gente violenta por comisión pero también la hay muy violenta por omisión. Que son los que después salvan el escollo con el yo-ya-lo-había-pensado o vistes-yo-ya-se-lo-dije-tantas-veces… Porque Cuesta —el marido de Sarita y padre de Beatriz y Yolanda— sería todo lo que decían que era, incluso la finada Sarita, pero todas coincidían en que era pintón y buen mozo y en el fondo secretamente se lo codiciaban y la envidiaban. Es probable que la inocente Sarita desconociera las virtudes del ajo y la ruda macho. ▮

[GE; *Zapping*]

Daniel Sánchez

Modelo A 11884

Acta número Doscientos cuarenta y uno

En la Ciudad de Rosario Departamento del mismo nombre Provincia de Santa Fe, el día veintinueve de Abril de mil novecientos treinta y cinco a las diez y siete hora s Ante mí José A. Guerra, Segundo Jefe encargado del Registro del Estado Civil, se presentó Don Gregorio Beltrán Echeverría, domiciliado en calle Gálvez mil ciento cincuenta de treinta y un años de edad, de estado casado de nacionalidad argentino de profesión Empleado vecino de esta Ciudad declarando Que en su domicilio el día veintiuno del mes de la fecha a las seis y cinco hora o nació un niño de color que es hijo legítimo suyo y de su esposa, Doña Victoria Atenea Vidal, española de veintisiete años de edad

Que es nieto por línea paterna, de Gregorio Echeverría y de Josefa Militich

y por línea materna, de Andrés Vidal y de Macrina Iglesias

y que al expresado niño se le ha puesto el nombre de Gregorio Andrés Declaró además

Todo lo cual presenciaron como testigos Don Ambrosio Montani de cincuenta y cinco años de edad, de estado casado de nacionalidad argentino de profesión Empleado y domiciliado en calle Sarmiento 2107 y Don César Pamunno de veinticinco años de edad, de estado soltero de nacionalidad argentino de profesión Empleado y domiciliado en calle Entre Ríos 2258

Leída el acta, se ratificó en su contenido, firmándola conmigo los testigos y el declarante

G. Echeverría   A. Montani   C. Pamunno

G. Manaughella Sec.

Acta de nacimiento de Gregorio Andrés Echeverría Vidal, Rosario 21 de abril de 1935.



Gregorio Echeverría en brazos de su abuela paterna, Josefa Militich. Rosario, mayo de 1935.

§

Conviene aclarar que cuando nací, el Italia era el hotel más lujoso de Rosario. En cambio el Italiano no pasaba de la modesta elite de hospitales de medio pelo para gentes de medio pelo. Como el Centenario, el Carrasco o el de Niños. Nada que ver por cierto con el Covadonga o el Plaza o el Americano, que fueron a una misma vez cuna de gobernadores y sepultura de tantos pacientes que acudieron allí en busca de cumplir una última esperanza. Y no salieron defraudados. Hasta descubrieron, sin pensarlo, que / *allegados* (en la muerte*) son iguales / los que viven por sus manos y los ricos*. Estaban muertos cuando llegaron a este entendimiento, pero no todo sale en la vida como uno se lo propone. De mi vieja, por otra parte, no pienso aportar mucho más de lo dicho, porque para entrar en ese territorio tendríamos que hablar de tía Fina y de tía Nita y de abuela Macrina. Entrarían también en la rueda las inyecciones de Cira y los regalos de Herminio. Y hasta la muerte casi solitaria de Cira, custodiada por mamá que empezaba a especializarse en esto de heredar patrimonios desamparados. Las mujeres de la familia en pocas cosas coincidieron en vida, vaya uno a saber si la muerte las habrá amuchado aunque más no sea para sacarse de encima ese frío que dicen que hace allá. No quería que estuvieran pero están. En vida de ellas no pude extirparlas y cicatrizar, tal vez en mi muerte pueda. ¿Cómo hago para sacármelas de encima? Internalizándolas, eso es lo que tiene que hacer, me dice el quía. Piénselo y en la próxima lo discutimos. La de Macrina fue la primera muerte como acontecimiento inevitable y como una experiencia necesaria. Murió cuando empezaban mis lecciones de piano y por entonces yo ni soñaba con la estricnina; cuando ya tenía aprobado el preparatorio y faltaban unos días para los exámenes de primero. Mi vida es una reiteración de exámenes y de abuelas. Pero los parientes —los deudos— son como una segunda piel. Y no precisamente de repuesto por si una quemadura, sino a menudo para socavar y lastimar y destruir lo que en alguna medida obra de ellos propia es. Piel que uno quisiera sacarse de encima aunque sea a mordiscos, aferrándose a aquello de que para lo que son mis parientes, buenos son mis dientes. Pero es cuero, cuero duro. *En casa del cerrajero, entró la serpiente un día / y la insensata mordía / en una lima de acero.* ▮

[GE; *Zapping*]



Rosario, junio de 1935. Abuela Josefa conmigo en brazos.

§

Si bien formalmente mi primer domicilio fue el de calle Gálvez casi esquina Sarmiento, al lado de los Ramírez, no guardo de esa casa el menor recuerdo. Sí tengo presentes a Ángel, Adolfo y Margarita Ramírez. Con el padre de ellos hice mi primera excursión de pesca a los muelles del frigorífico, donde los desperdicios de la matanza mantenían un cebadero. Aunque nadie me aportó precisiones al respecto, yo contaba unas pocas semanas cuando papá se vio envuelto en el escándalo del Banco y mamá huyó —literalmente—a refugiarse conmigo en casa de abuela Macrina en Barrio Parque, donde vivía con tío Pepe y las tías. Es decir que estando mi padre en una situación ambigua, mamá tomó a su vez una determinación ambigua para ir a vivir por un tiempo no establecido y en condiciones asimismo ambiguas a la casa de Barrio Parque. Con el correr del tiempo, se me dieron informaciones ambiguas acerca de una figura paterna ambigua y se realizaron esfuerzos igualmente ambiguos para amoldarme en una estructura familiar incompleta y ambigua. Por otra parte Barrio Parque era un semillero de esta clase de situaciones ambiguas. Aunque debo reconocer que no se hacían nombres para no comprometer honras ajenas y todo se manejaba con apodos y códigos que permitían un fluido manejo de información sin que los dueños del pellejo en llamas advirtieran las obviedades o se vieran en la obligación de darse por aludidos o llamar a los bomberos. Bastaba nombrar a la Cinturita para entender de inmediato que discretamente nos íbamos a referir a la hija menor de los Scaglione, que se apretaba los cinturones a niveles de asfixia para disimular un embarazo ya muy difícil de ocultar y cuya perspectiva más espinosa era el ignorarse la filiación del comitente. Igualmente las Sarmentero (las Peluqueras) ofrecían flancos vulnerables, debido en parte a su profesión que para abuela Macrina era tan poco respetable como la de artista (así en forma bien genérica para que no escapara nadie) o copera o bataclana. O sea unas cualquiera, unas pericas, unas atorrantas, para que nos entendamos. En la misma planilla aparecía también Pilar —la Pili— la hija menor de las catalanas (en realidad no eran catalanas sino asturianas), que seguramente muy aburrida (o muy podrida) de las presiones familiares generadas por la consabida madre gobernanta y viuda, las consabidas hermanas solteronas que poco de bueno les quedaba ya para ofrecer y la consabida hermana mal casada cuyo marido la miraba con ganas, se fue un día con un novio que nadie le conocía y la borraron de los padrones familiares como se limpia una mancha de barro o de café con leche de encima de la alfombra. Igual camino siguió la hija de la señora de Shaw, agreste matrona de raíces anglosajonas por la cual sentía tío Pepe singular admiración y respeto y no era para menos. Pequeña y esmirriada, la rubiecita pecosa tenía el encanto de un personaje de Modigliani y me imagino con qué ansiedad habrá comenzado a disfrutar del aire fresco, porque a los treinta y tantos aún se está a tiempo y como decía tío Pepe nunca es tarde cuando la dicha es buena. Creo que la pecosita se llamaba Iris, aunque puedo estarla confundiendo con Iris Ochoa, que también compartió con Enrique su padre, Gracia su madre y Enriquito su hermano el centro del escenario local a la hora de los escándalos vinculares. Sí, la pecosita era Doris. Al cabo de tanto tiempo, tengo que acudir a algunos artificios para fijar detalles y acontecimientos. En parte porque el Barrio era extenso y su vida social relati-

vamente intensa pese a lo ambigua. Detrás de una foto del 28 de febrero de 1938 dice asalto en casa de los esposos Sánchez, con letra de mamá. Al nombrarlos, recuerdo al señor Sánchez y a una hija —la Morochita— pero me es imposible enfocar el hecho. Yo estoy sentado delante de todo con el disfraz de enanito que tuvo primer premio en el concurso de disfraces del Club Social. ▮

[GE; *Zapping*]



Rosario, Barrio Parque, 21 de agosto de 1935. Abuela Macrina, mi madre y yo.

§

Cada cual se salvó —trató de salvarse— como pudo. Claro, jodido cuando la consciencia te lleva para un lado y los instintos para otro. El abuelo en Bruselas. Tía Joaquina en su salud delicada y una muerte prematura. Tía Ramona en su locura. Hijo, no nombres esa palabra que me da impresión. A tía Carmen le habrá bastado con no parecerse a vos. El camino de tío Manolo fue la garufa, las francesas y esa traicionera enfermedad del pecho. El de mamá pudo haber sido el matrimonio… pero la paraste a tiempo. Tarde pero a tiempo todavía, abuela. A las tías, con la cuestión de que para muestra basta un botón, las encerraste y corriste a todos los posibles pretendientes. Poca cosa, casi nada, pero igual los corriste. Tu única concesión, que yo recuerde, fue aquel comerciante viudo que viajó con ustedes en el Urquiola al regreso de tu cruzada. Le llevaba sus treinta años a tía Fina pero se la comía con los ojos. Y en más de una ocasión comentaste golosamente que era un buen partido. Tía Nita, pobrecita, trató de zafar demorando la lavada de platos y desnudándose para mí. Tía Fina encontró la punta —o toda— en aquel camarote. Y juraría que así murió. Casi todo esto lo tuviste claro, abuela. Tío Pepe… ya sabés… lo que no se nombra no existe. Una estadía cortita en Buenos Aires te debe haber bastado para relojear la situación. Además se venía perfilando desde tu pueblo. Pero claro, en Marín nunca hubo gracias a Dios putas ni maricas ¿no? Aunque hubiera varones que no sabían calzarse las bragas. ¿Qué fue de la vida de aquel Pepiño tan emperifollado y de uñas siempre lustraditas, abuela, el más chico de los Mira, el hermano de Carmiña? Y unas cuantas busconas que les hervía la coña por un hombre, válgame Dios. Te habrás imaginado lo que le podía pasar a Pepe en la mili. Conque seguramente lo arreglaste con un notario. Unos duros y a otra cosa. América daría para todo, llegado el caso. Pero no pudiste con tu consciencia. ¿O con la curiosidad, abuelita? Tu inocencia nada sabía de masturbadores, pederastas, sodomitas ni tortilleras. Apenas algunos cuchicheos por los rincones acerca de adulterios y citas a escondidas y luces rojas en esas callejuelas de puerto que van derecho hacia la perdición. ¿Le preguntaste alguna vez a tu hijo qué le pasaba con las mujeres? Para qué, habiendo tantas en casa ¿no? Los trapos sucios se lavan dentro y con Dios. Que se desahogara el pobre de tanto en vez —si quería— con algún cadete del negocio. ¿Te preguntaste alguna vez en serio, abuela, cómo se arreglan algunos… hombres… para hacer lo que casi todos hacen con una mujer? ¿O es que vos tampoco te acordás (si alguna vez lo supiste) qué es lo que un hombre hace con una mujer? Perdoname, debiera preguntar, Macrina, si te acordás qué es lo que una mujer hace con un hombre. ¿O pensás que el orden de los factores no altera el producto? En este caso no debiera, fijate. Pero sucede. Por aquello de que uno es el multiplicador y otro el multiplicando. O uno el divisor y otro el dividendo. Y hasta uno el educador y otro el educando. ¿Viste cómo va saliendo la cosa, eha? En un idioma sencillo, abuelita, uno que pone y otro que recibe. Uno que entra y otro que lo deja entrar. ¿Te parece interesante discurrir de qué lado estaba tío Pepe? Yo creo que al principio estuvo de tu lado. Y con el tiempo terminó estando del lado de él ¿entendés? Te hizo como pudo un corte de manga. A vos, al abuelo, a Manolo, a las hermanitas. ¿Será verdad, abuelita, que el tío les curtía las corvas? ¿A Victoria también?

Mirá que fue grande tu comprensión y tu paciencia, Macrina. Tanto discurrir, tanto sudarla, para que nadie saliera a buscar a la calle lo que podía conseguir en casa. En la calle solo Dios sabe las cosas que pasan, hijo. En ningún lado vas a estar mejor que en casa. Por eso será que nunca me cayó bien ese hombre. Pero Victoria, la pobre, siempre tonta. Ay, si estos hijos me hicieran caso. Solo Dios sabe lo que una sufre y aprende. Lo mío sí que fue un calvario. El hotel, las niñas, las habladurías por el finado Andrés, Dios me perdone. Las canas al aire de Manolo. Las malas compañías de Pepe. Bueno, algunas miraditas de Vicente. Y una que otra indirecta de los oficiales que venían a casa. Que una no es de madera. Venir a Buenos Aires y encontrarme con aquello. Socios, decía tu tío. ¡Socios! válgame Dios. Aquellas cartas echaban fuego. Una no es de revisar la ropa ni las pertenencias, pero… estaban ahí casi a la vista, vaya. Su querido y Dios me dé paciencia, cuántas tonterías había en aquella correspondencia. La primera que leí por casualidad no parecía tanta cosa. Pero hubo algunas ¡líbreme Dios! que ni rezando un rosario, qué digo un rosario, una novena… después fueron apareciendo los regalitos, las fotos, los llamados a deshora. Pero bien o mal —a pesar tuyo— cada cual hizo lo que pudo. ¿Y Tito, abuelita? Claro, el niño es pequeño aún. No se da cuenta. No entiende. De cualquier manera, tener cuidado. Hay ropa tendida. Y estos niños son el diablo. No debe saber lo del padre. Ni lo de tío Celestino. Menos lo de Pepe. Lo que no se nombra no existe. Para colmo en este barrio no se puede estar en paz. La cinturita de encargue y soltera. La pecosita de Shaw que se va de casa. El doctor del Río enredado con la Coca Gaspary. La más chica de las catalanas se va también con un hombre. Toto Cribioli, el hijo de tus padrinos, se mata en Tucumán por un asunto de mujeres y de plata. Naricita que anda todo el día con chicos y muchachos menores que él. El hermano de las alemanitas también vistiéndose con ropa de sus hermanas. De esto no se debe hablar delante de Tito. Bastante tiene el pobre con la cruz que le dejó el padre. Buenos propósitos, maravilloso, Macrina. Pero para mis quince no me dejaste invitar a María Pasetto, aquella chica de la fábrica de lavarropas. Que yo miraba embelesado y me miraba y se agachaba y dejaba ver unas tetas que se me saltaba el corazón, abuela. Y entre vos y tío Pepe se las ingeniaron para correr a María del Carmen, la vecina de Juan Carlos, casi frente a nosotros por la cortada. Y a Dionisia. A los cinco años ya me sacaron tarjeta roja por jugar al doctor con la nietita de doña Antonia, en el casamiento de uno de los hijos de padrino, ¿te acordás, abuelita? Nadie hablaba de las prohibiciones tribales. Y lo que no se nombra no existe. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



Victoria y Macrina en Barrio Parque, circa 1935.

§

La separación de mis padres antes de empezar yo a gatear, brindaría otro espacio de desahogo familiar, como una suerte de zona de descanso a la que se acudía cuando las tensiones empezaban a resultar insoportables. Pues acerca de la cuestión los cinco caciques cerraban filas para atosigarme de mentiras y evasivas, tu padre murió sin acordarse nunca de nosotros, tu padre era jugador, tu padre fue un cabeza fresca y otras consideraciones exegéticas de parecida índole, todos a una de común acuerdo mientras recuperaban fuerzas para proseguir con sus menudas rencillas diarias por la posesión de cetros y cocardas. Aunque en general, los créditos y tabla general de posiciones otorgaban a abuela Macrina la corona en tejido —a dos y cuatro agujas y a crochet— a mamá el cetro en punto bové y en cortinados y carpetas de trencilla y etami-na, a tía Fina en bordado a mano y a máquina de mantelería y lencería fina y a tía Nita en zurcido y remiendo de la ropa de entrecasa. Tío Pepe se reservaba el rol de árbitro, dada la exigencia de que todo hogar respetable contara con una voz de mando masculina, aunque en algunos casos la masculinidad no fuera más allá de una lengua soez y unas bragas de utilería. ▮

[GE; *Frivolité*, fragmento].



Tito a los 4 meses. Barrio Parque, Rosario agosto de 1935.



Gregorio Andrés Echeverría Vidal, Rosario octubre de 1935. Iniciando a los seis meses de edad su entrenamiento militar como futuro Presidente de la República. A Macrina se le caía la baba.

§

Posiblemente la mejor manera de recorrer mi historia sea comenzando por la historia de ese barrio en el cual para bien o para no sé qué trascurrieron quince años de mi vida. Originariamente se llamó La Vivienda del Trabajador. Un proyecto del Banco Hipotecario para familias de clase media. Todas las construcciones iguales en duplex, con un breve retiro al frente, separado de las veredas por rejas bajas, en lotes de diez varas de frente por unos veinticinco metros de fondo. Había en el trazado muchas mitades de manzana, es decir manzanas de sesenta por ciento veinte metros, permitiendo la existencia de pasajes y cortadas que rompían la monotonía y brindaban una agradable sensación de intimidad informal. Incluso con nombres evocadores e imaginativos, como Las Artes, Las Ciencias, La Paz, Primavera, Verano o Lucía Miranda. Con los años el Barrio fue creciendo, así como supongo paralelamente crecieron las aspiraciones sociales de sus habitantes. Al punto que en algún momento de su historia, dejó de ser el proletario La Vivienda del Trabajador para asumir el más apuesto nombre de Barrio Parque. No sería extraño tampoco que el nombre real fuera Barrio Parque la Vivienda del Trabajador y los vecinos se hubieran quedado —como sucede con los dobles apellidos cuando solo uno es el que aporta lustre— con lo más significativo. Y era un barrio significativo, vaya si lo era. Todas la casas de ladrillo. ▮

[GE; *Zapping*]


Victoria, Gregorio y Macrina / Barrio Parque 1935

§

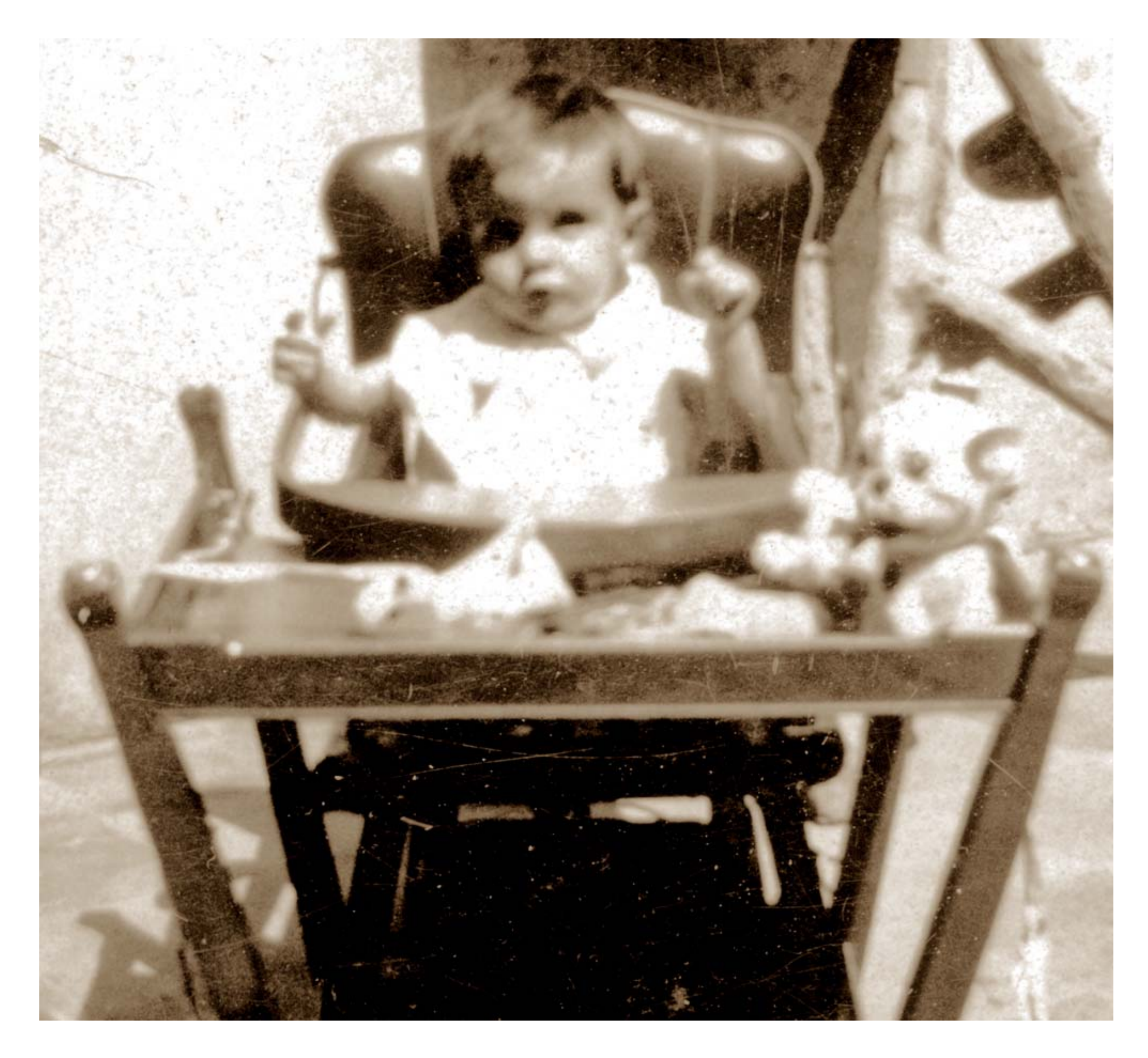
Nunca sentí mayor apego por los ladrillos. Comunes o de media vista. Ni en sus formas genéricas; cascote, adoquín, terrones de tosca… Por mis seis o siete años, la pelota de papel de diario y guijarros apretujada con piolín (el mismo que usaba para los barriletes), una piedra —ladrillo prehistórico— asomando sobre la tierra de la vereda y un puntapie con mala suerte terminaron en mis incisivos colgando, la boca ensangrentada y un mar de lágrimas, esperando que el doctor Rivas— buen picaflor según la puntuación que le dieran mamá y las tías, que venían a ser como la Academia de Hollywood— me los terminara de extraer. Unos años después, regresando a casa a la salida del Normal, medio ladrillo arrojado hacia arriba y el grito de guarda-el-ladrillo sirvieron para apartar con prudencia a mis acompañantes. No para evitar el encontronazo del proyectil con mi cabezota, porque el orgullo era lo primero y tuve a menos imitarlos. Como la fábula de Pedro Ponce el valeroso y Juan Carranza el prudente. Con el tiempo, ladrillos que fueron muro, prisión y límite. Mucho antes, incluso, de auscultar las premoniciones de Pink Floyd o de intercalar en un poema mi propio muro en aquel verso de la geometría dura del ladrillo.

Acceder —cóncavo el gesto— al horizonte de los nibelungos
en acecho del transustanciado grial
(esa subliminal bien que enceguecedora cuota de libertad)
y tropezar sin moraleja —a destiempo de toda geografía—
con las aristas bruscas del ladrillo.
Con el ombligo inculto de la isla.

Antes asimismo de toser bajo las bocanadas de fuego en medio de aquellas ruinas circulares de Borges, acosado por el calor de mis fantasmas privados y el recinto de ladrillo o de sillares de piedra. Ladrillo infinito e imperturbable de un laberinto que yo soñaba laberinto al galope de unas pezuñas resignadas y el redoble de una espada que refulgía desde el antebrazo de Teseo hasta el zenit del ocaso tras el hyperion de Cnosos. En cambio, me encantaban los ladrillos de juguete. Los pequeños prismas de goma, de madera o de plástico llenaron muchas horas de mi infancia y adolescencia, más allá de sobre nombres comerciales como Mis ladrillos o Rasti o Lego. Más allá de todos los chivos. Los ladrillos de fantasía, en esos casos, se habían convertido en paredes también de pacotilla y estas en corrales, fuertes, establos, ranchos, chalets y torres de apartamentos. Que hasta casi me realizaron en alguna ológrafa vocación de arquitecto o ingeniero. En cada hilada de neuronas resonaba dentro de mi cabezota la sentencia sin apelación de abuela Macrina: la tierra y los ladrillos es lo único que vale ¡eh!… Las canchas de tenis que enmarcaban el apartado rincón de margaritas y gladiolos testigos de mis primeros inocentes amores, eran de polvo de ladrillo. Hasta llegué a pensar en los millones de ladrillos que los mandarines y emperadores habrían dispuesto para la construcción de la Gran Muralla. Para unir ladrillos se requerían albañiles. Maçons. Maestros albañiles. Maestres de la masonería. Los constructores de las catedrales.

Pero las catedrales eran de piedra. Mármoles de Carrara. Pórfidos de Canterbury. Granitos de Reims. Dolomitas de Trieste. Basaltos de Crimea. Abandonarás a tus hijos y a tus padres. Te despedirás de tu esposa, pagarás tus impuestos y liberarás a tus esclavos. Pero conservarás y preservarás y defenderás tu ganado, tus tierras y tu casa. Porque volverás al polvo y serás polvo pero bajo tus ladrillos y tu techo serán salvos tu mujer y tus padres y tus hijos y tus recuerdos. Polvo de ladrillo fino pegado a mis zapatillas de basquet, metido en mis ojos y en mis poros en un amasijo de sudor y de lágrimas remezclando la cara de Rosarito con las manos de Cecilia y los ojazos negros de Marta con los senos esquivos de Ana María. Entre santa y santo, pared de cal y canto… aforismo-consejo que soltaba con picardía doña Elisa cuando veía subir las temperaturas… si al menos fuera el abombado de mi nieto pobre… Mitades y cuartos de ladrillo de Chacabuco con tejuelas de Arequito y lajas de San Luis y canto rodado de Río Segundo y piedra pómez del Lanín y arena gruesa de mi puerto de Santa Fe, secuestrada y acarreada en el vientre de las chatas oxidadas de Cassanello. Más la cal de mis primeras ansiedades. Más el agua de mis primeras lágrimas. Más el sudor de mis primeros exámenes. Más la grappa o la ginebra de mis primeras borracheras. Más la lejía de mis primeras mentiras y las primeras deserciones. Y amasando y amasando y amasando con las manos y con el alma, estirando y traspirando para no atormentar la siesta interminable de la abuela. Estaba muy pálida y muy quieta, toda llena de silencio y de puntillas. La estricnina no está pensada con elegancia. De modo que tuvieron que componerla bastante con puntillas y cosméticos. También ladrillos que tirábamos a los cosacos de la montada en aquella toma de escuelas y facultades porque si libres o porque si laicos. Y bolitas bajo las patas de los matungos. Si no me traiciona la memoria. Ladrillos verdosos de musgo del estanque donde navegaba mi barquita de papel hecha con hojas de periódico. *Barquitos*. Mi libro de lectura de primero superior. Y la pobre tortuga que trajimos una tarde de la laguna Setúbal. Junto a la cual me perdía en la contemplación de Rebeca en la mano de Nilda y mi mano y la de Nilda sosteniendo la pica y el gorro frigio y el remanso de sus ojos mitológicos y el torbellino de mis insaciables ahogos. ▮

[GE; *Zapping*]



Gregorio Echeverría, Rosario febrero de 1936.

§

Pensar en tío Pepe amenazando por teléfono a papá es evocar El Chacho. Aquel teléfono negro de pie. Un negro que el roce de las manos había descascarado en parte, dejando traslucir el bronce de la base. Que lucía en el centro del disco un número escrito con la letra firme y voluntariosa de tío Pepe. 20030. Un número de la Unión Telefónica de Rosario que seguramente figuraba en guía. Una guía también ajada y prematuramente envejecida por reiterados manoseos.

Otros manoseos, llegado el caso, se asocian en la memoria de Tito a ese entorno telefónico. Este teléfono vivía sobre un escritorio de roble plantado en el rincón del negocio opuesto a la ochava. Contra una pared que daba al patio. Y en la cual —al llegar el renacimiento— se practicó una puerta para comunicar con el living. El living que Bonivardo había hecho brotar en medio del patio. Era un escritorio sólido. La enormidad de papeles y talonarios apretujados en sus diez cajones (más el central) lo hacían inamovible, en todo el valor del término. Incluyendo por supuesto lo estacionado encima, que avizoro con cierta dificultad. Con seguridad, una prensa de fundición, de las que se usaban para los libros copiativos. Las pilas de libretas con tapa de hule negro, con las cuentas corrientes de los clientes de fiado. Algún libro borrador o diario. Un mundo ciertamente vedado a mi curiosidad. Y una silla con asiento de esterilla —había varias en casa— proveniente, creo, de algunas incursiones comerciales anteriores. Tal vez de Buenos Aires, del café y bar que tenían en sociedad con Carballo. Sentado pues en esa silla —tal vez de pie, dado su carácter ferviente— me lo imagino rechazando y amenazando a papá. Y en un flanco débil, pues supongo una situación de libertad bajo fianza o algo parecido. Pregúntale a tu madre cómo fueron las cosas. Mamita no sabe, no contesta. Ya sabes, hija, tu marido —ese hombre— o nosotros.

Argumentos, por desgracia, no faltaban. En realidad estoy seguro de que sobraban. La ley siempre tiene aceitados sus mecanismos llegado el caso. La de las tablas o la de papel maché. *Dura lex sed lex*. Mire dónde viene a aparecer una locución latina, salida de aquel librito de ayuda para palabras cruzadas. Era formidable, una edición trucha pero efectiva. Mis primeras escaramuzas con las cruzadas surgieron hojeando La Capital. En ese diario grandote —como La Prensa, que también se recibía— tropecé con el ajedrez, la filatelia y las palabras cruzadas. Antes de ir a la escuela o en los primeros grados. Para tío Pepe era chino básico. Para Tito también, aunque a fuerza de meterse en el asunto diera la impresión de moverse en terreno conocido. Debió pasar mucho, mucho tiempo, para que Gregorio comprendiera que las palabras cruzadas son una de las tantas mistificaciones de esta sociedad que pretende bañarse en cultura sin demasiado esfuerzo. Ejemplos abundan. Selecciones del Reader's Digest. Las conferencias. Los fascículos. Los resúmenes Lerú (¿Leroux?). Tío Pepe chocho. Abuela Macrina ni a favor ni en contra. Hasta que un día apareció uno de los viajantes con el librito de tapas naranja. *Cómo resolver palabras cruzadas*. Eureka. Tito empezaba a tocar el cielo con las manos. Dios del sol entre los antiguos egipcios. Roturar la tierra con el arado. Satélite de la tierra.

Pronombre personal. Hijo de Noe. Imposible saber si esas cruzadas fueron un freno al conocimiento. O un puente. *Puentes de la memoria*, doctor. Tal vez hayan sido la primera espina, la primigenia picazón, el primer motor… jajajj… No sos adivino, pero quizás te gustaría ser divino. Eso me lo soltó Carlos una tarde tormentosa de terapia en el Manuela Pedrazza ¿se acuerda?

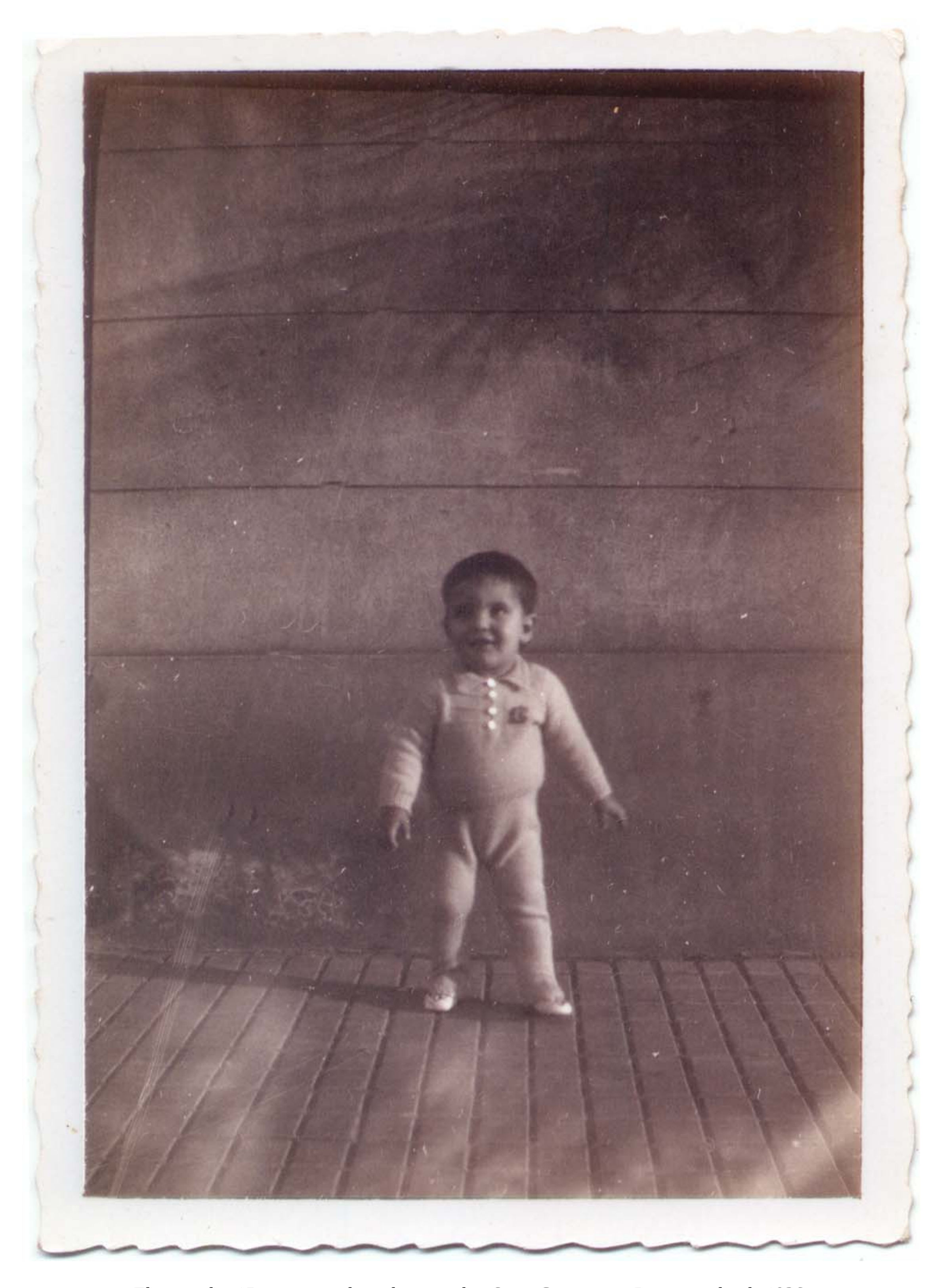
Pero abuela Macrina te tenía calado y fichado. Ella es la que aceptó majestuosamente la obsecuencia de aquel sombrerero cerca del viejo mercado. Este chico tiene cabeza de ministro, señora. Tal vez allá estuvieron las raíces. El Big Bang. Los primeros balbuceos. Las cosquillas necesarias. En tus palabras cruzadas quiero decir. ¿Acaso te pusiste a pensar en serio de dónde arrancan tus poemas, *Alejandro Magno*… *Morir en Babylonia*… aquel cuento *Forever and never*…? ¿O esos apuntes eternamente inconclusos de *Bajo la noche indiana*…? Porque todos tus entripados no pudieron disolverse en el aire con una torta de chocolate. Fuiste alguna vez Némesis pero no sos Mandrake. Seguís escribiendo y corrigiendo. Pero ¿qué sentís cuando alguien viene y te dice que no todo lo real se puede escribir? Touché ¿no?

Al margen de toda la joda de alcaloides y semifusas y autopsias y batutas y Karajan… ¿para quién era esa torta, Gregorio? ¿A quién mataste, quién está sepultado en aquel nicho de aquel cementerio que nunca más visitaste después de la última palada de tierra? *Los muertos que vos matáis / gozan de buena salud*… Fue Tito, no Gregorio. Tal vez el doctor Jekyll. Acaso mister Hyde. Alguien derramó el segundo cáliz. Alguien rompió el séptimo sello. Alguien que no sería precisamente un ángel. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



1-Cira Muñoz, 2-Josefina, 3-Pepe Muñoz, 4-Gregorio, 5-D^{n} Pablo Cribioli, 6-Macrina, 7-Carlos Rossia, 8-Anita Rossia, 9-Juanita, 10-Pepe, 11-Mary Juaristi, 12-Yolanda González, 13-Tito Cribioli, 14-Chocha Nogara, 15-Lita Nogara, 16-Polo Nogara, 17-Toto Cribioli, 18-Nelly Arza, 19-Juan Capella, 20-Tuto Cribioli, 21-Alfredo Capella, 22-Pichona Arza, 23-Dora Juaristi, 24- Cleopatra González.



El nene a los 15 meses, con letra de mi madre. O sea Gregorio en Rosario, julio de 1936.



Barrio Parque, 21 de abril de 1937. José Vidal, Macrina Iglesias, Toto Cribioli, doña Emma Marengone, Tito y don Pablo Cribioli; Gregorio, Victoria, Josefinay Juanita Vidal; Juan Casella y Emilio Guerrero.

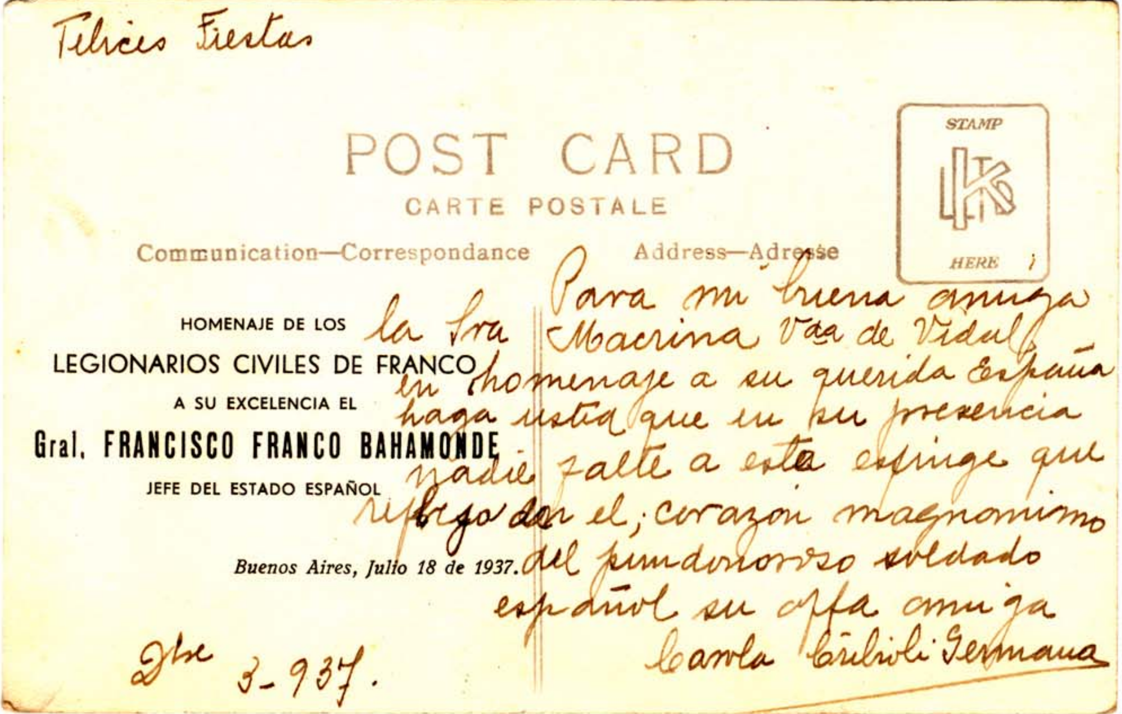




José Vidal con Cira Pérez, Rosario 21 de abril de 1937.







Felices Fiestas

POST CARD
CARTE POSTALE

Communication—Correspondance

Address—Adresse

STAMP HERE

HOMENAJE DE LOS
LEGIONARIOS CIVILES DE FRANCO
A SU EXCELENCIA EL
Gral. FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE
JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL

Buenos Aires, Julio 18 de 1937.

Para mi buena amiga la Sra Macrina Vda de Vidal en homenaje a su querida España haga usted que en su presencia nadie falte a esta esfinge que refleja con el corazon magnanimo del pundonoroso soldado español su affa amiga Carola Cribioli Germana

Dbre 3-937.

Izquierda: postal con la efigie del mismísimo. Derecha: Carola Cribioli Germana, hermana de mi padrino don Pablo Cribioli. Abajo: dorso de la misma postal, con una explícita dedicatoria. Para mi buena amiga Macrina Vda. de Vidal, en homenaje a su querida España haga usted que en su presencia nadie falte a esta esfinge [sic] que refleja con el corazón magnánimo del pundonoroso soldado español su affa amiga Carola Cribioli Germana. 3 de diciembre de 1937.

(El 13 de agosto la milicia franquista había asesinado a Federico García Lorca en un barraco a las afuera de Viznar).

Morir en Granada

Mi primer luto fue por Federico allá donde los rojos
allá donde Granada que no era la de Pablo pero qué le importaba
la muerte y la censura tampoco eran España
el tiempo tan redondo / regresaban los godos morían los gitanos
Torres Heredia Antonio estirpe de los camborios
poco entendía entonces con mis dos o tres años las cintas
engomadas las franjas la censura qué sería esa historia
unas noticias a media voz algún papel con los oscuros lutos
las lágrimas calladas y los silencios largos
qué será la falange qué son los requetés quién será ese caudillo
dónde queda Guernica / de dónde salen tantos Pablos
todos desnudos todos mal armados todos a lomo de caballo
y mula por el camino hacia Damasco
todo pasó en España — yo me quedé en Rosario sin España
y sin padre— después solo silencios ni siquiera las cartas
al tiempo conferencias de palabras difíciles y de nombres extraños
la España del exilio sin toros ni olivares con exiliados pálidos
y emilios castelares (pensándolo al momento como si fuera entonces
en verdad ni sabía dónde quedaba España)
todos marchaban mudos entre negros tricornios
hacia una silla eléctrica hacia la guillotina el potro… o el garrote
hacia esos ojos negros de fusiles hambrientos
porque eres culpable / debes de ser culpable / en algo habrás andado
han matado a tu amigo por algo lo han matado
amigo Torquemada (ningún juez es amigo) amigo digo y pienso
porque acabas conmigo / porque yo fui testigo porque llega
el castigo porque soy su enemigo y él será mi enemigo
y dictará sentencias y acabará conmigo / para que jure y diga
para que firme y muera y para que escarmienten los poetas
y mueran los testigos / lo que no fue no existe / por eso
ni los nombro por eso los desvisto / desnudo te arrojaron
al osario tras el ladrido del último disparo por el generalísimo
y España / porque dan los cojones / vamos si duele todavía
medio siglo bien largo y aún sangran a bordo del Genil
y de los olivares tus heridas.

Fue la inocencia nuestra la que murió en Granada. ▮

El Talar, mayo de 1998

§

Debí preguntarle a mi madre cómo era yo, quién era mi rostro porque en aquella casa pocas cosas eran mías y hasta los espejos estaban preparados para rostros adultos y tallas inalcanzables ni siquiera trepándome a banquitos que de todos modos bien me servían para otros menesteres inconfesables. Digo inconfesables a sabiendas de haberle ocultado al padre Sancho unas maniobras sobre la banderola del baño y esas pequeñas herejías que suelen trascurrir al silencio culposo de la siesta. Tío Pepe era en su papel de corifeo el encargado de resumir las conclusiones de la magistratura y las sentencias del clan. Ni los calzoncillos que llevas puestos son tuyos. ¿Dónde está papá? En el cielo. Respuesta indirecta para una pregunta muy directa. Un niño de escasa edad vuelve una y otra vez a esa pregunta. Madre, abuela materna y tíos maternos acuden una y otra vez a la misma respuesta. Mamita, todos los chicos tienen papá. Tú también querido. ¿Y dónde está? En el cielo. El niño mira hacia el cielo. Ve nubes, pájaros y aeroplanos. ¿Quién vive en el cielo? Papá del Cielo, hijito. Los días de tormenta no mira al cielo. Lo asustan los relámpagos y los truenos. Papá del Cielo está enojado, le cuenta entonces mamá. Algún chico se ha portado mal. ¿Por qué no vemos a Papá del Cielo? A Papá del Cielo solamente lo pueden ver los ángeles. ¿Qué son los ángeles, mamita? Mamá sonríe con paciencia y le muestra bellas figuras de rizos rubios y alas doradas en un libro de Constancio Vigil. De veras son muy hermosos esos angelitos. Nunca pude ver un ángel. Es que viven metidos entre las nubes. ¿A dónde van cuando no hay nubes? Siempre hay nubes, el cielo está lleno de nubes, pero el viento las empuja de un lugar a otro. Algunos días las puedes ver y otros días no. Ah. Podemos escribirle a Secundina o a la señora Nieves a ver si fueron para España. No hijito, cuando esa carta llegue a España ya las nubes pueden estar en la China o en Méjico. Me gusta ese cantito *En un bosque de la China* que tocas en el piano, mamita. También tengo en el álbum de música un corrido mejicano. Si te portas bien te voy a enseñar la letra. Mamita le cantó *Ay Jalisco no te rajes!…* y el niño supo de charros y de Pedro Vargas y de la Doña y con el tiempo también supo de mariachi y de tequila y mucho más tarde de peyote y mescalina. Pero a qué ir tan lejos si la primera vez que me pescaron fumando ardió Troya. Una ciudad previamente condenada por la ceguera de Agamenón aunque nadie podrá jamás jurar si fue por esa ceguera o también la ceguera era parte del feroz decreto de Clitemnestra en procura de acortar los tiempos y alargar las distancias. Decreto que con el tiempo me alcanzaría condenándome si no a la ceguera al menos a una dependencia hostil respecto de anteojos que me parecieron siempre como la evidencia del castigo por mirar lo que no debía mirar y extrapolando el razonamiento estar seguro con aterradora certeza de que con el tiempo habría de perder las manos que tocaban lo intocable y mi lengua que abuela prometía cortar para echársela a los perros y casi con seguridad mi pobre pene que nadie en la familia llamaba de ese modo pero sobre el cual convergían miradas, alusiones, amenazas, caricias y ansiedades de tal modo mezcladas que me generaron un terror precoz a tijeras, alicates, podadoras y demás herramientas de castración. ▮

[GE; *Zapping*]



Buenos Aires 31 de octubre de 1937, calle Humboldt. Gerardo (Maravillas) Silva, Manuela, Armonía, Victoria, abuela Macrina y Tito.



Barrio Parque, Rosario 6 de enero de 1938, mañana de Reyes. Tito sentado sobre el automóvil rojo, aporte de Herminio Pérez.



Josefina y Victoria Vidal, Tito, Amalia Ohmé, ¿María Amanda Forest?, Juanita Vidal y ¿…?.
Arriba: XX, Emilio Guerrero, XX y Juan Guerrero (h).





Tito en la casa de Barrio Parque, Rosario 6 de marzo de 1939.



Gregorio Echeverría, 14 de octubre de 1940. Comenzada ya la Segunda Guerra Mundial.



Rosedal del Parque Independencia. Rosario 15 de mayo de 1938. Juanita, Macrina, Tito, Victoria y Josefina.

§

Los veranos y los inviernos iban pasando en avenida Francia. Barrio Parque tejía sus historias menudas de amor y de muerte. ¿De qué otra cosa podían ocuparse las personas? Digo antes de los folletines. De las novelitas por entregas. De las truculencias de LT-3 o de LT-9 o Radio El Mundo. Tía Nita prefería Splendid. Le encantaba contar episodios de esos dramones entre rosaditos y violentos. Mamá o tía Fina se perdían algún capítulo y no era cosa de cortar el hilo. Sobre todo contar con detalles vívidos la última escena. Y cuando había cautivado la atención del auditorio desembocaba en un cortante "… y quedó en eso…" Tal vez, abuela, nunca te hayas puesto a pensar en que la vida de nuestra familia siempre "quedó en eso…" ¿Qué dice este niño, Victoria? Sácalo un poco de casa, todo el día debajo de las polleras. Y sí, abuelita y no te cuento las cosas que uno puede encontrar debajo de una pollera. Una piel temblorosa y calentita. Un vello muy suave que se estremece y te hace casi cosquillas en los dedos. Una necesidad de seguir subiendo y subiendo. Hasta dónde abuelita. Posiblemente hasta el cielo. Pero el cielo hay que merecerlo. Hay que pelearlo y ganarlo, hijo. Puede ser que para entonces esa y muchas otras cuestiones empezaran a complicarle la vida a Tito. Tal vez allí estaban los albores de su fascinación por los radicales metoxilados y los derivados racémicos. Este chico tiene una cabeza de ministro, señora. Lástima que los ministros no saben nada de química, abuela. Los forenses casi nada tampoco. Por suerte. Porque para merecer ese cielo que vos te imaginabas poblado de angelitos tapados y asexuados había que sudarla. Digo estudiar y ser aplicado y fijarse incluso dónde se ponían las manos mientras uno dormía. Todo tiene su precio, abuela. Los varones y las mujeres de la familia lo supieron bien siempre. Y así vivieron (y murieron) juntando monedita tras monedita para pagarlo. Para pagártelo, porque vos eras —entre otras cosas— la recaudadora de impuestos. La vieja hucha. Nada tonta, abuela. Todo el poder y la manija empezaron siempre por lo económico. Aunque tío Pepe te robó a lo grande. El negocio no le iba tan mal, a pesar de lo caro de los cadetes y algún otro amiguito de ocasión. Pero en esa caja nadie metía los dedos. No vos al menos. Este hijo no sentará nunca el juicio. No deja títere con cabeza. Me imagino que querías decir que al tío Pepe le faltaban caramelos en el frasco, abuela. No lo creo. Salvo los que yo me servía en las horas de la siesta. Suizos, rellenos, de leche, de fruta, amaretti, de coco, de menta, de frambuesa… nombres exóticos. Que con el tiempo se fueron hermanando con el nombre de licores que vivían sobre los estantes alejados. Anís 8 Hermanos. Caña quemada Mariposa. Aguardiente El Chango. Caña paraguaya Aristócrata. ¡Ginebra! En esos años terminaba la guerra (¿cuál guerra?) y la radio también hablaba de Ginebra y de unos derechos y de unos presos. Bueno, en realidad no fueron solo caramelos. Bombones si cuadraba, tema mucho más espinoso, porque tío Pepe guardaba aquellas cajas en la heladera. Y las puertas de la Westinghouse eran bochincheras. Pero no siempre el diablo sabe por viejo. A veces sabe por diablo nomás. Hicieron ruido hasta que les puse aceite del que usaba tía Fina para la máquina Singer. Igual no se podía cosechar de golpe, porque una o dos veces por semana las abría encima del mostrador. Juntaba en una sola los restos de las que se iban terminando. Los contaba mentalmente, a bulto. Y todo de vuelta a la hela-

dera. Y también la fruta abrillantada y los orejones. Y las galletitas rellenas. Aquellas tetitas de chocolate henchidas de una crema suave y dulce. Hasta el pezón formado tenían. Tito no llegaría a probar una teta en su vida. Eso le estaba reservado recién a Gregorio. Se mira y no se toca, hijo. Tantas veces soñaste con esas tetas tensas y melancólicas de las tías. Hasta conocer su temperatura y su suavidad y el sabor de los pezones violáceos y aquellas aureolas turbadoras. Las barras de chocolate eran un botín de privilegio. Jamás me hubiera atrevido con media libra, pero tío Pepe vendía también por barrita y siempre había paquetes empezados. Eso sí, había que encerrarse en el baño para comerlas, sin hacer ruido. O en mi cuarto, a la siesta. Aquellas siestas estuvieron pobladas de toda clase de delicias. Uno se encerraba en el baño para todo lo que valiera la pena. Años más tarde serían mis primeros cigarrillos. Tío Pepe los guardaba en un comienzo debajo del mostrador. Después hubo una repisa donde estaban más a la vista… y era más peligroso. Victoria —mamá— se quedaba con el producido de sus labores. Tía Fina también. A mamá se lo perdonabas, porque era para el niño. O sea para la casa cuna. Y a tía Fina, de tanto en tanto, le pasabas el platito. Mejor dicho, se lo pasaba tío Pepe, instigado por vos. Para algún impuesto. Para alguna factura de luz. Y aquellos reclamos de tío Pepe siempre originaban rencillas que tía Fina tejía y destejía a escondidas con tía Nita, que para eso eran mellizas. Es decir gemelas, como apuntabas invariablemente. Para resaltar que eran tan pero tan iguales en todo. Menos en inteligencia, claro. Pobre Nita. No llegaste a heredar la inteligencia de tu madre. Pero para saldar tus ínfimas deudas con el placer creo que te alcanzaba.



[GE; *Abuela Macrina*]



21 de abril 1939. Juanita, Herminio Pérez, Victoria, Dn. Pablo Cribioli, Gregorio, Macrina, Dª Emma Marengone, Pepe, Josefina y Toto Cribioli.



Las quimeras militares de abuela Macrina se proyectan -peligrosas- sobre el futuro de un Tito que aún no ha empezado a ser Gregorio. Un hombre sin uniforme no es más que un montón de huesos y pellejo.

§

Esos uniformes blancos, esos botones dorados, esas gorras, esos pantalones que las rayas cortaban la mano. Los guantes impecables. Y ese donaire, esos modales. Ay, Macrina, quién te diera volver a aquellos años. La verdad es que a mí no siempre me pusiste los tapones, abuelita. Por lo menos en el momento que me hubiera dolido. Pasó tanto tiempo hasta que la madeja se fue desenredando. Fue todo tan bien pensado, tan sencillo, abuela. ¿Qué vas a ser cuando seas grande, Titito? Cadete de la marina. Ingeniero naval. ¿De qué lo disfrazamos al nene para estos carnavales? De cadete quedaría tan guapo… ¿Qué decía la cinta de la gorra de aquel trajecito marinero de pantalones largos, que te compramos en Gath&Chaves para los cinco años? Creo que Fragata 25 de Mayo, abuela… ¿Y aquel otro trajecito blanco de pantalón corto, con vivos azules y rojos y cinturón con hebilla, de tres o cuatro años? Hasta me regalaron un velero. Es decir, me lo trajeron los Reyes. Tres por lo menos recuerdo, abuelita. Uno de casco chico, de tres o cuatro palos y muchas velas. Debió ser regalo de Herminio o de los padrinos. Tito recién empezaba a caminar. Unos años después un yate bastante grande. Y para cuando fuimos a Montevideo aquel enorme velero con mi nombre bordado por tía Fina sobre la vela mayor. Con esas letras chinas que le salían tan lindas. Y sí, abuela, entre marinos y fragatas y veleros y bordados. Marineros de agua dulce. Fragatas que nunca se desprendieron del costado del muelle. Veleros que se fueron volando entre suspiros y canciones. *Tengo yo un barco velero / en el puerto de Almería…* Cadete de la marina. Buen ojo, abuela, buen ojo. Este chico tiene cabeza de ministro, señora. Eso te dijo aquel sombrerero cerca del mercado ¿te acordás? Cuando andábamos buscando una gorra para mi traje de cazador. Sería seguramente de ministro de marina. No me di cuenta de preguntarle al señor. Qué impertinencia, hijito. Tienes a quién salir. Y… lo que se hereda no se roba, abuelita. Ingeniero naval además. No vamos a quedarnos cortos, vaya por Dios. Militar, eso ni hablar. La marina mercante es distinta. Como si fuera poca cosa. Míralo a Carocas. Mucho palique. Muchos viajes. Tantos puertos. Pero el pobre tan peteco, medio cacarañado. Y ese barco, el Eolo, siempre a medio pintar, lleno de costrones y de herrumbre. Esas pasarelas embadurnadas de petróleo. La marina de guerra es otra cosa, periquinho. Esos guardiamarinas marchando al compás, un, dos, un, dos, un, dos. Esos bronces. Esos botones de los uniformes. Esas chaquetas sin una arruga, sin una manchita. Y esa finura, hijo. Esos modales tan de palacio. Un encanto, vamos. Pero ahí quedó la cosa, abuela. La sangre nunca llegó al río. ¿Los tapones? Algunos moretones, apenas. Poca cosa, abuela, poca cosa. Media vida por la borda y unos cuantos años de terapia apenas… ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



Rosario, 21 de abril de 1939. Gregorio con sus padrinos, don Pablo Cribioli y doña Emma Marengone.

§

La casa de mis padrinos era un mundo aparte. No había entre nuestra familia y ellos la confianza ni la proximidad que suponen los padrinazgos. Ella era Madrina para mí y doña Emma para el resto. Quiero decir para los Vidal. Y él era naturalmente Padrino para mí y don Pablo para todos los demás. Hombre adusto, difícilmente sonriente, parco. Vinculado, seguramente por su actividad como tintorero —era un franquiciado de Tintorerías A. Pratt & Cia.— con asociaciones importantes. Eso por lo menos me daba la impresión. Solía hablar de una asamblea (creo que alguna vez tales asambleas se realizaban en el mismo local de la tintorería). De ese local recuerdo el piso de madera impecablemente encerado. Elvira lo lavaba una o dos veces en el año con nafta blanca para eliminar la cera y luego con soda cáustica, hasta dejar la madera blanca. Se dejaba orear y secar y recién entonces se volvía a encerar y lustrar. Esta última operación era de la mayor importancia y Elvira se valía de un pesado cepillo de cabo articulado, armado sobre una pieza de fundición con una rótula que permitía cualquier movimiento. Se lanzaba hacia adelante hasta que el peso del artefacto mismo tiraba del brazo casi a dejarlo tieso. Se recogía entonces (a las cinco y seis veces uno ya no daba más) y volvía hacia uno con igual ímpetu, de suerte que era necesario un esfuerzo importante para que no chocara contra los pies, dejando el previsible cardenal. Finalmente se envolvía el mismo cepillo en una enorme franela y se sacaba brillo, a costa de iguales movimientos y desgaste. La limpieza diaria se realizaba con un enorme escobillón —grande y pesado también— con el cual se eliminaban invisibles moléculas de tierra y basura. La cera era

roble oscuro en pasta. A lo largo de una de las paredes —no menos de doce o quince metros— unas estanterías tipo armario eran utilizadas para apilar ropa lavada y planchada, mientras que unos colgadores con capacidad para dos o tres docenas de perchas servían para trajes y pantalones. Estos colgadores eran movibles y se retiraban todos los lunes. A esta operación semanal se la llamaba “repasar”, porque no se eliminaba la cera sino que se pasaba el cepillo con un trapo humedecido supongo que en aguarrás (creo que Elvira lo llamaba trementina) y luego de oreado se daba una mano liviana de cera y el consabido cepillo, a las dos o tres horas. Elvira Echániz era el alma mater de la tintorería. De toda la casa en realidad, porque jamás vi a Madrina ensuciarse las manos en menesteres domésticos. Creo que su ascendencia era de cierto relumbre, según le agradaba referir, y en casa de ellos conocí la ceremonia del té con masas. Tenían días de visita prefijados. Una vez a la semana, jueves o viernes creo. Acudían entonces dos o tres personas —nunca más de seis en todo caso— y se armaba una rueda familiar en una especie de vestíbulo, al costado del local. Los asientos eran sillas de estilo y unas butacas más cómodas, que ocupaban las damas de edad. Recuerdo a la esposa del doctor Dufour y a la viuda del doctor Stentor, ambas apergaminadas y macilentas al mismo tiempo que melifluas y modosas. Y también al doctor Dufour, calvo y de aire absolutamente respetable de quien recupero puntualmente sus botines marrones con polainas blancas y unos quevedos con montura de oro. Alguna vez una de las nueras (la mujer de Tuto nunca fue recibida en aquella casa). En una mesita baja vivía un juego de bronce muy extraño, que era mi obsesión. Se componía —creo— de un par de ceniceros, dos cápsulas cuyo uso desconocía, la correspondiente bandeja y un poliedro de ónix, amén de un par de cubiletes también de bronce. Pieza importante que me dejó una mezcla confusa de admiración y miedo era una calavera de loza o porcelana, tocada con una boina que se quitaba como una tapa. Alguno de los muchachos —Alfredo, Juancito, Roberto— disfrutaba colocando en su interior un cabo de vela encendido. Con las luces apagadas, el efecto era impresionante. A lo cual debo agregar que asocié siempre aquella calavera con la cabeza de mi padrino. Oscura premonición acaso, porque a su muerte me permitieron verlo fugazmente. Fue el primer cadáver de mi vida y cerrando hoy los ojos recupero la palidez fría y amarillenta, la barba a medias rasurada, los ojos cerrados y la boca entreabierta, a pesar de un pañuelo que la forzaba. Emmita Echániz, sobrina de Elvira y ahijada de doña Emma, formaba parte de ese grupo familiar, así como Victorio, un hermano de doña Emma. Su apellido paterno era Marengone, por lo que al cabo de los años deduje que Victorio debía ser en realidad Vittorio. Cuando Madrina se ponía en circunstancias, deletreaba clara y completamente sus apellidos, Emma Marengone de Cribioli. Estableciendo convenientemente de qué lado estaba la prosapia y de cuál el peculio. Entreveo otro personaje, perdido en una bruma en la cual pienso que realmente vivía y del cual no alcanzo a rescatar el nombre ni el rostro. Solamente la diluida sensación de una especie de fantasma familiar. Me viene a la memoria el nombre Godofredo. Había un horno de barro donde Vittorio cocinaba pan y en el cual Elvira horneaba un pan dulce estupendo. Todo esto —incluso el cuartucho de Vittorio— en un segundo o tercer patio completamente aislado del resto de la casa. Al tiempo se incorporó otra joven —Julia— también sobrina de Elvira. Y solía verse circunstancialmente a su sobrino Ro-

berto, a quien evoco con ropa de su servicio militar en Saladillo. Elvira solía nombrar Saladillo y Echesortu, lugares que tenían reminiscencias de paisajes inaccesibles y peligrosos. En realidad nada más que barrios suburbanos de Rosario. Pero para mi escala de valores, daba lo mismo que fuera Paraguay o Australia. Una tal Marquesa se ocupaba de vez en cuando de manejar una impresionante plancha de carbón que recién con el tiempo fue reemplazada por una máquina industrial, que me mantenía a prudente distancia con sus resoplidos de vapor y que yo no hubiera vacilado en incluir en la clase de los dragones que desde las páginas de mis libros de hadas me echaban en la cara sus alientos volcánicos y violentos. ▮

Tintorería Cribioli

La busco —inútilmente creo— en las páginas amarillas
no las de la guía de teléfonos claro / las en verdad
amarillentas de memoria / aquellos cartabones
de caligrafía despareja de mi bitácora de infancia / allí
está como entonces / avenida Pellegrini casi llegando
a Paraguay / frente al portal umbrío de los carmelitas
empujo con cuidado una hoja de madera maciza
de la puerta de calle / acaricio al pasar el llamador de bronce
el barniz impecable / aspiro el aire fresco del zaguán
a oscuras repasando la cartografía del silencio / a la derecha
antes de la cancel una oficina —vedada— a la izquierda el salón
de pinotea encerada en roble oscuro / Elvira lo rasquetea
cada setiembre a lejía y viruta hasta alcanzar las vetas olorosas
un mostrador / enfrente la boisserie de casilleros y al acecho
de mi curiosidad —mi miedo— aquellos colgadores erizados
de perchas donde penden decapitados irredentos / ternos
oscuros de casimir y ambos de gabardina junto a sobretodos
de paño forrados con usura / obscenos de vanidad deshabitada
y etiquetas bordadas / otros portando faldas de soirèe o tailleurs
de calle y entre ellas blusas alforzadas / el toque inmaterial
de algunos tules y las gasas / muertos a la espera de las trompetas
a la hora del Juicio allá en el Valle / trasponiendo la cancel
la penumbra de un recibidor empapelado / lumbre de dos tulipas
Tiffany / un juego de piezas enigmáticas —de bronce— el mundo
de don Pablo Cribioli y doña Emma / padrinos de bautismo. ▮

El Talar / 21 de octubre 2006
<< [***Miseria blues*** / Premio Municipal "Felipe Aldana" / Rosario 2007]



Rosario 21 ABR 1939. Gregorio y Macrina Iglesias.

§

Salir de viaje era todo una aventura. Valijas, paquetes, ropa recién lavada. Tía Nita no daba abasto desde dos semanas antes. Con el zurcido, la pileta y la plancha. Sin descuidar las obligaciones diarias en la cocina. Viajaba de ese modo, preparando la ropa de los demás, haciendo el equipaje para los otros. ¿Cuándo me tocará a mí, mujer? Qué quieres tú, Marta Crica. Tú no sabes ni presentarte delante de gente. Nada más hablar cuando no debes y meter la pata. Buena quedaría yo contigo de asistenta. Si apenas sabes leer, mujer. Si no das pie con bola ni con el padrenuestro. Si tú no sales de tus libros de cocina y tus recetas en el Para Ti o en Damas y Damitas. Y allá quedaba la fregona de la casa, la cabeza gacha, rumiando sus desencuentros con vos, con tía Fina ¿no somos mellizas acaso? Con Victoria. Con Pepe. Con sus novelas por LT-3 y por radio El Mundo. ¿Se te ocurrió alguna vez, abuela, que en algún momento de sus días (o de sus noches) ella pudiera ir al encuentro de sus sueños? De qué sueños hablas, capitán. Esta solo sirve para cocinar y fregar la pobre. ¿Cómo terminó ayer Genoveva de Brabante, Nita? Ten cuidado, hija, que no se te vaya la mano en la sal, que Pepe no anda bien del estómago. Arrea, Nita, que esto pica. Mira que a Tito no le conviene el picante. ¿Cuándo vas a hacer una empanada gallega, tía? Unas rosquillas. Unas orejas de carnaval. Pues si no estamos en carnaval, periquín.

Pero a lo mejor no pensabas en las rosquillas ni en Genoveva. Quién sabe qué ángeles —o qué demonios— poblarían tus sueños. Hugo del Carril seguro. Carlos Thompson. López Lagar. O Luis Sandrini. Alguna vez te escuché decir que el Toto era buen mozo. Pablo Juan Cribioli (Pacri) el hijo mayor del padrino, te acordás. Leonardo, uno de los de Fernández también te gustaba. A vos y a tía Fina. Y Enriquito Ochoa. Y Juancito Acosta. Ah, no, ese era el candidato de tu madre. No seas babieca, mujer, yo nunca miré a otro más que a Gregorio. Anda, a mí no me la pegas. Que no le hacías caras al Huguito Marano. Y al hermano de las Juaristi. Y hasta a tu cuñado Guillermo. Y no sé si a Ricardo también. Me tomáis por tonta pero la tonta se fija en todo. Esta es tonta para lo que le conviene.

Sacar las valijas para ventilarlas y llenarlas era una parte jugosa del espectáculo. En la casa de Barrio Parque se amontonaban en el cuarto de arriba, donde yo tenía mi cama y división de por medio mi mesa de trabajo. Allí estaban amontonadas muchas otras cosas. Mi cuna de niño. Baúles. Valijas. La canasta. Sombrereras. En una seria reunión de sobremesa se decidía, en primer lugar, qué se llevaba. A Buenos Aires (mi primera vez, a los dos años) la canasta, la valija grande de cuero y una o dos sombrereras. Un par de años más tarde, cuando fuimos a Alta Gracia, la de cuero chica y la canasta. La segunda vez, cuando viajaste con tía Fina a Cruz del Eje, salió otra vez a relucir una de las sombrereras. Los baúles únicamente en ocasión del viaje a España. Los que más me gustaban, los que se parecían más a los de las historias de piratas, estaban muy arruinados para entonces. Sobre todo el arcón, de tapa curvada, con sus herrajes y sus alfajías en relieve y aquel cuero, madre, aquel cuero envejecido por el agua salada y los soles del

Caribe. El otro era en realidad más de época. Aunque para entonces poco supiera yo de estilos y de historias. Pero era de verdad un recio baúl de madera forrado por fuera en hojalata litografiada. Un fondo muy delicado verde oscuro con detalles chiquititos en rojo y amarillo y unas líneas doradas. Seguramente en baúles como aquel viajaron por los siete mares los apuntes y manuscritos y los especímenes de Darwin, de Humboldt, de Bonpland…

El sofocón no paraba en ir apartando de aquel desorden las valijas y los baúles designados para el caso. Es que adentro había, a su vez, un incontable tesoro, siempre renovado por el asombro y las reminiscencias. Allí convivían en un profuso amontonamiento los libros de vistas de Marín y de Vigo, el volumen carcomido de polilla de *Los hijos desgraciados*. Triste final de lo que fuera en su momento un alegre —lacrimoso— folletín por entregas. Alegre aunque tía Nita se echara a llorar al recordar los truculentos episodios. De un tiempo feliz en que hasta la tragedia era algo de saborear y disfrutar. Paquetes de cartas sujetas con cintas de seda. Atados y atados de sobres, muchos de ellos con la letra menuda de mamá, otros con tu letra algo más desarmada, letra cuidada del abuelo Andrés en unas postales con estampillas raras. France. Republique Française. Postes France. Poste Aeriènne. Belgie. Postales que aún olían a consulado y te ponían tan de mal humor, abuelita. Cintas blancas. Cintas rosas. Cintas negras. Esas venían adjuntas a unos sobres de bordes negros amenazantes. Adentro estampas luctuosas. Tarjetas lúgubres. Lamentamos comunicar el fallecimiento de nuestro querido padre. Tenemos el penoso deber de compartir con vosotros la irreparable pérdida de nuestro hermano. Con todo sentimiento os hacemos saber que mi amado esposo reposa en la paz del Señor. Unas cartulinas amarillentas llenas de orlas negras y de ángeles negros y una fórmula macabra RIP y nombres precedidos de cruces negras. † Manuel Vidal Pena. † Andrés Vidal Castromán. † Manuel Vidal Iglesias. † Vicente Iglesias. † Joaquina Iglesias de Iglesias. † Dña. Josefa Rodríguez Pena. † Juan Rocafort. † Delfina Rocafort. † Celestino Iglesias. † Carmen Iglesias Vda. de Iglesias. † Manuela Rosales Vda. de Iglesias. † sor Felisa de la Ssma. Trinidad. † Jesús Iglesias Iglesias. † Vicente Iglesias Iglesias. † Juanito Iglesias Iglesias. † Eduardo Alonso. † Nieves Fernández Vda. de Alonso. Un cementerio completo dentro de aquellos baúles. Más recortes de las necrológicas de periódicos locales. Más las tarjetas de las misas del primer mes. Acompañarnos a rogar por el alma de nuestro difunto hermano. Por el eterno descanso de mi querido esposo. Por el reposo del alma de nuestro venerado padre. Por la paz eterna de su alma regresada a Tu seno a temprana edad. Por su inefable gozo en Tu Presencia y en Tu luz.

Claro que no todo era funerario en aquel yacimiento. Vistas de Redondela. Caldelas de Tuy. Puente Cesures. Portocelo. Bueu. Cangas. Lugo. Compostela. Cambados. Sanxenxo. Padrón. Y cuántas fotos, abuela. Eduardito de guardiamarina. El casamiento de María Teresa. Eduardo con su traje de gala de oficial. Nieves, casamiento de Ma. Teresa. Marité de año y medio. Pepiño con el uniforme de combate. Amarradero del Almanzor en Ferrol. Pepe y Manolo en San Sebastián. Franco en la cubierta del Almanzor. Una

vieja foto de Ramón Franco en el Plus Ultra. Un desfile de la Falange. Entrada de Franco a Madrid. Franco arengando a las tropas en África. Fotos que se mezclan en la memoria de Tito —de Gregorio— con otras del album familiar que vivían más a mano. De este otro lado de la historia. Fina en la playa de Padrón. Mamá y yo paseando en una barca por la ría. Frente de la fábrica de conservas de primo Juan. Primo Vicente unos meses antes de morir. Nuestra sobrina Maruja. Nuestra sobrina Elena (la Nené y la Beba). Desgraciadamente una lleva el nombre de su madre. Estas francesas, Dios me perdone. Pobre hijo, qué cruz. Qué necesidad, habiendo en el mundo tantas mujeres. Maruja y el marido con los niños en la montaña. La pobre, casi sin medios, con un marido enfermo, allá en medio de los Pirineos. Qué cabeza este hijo. Y la otra, casarse con un inválido de la guerra. Un hombre que en lugar de ayudarla había que cuidarlo a él. Qué poca cabeza, Dios, qué poca cabeza. Menos mal que Tito salió con la cabeza que le faltaba a los otros, abuelita. Victoria, que esta criatura deje de estar escuchando detrás de las puertas. Además no entiende. Ni sabe de lo que se habla. Los niños hablan cuando mean las gallinas. Pero si aquel señor de los sombreros dijo que yo tenía cabeza de ministro, abuela. Haz callar a este chico, Victoria. Sácamelo de delante, me parece estar escuchando a su finado padre. Mamá. Mamá un cuerno, hija. Muerto y sepultado debería estar para ti hace rato. Si serás lela. ¿No tenés por ahí una foto de papito, abuela? Lleva de acá a esta criatura, Victoria, ya dio al traste con la paciencia de toda la familia. Y es grande para andar todo el día debajo de las faldas. Claro, esas fotos no estaban en los baúles. ¿Te acordás qué más había allá arriba? Aquel juguete de marfil con un visor y una cinta de seda que se iba tirando y pasaba vistas. Al acercar el ojo se veía pasar el Tombo, la ría, la playa, las cestas de pescado, una callecita de Marín de arriba, el Colegio de las monjas, como en el cine, una maravilla. Varios abanicos. Una caja de madera con grandes cuentas de colores y unos tubos de cartón con mostacillas y canutillo. Todo para enhebrar collares. Uno o dos mantones. Algunas mantillas, una blanca y las demás negras. Unas peinetas. Agujas de tejer muy gordas, de madera. Agujas de bolillo. Unos pastilleros de metal esmaltado. Varios estuches con anteojos extraños, algunos sin montura, otros sin patillas. Un anteojo de teatro. Unas cortinas bordadas. Una caja de metal con gemelos y broches de corbata. Unas piezas de organdí de un disfraz. Un disfraz completo de enanito. Un par de navajas de afeitar. Varios portarretratos, algunos con fotos. Una raqueta de mimbre que con los años supe que era para sacudir las alfombras. Algunos rosarios. Unas cintas violetas de papel muy dobladas. Tía Nita las estiraba a veces al abrir los baúles. Letras doradas. Tus hijos. Tus hermanos. Tus padres. Familia Rocafort. Eduardo Alonso y Flia. Tu esposa e hijos. Aparecían también en el fondo de uno de los baúles unos maletines de médico que llamaban misteriosamente “el cabá.” Y que sabe Dios cuál sería su ortografía. Un herraje metálico robusto y articulado cerraba la boca. Cada mitad llevaba media manija. Al cerrarse se formaba la manija completa y una pequeña cerradura permitía trabarla, clausurando el maletín. Un par de pasadores completaban la seguridad del artefacto. Es de pensar que ante tanta seguridad, el eventual ladrón optaría por alzarse con todo el aparato.

Por unos días la casa andaba revuelta. Tía Nita dejaba las valijas abiertas sobre la mesa del comedor. En el suelo la canasta y a un costado la sombrerera. O las dos. No importa adónde ni por cuánto tiempo. La cosa era de campanillas. Abajo la ropa grande y más pesada. El calzado. Toallones. Fuiste toda la vida quisquillosa con la ropa de cama. Llevabas siempre uno o dos juegos completos, fueras adonde fueras. Fajas. Corsés. Alguna toquilla. Batones de abrigo. Sacos de pirineo. Todo lo de tocador. Papel y sobres. Los infaltables regalos. Carpetas y más carpetas bordadas por mamá y por tía Fina. Tía Nita iba rellenando los huecos con las cosas más chicas. Medias. Pañuelos. La lencería. Varias pastillas de jabón de tocador para perfumar la ropa. Rizadores. Redecillas para el cabello. Algunos sobres con fotos. A veces un álbum. La vieja Kodak de cajón de tía Fina. Elementos de costura. Una plancha. En fin, Nita controlaba con calma el inventario. Encima de todo siempre una toalla extendida, para proteger la ropa de la tierra del viaje. Y por fin el último capítulo. Cerrar todo. O sea apretar, tirar, cinchar. Las valijas de cuero estaban hechas exprofeso. Gruesas correas. Hebillas robustas. Costuras a prueba de todo. Mamá o tía Fina inevitablemente subidas sobre la tapa. A fuerza de tirar y tirar las hebillas iban cerrando. Los pestillos. Y después las cerraduras. En la canasta viajaba la ropa de verano. Vestidos, polleras y blusas. Eventualmente algún cubrecama liviano, fundas, toallas de hilo. Creo recordar el pasador y los esquineros de bronce. Material sin duda noble, puesto que soportaron muchos viajes, algunos por altamar. La noche anterior llamar un taxi y dejarlo ya comprometido. Cargar todo en el auto, lo cual no era poca cosa. Llegar a la estación. En una época el Central Argentino, 27 de Febrero al fondo. Aquel lindo tren diesel de dos vagones, plateado y blanco antes de Perón. Celeste y blanco después. Sin humo y sin ruido casi. Con poco traqueteo. Después fue Rosario Norte. Más grande, más ruidosa… y bastante más sucia. Aquí sí las locomotoras a carbón. Aquellas maravillas que pasaban por las barreras de La Paz a las once de la noche y hacían las delicias (y el horror) de Tito. Aquellos dinosaurios de hierro. Y era la ceremonia de la despedida en el andén. Las manos levantadas y los pañuelos. Y la leve nostalgia del que se iba. Y los suspiros del que se quedaba. Vos sentada siempre en lugar de privilegio. Lamentando haber delegado —transitoriamente— tu poder. Lamentarlo es una manera de decir. Porque el poder iba siempre donde estuvieras vos. ■

[GE; *Abuela Macrina*]



Gregorio cumple 5 años, 21 de abril de 1940. Emita Echániz, Josefina Vidal, Elvira Echániz, Victoria Vidal, don Pablo Cribioli, Gregorio, Macrina Iglesias, doña Emma Marengone. [¿…?], Juanita y José Vidal.

§

El niño sorbía respuestas y explicaciones con las mismas ansias con que sorbía la sopa de letritas o de municiones finas, provocando el consabido no hagas ruido. La de sémola y la de tapioca no las sorbía sino mojaba sus labios en la cuchara colmada buscando con la mirada contrita un rincón donde escupirlas. Aquellas sopas eran la ordalía por las travesuras cometidas y por cometer, cocimientos repugnantes —casi siempre en leche— bajo la recomendación son para que crezcas. A los siete u ocho años sabía ya que era una inútil expectativa, aferrado sin retroceso al horrible vicio que secaba la médula y dejaba máculas asquerosas en lo blanco del ojo y en la palma de la mano, desterrando cualquier esperanza de alcanzar la talla de una persona normal. Después de la primera comunión, a la angustia del enanismo en ciernes se sumaría la dolorosa exploración de diccionarios y experiencias de la calle en pro de hallar una fórmula potable para el confesonario. ▮

[GE; *Zapping*]



Gregorio 6 años. Josefina, Juanita y Victoria Vidal; Carola Cribioli, doña Emma Marengone, Gregorio, don Pablo Cribioli, Macrina Iglesias, José Vidal y Tito Cribioli.



Gregorio 6 años. Carola y Pablo Cribioli; tío Pepe, mamá. Tito Cribioli, abuela Macrina, Tito, tía Nita, madrina y tía Fina.

§

Me hace notar que Gregorio padre se confunde con Gregorio hijo. Ojalá no hubiera confusiones peores en mi vida, doctor. Es propio de nuestra tradición occidental. Uno con el padre. El padre con el hijo. Y el hijo con el espíritu santo. Tres personas distintas y un solo dios verdadero. Ojalá vos, abuela, no hubieras establecido aquel feroz decreto de silencio. ¿Quién empezó a llamar Tito a Gregorio para que este nombre maldito se borrara de la familia? Mamita no era imaginativa. Jamás hubiera tomado esa inciativa. Nunca —de hecho— la tomó para nada. Salvo los nueve meses de interregno cuando tu viaje. Y después, claro, apenas salimos del cementerio. Mamá jamás lo reconocería. Es cierto que algunas iniciativas menores tomaste, mamita. Empezar a hacer gimnasia en mi cuarto, del otro lado de la división donde yo preparaba los deberes. Las amigas te habrán dicho que te veían gordita ¿no? Y a lo mejor no eras tan insensible a las miradas piadosas y solidarias de los hombres buenos mozos que frecuentaban el entorno. ¿Juancito Acosta te pretendió antes o después de conocer a papá? ¿Y Huguito Marano? ¿Y el relojero de calle Maipú que lo veía siempre a papá? Y no sirve hacer gimnasia con tanta ropa, claro. Las blusas molestan los movimientos. También la faja es un estorbo. Y la combinación. En bombacha y corpiño es mucho más cómodo. Ejercicios de cintura. Uno, dos, tres, cuatro… con los brazos en alto… ocho, siete, seis, cinco… los brazos extendidos al costado… flexiones hacia adelante, hacia atrás… vos estabas segura de que Tito estaba muy entretenido con sus cosas. Que no podían llamarle la atención tus respiraciones acompasadas y profundas. El nene tiene apenas seis años. Todavía no tiene picardía. Y era cierto. Recién a los nueve me sentarías en penitencia para estudiar de memoria las páginas tan desabridas del catecismo y la Teoría de la Música de… ¿Alberto Williams? Hasta entonces Tito fue libre de escuchar primero y de mirar y pensar después. ¿Qué pensaría el nene, entre lección y lección —entre Billiken y Pato Donald— de esa rumorosa actividad de mamita, detrás de un tabique de maderas delgadas y una cortina de crêpe de algodón sedificado? Esa planta alta de la casa era nuestro territorio privado ¿verdad mamá? Frente a mi cuarto estaba el de tío Pepe. Pero tío Pepe estaba todo el día en el negocio. Hasta la siesta dormía abajo, sentado al lado del escritorio. No volvía a su habitación hasta muy tarde. El único intruso podía ser tía Nita, cuando subía a colgar la ropa en la terraza, una o dos veces a la semana. Tal vez por eso te resultara un día tan natural sacarte también el corpiño. Y dejar balancear rítmicamente tus senos generosos al compás de los ejercicios. Uno, dos, tres, cuatro… a veces de espaldas a la división. Otras veces —santo Dios— de frente. Claro que Tito aún no tenía la menor picardía. Y estaba metido en sus cosas. ¿Supiste alguna vez cuáles eran mis cosas, mamá? Total y verdaderamente desnuda, sin ligas y sin medias. Apenas la bombacha. Ocho, siete, seis, cinco… minutos ¿horas? Todos los días. Fuiste siempre metódica, madre. Muchos días… meses… ¿años? No valía la pena dudar de la inocencia del periquinho. Lo vestías y lo desvestías todos los días —parado sobre la cama— y lo bañabas… lo hiciste por lo menos hasta que tomó la comunión ¿no? Nadie podría haberse fijado si vos le levantabas el pito y repasabas con suavidad los huevitos, mamita. Solamente un mal pensado hubiera relacionado mi rubor con el tuyo. A nadie se le hubiera ocurrido que

alguien encontrara placer en esas inocentes actividades. Si a fin de cuentas, vos me diste la teta durante varios meses y todos comentan que nunca quise chupete. Y era perfectamente natural que fueras testigo de mis primeras erecciones. Ni estabas obligada a suponer siquiera que fuiste a través de tus cuidados y de tu gimnasia el sujeto tácito de mis primeros juegos eróticos. Y de mis primeras masturbaciones, a partir de la teoría inteligentemente impartida por aquel puerco de Manuel, el cadete de tío Pepe. Gregorio apenas lo recuerda ya. Tiene razón, doctor Martearena. No toda la realidad se debería escribir. Quizás por eso mismo Gregorio dejará que la memoria de Tito vaya sepultando episodios olvidables. Para qué serviría la buena memoria sino para olvidar. En la memoria de esa memoria —como una memoria de segundo grado— quedarán algunos trazos indelebles. Una mezcla dolorida de verdades y fantasías. Hasta que desaparezca de aquella división de maderas delgadas el rastro del agujerito. Ese leve paso adelante, de la presunción auditiva a la comprobación contemplativa. Pensado previamente a contramano del no puedo y del no debo. Templado a partir de esa perdonable escaramuza en la sesuda elección de la tecnología más accesible… más adecuada… y más disimulada. Para algo sirvieron entonces las frecuentes inspecciones por los cajones del escritorio. Donde —entre tantas otras cosas— habías detectado alguna vez un barrenito de mano. Marcar el lugar exacto prefijado por la orejita del nene pegada días y días al tabique antes de arriesgarse. Aplicar el barreno y darle una, dos, tres vueltas. Contener la respiración ante la caída de las breves virutas. Un polvillo casi que fuiste eliminando con precaución. Cuando la herramienta llegó al otro lado ¡cuidado! Verificar que no saltaran astillas. Que la pintura azul desprendida no denunciara la operación. Un pedacito de papel de lija fina sacado sabe Dios de dónde hizo el resto. Puliendo y repasando, un orificio perfecto. Agrandado solo lo necesario para proveer un campo visual. Diminuto para que mamá no lo descubriera. ¿Verdad que nunca lo sospechaste, mamita? Deslices en la memoria de Tito transformados en fallas atroces en la de Gregorio ¿no? Porque más de una vez, con el correr de los años, una sombra de duda —más científica que moral— jugó con aquellos recuerdos. Y con la inquietud de que la gimnasia de mamá tuvo un antes y un después del agujerito. Y que ese después empezó con un ponerse siempre frente al agujerito a partir de. Y a tomarse las tetas y acariciarlas con visible deleite, con inspiración. Tito helado, hipnotizado ante su primera percepción de aquellos pezones enormes, creciendo bajo la caricia delicada de las manos de mamita. Aquellas aureolas rosadas que los ojos desorbitados exploraban en silencio y conteniendo la respiración. Los primeros nudos en la garganta. Tetas exageradas por la distorsión del tiempo y los filtros de la compostura y el decoro. Pero que llegan aún casi hasta la consciencia de Gregorio como un prodigio de tersura y un llamado a silencio. Gregorio padre había muerto en la memoria familiar. Gregorio hijo todavía no había descubierto la manera de romper el cordón. Y Tito entraba por la puerta grande de un mundo que lo devoraba poco a poco entre torbellinos de imágenes y promesas. Pero pasarían algunos años hasta que tía Fina y tía Nita retomaran la posta. Catequesis de por medio y primera comunión mediante, Tito ya sabía qué cosa era el pecado. Había olido la jugosa piel de la manzana. Hincarle el diente sería —a lo sumo— cuestión de tiempo. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



Vivero en Parque Independencia, Rosario 6 de abril de 1940. Tito con Josefina, Victoria y Macrina Vidal Iglesias.

§

Siempre me mantuviste al margen de las diversiones, abuela. Catecismo. Piano. Inglés. Obligaciones. Lecciones. Estudio. Nunca asomarme a la otra cara de la luna. La pelota es juego de golfos. Los chicos no andan descalzos. Queda feo mirar el escote de las señoras. No, las piernas tampoco, perrecho. Y siempre lavadito y planchadito. Eso sí. Sin una mancha. Sin un rasguño. Sin moretones. Es que le quedan tan feos esos cardenales, Victoria. Cuando anda así lastimado parece un cristo, mujer. ¿Cómo tiene que lucir un hombre, abuela? Vi pocas fotos de papá. Pero en algunas se le nota el tabique de la nariz roto. De jugar a la pelota creo. Aunque más parece un accidente de box. Fíjate en qué anda este chico, Victoria. No vaya a salir al padre, Dios me perdone. Conque de pelota, ni hablar. Ni siquiera de goma. Menos aún esas pelotas de fútbol de verdad. Yo mandaba y mandaba a los concursos. Listerine. Kolynos. Chocolatines Kelito. Primer premio una bicicleta. Segundo premio una pelota de cuero número cinco. De fútbol sabía lo que podía leer en El Gráfico que traía Manuel. Y las caras y los nombres de los jugadores de primera en los chocolatines. Mejor dicho en los chupetines. En segundo o tercer grado sabía de memoria la formación de todos los equipos. Honores, Gilí y Sobrero; Sánchez, Perucca y Reynoso; Camer, Cantelli, Pontoni, Morosano y Ferreyra. La primera de Newell’s Old Boys. Qué nombre tan difícil, abuelita. Este chico tiene que aprender el inglés, Victoria. El señor Heredia dice que es importante para conseguir un puesto. En el barrio muy pocos hablaban inglés.

El irlandés que venía a tomar cerveza. La tenista (la señora de Pina). La señora Shaw seguramente. Con los años aprendí que no basta con decir “gracias, ball.” Y también que nadie podía soñar con llegar a presidente sin hablarlo. De la república, naturalmente. Pero no solamente los cuadros de Rosario. Vaca, Marante y Valuzzi; Sosa, Lasatti y Pescia; Boyé, Corcuera, Sarlanga, Varela y Sánchez. Este Sánchez, Tito, ¿no sería el mismo de Newell’s? No sé, no lo recuerdo. En esos años los jugadores no cambiaban de camiseta así nomás. Eran nombre y apellido. El chueco Honores. Mario Boyé. Severino Varela. René Pontoni. José Corcuera. Tucho Méndez, el de Huracán. Ezra Sued, el de Racing. Angelito Labruna, en River. Félix Lousteau. ¿Te das cuenta, abuelita? Vos dale con el piano y el inglés y yo dale con el fútbol. Bueno, también hubo jugadores ingleses ¿no? Para poder patear un rato, nos hacíamos pelotas de papel. Bollos de papel de diario, una piedra más o menos pesadita en el medio. Y atar todo con mucho cuidado con piolín de envolver. Cruzando bien cada vuelta para que modelara la esfera. Y apretando, para que no se desarmara al patear. Una de esas pelotas me costó los incisivos de leche. Le erré a la pelota y pateé un cascote medio desenterrado. Al suelo. Dientes contra el cascote. Incisivos colgando. Sangre. Gritos. Fina, Fina, Pepe. El nene. Cruzar al dentista. Justo enfrente. No es nada. Los nuevos le van a salir grandotes, eso sí. De las otras diversiones ni hablar. Para mis quince ni opinión acerca de mis invitados. Todas las niñas tontas de buena familia. Pero a mí me interesaban por entonces las tetitas generosas de María. Aunque yo no hubiera disfrutado aún de su generosidad. Pero la tenía en vista. Pues te quedarás con las ganas, hijito. A la hora de la verdad, el clan familiar era terrible. Eso no se hace. Eso no se dice. Eso no se toca. Estos claros preceptos le costaron a tía Nita la clandestinidad de los pequeños placeres y la virginidad irremediable. A mamá un noviazgo insuficiente y el divorcio. A tía Fina mucho jabón de tocador y el zafarrancho dentro de aquel camarote. Y a tío Pepe creo que bastante más. Más adelante, el clan pretendió elegir por Gregorio. Y hubo nubarrones y tormentas. Las candidatas pasaban por rigurosos exámenes. Primera en la lista Marité, la hija de María Teresa. O sea la nieta de Nieves. Adjudicados uno al otro desde la cuna, anda. Y a diez o quince mil kilómetros de distancia. Que la distancia ayuda a conservar la virtud. ¿Cuánto hay de Marín a Bruselas, abuela? ¿Querrás callar, perrecho? Este chico está cada día más maleducado, Victoria. Mirta Álvarez es muy guapa. Y el padre es contador. Aurora parece un poco sosa. Como todas las rubias. Pero están en buena posición. Aunque la madre es un poco echada para atrás. La hija de Dora Jua-risti es muy mona. Dos o tres años más chica que Tito. Los Juaristi siempre estuvieron bien. Pero este chico siempre se fija en lo peor. ¿Quién es esa María, Pepe? Los de la fábrica de lavarropas, mamá. Viven en el pasaje del Verano, al lado del zapatero. Norma sí es una buena pareja para tu hijo. Una chica de su casa. O la de Turcati, que el padre tiene un estudio contable. La más chica es muy rica. Pero me parece que su sobrino anda en otros planteos, don Pepe. ¿Te parece? Al menos lo vi las otras noches muy acaramelado por el parque. Con una chica que vive frente a ustedes. ¿Tito? No creo, es muy pichón aún. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



§

Era destino de familia producir (o adquirir) obras famosas. Aunque la palabrita no te hiciera gracia, abuela. Y hasta se coleccionaron algunos objetos famosos. Al bisabuelo Manolo se le atribuye la confección de unos reclinatorios y bancos para el oratorio de Marín de abajo. También un púlpito tallado en cedro de Tierra Santa para el colegio de las monjas. Que probablemente haya sido para tío Pepe el pasaporte al título de Niño de las Monjas. Olé. En un cristalero del comedor tuvimos durante mucho tiempo un copón para cognac del cual según vos había bebido el príncipe de Gales cuando su viaje a Buenos Aires. Tía Fina bordó el mantillón con el que me bautizaron. Y años más tarde el mantel de altar que ofreciste a la virgen del Pilar. Y que Dios sabe si fue el cumplimiento de una promesa o una indemnización. El mantillón se perpetuó en la historia no solo por mí. Tía Fina trajo del viaje (aparte del episodio del camarote del pecado) un malcriado del porte de una criatura de un año. El comedor contaba con un par de butacas de madera clara tapizadas en cuerina rosa. Vistieron al muñeco con el dichoso mantillón. Le aplicaron un babero que me había pertenecido. Le colgaron al cuello con una cinta blanca de raso mi sonajero de peltre (o alpaca) con mis iniciales grabadas. Y lo sentaron en una de las butacas. Mamá tuvo ocasión de bordar también algunas prendas célebres. En particular un par de mantones, uno de ellos lucido por Manolita Poli en una de sus películas. Amén de pesados cortinados que se disputaron el privilegio de vestir la ventana del comedor, compitiendo con obras no menos atractivas de tía Fina y creo que hasta de tía Nita. Antes de que el ostracismo la relegara al papel de martacrica. Nunca tuve claro hasta dónde había acatado su destino de Ifigenia (o de Crisótemis). Pero estoy se-

guro de que su servidumbre tuvo mucho que ver con la preferencia que le dispensaba el abuelo Andrés. Si es verdad que Agamenón la mandó a la muerte por amor estaríamos comprobando que es cierto que hay amores que matan. Yo lucí varios anillos hechos de carozo de durazno y de damasco, habilidad del viejo Casella. Con el tiempo llegó a mi poder una caña de cinco tramos para pesca del pejerrey, que el petiso Pérez había preparado con bambú cortado y curado allá en su refugio de las sierras. Una de las reliquias de casa era aquel busto del Cristo de Limpias que vivía sobre tu mesa de luz. Las gotas de sangre que marcaban la incisión de las espinas resbalaban por su cara. Gotas con relieve, no meros toques de pintura. Incluso el rojo de aquellas gotas de dolor no era el bermellón fresco ni el rojo cálido de la resurrección. Sino el oscuro luctuoso de la vitalidad coagulada. La cabeza reinaba bajo tu tolerancia y encima de mis terrores. A ella te dirigías cada vez que me llegaba el turno de un juicio oral. Juicios sumarios —y frecuentes— dada tu severidad y mi pertinacia. Buena parte de las reliquias se amontonaban en aquel cristalero esquinado al costado de la ventana. Vuelve a mi memoria un cenicero en bronce negro y dorado que simulaba un gong. Un martillo (una bolita del tamaño de una munición grande) permitía golpear el óvalo. Producía un sonido claro y sostenido que no se parecía a nada que uno haya escuchado. Igualmente sugerentes y misteriosas eran dos figuritas de cuarzo lechoso de no más de cuatro dedos de altura. Una era incolora y representaba un torso de mujer sin brazos. Con ella me encontraría alguna vez en mis libros de historia griega y en una Historia del Arte de Salomón Reinach que me regaló Elvira Chenlo al cumplir los quince. La otra era levemente azulada y algo me hizo suponer con los años que se trataba de Santa Rosa de Lima. Creo que en este caso el descubrimiento me llegó de la mano de una estampilla del Perú. Otro objeto de indudable pintoresquismo era la lámpara de pie con aquella enorme pantalla de seda naranja bordada. El fuste sencillo, una voluta gruesa de madera oscura plantada sobre una base redonda guarnecida en bronce. El motivo de la pantalla era oriental. Recuerdo —entre otros elementos— unos faisanes y varios crisantemos. Obra de la aguja magistral de tía Fina. Unos largos flecos de seda del mismo tono terminaban la obra, siguiendo las ondas del borde. Un par de lámparas amarillas completaban el artefacto. De noche lucía mórbida. Muchos años después se entronizaría en el comedor aquella versión de Juan de Juanes de la última cena. Ignoro cuál habrá sido su destino. Pero tengo claro que se la instaló en el lugar de privilegio para servir de bisagra a los relatos de tu viaje. Era inevitable que quien entraba por primera vez al comedor quedara impresionado por la araña de bronce empavonado y sus ocho tulipas de cristal celeste agua decoradas en siena y ocres. Y de inmediato era girar la vista hacia la derecha para enfrentar la escena repujada en plata y enmarcada en el pesado churrigueresco de cerezo lustrado en negro. Si la mirada del Cristo de Limpias era certera para perseguirme dondequiera que me ubicara (dentro de tu dormitorio), la del Jesús con la hostia y el brazo derecho en alto no era menos eficaz. Cómo el Maestro podía vigilarme sin perder de vista —de reojo— las reacciones de Judas y la expresión embobada de Juan era para mí el mayor misterio. Fruto, por otra parte, de mi mala memoria y peor entendimiento. Pues debí recordar cualesquiera fueran las circunstancias o las dudas las clarísimas apostillas del catecismo. Dios es omnipotente y omnipresente. Espíritu puro que se encuentra presente en to-

do tiempo y lugar. Claro que si no me hubieran traicionado la memoria y la mala herencia, también hubiera recordado otras cosas de mi interés. Por ejemplo que asimismo es infinitamente justo y poderoso. Lo cual podría haberme ahorrado los sofocones de la estricnina. La escena no era un mero repujado de escaso relieve. El brazo del Maestro, por ejemplo, se proyectaba totalmente fuera del cuadro. Avanzando hacia el espectador. De tal manera que parecía ser uno quien se aprestaba a comulgar. Era inevitable que el primerizo exclamara con una mezcla de sorpresa mística y envidia ¡qué maravilla! Lo que daba pie para entrar a los pormenores de tu viaje. Que yo confundiera esa imagen con la del Jehová del libro de pastas oscuras repujadas de mamá puede ser producto del estilo que ambas artesanías tenían en común. Y aún se mezclaron siempre en mi pobre cabeza ese Jehová con papá del cielo. Confusión que culminaría cuando el padre Jesús (a) Conejo nos empezara a hablar de Yaveh. Dejando a salvo —además— que las invocaciones de mamá tampoco determinaban si hablaba de papá (me refiero a Gregorio padre) o del otro. Con un poco de razonamiento y unos años más, hubiera comprendido que pensaba en uno pero nombraba siempre al otro. Y que no pasaba nunca esos límites. Porque de hacerlo hubiera llegado mucho antes que yo a la torta de chocolate.


Juanita, Macrina y Victoria, circa 1940. Patio de Barrio Parque. Puerta cancel y entrada al negocio.

§

Saber y comprender se replicarían a su tiempo en ignorar e intuir, cuatro vectores que tirando de mis extremidades me expusieron de cara al sol y estaqueado sin más culpa de la que pudo caber a un Segismundo o al personaje de la máscara de hierro. No quiero caer en la dialéctica ingenua casualidad causalidad. Menciono en todo caso dos circunstancias puntuales. La bien razonada queja del personaje calderoniano me tocaba tan en lo profundo que sus estrofas duermen intactas y alerta en algún rincón a medio camino entre inconsciencia y vigilia. Y de la cuestión del hijo de Athos y la malvada milady de Windsor conservo un perezoso sincretismo en el que conviven de modo poco claro la noche de San Bartolomé, las locuras de la vieja Medicis, las raíces del protestantismo inglés y la hipotética sagacidad ajedrecística de Duplessis. Escaso material por cierto para fundar siquiera el esbozo de un perfil. Pero por mucho menos se han visto colmadas las comodidades de la inquisición, las cárceles medievales, los campos de exterminio y los múltiples pozos de castigo de la modernidad. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Sin llegar a la violencia cruenta, su educación trascurre por esos andariveles mezquinos que tienen en sus flancos la advertencia constante del sopapo, la cachetada, el coscorrón o la paliza, salpimentadas por murmurados rebenques y musitados cintazos. O lisa y llanamente atarlo a las patas de la cama para impedirle salir a la calle. Es decir que la calle era precisamente aquel no se hace no se dice no se toca del cual hablaban todo el tiempo mamá y abuela y las tías y el tío Pepe. Calle por la cual se movían a su antojo otros niños de su edad y también los perros y el cartero y por la cual llegó un día un hombre mal entrazado que lo arrastró de un brazo por la vereda hasta que logró asirse de la reja vecina gritando en procura de ayuda. A la calle arrojaba tío Pepe los guaraníes con que algún pobre paraguayo trataba de oblar su vasito de caña. Flotando en el agua que escurría junto al cordón de la vereda vería el primer preservativo de su vida. A la calle amenazaba tío Pepe con arrojar asimismo a sus hermanas de saberlas metidas en malos pasos. Qué ironía, a la calle se asomaría un día abuela Macrina por la ventana de su dormitorio, pidiendo auxilio y gritando que la querían matar. A la calle sacarían muchos años más tarde unos policías a tío Pepe después de intentar golpear a tía Fina con una silla de hierrro y ya sumido en las sombras de una esquizofrenia irreversible. En la calle vivían naturalmente las mujeres de la calle. Y en la calle debía estar también la vida, pues abuela y las tías las llamaban indistintamente mujeres de la vida. Razonamiento certero que me valió anticipar con acierto que había asimismo unas mujeres de la muerte, aunque para mi cabecita fuera elaboración algo prematura y no hubiera leído aún *La casa de Bernarda Alba*. En fin, era obvio que en la calle sucedían cosas. Anoto al pasar que a aquellas mujeres las llamaban también trotacalles. Lo que confundía mis intentos de sistematizar los conocimientos era la profusión de apodos y sinónimos usados para referirse a la cuestión de las putas, pues de eso se trataba finalmente la cosa. Debió trascurrir un tiempo considerable hasta llegar a la conclusión de que pericas, pendorcas, atorrantas, zorras, lagartas, meretrices, busconas, trotacalles, prostitutas y mujeres de la calle y de la vida eran una misma y sola cosa. O sea las madres de los hijos del pecado. Eha. Como decía el padre Clemente al tratar la Celestina, “puta, reputa, cacaputa, recontraputa y once putas más… como veis, es una obra inmoral…” Claro que las clases de Literatura no eran el único ámbito de aprendizaje de los escolapios. En las paredes de los baños se podía leer “Conejo se lo come al cabezón Mauleón”. Y también “Clemente se la garcha a Raquel”. Mientras el padre Julián se ruborizaba al hablar de enfermedades venéreas en Higiene de quinto. ▮

[GE; *Zapping*]

§



Carocas en la popa del Eolo, puerto de Rosario, 31 de enero de 1940.

En algún confin de la historia familiar aparece y desaparece fugazmente un personaje mitológico. Un duende. O —dada su condición náutica— diría mejor un hipocampo. Carocas, cuyo verdadero nombre ignoro, era oriundo de Marín, eso por supuesto. Formalmente, se le conocía como oficial de máquinas del Eolo, un carguero que vivía dando vueltas a los siete mares. Nombre asimismo mítico y cargado de connotaciones exóticas. El hecho es que, con una frecuencia tan dispar e imprevisible como un cometa, ocurría que un día un misterioso llamado telefónico ponía en revolución a toda la familia. Llegó Carocas. Lo cual significaba que el Eolo estaba anclado en el puerto de Rosario, por un lapso que generalmente no pasaría de cuatro o cinco días. Al día siguiente al llamado aparecía Carocas en casa, cerca del mediodía. Para entonces ya tía Nita había puesto todo patas arriba y se había preparado el comedor para la ocasión. Mantelería blanca de hilo, la mejor vajilla, el vino, en fin, lo que se estila para recibir una visita importante. Carocas corría por entero con el gasto de la conversación. Indudablemente no le faltaban temas y en la charla surgían nombres maravillosos, como La Habana, Johanesburgo, Filadelfia, Rotterdam, Sidney, Maracaibo o Manila. Claro que para Tito se trataba de un pintoresco catálogo hermanable con las toponimias de Julio Verne, de Salgari o los titulares que seguían las andanzas de Vito Dumas, el navegante solitario. En el diario de viajes se mezclaban los lugares con comidas y costumbres, de manera que la cosa daba para el vermouth, el almuerzo y una larga sobremesa. Para estas ocasiones tío Pepe cerraba el negocio, ratificando que la cuestión era de campanillas. Y luego surgía invariablemente la invitación esperada: podíamos ir a visitar el Eolo en puerto. El tranvía nos dejaba a unas cuantas cuadras de los muelles. Creo recordar que por lo menos en una ocasión el lugar de amarre fueron los muelles que se acceden desde boulevard Oroño y avenida Wheelright, en Rosario Norte. Las alternativas eran el veintidos, que nos dejaba frente a la estación del ferrocarril y caminar unas cinco cuadras. O tomar una combinación con el seis, que llegaba hasta Oroño.

Por esos años se ingresaba al puerto sin demasiadas formalidades. Una planchada de madera más bien tosca —se trataba de un buque de carga— con una sola soga como pasamanos, era la primera etapa de la aventura. La borda del Eolo era muy alta y recuerdo sin esfuerzo la emoción de mirar desde allí arriba la superficie del agua. Un marinero nos ayudaba para llegar a cubierta. Carocas nos daba la bienvenida como si él fuera el capitán del transatlántico. Alguna vez nos hizo conocer su camarote, un cubículo cuyas magras dimensiones no le quitaban la carga de pintoresquismo, pues todo en el lugar era distinto y sugerente, la puerta, el ojo de buey, la cucheta, el cofre, en fin, como en el cine. El lugar obligado de la visita era la sala de máquinas, propiamente los dominios de Carocas. Para alcanzar el sitio era necesario atravesar unos pasillos elevados sobre el abismo de las bodegas. Los pasillos en sí eran de tiras de acero, y a su través se veía efectivamente el vacío, desde una altura que hoy calculo en no menos de quince metros. Deduciendo la exageración probable (la infancia tiende a magnificar las magnitudes), hablamos por lo menos de la altura de una casa de tres plantas, más que suficiente para azuzar cualquier vértigo. Aparte de que las barandillas tampoco garantizaban demasiada tranquilidad, porque en los cargueros cada kilogramo extra de obra

muerta es un kilogramo menos de carga. Finalmente, escalera tras escalera, llegábamos al nivel de las máquinas. Monstruosas calderas alimentadas a carbón (pienso que aún no se habría alcanzado la era del gasoil), ruidosos generadores, un árbol de hélices francamente aterrador, unas bielas apocalípticas y un ruido ensordecedor a tal punto que los tripulantes se entendían casi por señas. Volver a tierra era recobrar el aliento y los colores y quitarse de la cara una mezcla de sudores y hollines. Pero verdaderamente valía la pena. Uno se sentía como si estuviera regresando del infierno.

[GE; *Abuela Macrina*]



El Eolo anclado en el puerto de Rosario, 31 de enero de 1940. Al dorso la fecha y la firma de Carocas: J. Moledo.

§

Imágenes y fotografías que se mezclan en mi cabeza y brotan en esta charla como un vértigo. Parecido al que me producía el paso del tren cada noche, frente a las barreras. Las vías del Ferrocarril Central Argentino dividían el reino con la misma precisión con que Dios creador separó las aguas de la tierra de las aguas de los cielos. Del lado de acá Barrio Parque. Nuestro mundo. Del otro lado cruzando las barreras, todo un suburbio sospechoso y al mismo tiempo lleno de tentaciones intangibles. La edificación desde ya era bien distinta. Más modesta, más dispar. Con menos pretensiones. Las personas también tenían menos solidez, como menos carnadura que las del Barrio. Muchas eran meramente nombres. Lo mismo que las calles. Es evidente que Vera Mujica, Crespo, Ituzaingo (el acento se lo puse mucho tiempo después) no llegaban a la mitad de la estatura de La Paz, Viamonte, Suipacha o Riobamba. Ni avenida Godoy podía medirse con avenida Francia o con Ovidio Lagos. El comercio mismo era marginal. Un verdulero de rostro impreciso. Un carnicero sin nombre al que abuela Macrina le compraba de paso cuando visitaba a la señora de Figueiras, que vivía al lado. En cambio el carnicero de avenida Francia y La Paz era don Luis Cingolani y el verdulero era don Bartolo y tenía un acordeón que a veces sacaba a relucir con cortedad. Y nosotros le cantábamos *Bartolo tenía una flauta / con un ahujerito solo / y la gente le pedía / tocá la flauta, Bartolo*… Aclaro (sin ánimo de darme aires) que tío Pepe era señor Vidal para todo el mundo, don José para los clientes esporádicos, don Pepe para los fieles y Chachito para alguna atorranta que todavía vivía en la utopía del trueque. Esta señora de Figueiras tenía acceso a casa por dos fuertes razones. Una porque Figueiras era (o su familia) del mismo pueblo de la abuela. Y la otra porque ella me cortaba el empacho cuantas veces fueran necesarias. Y era bastante frecuente. Seguramente yo no había descubierto aún otras somatizaciones más sutiles que iría desarrollando con los años. Era una mujer bajita regordeta y francamente la odiaba (por eso habré olvidado su nombre, aunque me ronda Clotilde). Porque no usaba la cinta negra sino ceniza. O sea en realidad tiraba el cuero. Y estoy seguro de también ella fue la que le pasó a mamá la cura con los parches de incienso. Esos que además de dejar un fuerte olor por todas partes te los arrancaban de un tirón porque cuando estabas empachado se te pegaban a la piel del estómago y de la espalda. Y dejó también en la familia un sabio preparado para la tos y el catarro. Tulúbrea-picajuana-y-eucalitu. Con el tiempo llegaría a descifrar la parte codificada, con lo cual esta pócima debiera escribirse como: jarabe-de-tolú, alquitrán, ipecacuana y jarabe-de-eucaliptus. Para cuando arribé a tan sesuda traducción ya no quedaban boticarios con voluntad para la interpretación de estas recetas magistrales. Figueiras por su parte era carpintero. "El Carpintero", porque pocas veces se lo llamaba por su nombre o apellido. Vicente llegado el caso. En tren de buscar parecidos, su fisonomía pudiera arrimarse a la de Matos Rodríguez que estaba en la tapa de una versión de La Cumparsita entre las partituras de mi madre. Aunque puede ser que tampoco se tratara de él sino de Roberto Firpo, bastante narigón y con sombrero compadrito, tres cuartos de perfil. Otro local cruzando las vías que yo visitaba con poco afecto era la peluquería del Chicato. Lo nombro por su apodo pero en cualquier momento me va a saltar su apellido, que le daba

el título al santuario. Sí recuerdo perfectamente que era peluquería, no salón masculino ni coiffeur ni unisex ni nada de eso. Isidoro era el nombre de pila. Y cuando empecé a usar anteojos me bautizó para consumo interno como Mascarato. O sea anteojudo o enmascarado o algo así. Recuerdo los sillones, las navajas y los frascos de gomina Brancato. Y el apellido era Saita (me parece recordar). Una suerte de castigo, aunque para nada comparable a los primeros años. Porque hasta los dos o tres años me cortaba el cabello la peluquera de mis tías y de mi madre. Lo cual agregaba el insulto a la natural molestia. Claro que parte de mi entripado no era tal vez con la peluquería sino con un rulo espantoso que me modelaban de atrás hacia adelante cruzando toda la cabeza. Lo cual ya es mucho decir. Anoto que en alguna época un gracioso inventó a costa de mi cabecita lo de melón p'al norte. El maldito rulo me lo hacían con unas tenacillas de hierro calentadas al fuego, lo cual explica el contenido de odio que me suscitaba toda esta historia. A la cual quedaron pegadas, sin otra culpa por parte de ellas, la morocha Sarmentero y una rubia con pinta de putona que vivía por calle Mendoza, cerca del cine (¿Echesortu?). Dejo este nombre entre paréntesis, pero por ahora me parece que así era. También podía haber sido el cine Mendoza. Imagino que lo alejado de esta peluquera se justificaba en que vivía a su vez cerca de los Galarza. O sea Pepita, Betty la hermana […], Enrique el marido y Quique el hijo. La rubia putona en cuestión no estoy seguro si era Rosita o la Palán Roca; se me mezclan los naipes porque solía hablarse de ambas al mismo tiempo. Retengo apenas hebras de los temas habituales de las conversaciones de peluquería. Algún conocido que tenía una querida. Alguna conocida a quien alguien había visto salir (o entrar) de una casa de citas. Que si Penido usaba la sombrerería como tapadera. Todas estas personas tenían que ver con mamá de su época de soltera y de su breve matrimonio. Es decir conocían a mi padre. Y yo pescaba hilitos de información de entre esas conversaciones medio a escondidas. Me dijeron que Gregorio se fue de Rosario. Cuidado que hay ropa tendida. Dicen que te vieron parada por el centro hablando con Gregorio. El nene todavía no entiende. Digamos que restos de estos diálogos, otros con la señora Nora y los Nogara y los Juaristi y los Guerrero y los Casella me fueron permitiendo armar una parte de la totalidad de mi propia historia, oficialmente negada. Lo que no se nombra no existe. ▮

[GE; *Zapping*]



En Barrio Parque, Rosario 18 de agosto de 1940. Josefina, Victoria y Tito.



Barrio Parque, Rosario 15 de marzo de 1942. Tito empieza 1r grado inferior
en la Escuela Normal de Maestros Nº 3 Mariano Moreno.

§

Aunque mis primarios recuerdos se remontan al Normal 3, cuando don Manuel J. Moreno le pasó el bastón de mando a don Daniel Wagner y Francisco Armadá con sus quevedos y su acidez de tensor fascia lata mal acordonado y Melania Pinturita Sassiáin con su cohorte de mimosos y mimados, entre los cuales Carlitos Mastrobisi Quesito de Holanda y Carlos Benítez con su ojo y medio y Luis Sobrino Aranda eran los intocables, mis queridos. Formalmente mi primera imagen es del primer día de clase con Elvira Busso. Me incorporé tarde por una cuestión de mes de nacimiento y ya entré al grado como sapo de otro pozo. Ese martes hubo el descubrimiento de que solamente se podía conversar en los recreos. Y empecé a coleccionar las primeras erres en conducta. Además Elvira las escribía con tinta roja. Que para regresar al salón se formaba fila. Tomen distancia. Silencio. En los recreos —sobre todo en el pasillo que compartíamos con superior B— una guerra de exterminio por la posesión del territorio. Salivazos. Empujones. El otro equipo lo timoneaba un pelirrojo bravísimo, el colorado López. Yuvone y Alfonso escupían como consumados guanacos. Y a la salida no encontraba el auto de don Gerardo, que era una especie de remisero que nos transportaba en la limusina de tapizados rotos y techo de tela y asientos de quita y pon, que en mejores épocas había sido taxímetro de lujo. Lentamente las cosas fueron encauzándose. Si me empujaban empujaba. Si me pegaban pegaba. Alguna vez la Petit nos explicaría que a eso le llamaban la ley del talión. Por ahora, todo era instintivo. Lo cual desembocó en el primer hecho de sangre de mi vida, bien prematuro por cierto. Durante un recreo, el baño era una mezcla de campo de fútbol, plaza de toros y estadio de lucha libre. Un autónomo que hacía sus maldades por las suyas era Juan José García el pelado, cuyo deporte favorito era llenarse la boca de agua en los bebederos y escupirla por la espalda de los descuidados, por dentro de la ropa. Cuando me tocó el turno reaccioné violentamente, empujándolo con tan mala suerte que giró en redondo y fue a dar de cara contra uno de aquellos malditos artefactos enlozados. Cayó al suelo atontado y resbalándole desde la frente y por cara y guardapolvo un chorro de sangre. Solo atiné a huir de la escena del crimen y me escondí en lo más profundo y oscuro de la sala de ilustraciones. Pasadas las horas —una o dos por lo menos— me descubrió uno de los practicantes (creo que era Santoro) que seguramente formaba parte de las cuadrillas que andaban en mi busca. Me llevó de un brazo frente a la maestra, todos a la regencia, sermones, promesas de castigos, y finalmente la terrible sentencia: después de hora. Con lo cual nuevamente don Gerardo, que era bastante canchero en estos menesteres, al ver que le faltaba uno de los corderitos, entró a la escuela para averiguar mi paradero y con un poco de elocuencia o porque nadie tenía muy en claro qué hacer conmigo, me entregaron a mi salvador. En superior no sucedió que recuerde nada digno de registro y las cosas parecían encaminarse hacia una razonable normalidad. A ello contribuía posiblemente la sabia calma de Amalia, que con suave firmeza se las amañaba para controlar la situación. Con Lucena en segundo tampoco recuerdo episodios dignos de contar aquí. Excepto una gresca con Chijani, un violento de cuarto alumno de la Riera. Seguramente resentido por razones que entonces no podía adivinar, le cayó mal verme aparecer un día con una hermosa valija de madera lustrada,

con mis iniciales enchapadas. Se trataba de un regalo especial de tío Pepe, quien tenía en gran aprecio las habilidades de Rogelio Sarra como ebanista. Para ese entonces Rogelio había construido unos muebles americanos de comedor que no vacilo en calificar de espantosos por el mal gusto, con esquinas curvas (bombé explicaba orgulloso tío Pepe) que reemplazaron el sobrio juego de roble que me era familiar y querible. Aunque encima de aquella mesa calentaba Cira sus agujas de inyecciones y demás elementos de tortura. Bueno, la cuestión es que la primera reacción de este salvaje al verme aparecer con la valija fue insultarme y patearla, con unos recios botines claveteados. Más por supuesto el consiguiente intercambio de insultos y golpes. En materia de insultos mi repertorio no era amplio. Por lo cual me tomó desprevenido un inesperado la-concha-de-tu-madre. Pero como en materia de guarangadas no era cuestión de quedarse cortos, le respondí de inmediato y con el mayor aplomo la-concha-de-tu-madre-y-la-de-tu-padre-juntas.

Si le pongo un lápiz en la nariz a un cerdo escribe más prolijo que ustedes. Diatriba de Armadá el señor Regente de regreso con nuestros cuadernos de tercero. Con risa contenida al principio y descontenida al final con peor final final en la regencia y orinándome encima ante el discurso lleno de admoniciones y amenazas. ▮

[GE; *Zapping*]

Normal 3

Cómo navegar sin que nos tiemble el pulso por tus viejas
paredes / los patios ateridos de costurones y recuerdos
nomás pisar la ochava de Mitre y Pellegrini ya es respirar
los grises de tu frente con vislumbres de historia / puertas
forjadas en verde oscuro y vidrio inglés / el mármol breve
de unos escalones y el damero del gran vestíbulo / evoco
con reverencia el perfume de un bronce sarmientino
la penumbra de un corredor al que asomaban en silencio
salas de profesores / despachos de regencia y dirección
después el primer patio donde el mástil y los rostros
bienqueridos saliéndome al encuentro como una comunión
una tras otra mis maestras y el olor de la aulas / Elvira Busso
la primera / Amalia Guastavino / en segundo Pedro Lucena
María Teresa del patiecito de tejuela (te casaste con Parma
del tercero de la tarde / cómo pudiste hacerlo) / Amelia Riera
y en quinto Pedro Sacchi / amada —amorosa— sociedad
de mis maestros muertos / constelaciones adheridas
al registro de la sangre / qué palabras podría murmurar
qué gesto diera fe de tanta gratitud sino el silencio
y la sal impaciente de estas lágrimas. ∎

El Talar / 26 de octubre 2006

[***Miseria blues*** / Premio Municipal “Felipe Aldana” / Rosario 2007]

§

La ochava norte de avenida Francia y el pasaje de las Artes era verdaderamente el patio de homenajes. Todo parecía dispuesto al efecto. El negocio de tío Pepe era la torre. El resto de la casa el castillo. Y aquella vereda amplia y embaldosada en calcáreo gris cuadriculado era sin duda el gran patio. Para octubre, al caer la tarde —a eso de las siete— tío Pepe sacaba el sillón pontificio a la vereda. Una rotunda artesanía de mimbre y esterilla con almohadón y riñonera de cretona. De espaldas al cordón, justo en la ochava y mirando hacia la puerta del negocio. Dominando entradas y salidas, idas y venidas. Ocupabas el trono abanico en mano y en calma. A tu lado se sentaban mamá o tía Fina, raramente tía Nita (¿quién cocinaba si ella se sentaba en la vereda a esa hora?). A veces hasta tío Pepe sacaba su silla curul y la montaba como a un caballo, de frente al respaldo. De frente a vos, por supuesto. Era la hora en que los empleados regresaban a casa. Ninguno pasaba sin detenerse ante vos. O por lo menos saludaban acortando el paso, los que iban cubiertos se quitaban el sombrero. Buenas tardes. Buenas tardes, señora. Buenas tardes, doña Macrina. Los mimados de la fortuna disfrutaban del privilegio. Se detenían cerca tuyo. Se interesaban por tu salud. Esperaban que vos hicieras las preguntas pertinentes. Y pasaban sus informes. La casa. El trabajo. Los negocios. La salud. Los amores. Todo era materia de interés en aquellas audiencias públicas. Algunas charlas eran neutras. Impersonales. Otras llegaban casi a la confidencia. Dependía del grado de confianza que vos otorgaras a cada cual. Y nadie se equivocaba al respecto. Cada uno en su lugar. No vayamos a confundirnos, vamos. Entre los más conspicuos se contaba Leonardo, cuya detención era, inevitablemente, para saludarte o para tomar una copita de anís 8 Hermanos, si tío Pepe se encontraba solo. Con vos hablaba de tu salud, de la salud de su madre. Aquella mujer cuya muerte sumió a Largión en la neurosis y la desesperación. Micaela Poeytó. Una potencia de tu mismo porte, abuelita. ¿Te acordás cuando Bonavena se juntó con Perón? Dos potencias se saludan, General. Al fin de cuentas todo no fue sino un edipo extremado. Me refiero a lo de Largión. Y uno debe seguir adelante, a pesar de todo. Como dice Gregorio, a pesar del cansancio y de los pies hinchados. Otro asiduo al pie del trono era Ferrer Mas. Aquiles lo llamaba familiarmente tío Pepe. Con el tiempo —sin razones aparentes— Gregorio lo asoció a aquel terrible Mas Ferrer de los tigres caribeños. Nicaragua. Guatemala. Santo Domingo. Una cualquiera de esas diminutas repúblicas centroamericanas. ¿Dominicana no estaría fuera de eso, Gregorio? En realidad todos los Fernández eran de detenerse un rato a conversar con vos. Berna tal vez el más corto de todos. Saludaba y se metía a empinar una grappa. Arcadio algunas veces. Era el menos visto por el barrio, porque pasaba la semana viajando con el colectivo. También Enrique —el más chico— depositaba rigurosamente en esa esquina sus respetos y alguna zalamería. Lo mismo Enzo Rossi y Santiago Vidal, el bombero. En suma, dirigías implícitamente el tráfico humano que se desplazaba por el pasaje de las Artes y por la mano impar de avenida Francia. Desde luego que los más obligados eran los clientes que entraban y salían del negocio. De esos ni uno escapaba al protocolo. Uno no se imagina a un feligrés entrando o saliendo de la iglesia sin pasar frente a la pila del agua bendita ¿no? De esta concurrencia, tus preferidas eran las muje-

res de toda edad que pasaban por allí expresamente para pedirte opiniones y consejo. Ahí aparecía lo mejor de Macrina. En cuanto alguna —prevenida o incauta— te regalaba el precioso ¿a usted qué le parece, doña Macrina…? salías al proscenio. Mira hija, ¿qué te puedo decir? Y le largabas todo. Porque para todo tenías opinión. Era casi increíble tu facilidad para hacerte cargo de cualquier situación a partir de media docena de palabras. Y en esos año de oro, tuviste para elegir temas. La fidelidad (uno de tus tópicos dilectos), la conducta de las mujeres, los modales de los niños, la caballerosidad de los hombres, la falta de ella, la prolijidad de las bordadoras, la responsabilidad de las modistas, los pecadillos de curas y monjas, los coletazos de la guerra, la dudosa honradez de los gitanos, la honra de las españolas, la promiscuidad de las francesas y la elegancia de las italianas. Si bien para vos no hubo mujeres como Lola Flores, Sarita Montiel y Eugenia de Montijo, acomodaste en buena ubicación a la Lollobrigida, a María Félix y a Mecha Ortiz. Tema ciertamente espinoso en la familia, pues las tías votaban por una de las Legrand, Amelia Bence y María Duval. En tanto mamá apuntaba sus favores hacia Libertad Lamarque, Niní Marshall y Delia Garcés. Y no era infrecuente que se generaran reñidos empates acerca de la señora Laura Hidalgo. Lo cierto es que en el concurso pesaban tanto las virtudes físicas como las morales y las temperamentales. Nadie olvidaba, llegado el caso, que se estaba juzgando a gente-de-ese-ambiente. Vamos. De modo que mientras tío Pepe se burlaba abiertamente de los esposos que acarreaban en brazos a sus críos (cásate y verás), las mujeres de la casa promocionaban acaloradamente las virtudes femeninas de índole doméstica. Escuchabas con fruición el chisme menudo y con majestad la adulación de catitas y pisaverdes. Vos estabas para mucho más. Pensar que de no mediar un marido pelma y las obligaciones del hogar y los hijos podrías haber llegado tan lejos. ¿Hasta dónde, abuelita? Agrandar el hotel tal vez. Pero acaso Marín no daba para mucho más. ¿Vigo? Una posibilidad cierta. Con la ayuda de Nieves podría ser. Tus ojos iban mucho más allá quizás. Pontevedra. Toda Galicia. Las Cortes. Su casa es una tacita de plata, señora. Pero Dios te había hecho mujer. Y las mujeres españolas, vaya por Dios, solo dieron que hablar. El poder, abuela, el poder. Que a la Isabel no la doblegaba un soplido de Algeciras ni un ventarrón del Cantábrico. La Beltraneja, vaya, buena cruz tuvo la pobre. Pero las hubo de buena pasta, niño, vaya si las hubo. La casa de los Alba las dio buenas. Y que lo diga don Francisco, abuelita. Maja estaba la duquesa tan cachonda y como Dios la echó al mundo. ¿Quieres llevarte a este chico de una vez, Victoria? Que me lo saques de delante, mujer, que no soporto sus impertinencias. ¿A quién ha salido esta criatura, virgen santa? Si vive con el demonio en la punta de la lengua. No te enojes, abuela, vos hubieras hecho mejor papel echada en esa otomana. Abanicando tus calores. Unas tetas por lo menos el doble que las de la señora duquesa. Tus enormes brazos, abuelita. ¿Antes fuiste esbelta, no? Claro, la maternidad y las obligaciones de la casa. No hay Afrodita que lo resista. ¿Quién era tu Apolo, abuela? Tío Vicente dicen. O Porrúa ¿Tío Celestino? No creo que la cosa quedara tan en familia, vamos. Entre tantos oficiales. Aquellos uniformes tan elegantes. Aquellas gorras. Aquellos botones dorados. Aquellos cintos lustrosos. Aquellos sables. Aunque ninguno hubiera cometido la torpeza de entrar armado a tus salones ¿no?

Lo cortés no quita lo valiente. Puede usted ponerse cómodo, mi querido capitán. Está usted en su casa, comandante. Qué buenos colores teniente. Y tú hijo, serás solo un guardiamarina pero esos ojos, madre, esos ojazos. Todo este ir y venir de uniformes me marea, Nieves, qué quieres que te diga. Pero son tan buenos mozos, válgame Dios. Perdona, hija, hablabas del mal humor de tu marido. Es que son hombres, tú sabes. Hombres y basta, son como Dios los dio. Tu niño se ve llenito y muy bien educado, anda. Que Dios te lo conserve, hija, que Dios te lo conserve. Y no olvides que una mujer debe hacer su papel y saber aguantar. Vamos, Victoria, ya está fresco acá afuera. Y están empezando los mosquitos. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



Fiesta de los 8 años, Rosario 21 de abril de 1943. Matilde,Trini y Eduardito Barros; tío Pepe, don Pablo Cribioli, mamá, yo, abuela Macrina, doña Emma Marengone, Elvira Echániz, tía Nita y tía Fina. Atrás Enrique y Gracia ochoa, la negra Bujons, Susana y María Pelayo; Nélida Carmen Arza y Pablo Juan Cribioli; Iris Ochoa.

§

En casa de los Frayre transcurrieron mis mejores tardes (y algunas mañanas) entre los tres y los ocho años. Vivían sobre avenida Francia. Era gente del campo, de la zona de Piamonte, Correa, Armstrong, Cañada de Gómez y El Trébol, al sur de la provincia de Santa Fe. Por el lado Frayre no recuerdo a nadie aparte de papá Sebastián. Un hombrón corpulento de buena cintura. Muy amable, muy tranquilo y bastante alegre. Él me regaló mi primer reloj de pulsera. Ella fue mi madre sustituta todo el tiempo que tuve permiso para pasar en su casa. Tal era mi apego que para la hora de regreso tenían que sobornarme con media barra de chocolate. O con "pan del horno", unas tostadas sabrosísimas que solamente la señora Nora sabía preparar. O un pedacito de queso de rallar. Y en casos excepcionales, un bombón. También había unos bizcochos de miel que eran especialidad de Virginia y vivían en un latón litografiado. Se extinguieron junto con Virginia. Recuerdo el tero y un gallinero donde libré mi primera escaramuza con un gallo (por meter el dedo a través del tejido). Una glorieta de la cual retengo el celeste violáceo y dulzón de sus glicinas. Un jueguito de jardín que era mi delicia. El primer reloj de péndulo de pie que conocí, me fascinaba escuchar las campanadas y acechar el descenso de las pesas de bronce. Unos almohadones de cuero con aplicaciones y flecos de color y el perfil de un indio. Una escalera de madera, en medio de la cual un hueco lleno de misterios. Al descanso daba el cuarto de estudio de Chiche. Todo lo que había en aquella pieza me subyugaba. Comenzando por una biblioteca de roble con puertas de vidrio y cortinitas de tela azul plisada. Adentro se contabilizaban sacapuntas, tinteros involcables, gomas de borrar, lápices, lapiceros, cortaplumas y portaplumas, papel secante, reglas y escuadras, compases, libros y carpetas. Sobre el escritorio recuerdo una lámpara de bronce de brazo espiral articulado, pantalla semiesférica y lámpara ¡azul! Un descubrimiento. Recién tuve una de esas lámparas —luz de día— al empezar mis estudios de ingeniería. Pero el verdadero atractivo de aquel lugar era todo lo que Chiche me dejaba tocar y me enseñaba a utilizar. Había también una máquina de escribir —el colmo de la magia— seguramente una vieja Smith Corona o Underwood. Sobre ese escritorio llené muchas páginas de caligrafía. Conocí lo que eran acuarelas y chinches. Tuve en mis manos plumines y pinceles. Llegué a usar escuadras, compases y semicírculos. Recuerdo sus trenzas apretadas y sus delantales almidonados, tableados. Y una cartera —portafolios— que completaba maravillosamente su imagen de maestra, que para mí lo era de hecho y con holgura. Y un jueguito de adivinanza que seguía este texto: señalando con el dedo cualquier lugar de la ropa "tenés roto ¡chinche poroto! Tenés sano ¡chinche gusano!" Guardo su recuerdo con muchísimo cariño y buscarla para decirle cuánto la quiero quedará como una de mis asignaturas pendientes. Se me hace necesario reencontrarme con mi propia historia. Incluso tengo que hacer una excursión por Barrio Parque. Deben quedar aún los de mi edad y alguno de los más chicos. ▮

[GE; *Zapping*]

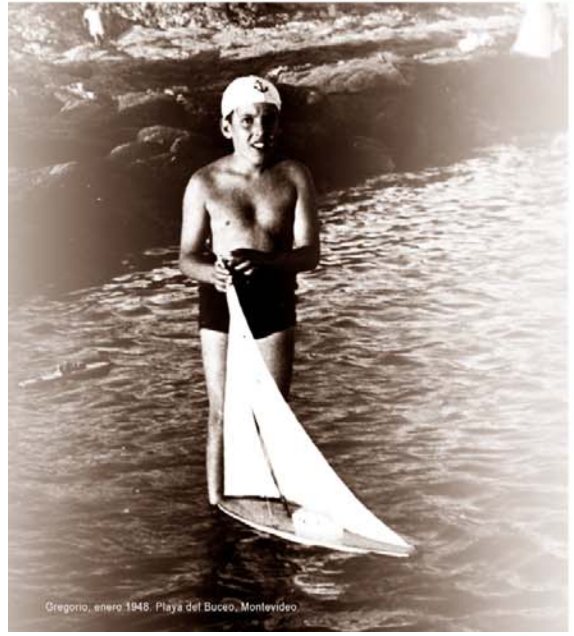


"Querido Tito: Besos cariñosos de Chiche. Saludos de mamita y papito para todos. La Falda 12 de enero de 1938."


Bº Parque, esquina de Av. Francia y Las Artes, circa 1944.






Gregorio, enero 1948. Playa del Buceo, Montevideo.



§

Que recuerde fueron dos las oportunidades en que mis válvulas cedieron al empuje del miedo. La otra fue en el almacén de tío Pepe, después de no sé qué zafarrancho, estaba parado en medio del salón y él entró con una clara decisión en la mirada y avanzó hacia mí sin mayor apuro, saboreando la paliza. Creo que también me decía cosas. Tal vez era solamente su mirada torva y la franca promesa de una palmada inolvidable. Su amenaza predilecta era le doy una patada en el culo que no caga en ocho días. Conque yo ya me iba preparando y entre preparativo y preparativo, que no hubo ningún preparativo llegado el caso, sentí un chorro caliente que me corría hacia abajo por las piernas, a partir de mis fuentes desmoralizadas. Sus ímpetus se achicaron a medida que el charquito se agrandaba y algo semejante a la lástima debe haber sentido en el fondo. Fondo que todo el mundo ignoraba en cuanto a ubicación y volumen, pero estaba. No podría asegurar cuál de las dos experiencias fue la más humillante, si la humillación es medible a través de los años, la arena de la desmemoria —que es mucho más incisiva que la del olvido— y la mera necesidad de sepultar acontecimientos dolorosos, aun a riesgo de saber que sepultarlos equivale a cercenar una parte de nuestro propio ser. Pero hay situaciones irrepetibles, porque es como si el dolor original se exacerbara con el juego de las repeticiones y ya la cuarta o la décima vez la punzada es tan feroz que uno termina por no querer y no preferir y no recordar y no remontar y no repetir. Hoy pensándolo diría que es como esos virus de macros de Microsoft que una vez que se te metieron en el disco crecen y crecen, ocupando toda la memoria y los espacios libres y terminan por arruinártelo todo. ▌

[GE; *Zapping*]



Parque Norte, Rosario 20 de mayo de 1943.

§

…El gerente de noticias de moda o el capo de los reality shows metiendo a millones de cornudos en un circo kilométrico para presenciar una corrida que ni en los tiempos de Tertuliano. Empezando desde el comienzo, por supuesto. Da para una miniserie. Y no tan mini. Abuela Macrina al frente de su hotel para marinos en Galicia. Abuelo Andrés teniéndole la vela a abuela Macrina, que era capaz de dejártelas en salmuera. Tío Manolo casándose con una francesa ¿te hacés cargo? Tío Pepe rajando a las Américas para zafar de la mili en África. Tío Pepe en Buenos Aires, lejos de mamita y cerca de varios novios dicen. Tío Manolo muerto (francesa hija de puta). Abuela Macrina viuda a tiempo empacando a sus tres nenas para América, al rescate del bebe. (El último novio que le conocí a tío Pepe se llamaba Bebe). Aterrizando en Rosario, a poner negocio. Mamita de novia con mi padre. Abuela de por medio. Compromiso con fiesta. Casamiento con fiesta. Nacimiento de un servidor, con fiesta. Mi padre en cana. Mamita de vuelta en casa de Macrina (tu marido o nosotros). Con el tiempo ¿dónde está papito? Papito está en el cielo, querido. Tito de enanito primer premio. Tito de Polichinela primer premio. Tito de cadete primer premio. Fijesé. Tito que lo primero que le enseñan a contestar a "qué vas a ser cuando seas grande" es "cadete de la marina e ingeniero naval". Fijesé. Tito a la escuela. Tito el día de su primera comunión. Esmoquin blanco largo, fijesé. Mamita haciendo gimnasia en bolas donde se suponía que Tito podía espiarla. Tito espiando a tía Nita y tía Fina bañándose. Tito con su trajecito inglés a la Cultural. Tito izando la bandera en Provincial un 25 de Mayo. Ahí ya tienen que aparecer los primeros spots de suicidio. Uno de los hijos de mi padrino, por cuestión (combinada) de sexo y drogas. Pablo Cribioli "Pacri". La señora de Torres, una vieja de 75 años que se colgó de un tirante. Quería ser escritor. Horacio Quiroga entonces. La Violeta. Marta Lynch. Lugones, imaginate. Unas tomas actuales en el Tropezón. El de Pessoa. Salgari y sus dos hijos. Alejandra. José Ingenieros. El de Adolf y Eva en el bunker de Berlín. Fijate los alcances. Antes de esto tal vez, Tito meándose encima en la escuela frente al Señor Regente. Tito enamorado de la maestra de tercero que va y se casa con el maestro de tercero de la tarde. Podés varearte por *Tristán e Isolda*. Preludio y muerte de amor. No, por amor mejor no. Tito a las patadas con un grandote estrenando su primera puteada "la concha de tu madre y la de tu padre juntas…" Tito patinando (los primeros patines con botas [blancas] que se vieron en el Barrio). Tito despidiendo al profesor de gimnasia. Que la ventura y la dicha lo acompañen siempre. Tito campeón infantil de ajedrez. Tito siete premios anuales consecutivos en la Cultural. Tito rindió sexto grado libre (¿para qué?). Tito enamorado de Marta, de Dionisia, de Beatriz, de Rosarito, de Adriana y de la rubia de trenzas que patinaba (una por vez). Me doy cuenta que no se puede meter una serie en un mail. Te dejo porque ya no estoy solo en la casa (aparte de la vieja) y el ambiente está enrarecido. Te adoro, flaca de mi alma. ▮

[GE; *Zapping*]



Fiesta de los 9 años. Héctor Palmisano, Riqui Bossert, Martita Dipietro, Engué Tagliabúe, Ana María Dipietro, Quique Galarza, Enrique Rodríguez, Gregorio, Luis Sobrino, Nenucho Martínez, Roberto Redondo, Jorge Suárez, Coco Olcese, Bochín, Omar Bravo, Héctor Bernabé, Artemio Ferreyra, Jorgito Andino, Jorge Bloj, Héctor Peire, Emilito Capella con Emita Echániz, Alberto Urmeneta y Douglas Russell-White. Rosario, 21 de abril de 1944.

§

La amenaza pesa sobre su cabeza lo mismo durante la vigilia que en el sueño. Despierto recibe las andanadas cotidianas de tío Pepe que lo mima al tiempo que lo asusta con gestos y promesas que llegan a concretarse en algún momento en un charquito miserable en medio del negocio. De mamá que le describe la insoportable temperatura de las llamas reservadas por la divina justicia a los niños que dicen esas cosas miran esas cosas y tocan esas cosas. De su abuela materna que ausculta con pesimismo la aparición en sus modales y en su cara de los rasgos y modales del padre enterrado desterrado desenterrado. De las tías maternas que lo capitalizan con usura con envidia con apetito y con promesas a media luz a media sombra ofreciendo su desnudez a través de la banderola del baño. A veces la advertencia de la pitia es explícita. Buena os la echó tu padre a tu madre y a ti. Entonces vuelven a su cabeza la visión de un calentador sobre la mesa del comedor y encima un recipiente en el que Cira hierve unas agujas que al rato serán un pinchazo breve y un dolor muy largo. Debimos haberle cambiado toda la sangre en cuanto nació. Con el correr del tiempo esta receta irá adquiriendo distintos sentidos, desde el concreto fisiológico hasta lo intangible metafórico. Y llegará a adulto sin saber a cuál de ambas posibilidades aferrarse, duda nada inocente que se cruzará una y otra vez en su camino definiendo fatalidades e improbabilidades. ▮

[GE; *Zapping*]



§

Es cierto, nadie hace el arroz con leche como la abuela. Una o dos veces al mes, tía Nita trae del negocio (pienso que a escondidas de tío Pepe) un par de cacerolas y un hervidor rebosantes de leche. Vuelca todo en la olla grande enlozada (muchos años más tarde será una olla de aluminio totalmente huérfana de encanto) y deja a mano el latón de azúcar, cuchara de madera, una espumadera, el arroz, la ralladura de dos limones, una chaucha de vainilla y el especiero de la canela. Tía Nita es como la cocinera suplente de la casa. Titular de por vida —por supuesto— es la abuela. En verdad es Cenerendola quien se ocupa todos los días de la cocina. Y es también la encargada de lavar los platos y de la repostería. Pero el titular del predio es la abuela, con todas las prerrogativas y todas las cocardas. Doña Petrona y Juanita ¡mirá qué justo! Tía Nita es Juana. Juana Vidal. Crisótemis la hermana segundona de Electra. La pequeña Crisótemis quien con tamañas o peores razones, se negará a secundar la venganza de sus hermanos. Digo que su apellido de soltera es Vidal. El único que llevará hasta la tumba. Porque para muestra basta un botón, decretará un día la abuela. Los decretos se enlazan y van formando un gigantesco decreto madre —un decretazo— un bill, como usan los ingleses para gobernar. Una auténtica e irrefutable carta magna. Abuela Macrina jamás legisló a base de necesidad y urgencia. Su línea política siempre fue sencilla y contundente. Lo que yo digo está bien, sea derecho o torcido. Porque lo digo yo y basta. Los días de arroz con leche, la cocina debía estar despejada antes de las diez de la mañana. Abuela arrimaba una silla amplia, encendía una hornalla y colocaba encima la olla casi colmada de leche fresca. Ya sentada, las piernas separadas, comenzaba a revolver y revolver, sin apuro, espumando de tanto en tanto la nata. Antes de arrancar el hervor, agregaba con parsimonia el azúcar —siempre revolviendo— y enseguida varios tazones de arroz. Invierno o verano, los mismos gestos, idénticos movimientos. La diferencia podía percibirse en la liviandad de los vestidos. Para los días de calor un batón de algodón estampado en colores claros. En días de frío el batón era de franela y se echaba encima una toquilla de lana tejida por ella con gruesas agujas de madera. Le gustaba —eso sí— trabajar el tejido a dos colores, haciendo una guarda. Las muestras de tejido eran de la carpeta de labores de tía Fina, de aquellos años de la Escuela Industrial que ella nombraba como si fuera la Sorbona (también había estudiado en la Singer). Mamá conservaba su carpeta de bordado, pero a diferencia de tía Fina, que hacía maestría del fil tiré y del embroiderie, el punto turco y el punto ruso, mamá ostentaba lauros innegables en el tejido al crochet con algodón sedificado y agujas de ganchillo. Con tan sencillas herramientas, tejía metros y metros de cola de rata (redonda) y de cola de rata chata. Esta trencilla se armaba en ovillos de peso considerable, uno tras otro. Que en un momento dado, iban a parar —debidamente hilvanados— a un patrón preparado con papel de molde reforzado con papel kraft (papel madera) y a veces con hojas de diario. Sobre el papel de molde mamá calcaba antes del armado dibujos sacados de Labores, Damas y Damitas y revistas similares, muy en boga entonces, dado el auge de las labores caseras. Y sobre este endiablado mapa que simulaba una pista de ludo o del juego de la oca, con idas y vueltas y circunvoluciones, se iba hilvanando la trencilla.

Por entonces Tito no tenía ni elementales nociones de anatomía. Unos años más tarde pudo ya maravillarse al comparar aquellos laberintos de trencillas y papeles con diversos y arbitrarios cortes cerebrales sobre los cuales un día el padre Clemente mostraría la cisura de Silvio, el canal de Rolando, la cisura calcarina y el istmo del encéfalo. Cuando todos los senderos estaban cubiertos de trencilla, mamá procedía a consolidar la telaraña por medio de finas uniones que iban haciendo de puente de un carril al vecino, cada dos dedos más o menos. Quedaba entonces cortar los hilvanes, separar los papeles, eliminar cuidadosamente los vestigios de hilo blanco (las trencillas eran de color crudo) y planchar la obra. El producto eran carpetas de mesa, desde el tamaño de un platito de café hasta cubrir por completo una mesa grande de comedor. Algunas completamente caladas y otras montadas sobre etamina. La otra especialidad de mamá, única que terminó desarrollando con el correr de los años, era el bordado en linón con hilo *mouliné* y *cotton-perlé* (pensaba entonces que *mouliné* y *perlé* eran más bien las marcas) y un punto muy especial cuya grafía exacta desconozco porque jamás lo vi escrito, pero que sonaba como “bobé” o “bové”. Para aportar precisiones en este caso debería explorar alguna enciclopedia francesa, que no tengo a mi alcance. Tía Fina se manejaba en esta competencia —lo era y virulenta— con una delicada habilidad para bordar a mano sobre bastidores de madera y a máquina con una prolijidad tal que se tomaba por bordado a mano. Con agujas casi invisibles y con hilo de algodón delgado (recuerdo al pasar las bobinas y carreteles marca Elefante, DMC y Mercé Crochet) de sus manos brotaban sábanas, toallas, manteles, lencería y pañuelos. Obviamente, la exhibición de estos primores constituía el plato fuerte de la puesta en escena cuando venían visitas. La cuestión no era demasiado evidente, porque una modestia visiblemente falsa impedía abrir el fuego de entrada. Pero como los habituales de la familia conocían el paño, bastaba una mirada discreta hacia la carpeta que adornaba el trinchante o hacia las cortinas que engalanaban la ventana del comedor, para dar pie al consabido “esa la tejió Victoria” o “aquellas las bordó Fina”. Comentario que, dada su prolija neutralidad, podía provenir indistintamente de abuela Macrina o de tía Nita. Abuela —estando ella presente era ella seguro— ratificando la excelente educación de las niñas. El colegio de las Monjas, las brillantes calificaciones, etcétera. Y en ausencia de ella, tía Nita para demostrar que conocía el tema, más fácil de exhibir y conservar —en todo caso— que los brazos de gitano o los arrollados dulces o las orejas de carnaval que coronaban su magisterio gastronómico. Tras esta breve explicación, venía de cajón un “mostrale Fina el camisón de novia que le estás bordando a la Benzadón” o “traé Victoria esa carpeta que tenemos para los Chenlo”. Se iniciaba entonces un curioso ballet. Mamá y tía Fina yendo y viniendo con paquetes y cajas. Del dormitorio al comedor. Del comedor al living. Del living al dormitorio. Gregorio se hubiera deslizado tal vez con cinismo hacia *Pubis angelical*. Me refiero al único dormitorio, dos camas matrimoniales y una cuna. Tío Pepe tenía su cuarto en una planta alta a la cual se accedía desde el patio. Es posible que algunas imágenes de la distribución de la casa se hayan ido confundiendo con los años. Por ejemplo el living no pertenece a esa época. Sino a una especie de renacimiento que en la familia estaba claramente cronologizado. Antes de la obra. O después de la obra. Antes de la obra era todo un gran patio al cual daban el dormitorio y el comedor.

Después de la obra —después de la intervención del Maestro Bonivardo— se cerró la mitad del patio. Allí surgió un ambiente más bien modesto, que podría ser descripto como sala de estar. Pero que dada la euforia de la posguerra y el triunfo de las armas americanas y los dólares americanos y el estilo americano, se rotuló pretenciosamente "el living". Los ingredientes más notables eran el piso de mosaico calcáreo imitación granito en damero crema y verde claro, el empapelado al tono y un ventanal de vidrio inglés repartido armado en hierro que tío Pepe llamaba con orgullo "la mampara". Cada caja —cada paquete— era abierta —desenvuelto— y las autoras exponían las maravillas de su cosecha a la admiración y a los ayes de la visita. Este lo saqué de un molde de una revista extranjera que me prestó la de Almagro (una fulana de tal de Almagro Quintana, ole). Aquella la armé combinando dos dibujos que me hizo el petiso (Herminio Pérez) contrapunteaba mamá. ¿Todo a mano, Fina? No tal, es todo a máquina (acotaba tía Nita) todas se confunden por la puntada chiquita y pareja… Y vos, Victoria, ¡qué vista para enganchar esas presillitas sin que se noten las uniones… y qué paciencia!… ¿Pensabas salvarte hablando de albañilería y de bordados? Ni soñarlo, hijito, ¿cómo era lo del secreto importante? Y Tito con cara de yo no fui, paradito delante de la cama donde abuela ya se aprestaba para dormir. Pero bien sabe Dios que no conciliaría el sueño sin antes haber escarbado en mi consciencia hasta dar con la raicilla peligrosa. Para eso tío Pepe repetía sentenciosamente a las madres atentas que un arbolito joven es fácil de enderezar, uno adulto imposible. Que al mal hay que extirparlo de raíz. Y que una sola manzana podrida pudre todo el cajón. Si recordamos que en el colegio de las hermanas mamá y las tías habían caminado por el convincente apotegma de que "la letra con sangre entra" es comprensible la confianza que abuela Macrina tenía en sus recursos pedagógicos. Con lo que, entre promesas y veladas admoniciones y negativas y respuestas reticentes, saltó al fin la cosa. Que los nenes no los trae la cigüeña. ¿Ah, no? ¿Entonces de dónde salen, querido? De… de… ¿de dónde, que no te escucho bien, tesoro…? Este… de… de la pancita de la mamá… ¿Te das cuenta Victoria, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo que acaba de decir esta criatura? Mamá estaba tejiendo trencilla pegada a la radio, absorta en algún dramón movido como *El León de Francia* o una producción de lágrimas y mocos como *Genoveva de Brabante*. Con una oreja en el radioteatro y la otra en nuestra conversación privada con la abuela. Sufriendo, no tanto por mí, sino porque la factura de mi mala crianza la terminaría pagando ella. Bien a su pesar, mamá dio un suspiro y se acercó a nosotros. Se abría la segunda instancia de la audiencia. ¿Y quién te dijo semejante mentira, hijito? Tenés que contarlo porque los chicos que dicen esas cosas se van al infierno. Y Dios castiga a quienes las escuchan y las creen y las repiten ¿entendiste? Sí abuelita. Pregúntale tú, Victoria, para que le quede claro. ¿Verdad que nunca más vas a repetir esas cosas tan horribles, periquinho? Sí mamita, digo no mamita. Porque papá del cielo se va a enojar y te va a castigar. Sí mamita… ¿puedo comer un poco de arroz con leche, mamita…? Después de que nos digas el nombre de ese chico, mi capitán… ■

[GE; *Abuela Macrina*]

§

Si es por personajes pintorescos, el barrio daba para una completa galería. Igualmente notable ejemplar era doña Rosalía, la madre de María Amanda, casada (mal casada, según la vieja) con Roberto Tinto, otro pajarraco de la cana. Vivían también sobre La Paz, casi enfrente de Armadá y al lado de lo que oportunamente fue la escuela provincial República de Bolivia. Doña Rosalía —doña Rosaura la rebautizaron de entrecasa y peyorativamente mis tías— era devota del Sagrado Corazón de Jesús y de Santa María Margarita y solía encabezar las procesiones en la iglesia de Luján toda enfundada de negro y con varios escapularios al cuello, algunas veces también esgrimiendo un estandarte. Y guantes negro largos de encaje, abiertos en los dedos. A medias creo recordar que entre sus devociones figuraban asimismo la beata María Goretti y Santa Catalina de Siena. Titular cada una de ellas de la correspondiente cinta de seda con su color propio, la roja era la del Sagrado Corazón y había también una amarilla y una violeta. Venía a casa con bastante frecuencia a visitar a abuela Macrina. En días de verano portaba un frasquito con citronela para espantar a los mosquitos, con el cual convidaba una vuelta como si fueran caramelos, haciendo al mismo tiempo la apología del noble producto. Creo que en eso no andaba muy errada, porque las esencias de citronela y el citronelol fueron durante años los productos naturales más difundidos contra el mosquito, antes del desarrollo de la química sintética. Eran productos caros, por la gran cantidad de plantas de rosa, de geranio o de limón necesarias para extraer unos gramos de esencias. A su debido tiempo tía Nita le servía una copita de oporto (un vinito) y algunas galletitas dulces a las que tío Pepe custodiaba con ojos de vigilante, no es cuestión de abusar. Las tardes de calor podía ser en todo caso un refresco de granadina. Recuerdo a propósito de este tema que tío Pepe era más bien conservador como comerciante. En cuestión de refrescos, su oferta se encerraba exclusivamente en grosella o granadina. La aparición de refrescos simil Indian Tonic y concentrados tipo Komari para preparar, fue agriamente resistida por él como un signo más del advenimiento de tiempos modernos con los cuales no estaba para nada de acuerdo. Y contra los que no desperdiciaba oportunidad de echar encendidos párrafos cuando clientes o abastecedores le daban pie. Sobre este y otros temas hubo en El Chacho debates memorables, que en sus épocas de oro lo elevaron casi a la categoría de un verdadero ateneo cultural. Los tópicos de charla de esta doña Rosalía variaban desde las virtudes de María Amanda, virtudes que por cierto debía esconder lejos de la cara de tonta, la pobre (tía Fina venenosamente la llamaba Mary Pickford) y los desmanes del yerno, quien al margen de la menguada ocupación era, a decir de la vieja arpía, jugador y mujeriego, y como ratificaba abuela Macrina para cerrar el tema, hombres y basta. Esta piadosa y comunicativa señora también gustaba prenderse en algunas tertulias invernales de lotería, el deporte social predilecto de la casa. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Hay recuerdos que se resisten. Uno tira y tira y no se dejan. Entonces te agarra esa especie de picazón. Abuela Macrina decía que comer y rascar todo es empezar. Y no teniendo a mano unas fetas de jamón y un poco de fontina o de gruyére —ni un cacho de pan como para engañar el estómago— uno se arrima a la máquina, coloca una hoja de papel y entra a sacudirle a las vocales y a las consonantes. Tal vez lo peor del no jamón y del no queso sea la carencia del semillón o del tinto, eso según de quién se trate el asunto. Vos te acordarás que al pelado Ceballos le ocurría únicamente con el semillón (aquel de los consabidos "genioles"). Nunca te conté que Ceballos se parecía maravillosamente —al menos era la imagen que me suscitaba— a la cabeza de ese pobre calvo atravesada por clavos, tornillos, remaches, barrenos y toda clase de piezas de tortura con que Geniol trataba de dar a entender al público lo que era un sufrido pithecantropus antes de sorber la tableta mágica. Seguramente Ceballos le hizo a los quía un soberbio corte de manga, porque a nadie se le ocurriría discutir si el semillón es menos digerible que un supositorio oral de ácido acetilsalicílico (más el talco y el resto de basura hasta completar el peso). O sea que la transferencia del pelado estaba clarísima. Tatita —en cambio— le pegaba al tinto. Que siempre fue bebida de machos. No se me ocurre que en un estaño de San Cristóbal o de Mataderos (en Rosario pensaría Saladillo o Echesortu) alguien se arrimara requiriendo un torrontés o un sauternes o un pinot gris. Tío Pepe tenía en servicio dos barricas de doscientos litros, una de blanco y otra de tinto, disponibles no solo para los degustadores al paso sino para muchas familias que se resistían al embotellado. Y es curioso, revivo cabalmente el aroma que inundaba el lugar cuando se abría un barril de tinto, pero del blanco no conservo memoria. Los primeros miércoles del mes, el camión de la bodega (Ángel Furlotti Hnos.) se estacionaba sobre la ochava. Se colocaban dos tablones desde el vehículo hasta la vereda y bajaban rodando los barriles (casi siempre dos de tinto y uno de semillón). Se mudaban entonces los tablones hacia el escalón de mármol blanco de acceso al almacén y subía el vino —ahora con esfuerzo— en pugna contra la gravedad. Se rodaban hacia la trastienda y quedaban arrimados contra la pared del fondo. Al agotarse alguno de los que estaba en funciones, se lo bajaba del catre instalando el nuevo en su lugar, acostado y con la tapa hacia adelante. Con taladro de mano se practicaba un orificio de algo más de una pulgada, produciendo unos rizos de viruta rubia perfumada pero sin traspasar todo el espesor de la madera. Se embocaba la espita y con dos golpes de maza se terminaba la perforación, acuñando el cono. Antes de que el segundo golpe encajara firmemente la espita, un chorro de vino maduro le daba en la cara y el cuerpo a tío Pepe, quien para esas ocasiones se quitaba la camisa (en verano también la camiseta, aunque abuela Macrina desaprobaba verlo a-cuerpo-gentil). Se enjuagaba enseguida en la pileta de junto a la máquina de soda, pero el lugar permanecía impregnado de aquel aroma que resumía para mí lo apetecible y prohibido del mundo de los mayores. Repito que esta misma operación, realizada con un barril de blanco, era mucho menos significativa. Acaso porque el tinto ostentaba su similitud con la sangre, verlo brotar de la barrica era imaginar un gran animal agonizando al tajo de una herida interminable.

Con el tiempo, otras visiones se fueron agregando. La primera vez que asistí a la muerte de un toro en el ruedo debo haber mezclado necesariamente ambas —tan semejantes además— solo que la del tonel era alegórica pero la del miura no. Conque no es casual que tantas veces un poema de Federico o de Miguel Hernández me arrastren amarrado a los muelles de la infancia, medio embriagado por esa efusión de tinto y sangre. Por el mostrador de El Chacho desfilaron diversos místicos y adeptos. Que es decir adoradores de la-tristeza-de-un-color-cuyo-fondo-nadie-ve, según le dolía a Joaquín Castellanos en su célebre poemario dedicado (inútilmente) a justificar un hábito injustificable, ya que a cualquier dipsómano le es indiferente el consenso social de sus evasiones. Y la porción no consumidora se resiste a suavizar sus opiniones acerca de vinos y borrachos, por mejor que caiga un memorial de laboriosos endecasílabos. El inglés (con el tiempo aprendí que no era inglés sino irlandés ¡gruesa pifiada! acudía a primera hora de la tarde, dos veces por semana. Empezaba con una Quilmes cristal que duraba aproximadamente media hora, es decir el tiempo necesario para que el último vaso desbordara esa espuma espesa que corona el licor alrededor de los cincuenta y nueve grados de temperatura. Farenheit, por supuesto. La cara rubicunda de mister O'Bannyon (llamémoslo así ante la imposibilidad de recuperar su nombre verdadero) empalidecía al ingresar a la segunda botella, la cual era gestionada al mismo ritmo de la anterior. Ningún otro signo externo, puesto que —acodado frente al mostrador contra un mármol blanco que hacía juego con los umbrales, al costado de la Berkel— su mirada se incrustaba desde el primer vaso en un punto, entre la pila de cajas de Quaker y los cajones de huevos frescos. Unico indicador del tiempo y los decilitros era el retorno del sonrojo, y una transpiración enjugada con un pañuelo que al cabo de la cuarta ya no servía para nada. Indicio este (heroicamente acatado) de suficiente. Depositaba sobre el mostrador un importe exacto —circunstancia no inusual en épocas ignorantes de inflación y ajustes— giraba echando un vistazo en redondo para verificar las coordenadas de la puerta y emprendía el retorno a casa, con paso casi tan firme como al llegar. Otro adscripto a la cerveza era Miguel, autodeclarado andaluz de los propios farallones del Sacromonte. Moreno enjuto de cabello negro ensortijado, no se le conocía historia ni domicilio, pero fue bienvenido en El Chacho, pues aparecer el gitano era entrar un torbellino de risas y donaire. Ya antes del primer vaso (no pasaba de un porrón) se soltaba, no importa quién estuviera presente, con algún fandanguillo o un zapateo de aquellos que ponían a tío Pepe en situación. En casa adivinábamos la llegada de Miguel y era un correr para escucharlo detrás de la puerta. Yo tenía acceso al show, pero tía Nita y tía Fina respetaban la consigna de abuela Macrina (mujeres solteras no debían ventilarse delante de hombres frívolos). El gitano fue asiduo irregular durante un par de años. Hasta que un confuso episodio con una gitanilla de quince años —una tribu acampaba a pocas cuadras, pasando la intersección de avenida Francia con Ocampo— lo alejó para siempre. Si es que admite confusión el seducir a la prometida del primogénito del jefe, dando lugar a una pintoresca escaramuza entre ambas familias, tertulia fruictivamente presenciada por el barrio en pleno.

El flamenco gozaba de todo el fervor en casa, a pesar de las claras distancias entre gallegos y andaluces. Pero que el cante les llegaba, vaya si les llegaba. Se anotaba toda la familia en cuanto fandango se organizara en Rosario, fuera "cinta" cinematográfica, obras de teatro o variedades al aire libre, tipo colmao. Es más, en alguna oportunidad por el lado de mis padrinos fue invitado a la casa de avenida Pellegrini, donde también funcionaba la tintorería propiedad de ambos —don Pablo y doña Emma— un bailador que se presentaba en los tablados como el Niño de Utrera. Conque finalmente este Niño de Utrera, Angelillo y Miguel de Molina, fueron la santísima trinidad que más cerca del paraíso terrenal arrimaba a toda la familia. Pero volví a irme por las ramas. Contaban con estacionamiento privado en El Chacho, en unos estantes de buen cristal, botellas de caña, grappa, ginebra y aguardiente. La bebida blanca se servía en unas cañas troncocónicas, similares a los vasos para vino, solo que de menor capacidad. Citar caña, grappa o aguardiente es una evocación insuficiente a los efectos del polvo del olvido. En realidad hablo de la botella de caña Ombú, que estaba a la derecha de los refrescos de grosella y granadina Cusenier, de la etiqueta verde de la grappa Valleviejo instalada entre una caña Mariposa de durazno y un vermouth Henzi, o de un envase prismático de aguardiente catamarqueño El Chango alineado con una botella de ferroquina Bisleri y otra de Hesperidina. También —cómo no— de un terso porrón de barro de ginebra Bols, o de la botella verde de Llave. Creo que solía no faltar una de anís seco y otra de anís dulce —de los Ocho Hermanos, por supuesto— y alguna de caña quemada Mariposa. Todos estos elixires ostentaban nombres exóticos —algo mágicos— y ciertamente vedados. Que evocaban a su vez caras y apellidos que acuden a mí en cuanto los pronuncio o escribo. Por ejemplo decir caña así, a secas, ("una caña, don Pepe") es convocar el rostro de Castro, guardián de las plazoletas que agraciaban el eje de avenida Francia. Castro, con su invariada indumentaria de algodón azul, gorra y montera de hule negro, era el encargado de barrer hojas y emprolijar canteros. Tenía a su encomienda las cuatro placitas: la que iba desde Riobamba hasta La Paz, la que seguía desde La Paz hasta Las Artes, la de Las Artes a Viamonte y la última, desde Viamonte hasta pasaje Primavera. Las cuidaba, las caminaba con total convicción de recorrer un territorio suyo privado, armado de horquilla y de una guadaña que manejaba con destreza celebrada por nosotros en silencio. A las tres de la tarde en punto Castro llegaba al negocio, saludaba con un buenas-tardes-permiso-señor-Vidal y se dirigía hacia el teléfono, a través del cual comunicaba la terminación de la tarea diaria por medio de un mensaje misterioso de alusiones pirateriles o bandidos a caballo: hola-aquí-Castro-sin-novedad-vivienda. Cumplido tan sugerente ritual trasegaba de un sorbo la medida de caña Ombú que tío Pepe ya tenía a su alcance, en la misma punta del mostrador donde Ceballos daba cuenta de sus genioles. El aguardiente no tenía, según creo, titular específico. Pero era el tónico predilecto de Bonivardo, un napolitano de pocas palabras que vestía con orgullo su título de albañil y las herramientas que le conferían tal dignidad: metro de carpintero, nivel de burbuja y llana, que no soltaba de su mano izquierda ni mientras manejaba la bicicleta. De voz profunda y áspera, Bonivardo emitía sentencias inobjetables como un juez pronuncia veredicto, sabedor de que a nadie se le ocurriría rebatir sus dichos o contrariar tales sentencias.

Aunque pienso que no todo el mundo estaba convencido de su magisterio, pues en ocasión de construirse el sótano (contaba yo entonces alrededor de diez años) sobrevinieron discusiones acerca de quién aquilataba antecedentes para ocuparse de la obra. Abuela trajo a colación ciertos errores del maestro en alguna refacción anterior (supongo que se referiría a una presunta modernización que diera por tierra con lo poco que la casa conservaba de fresca sencillez) y finalmente la obra se le adjudicó a Chinongo, quien era de los que al momento de votar se volcaban por la Valleviejo. El anís no contaba con muchos adherentes, acaso la presunción de que no respondiera por completo a las cualidades que requiere una bebida de hombres. Pero era —creo— lo único que tomaba Leonardo, el más joven de los Fernández, quien lucía con suficiencia una apostura tipo Hugo del Carril y por quien tía Fina secretamente suspiraba, aunque terminó casándose con Mabel Carignano —según tía Nita y tía Fina a disgusto de su madre, que no la veía como nuera— en todo caso era siempre anís seco. Supongo que el señor Muñoz también disfrutaba en secreto de alguna copita cuando venía a cortarle el pelo a tío Pepe. Estoy seguro de que lo haría —si se diera como imagino— con culpa y a escondidas de su esposa, una religiosa mujerona siempre de negro de pies a cabeza, que dirigía en voz alta los rezos de la misa de domingo en la iglesia de Luján. Su émula en esta actividad era la señora de Vidal (la Bombera para los viejos del barrio, dado que Santiago Vidal —no tenía en común con tío Pepe más que el apellido— era cabo del cuerpo de bomberos) igualmente robusta e invariablemente también de negro riguroso. Pero mientras que la señora de Muñoz allegaba limosna y fidelidades para la propia virgen de Luján, el celo apostólico de la señora de Vidal estaba devota y noblemente orientado hacia la de Pompeya. Nunca entendí demasiado ese embrollo de vírgenes en competencia, pero me sentía más atraído por la de Pompeya, seguramente porque el Niño Jesús que ostentaba en sus brazos le daba una calidez que me eximía de conflictos filosóficos (de eso se encargarían los tropezones y los años).

Curiosamente, los esposos de estas austeras matronas compartían el amor por esa copita saboreada a sus espaldas. Ni imaginar la expresión de cualquiera de ellas, de haberse apoderado del sórdido secreto. Pero si ellas podian fiar de la discreción de los padres agustinos, no menos confianza depositaban ambos maridos en tío Pepe, cuyos ojos eran ciegos y sus oídos sordos ante las inocentes debilidades de sus clientes. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Lo que me envidiáis vosotras es la fuerza de voluntad. Quién me diera unos años menos. Ya veríais quién es Macrina, ala. No me hacían sombra la Pola ni la Membrives. Vamos, vamos, abuelita, no te imagino en las barricadas. Como si dijeras Rosa Luxemburgo. O la Pasionaria. Y menos en un escenario. Ay, hijo, qué poco conoces a tu abuela. En las fiestas de Marín y de Vigo lo más granado se mataba por sacarme a bailar, anda. Pero claro, eran bailes decentes. Hasta había otro respeto. ¡Qué dones le dio la naturaleza, señora Macrina! me decían a menudo los oficiales que paraban en casa. ¡Qué finura, qué inteligencia! Y eso que no tuve escuela. Pero tuvo usted señora mía la escuela de la vida y la sabiduría de la discreción y el sentido común. Aquellos sí que eran caballeros. ¿También en privado, abuelita? Ay Victoria, qué castigo. Tener que soportar las impertinencias de esta criatura. ¿Qué señora de su casa podía conocer la vida privada de aquellos militares? Hombres al fin. Aunque tan buenos mozos, madre. Tan elegantes con aquellos uniformes que parecían salidos de la tintorería. Pero este diablo de chico no las inventa, no. De alguna de vosotras debe sacar las sandeces que dice. Quién te hubiera dicho, abuela, que con los años una de tus niñas se había de dar el gusto. No sé qué gusto se puede encontrar en el pecado, virgen santa. No me cabe en la cabeza salir de viaje con una señorita y volver con una cualquiera. No hubiera pasado en mi juventud, que aquellos eran otros tiempos. Es que no habría camarotes ni amuebladas, abuelita. Pero bien ocupados estaban los horreos y los establos y las buhardillas y las sacristías ¿eh, tía? ¡Es cuanto hay que oir, Victoria! Cuanto antes tome la comunión este chico, a ver si le quitan el diablo del cuerpo. Tarde me di cuenta de que no se debe escupir para arriba. El esmoquin blanco y el brazalete de seda y el misal y el rosario fueron mi castigo. Mi lengua larga fue culpable de la pérdida de una buena porción de libertad. Porque detrás del catecismo vinieron las misas interminables, a veces con sermón. Era el cuento de nunca acabar. Sermones tío Pepe. Sermones mamá. Sermones las tías. Y tus propios sermones, que parecías la mujer de un pastor protestante. Siempre hubo curas rondando por la casa. El padre Ismael. El padre Sancho. El padre Clemente. Aunque vos manejaras unos textos propios obviamente más iluminados que las mismísimas escrituras. ¿Sabías que la única Biblia que circulaba por casa era protestante? ¿Qué sabe tu hijo de estas cosas, Victoria? Me vas a explicar, perrecho, cómo las distingues. Todos lo saben, abuela. Las católicas tienen el borde de las hojas dorado. Sácamelo del medio, Victoria. Empieza a llevarlo a la doctrina, a ver si le limpian un poco esa cabeza. Con el tiempo caí en cuenta de que no pisabas la iglesia. ¿Era de veras porque ya no te daban las piernas? ¿O tenías cuentas pendientes, abuelita? ¿Tenés muchos pecados escondidos, abuela? Confieso que he pecado. De pensamiento, palabra y obra. Y aparte de confesarlos en silencio y en privado, directamente a Dios ¿te arrepentiste? Qué pecados puede tener tu abuela, que es una santa. Entonces te vas a morir en olor a santidad. Qué alivio, abuelita, no tener que pensar continuamente lo que se dice, lo que se hace, lo que se mira. Irse a la cama sin preocuparse dónde se meten las manos. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]


Gregorio, Victoria y Fina en la esquina de casa, Barrio Parque circa 1943.

§

Este niño ya tiene edad para tomar la comunión, Victoria. A ver si te pones con él, mujer. Con la educación que tuvisteis, tantos años de colegio de monjas. Se te ponían los ojos glaucos, abuela. Unos ojos que parecían cambiar de color y de profundidad según la circunstancia. En general eran pardo claro, según las tías café con leche. Café con leche con medialunas. Lo cual me llevaba —llevaba a Tito— hacia la canasta que todas las mañanas llegaba en una jardinera con caballo. Tío Pepe controlaba la cantidad y quedaban aquellas medialunas crocantes sobre el mostrador. Una de las golosinas a las cuales tenía acceso directo. En días de tormenta —exterior— viraban a un celeste grisado. Los ojos, no las medialunas. Más o menos claro según (imagino) la presión barométrica. La punta de una buena teoría. Que no estés para darle el catecismo. Seguro que fue tu idea, abuelita. Te lo traías entre ceja y ceja. A Tito le era indiferente la cosa. Aunque mamita lo llevaba todos los domingos a la iglesia de Luján. Avenida Godoy, para mi visión infantil casi el fin del mundo. Los padres agustinos habían estado presentes en cada acontecimiento. El compromiso de Victoria y Gregorio. Pocos meses después el casamiento. El bautismo del nene. En todas las fotos de cumpleaños aparece también el padre Ismael Ramos. En casa no faltaba asesoramiento confiable. La señora de Vidal (que no tenía ningún parentesco) ostentaba la franquicia de la Virgen de Pompeya. Esto a los fines apostólicos. Pero sus funciones parroquiales las cumplía puntual y devotamente en Luján. Codo a codo con la señora de Muñoz, franquiciada para la Virgen de Luján. Con lo cual tenía aseguradas las prioridades. Es decir la dirección de los rezos y cánticos en la misa principal. Siempre la de once. Y el timón de rosarios, rogativas y novenas. Pero como decía el cura, la grey es grande y los pastores pocos. Con lo cual era bien recibida también en el equipo pastoral doña Rosalía, una arpía amiga de la abuela. Su hija María Amanda estaba casada con Roberto Tinto. Era perfectamente natural que

cada jornada de meditación acerca de los defectos y vicios varoniles, fuera cerrada por vos, abuelita, con un pontificio "hombres y basta". Por cierto, abuela, no estaba yo entonces para preguntas chuscas. Tu investidura no daba para el cachondeo. Pero la frase de cierre dejaba más incertidumbres que seguridades. Porque bien mirado, ¿querías decir que te bastaba con que fueran hombres? ¿Bastaba con que fueran hombres para que fueran buenos? ¿O malos? ¿O que con el primero que cayera se cerraba el sport? Podría haber llegado a preguntarte —incluso— qué clase de hombres te gustaban. Cómo era el abuelo Andrés. Hablando de Manolo se notaba que te gustaban los buenos mozos. ¿Cómo es un hombre buen mozo, abuelita? Cabello ensortijado y la mirada perdida en el horizonte. Vi varias fotos de tío Manolo mirando como sin ver. ¿O un hombrón como Porrúa o como aquel capitán de la Base que nunca quisiste nombrar y tía Carmen contaba entre risitas que te tuvo a mal traer? Llegado el caso, abuelita, ¿te preocupaba que las niñas no tuvieran un padre o que en casa no hubiera un hombre? Será que con tío Pepe Dios te castigó… Algo majestuoso, seguramente. Un Júpiter tonante. Un hombre como Dios manda ¿eh abuela? No un cacarañado como Herminio, pobre petiso. Tan poca cosa al lado de Gregorio… ¡a ese sacármelo de delante! Sin embargo dicen que papá era buen mozo. Que más de una amiga de mamá le echaba el ojo.

¿Y cómo le gustarían a mamita? Mamá y las tías suspiraban por Hugo del Carril. Por Pedro Armendáriz. O por Angel Magaña. Ni qué hablar de Pedro López Lagar. Tan finos. Tan elegantes. El susodicho Tinto encuadraba bien entre los buenos mozos, me parece. Por algo tía Fina decía siempre que María Amanda tenía cara de tonta. Me parece que las uvas estaban verdes, tía. Otro buen mozo según mamá era el marido de Sarita Cuesta. Algo calvo ya pero muy interesante. Pero esto no me salva de la comunión. ¿Quién es Dios? Dios es un ser perfecto, infinitamente bueno, sabio, justo y poderoso, principio y fin de todas las cosas. ¿Qué es la Santísima Trinidad? Tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Todo fue bien hasta que empezaron los ensayos. Ir a la iglesia. Conversar con el padre tal o con padre cual. Todos solícitos. Una medallita, padre. Que Dios te bendiga, hijo. Mis compañeros tomaban la comunión de traje azul marino y pantalones cortos. Con un terrible moño de seda blanca al brazo izquierdo. Guantes blancos. Un misal de tapas nacaradas y un rosario. Y unas caras, madre, como zorros delante del pelotón de fusileros. Y tendrás que confesar todos tus pecados, periquinho. ¿Qué es pecado, mamita? Pecar es ofender a Dios, de pensamiento, palabra y obra. El que muere en pecado va derechito al infierno. ¿Al infierno, madre? Sí, al infierno derechito. Al fuego entre todos los diablos. Y los diablos saltan y bailan alrededor de los pecadores. Y los pinchan con unos tenedores grandotes. Nadie puede escaparse del infierno. No soñaba por cierto con que la poesía llegara a ser con el tiempo como una especie de castigo diferido, a causa de tanta contumacia y pertinaz inclinación al pecado. Menos soñaba aún con que tanta piedad y tanto sacramento estaban iniciando el irreversible camino de las culpas y el desolador ejercicio del remordimiento. Antes querría haber muerto que haberos ofendido. Y prometo firmemente no pecar más. Y evitar toda ocasión próxima de pecado. Amén. ▮

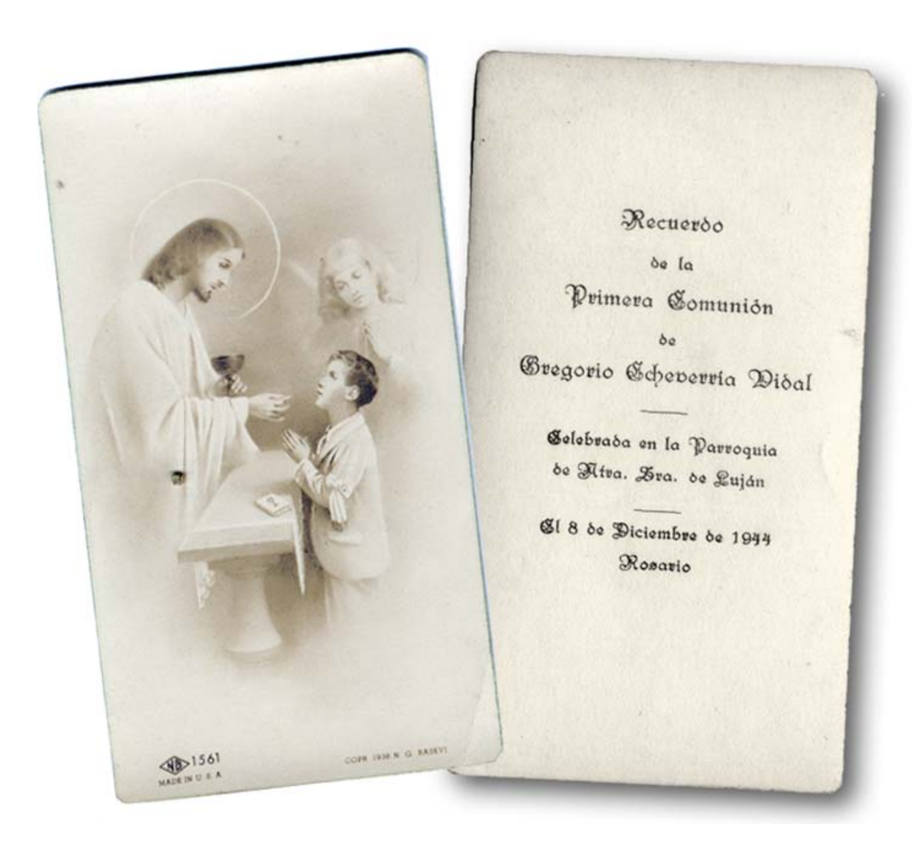
[GE; *Abuela Macrina*]

§

No puedo olvidar entre el padrón del vino tinto a un curioso personaje —subestimado por todo el mundo— cuyos discursos suscitaban una mezcla de fascinación y de incongruencia semántica. Ignoro su nombre, pues se lo designaba por uno u otro de variados apodos que había ido cosechando en su camino barranca abajo. Abuela Macrina lo llamaba “Chambricas”, voz que respondía —a mi modo de ver— a su desprolijidad y andares desgarbados. Pero también se lo conocía como “El Roñoso” mérito debido a su barba crecida y al traje casi harapiento de color dudoso. Tío Pepe, incapaz de ofender a tal funcionario o tal vez por respeto hacia la familia a la cual estaba incorporado (creo que era la familia Colleoni) lo llamaba “doctor Perejil”. Recuerdo ver llegar a este pobre hombre arrastrando los pies dentro de unos zapatos semidestrozados y sin vislumbres de betún, saludar con un hola-don-José formular el pedido (daba la impresión de ser el hombre de los mandados) y solicitar con aire pecador: me-haría-el-servicio-de-un-tintillo-don-José, mirando a uno y otro lado temeroso de indeseables testigos. Lo cual implicaba para tío Pepe la doble preocupación de servirle a escondidas y disimular el insumo en la libreta bajo otro rubro, puesto que evidentemente el hombre tenía el vaso prohibido. Algunos adherentes de esa zona del mostrador eran prudentes en escapar a mi vigilancia, no tanto por temor a una improbable indiscreción, como por no darme un mal ejemplo. Precaución que mantuvo intacta por años mi sobriedad. Lo cierto es que las botellas —a distintas velocidades— bajaban de nivel, a pesar de que tío Pepe las conservaba bien tapadas. Tal vez sé (o imagino) que otros degustadores de aquellos elixires eran Bernardino, hermano de Leonardo, quien seguramente procuraba soslayar con unos tragos de ginebra la falta del brazo derecho. O el señor Pagani, en busca de alivio a las crueldades de una traqueotomía que le bloqueaba casi el habla y la respiración. El resto eran gente de paso. Peones de maestranza o albañiles que remataban su jornada con algo fuerte para apaciguar el frío, el calor o las penas. Seres humanos que no alcanzaron a dejar en la historia de El Chacho y en la memoria de Gregorio (cuando Gregorio aún no era Gregorio sino Tito) otra traza que sus caras acobardadas por la mala suerte y sus prestigios desvencijados por la maledicencia. ▮

[GE; *Zapping*]





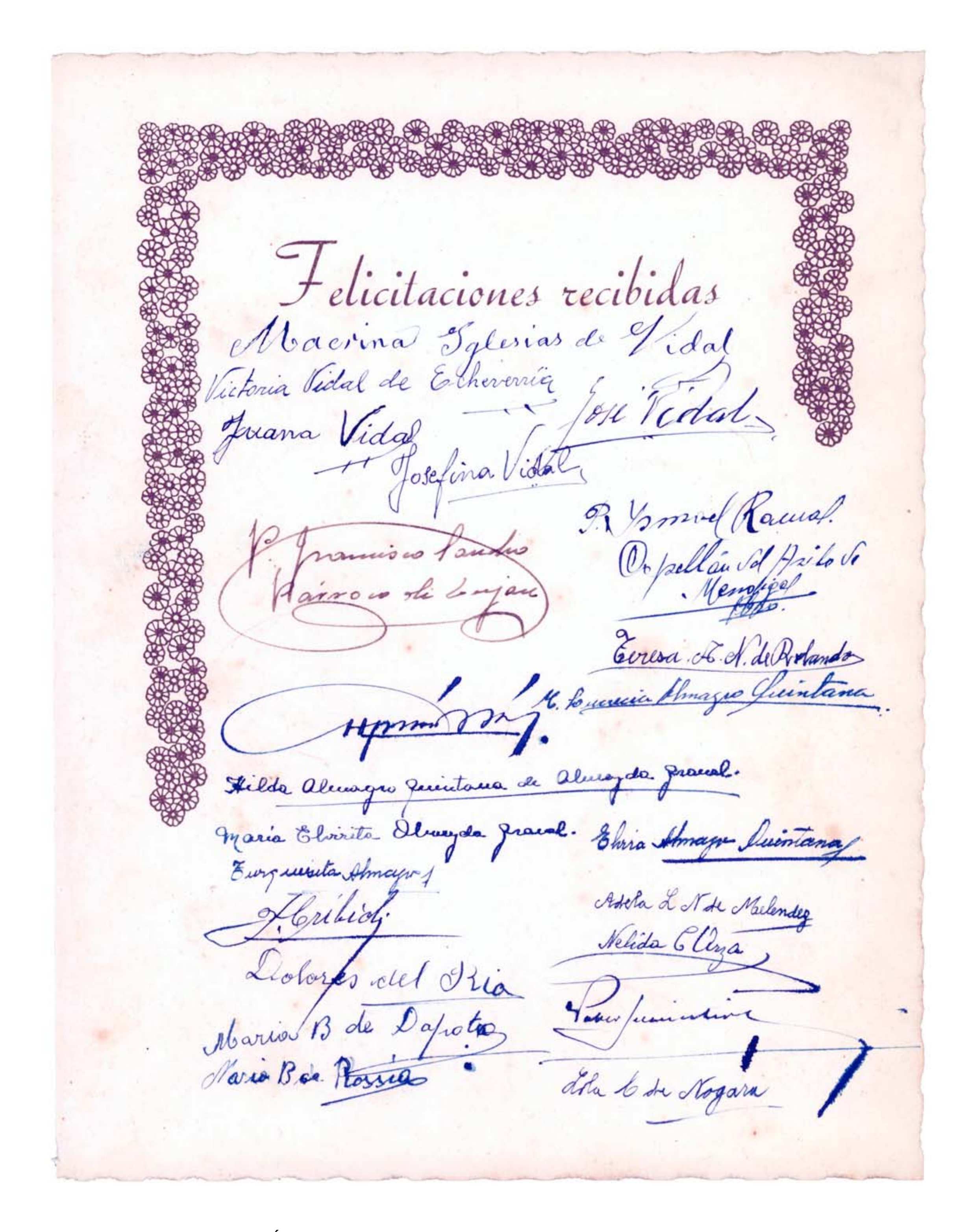
Estampa de primera comunión de Gregorio Andrés Echeverría Vidal,
Iglesia de Luján, Rosario 8 de diciembre de 1944.

Mal imaginaba Tito la que le esperaba para su comunión. Un día abuelita y mamá salieron conmigo al centro. Previo el consabido baño, ropa recién planchada y peinado con gomina. Ya en Gath&Chaves, segundo piso, un empleado ceremonioso nos guía hasta una sección que nunca habíamos visitado. Primera Comunión, el cartelito indicador en medio del salón. Nunca supe de quién fue la idea. Pero de repente me vi frente a un espejo de cuerpo entero, enfundado en un esmoquin blanco de pantalón largo y solapas de raso. Primero me desaparecieron los colores y al punto perdí el habla. Mamá y la abuela pensaron naturalmente que la emoción me impedía manifestar mi enorme contento. Con lo cual —antes de tomar consciencia de lo que estaba por ocurrir— sobrevino la elección de un moño *ad hoc*, seda blanca con flecos y bordados de seda cruda. Un primor, fíjese, señora. Y tras cartón misal, rosario y un precioso par de zapatitos de gamuza con medias blancas tres cuarto. Todavía quedan algunas fotos, para quien le quepan dudas. Lo peor no había pasado, sin embargo. Ya en posesión del precioso atavío, todo envuelto en papel de seda dentro de una caja bien sólida forrada en blanco, regresamos en triunfo. Y aquella misma tarde los coloquios finales con una catequista y un sacerdote. A esta altura de los acontecimientos, se debatían cuestiones de particular trascendencia. La definición correcta de cada pecado. Pecado leve o venial. Pecado grave. Pecado mortal. Pésame Dios mío por haberos ofendido. Pésame por el infierno que merecí y el cielo que perdí. Pero mucho más me pesa porque pecando ofendí a un Dios tan grande y tan bueno como vos… ▮

[GE; *Abuela Macrina*].



R.P. Francisco Sancho, parroquia de Luján. Rosario 8 de diciembre de 1944



Página inicial de firmas en el Álbum de Primera Comunión de Gregorio Echeverría Vidal. Macrina Iglesias de Vidal, Victoria Vidal de Echeverría, Juana Vidal, José Vidal, Josefina Vidal, P. Francisco Sancho Parroquia de Luján; P. Ismael Ramos, capellán del Asilo de Mendigos; Herminio Iglesias; Teresa A.N. de Redondo; M.Eugenia Almagro Quintana; Hilda Almagro Quintana de Almeyda Granel; María Elvirita Añmeyda Granel; Elvira Almagro Quintana; Turquesita Almagro; P. Cribioli; Adela L.N. de Meléndez; Nélida C. Arza; Dolores del Río; María B. de Dapoto; Pablo Juaristi; María B. de Rossia y Lola C. de Nogara.

§

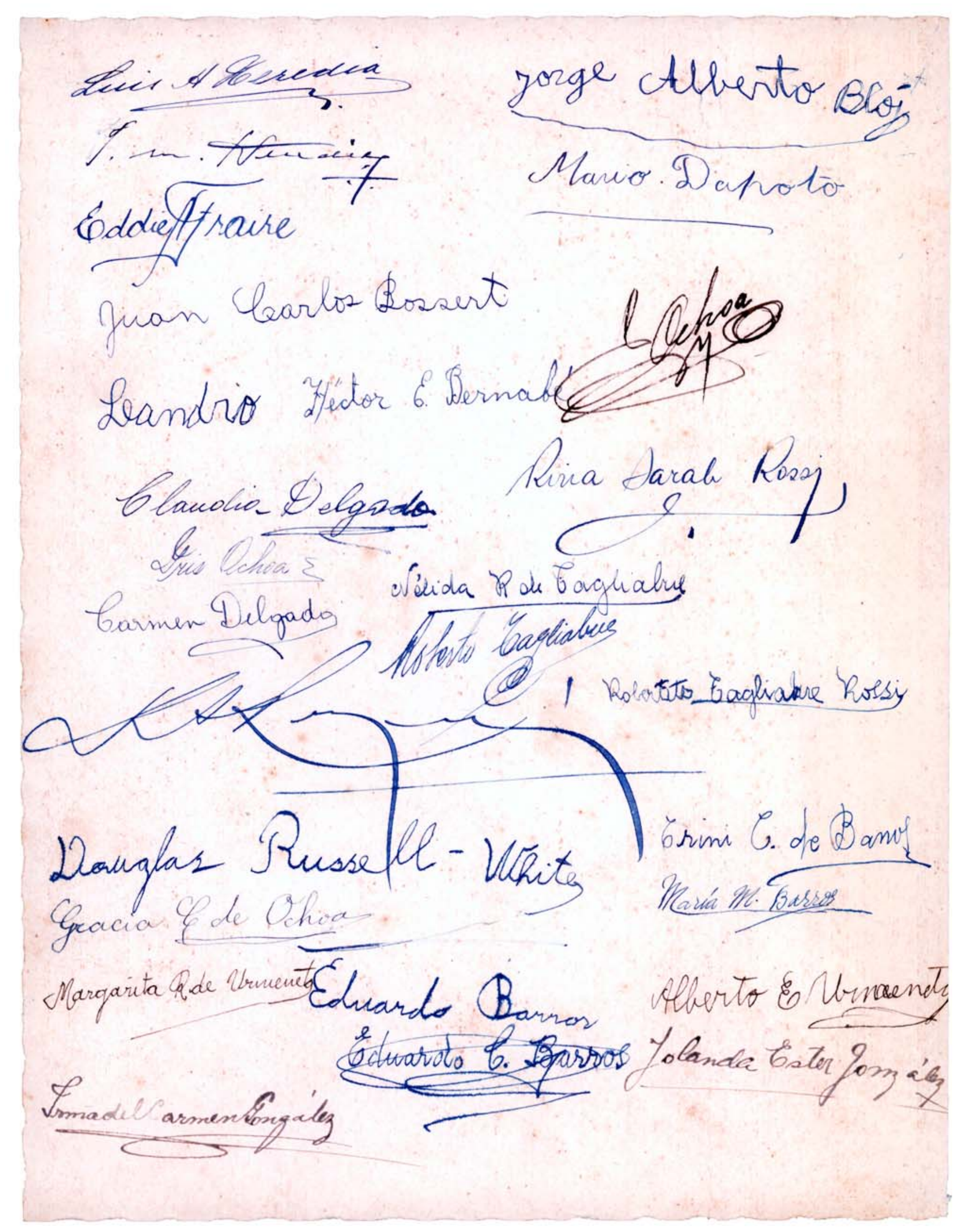
Escasa sutileza podían lucir el adulterio y el incesto. Pero no me hagas caso, abuela. No es Tito sino Gregorio quien te habla. A uno de los Gregorios lo repudiaste. Al otro creo que no lo llegaste a conocer. Por eso dudo que me entiendas. Muchas de las cosas que te cuento ya pasaron. Algunas de las que cuento que pasaron no pasaron como te las cuento. ¿Ves? El perrelho siguió dando guerra, eha… Y otras que en realidad sucedieron ojalá no hubieran sucedido. Tarde para lágrimas Gregorio says. Nunca es tarde cuando la dicha es buena tío Pepe wrote. En realidad no lo escribía pero lo decía a cada rato, viniera o no al caso. O sea, no me hagas caso, abuelita, comete toda la tortita. ¿Cómo fue el juicio a Gregorio? Vos por supuesto, de peluca y toga (¿de capirote y sayo?) Macrina Iglesias viuda de la Santa Inquisición. ¿Antecedentes? Jugador. ¿Señas particulares? Buen mozo. ¿Vicios? No los quiero imaginar. ¿Estado civil? Me permito acotar que el reo es yerno de Su Reverencia. ¿Otros crímenes? La fiscalía considera suficiente el atrevimiento del reo. ¿Atenuantes? Imposible abusar de los vínculos parentales. ¿Agravantes? Un crío y una bobalicona seguramente arrepentida. Mamita no sabe no contesta. Claro, abuelita. Posiblemente Tito nunca se plantó frente a vos para hablarte de estas cosas. Ni vos se lo hubieras permitido. Ni qué hablar. La historia la escribió Macrina. Es más, la historia la proclamó Macrina como palabra de Dios. Que lo que yo digo está bien dicho sea derecho o torcido, porque lo digo yo. Y basta. Tu padre murió. Es decir tu padre está en el cielo. Además os abandonó. Además nunca se acordó de ti. Y si está en el cielo ¿cómo sabés que no se acordó, abuelita? Los niños hablan cuando mean las gallinas, anda. Incluso era mujeriego. Ves a saber con qué atorranta andará ahora. ¿En el cielo hay atorrantas, abuela? Más de las que vienen al negocio, hijo. Pero ¿qué tengo que darle explicaciones al perrelho, Victoria? A ver si le metes en esa cabeza las cosas como deben ser. No tiene padre. Nunca lo tuvo. Bueno, lo tuvo y ya no lo tiene. Si me hubieras hecho caso no lo hubiera tenido nunca. Pero acudís siempre a vuestra madre cuando ya es tarde para tocar a santos. En eso habéis salido todos al finado Andrés, que Dios lo tenga en la gloria. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Mi experiencia con barriletes fue motivo de una tormenta con tío Pepe. Yo estaba en superior y en cuarto había un chico vecino. Yorlano —este era el apellido— fabricaba barriletes para vender. Ante su ofrecimiento, le encargué un medio mundo azul y amarillo de veinte centavos. Cuando llegó el momento, se los pedí a tío Pepe, suponiendo ir a buen puerto. Grueso error, porque tuve que soportar un discurso acerca de gastos estúpidos y en torno del valor del dinero. Toma pero que sea la última vez. Y lo fue. Porque yo había seguido el proceso de la elaboración. Y el próximo fue fruto de mi huerto. Cuando podía los armaba con papel de barrilete. Y si había escasez, con hojas de diario, claro que con una considerable merma en su performance. ▪

[GE; *Zapping*]



En la página siguiente: Luis A. Heredia; Jorge Alberto Bloj; Juan Heredia; Mario Dapoto; Eddie Frayre; Juan Carlos Bossert; Leandro [Bartoldi Alem]; Héctor E. Bernabé; E. Ochoa; Claudia Delgado; Rina Sarah Rossi; Iris Ochoa; Nélida R. de Tagliabúe; Carmen Delgado; Roberto Tagliabúe; Robertito Tagliabúe Rossi; R. Resquín; Douglas Russell-White; Trini C. de Barros; María M. Barros; Gracia C. de Ochoa; Margarita R. de Urmeneta; Eduardo Barros; Alberto E. Urmeneta; Irma Carmen González; Eduardo C. Barros y Yolanda Ester González.



Última presentación de mi esmoquin blanco en sociedad. Casamiento de Rina Rossi con Roberto Resquín. Rosario 1945. No tengo presente el nombre de mi pequeña consorte.

§

Nuestra vida estaba impregnada del concepto del deber y de las deudas. Y perdónanos nuestras deudas / así como nosotros / perdonamos a nuestros deudores… Todo se paga en esta vida. O en la otra, lo mismo da. Largo me lo fiáis, señora. ¿Cómo era el parrafito de aquel cuento de Vigil…? me las pagarás, me las pagarás y me las pagarás… al César lo que es del César. Si lo sabría Pepe. Este César, de quien no recuerdo el apellido, era un muchacho de bigotito muy apuesto y aplomado y una sonrisa medio a lo Clark Gable. Tío Pepe iba raramente —nunca— al cine, pero Antena o Radiolandia aparecían muchas veces arriba del mostrador. No había guerra sin derrotas. Y de las derrotas solamente se podía salir pidiendo perdón. Pídele perdón a mamita. Pídele perdón a la abuela. Pídele perdón a la tía. Pídele perdón a tu tío que te crió como a un hijo. Si no hubiera sido por él… Esa factura le llegó mucho más tarde, cuando Tito ya no era Tito sino Gregorio. Antes —o después— que el director del neurosiquiátrico revelara la conducta esquizoide y la agresividad irrevocable de tío Pepe. Seguramente, mamita. Si no hubiera sido por él tal vez papá… gracias a él nos salvamos del rapto en el serrallo. Nadie pone las manos sobre las mujeres de la familia. Como los gitanos ¿no? Si vuelves a poner los pies en esta casa llamo a la policía, Gregorio. Ya estás avisado. Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. ¿Quién es el prójimo, abuelita? Este niño está cada día más impertinente, Victoria. Mira las notas que trae del colegio. Ya ni las maestras lo aguantan. Pero si su hijo es un amor, señora. Conversador como todos los alum-

nos, pero es una maravilla de atento y aplicado. Nunca hizo una travesura sin pedir perdón. Perdón por el infierno que merecí y por el cielo que perdí. Le tienes que pedir perdón a papá del cielo. Si no va a seguir lloviendo. Y va a venir el lobo. Y te va a llevar el hombre de la bolsa. No, mamita, no lo voy a hacer más. Te lo prometo. Ya sabes que eso no se dice. No sé qué es lo que leíste en mis labios, mamita. Pero yo no lo dije. Te juro que no lo dije. Yo no lo hice mamita. Yo calco esas figuras del Rico Tipo pero no hago nada malo, te lo juro. Solamente que las dibujo sin las mallitas y sin los corpiños. Me quedan tan lindas así desnudas con esas cinturitas y las piernas tan esbeltas y los cabellos largos y esos labios grandotes y esas tetas… mamita… unas tetas para besarlas y morderlas. ¿Te das cuenta, Victoria? Esta criatura nos dará muchos dolores de cabeza. Seguramente yo tuve la culpa de tus jaquecas, mamita. Era muy inocente y me parecía que te dolía siempre la cabeza cuando te acordabas de papá. Me dijeron que te vieron en el centro hablando con Gregorio. Calla que anda Tito cerca. Es muy chico y no entiende. Sí que entiendo, mamita. A medias y todo entreverado pero entiendo. Para cuando vos te quisiste dar cuenta de lo mucho que entendía, ya te habías comido media torta, abuelita. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



Casamiento de Rina Rossi con Alberto Resquín. Gregorio de paje, con su esmoquin blanco de comunión, año 1944.

1-Robertito Tagliabúe, 2-Juanita, 3-Roberto Tagliabúe, 4-Gorizia, 5-Sra. de Rossi, 6-Alberto Resquín, 7-Rina Rossi, 8-Gregorio, 9-Nélida Rossi, 10-Macrina, 11-Victoria.

§

Pero el tema de los trenes era todo un tema. Pasaban por día varios de carga, que me encantaba contemplar con su paso lento, contabilizando con curiosidad las cargas de las chatas abiertas y procurando adivinar el contenido de las que marchaban cubiertas por una lona o totalmente cerradas. Eran épocas de auge ferroviario, sobre todo porque la guerra había acabado con las reservas de latex para cubiertas y el caucho sintético —neoprene y derivados— todavía seguía alimentando los arsenales para la guerra fría.

Pasaban trenes de pasajeros de velocidad mediana, que nos permitían ver y saludar las caras amigables asomadas por las ventanillas. Y una vez al día pasaba fugazmente el rápido que hacía el servicio Retiro-Rosario Norte con unas pocas escalas en Baradero, Ramallo, San Pedro y San Nicolás. A las 8 de la mañana el que salía para Buenos Aires y a las 11 de la noche el que llegaba desde Retiro. Ese tren negro y violento de la noche era mi obsesión y mi premio diarios. Vamos tío. Pero todavía no tomaste tu sopa de sémola. Sí mamita es que está muy caliente. Y mamá o una de las tías soplando con paciencia sobre el plato de Tito para enfriar la sopa. Porque Gregorio no era Gregorio para nadie, ni para sí mismo todavía. Tito (o Periquiño o Facarelho) para mamá y las tías. Mi Capitán —o el camarero-Cecira-del-Café-de-la-Marina— para abuela Macrina. También para tío Pepe (que era pero nunca trabajó en los muelles). Unos minutos antes de las once, salíamos de la mano del tío. Cruzábamos en diagonal la plazoleta de avenida Francia. Saludábamos al señor Arancón (Alarcón) que estaba sentado frente a su casa, doblábamos por La Paz y ya estábamos a un paso de las barreras. Del vértigo, ahí nomás adelante, a unos pasos de mis manos de dos o tres años aferradas a esa baranda de hierro. Qué ironía, si Gregorio hubiera seguido siendo Tito y le hubiera dado bola a las frustradas fantasías de abuela Macrina, esa baranda sería hoy la borda de una fragata. Pero Gregorio todavía era Tito. Mi Capitán. Mi Periquinho. Y el palo más alto no era un mástil sino uno de los sostenes verticales de la baranda. Mera defensa interpuesta sobre la vereda de tierra, a unos pasos de las vías. Frente a la cabina del guardabarreras. El gabín, le decían los mozos fortachones que venían remando sobre una zorra por las vías. Especie de tripulantes de extraña chalana o ballenera, para mí feroces bucaneros dispuestos probablemente a abordar mi fragata. Grumetes que solían amarrar su embarcación al costado de las vías en las tardes calientes de febrero. Y volaban para apagar su sed en el mostrador de El Chacho, con un par de vasos de aquel vino rojo como la sangre de mis toros.

La sopa de sémola por las noches era la ordalía que de oficio imponía mamá para que me fuera permitido acudir al paso del monstruo. Además de ignorarlo todo aún acerca de los alcaloides en general y de la estricnina en particular, yo ignoraba asimismo que con la física se podían hacer piruetas y escamoteos, pero que en última instancia no alcanzaban para disimular la flagrante piel blanca y rugosa que se formaba por encima de la sopa de sémola (a veces para colmo era tapioca) en cuanto se empezaba a enfriar. Y que denunciaba bien desde lejos mi mentira. Pero era mi castigo por todas las que hu-

biera hecho durante el día. Y aún hasta por las que hubiera planeado hacer. Pésame porque he pecado, con el pensamiento, palabra y obra. La ley era insoslayable. Toda la sopa. O no hay otra comida. Y no hay postre. Y no hay ir de la mano de tío Pepe para esperar el tren rápido que viene de Retiro. *Dura lex sed lex*. Dónde quedaría Retiro. Tío Pepe, que había vivido en Buenos Aires, hablaba de Retiro y de la Torre de los Ingleses y del Politeama y del Parque Japonés como de un universo mágico. Cuando Tito ya no era Tito sino Gregorio, llegó a vislumbrar que tío Pepe, cada vez que se acordaba de Retiro y de la Torre y de la avenida de Mayo, caía en una de esas borracheras de nostalgia tan parecidas a esas otras en las cuales caía yo cuando todavía no era Gregorio sino Tito (mi Facarelho, mi Periquiño ¡basta, mamá!) y me veía venir encima, desde el fondo de la noche, el dinosaurio negro que pasaba bufando y echando humo y chispas como un corcel de apocalipsis. Todavían están pasando delante de mis ojos escandalizados los coches de primera, el coche comedor, el coche dormitorio, el furgón de cola con su farol final. Lo siento aún instalado ahí. Y me aferro con desesperación a la borda de esta fragata que jamás se despegó de la panza del muelle. Quizás porque ningún grumete de puerto se apiadó y de un tajo se animó a cortar los cabos que —desde entonces— la retienen impotente. ▮

[GE; *Zapping*]



Rosario, circa 1947: Victoria, Gregorio y Macrina.

§

Asociadas al dichoso rulo hay varias fotografías, casi todas de cumpleaños de Tito con las fechas anotadas por mi madre. En la que se tomó cuando cumplí dos años, todavía no aparece el rulo. Estoy parado sobre una sillita de comer, sostenido por ella. Sigue una foto del 9 de julio de 1941. No es de cumpleaños y aquí tengo ya seis. La mesa de comedor es del nuevo juego americano bombé armado por Rogelio. Hay una foto más cuya fecha no descubro porque no me atrevo a despegarla. Ya de mi época escolar pues identifico a varios compañeros. Debe ser de los 8 ó 9 años. El rulo de la discordia aparece en todo su esplendor en una foto donde estoy solo con mis padrinos, señalando una torta de cumpleaños que parecería tener cuatro velitas. Cubriendo la ventana atrás de mí se ve una cortina bordada por mamá o tía Fina. Y sobre la mesa, un botellón para vino que todavía conservamos. Otra foto en la cual tampoco leo fecha (puede ser de los siete años); aparece Eduardito Barros (a quien unos veinte años después —y vivo— convocaría como espíritu en una Escuela Basilio). Y cierra esta pequeña colección una imagen de mi primera comunión, en la cual creo tenía nueve años. No se aprecia la inmensa elegancia de mi esmoquin blanco de pantalones largos. ▮

[GE; *Zapping*]



ROGAD A DIOS

POR EL ALMA DE

D. VICENTE IGLESIAS PUMAR

FALLECIÓ EN MARIN EL DIA 30 DE MARZO DE 1947

confortado con los Auxilios Espirituales

y la bendición de Su Santidad

D. E. P.

Su viuda, D.ª Manuela Rosales Lubian; hijos, Jesús, Vicente y Juan; hijas políticas, Ana Grañó y Camila Sobral; hermanos, Juan, Enrique, José e Ignacio nietos, sobrinos y demás parientes:

SUPLICAN a V. le tengan presente en sus oraciones.

ORACIÓN

Señor Dios que nos dejaste la señal de Tu Pasión en la Sábana Santa, en la cual fué envuelto Tu Cuerpo Santísimo, cuando por José fuiste bajado de la Cruz, concédenos ¡oh piadosísimo Señor! que por tu muerte y sepultura sea llevada el alma de tu siervo VICENTE, a la Gloria de la Resurrección donde vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos.—Amén.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Compostela, se ha dignado conceder 200 días de inpulgencias en la forma acostumbrada.

Obituario de Vicente Iglesias Pumar, fallecido en Marín el 30 de marzo de 1947.

§

Quién sabe cuántos faltan en tu lista. Algunos apenas rostros según los imaginaste a medida que devorabas un libro. A otros le conociste la cara a través de las revistas. Los más recientes tal vez, los que vivían en el Tony, en Tit-bits, d'Artagnan, en Rojinegro, en Intervalo, en Pato Donald, en Aventuras, en Billiken… Esos eran dueños de rostros definidos, resueltos por cada uno de los dibujantes de la historieta. El resto solo títulos que fuiste poblando de paisajes y personajes. *La isla misteriosa. Los tigres de la Malasia. Cinco semanas en globo. Aventuras de Tom Sawyer. Beau gest. De la tierra a la luna. Viaje al centro de la tierra. Corazón. Veinte mil leguas de viaje submarino. El volcán de oro. David Copperfield. Grandes ilusiones de Pip. El fantasma de Cursitor Fields. Un capitán de quince años. La vuelta al mundo en ochenta días. Fantomas. El buda de esmeralda. Raffles. El llamado de la selva. Aventuras de Huck Finn. La isla del tesoro. La reina del Nilo. Colmillo blanco. El jinete sin cabeza. La hija del Faraón.* Tan extenso e impreciso como arrojar una piedra a un pozo muy profundo. El tiempo se detiene en el instante de lanzarla. Y no retoma su andar en tanto nos escuchamos el golpe allá en el fondo. Si es que alcanzamos a escucharlo. Porque de lo contrario quedaremos suspendidos en un tiempo sin tiempo. ▮

[GE; *Zapping*]



Vicente Iglesias Iglesias, hijo de Vicente Iglesias Pumar, su nuera Carmen y su nieto. Tomada en el Tombo, Marín, octubre de 1991.



Jesús Iglesias Iglesias, hijo de Vicente Iglesias Pumar, con su esposa Ana Grañó, probablemente tomada en Lérida circa 1949, siendo Jesús alcalde de Tárrega.

§

De todos modos ¿qué es la memoria, sino acumulación de caras y circunstancias que uno archiva y desempolva a compás de sabe Dios qué impulsos? Función impar, si no girara aunadamente una desmemoria ocupada en desleir lo que la memoria se empeña en espesar, o en profundizar una lo que la otra pugna por trivializar. Quien recuerda lo hace para sí, no caben dudas. Puede dudarse, en todo caso, de que se recuerde solamente para uno. Siempre hay una oreja en acecho. Y si no la hay, es necesario inventarla, convocarla. Confesor o analista, lector anónimo (desconocido lector, como encaraban los prólogos hipócritas del mediohuevo). De tal vianda se surten los chismosos y los historiadores, valga la redundancia. Y también —naturalmente doctor— los siquiatras y los analistas. Hubo a lo largo del camino todo ello. Confesores. Analistas. Siquiatras. Orejas.Y así mantenemos en eterno movimiento la rueda de nuestras tribulaciones, acudiendo a quien nos ayude a recordar para —acto seguido— correr en procura de emplastos para el olvido. No es otra, creo, la razón de que viniendo a primer plano caras tan poco comprometidas como las de Chambricas, Ceballos o Castro, permanezca en sombras la de aquel Manuel, que de mil maneras intentaba asociarme a sus maniobras eróticas y de quien tomé las primeras lecciones de masturbación. El puerco se solazaba masturbándose delante de mí y —según estuviera su humor— “a costillas” de tía Nita o de tía Fina. Confiándome que —lo que según él era un secreto a voces— tío Pepe se ocupaba de curtir bien las corvas de sus hermanitas, a despecho de sus aires de moscas muertas. Época rica y cruel al mismo tiempo, tironeado por las exigencias de un sexo incipiente, los pinchazos de una información insuficiente cuando no perversa y las admoniciones desde el flanco religioso, desde donde se nos advertía —cuántas veces a través de fábulas— que los pajeros no crecen, que a los pajeros se les va secando la médula o que la masturbación era pecado capital. Cuando no daba pie a la malicia de los pícaros, que no paraban de difundir que crecían pelos en la palma de la mano o aparecían manchas en los ojos, como estigmas a la vista del mundo. Por el lado de la religión, todo era miedo. Por esto se va a enojar Papá del Cielo. El que difunda la versión de la anticigüeña se va al infierno. Quien muerda así fuera sin querer la hostia, se condena sin remedio. Ni rozarla con los dientes. Eso no se hace, esto no se mira, eso no se dice, aquello no se toca. ▮

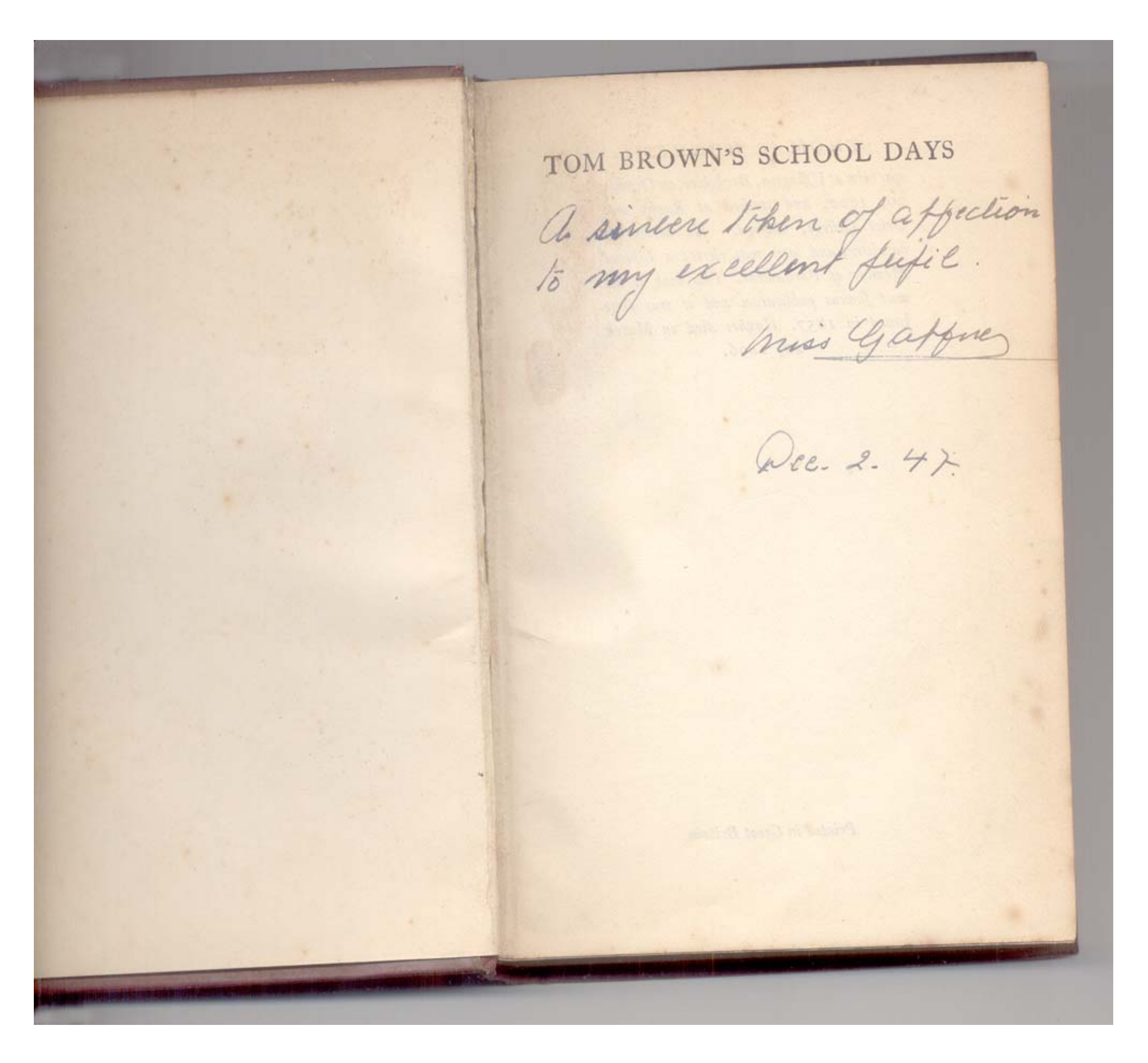
[GE; *Zapping*]

§

Mi primer suspenso ante una firma fue en primer grado. Conducta regular —en rojo— por conversar en la fila. Era mi primer boletín y pasó ante jueces nada benévolos. Primero tío Pepe (esta R en rojo no me gusta). Después mamá (la abuela se va a enojar por esto). Y por fin, a regañadientes, la firma necesaria. Victoria Vidal de … y la rúbrica prolijita de mamá. La escuela fue en la vida de Tito (y siendo ya Gregorio) una fuente de sustos en cuanto a firmas. Las maestras (y maestros) escribían notas en los cuadernos. Y las firmaban con circunspección. Debes mejorar la letra. No debes conversar en clase. Procura estar atento en el aula. Firmado Elvira Busso. Firmado Amalia Guastavino. Firmado Pedro Lucena. Firmado María Teresa Imbert. Triste, bien triste, aquella firma de María Teresa. La más triste de todas, por cierto. La que estampó en un registro civil al casarse con el maestro de tercero de la tarde. Como si hubieras firmado mi sentencia de muerte, amor mío querido de la infancia. Y entre una y otra, las firmas de la señora subregente y la del señor Armadá. A veces en los boletines y otras en el cuaderno. Con el sello imponente. Y la aclaratoria, para disipar dudas. Francisco J. Armadá. Regente. Cúmplase. Dese a publicidad y archívese. El sistema disciplinario se basaba en firmas. Notas y firmas. Calificaciones y firmas. Evaluaciones y firmas. Amonestaciones y firmas. Suspensiones y firmas. Ocupando el lugar intimidatorio que con el tiempo ocuparían las cartas documento. Terrible impasse ese de quedar uno pendiente de una firma ajena. Y no justamente por la rúbrica en sí. Sino por el proceloso misterio de los contenidos ut supra. Atentos a lo expuesto. Autos y visto. Ante la irrecusable evidencia. Lamentamos comunicarle. La realidad sería siempre peor —al menos diferente— o más leve o no tan dura. Incluso llegaría a comprender, pese a mi mala cabeza, que no todas las firmas son indecorosas. Hubo en nuestra vida firmas que coronaron acontecimientos recordables. Una estampada al pie de una cédula casi ilegible ya, en la cual un funcionario de la policía judicial de Vigo daba fe de la buena conducta de tío Pepe. Testimonio que le abriría las puertas de América, cerrando a sus espaldas las de Africa. Tus actas de bautismo y de matrimonio. Los nacimientos de tus hijos. El mío. Un poder de abuelo Andrés a tu nombre. El casamiento de mamá y papá, mal que te pese. Los pasaportes y las visas. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]

§



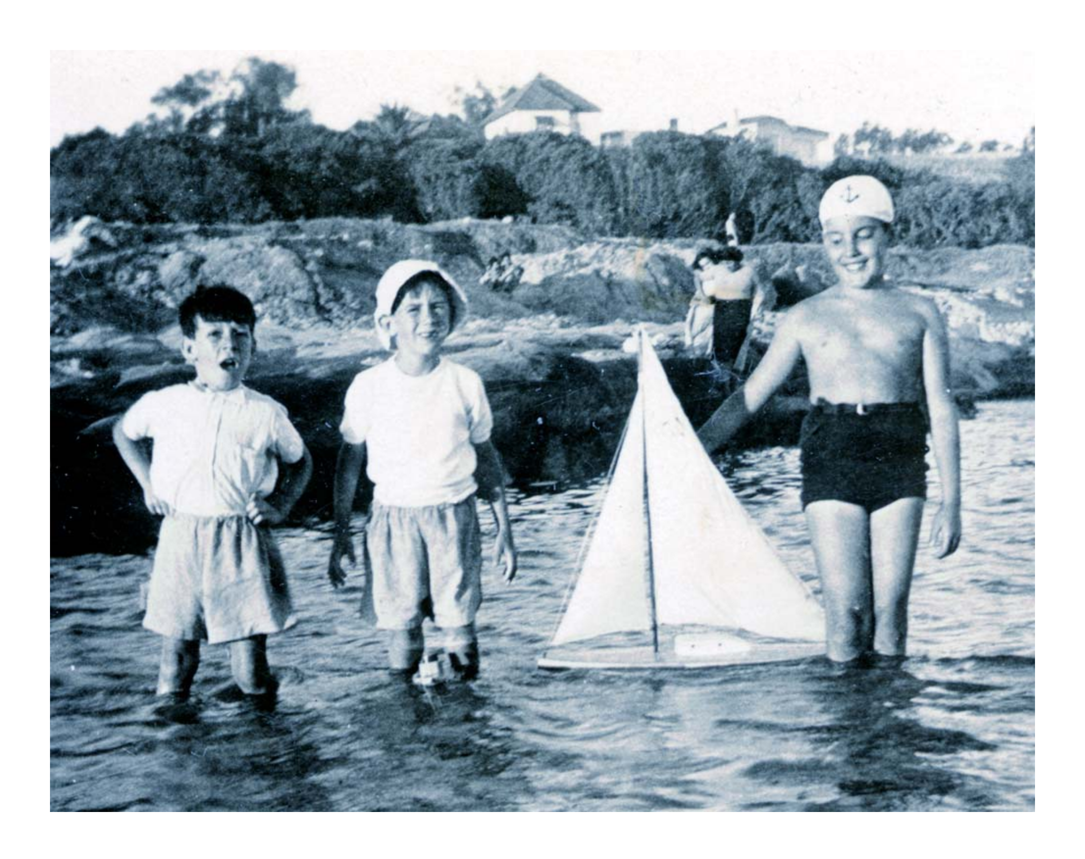
Asociación Rosarina de Cultura Inglesa 1947. "Una sincera prenda de afecto, a mi excelente alumno. Miss Gaffney, 2 de diciembre 1947."

Mis profesoras de inglés son memorables por su afabilidad. Guardo de ellas recuerdo y agradecimiento. Miss Baraldi. Miss Recagno. Miss Gaffney. Miss Chilcoot. Miss Acuña. Miss Shakespeare. De mi primer día de estudios en la Cultural recupero un episodio pequeño, esos que son la sal de la vida. Me habían comprado en Gath&Chaves un ridículo traje mezcla de montar y de caza. Campera con cierre relámpago. Y breeches con presillas para completar con botines o botas. Continuando hasta los zapatos con unas medias de lana tostadas a rombos marrones. Lo llamaban el trajecito inglés. Disfrazado de tal modo me llevó mamá la primera vez para inscribirme y para enseñarme el camino, recorrido del 15, etcétera. La siguiente, comienzo de las clases, ya me largaron solo. Hice mi trayecto a pie por La Paz hasta Ovidio Lagos y crucé hasta la calle que bordea el hipódromo (¿Dante Alighieri?). Allí empezaba y terminaba su recorrido el tranvía 15,

que era la única línea en Rosario que contaba con unos coches muy modernos, de perfil casi aerodinámico y buenos asientos tapizados con espuma y esterilla. Pagué mi boleto y me senté bien adelante, para ir atento a los indicadores como me había explicado ella. Salimos por Ovidio Lagos hasta 9 de Julio, doblamos en Balcarce y seguimos hasta San Lorenzo. Mi reloj biológico iba adelantado a causa de los nervios. Porque apenas doblamos para tomar San Lorenzo me pareció que llevábamos ya mucho tiempo viajando. Intentaba reconocer los edificios y las esquinas que íbamos cruzando, pero parecían nuevos a mi vista ansiosa. Cruzando Presidente Roca (aproximadamente) la tensión aumentó. Ahora sí estaba seguro de no haber pasado por esos cruces. Y ante la eventualidad de ir a parar no se sabe a dónde, me levanté y me bajé en la siguiente parada. Habrá sido Entre Ríos o Mitre. Mi principal referencia —que debería ser la esquina del Teatro del Círculo— no aparecía a la vista. Y yo tampoco sabía de qué se trataba la cosa, solamente reconocía la fachada. Pregunté en un par de lugares por la Cultural. Nadie me daba razones. En el tercero o cuarto negocio donde repetí la pregunta, al decirles inglesa alguien se iluminó y me indicó el camino. Entre Ríos tres cuadras, media a la derecha. Cada vez menos convencido de mis dotes geográficas. Y razón tenía, pues fui a dar al Colegio Americano. Menos mal que por cuestiones de parentesco, supieron indicarme ahora sí el rumbo correcto. La verdad es que me había bajado exactamente once cuadras antes de mi destino. Las caminé con una mezcla muy confusa de cansancio, de bronca y de autoestima en picada. Y aprendí —eso sí— lo traicionero de la ansiedad. Al finalizar el segundo grado, miss Gaffney me obsequió *Tom Brown's schooldays*, de Thomas Hughes, editado por Collins para su Librería de Clásicos, una sincera muestra de afecto a mi excelente alumno, Rosario 2 de diciembre de 1947. De tercero C conservo como recuerdo el *Doctor Jekyll and mister Hyde*, de Robert Louis Stevenson (el mismo de *La isla del tesoro*) también de Clásicos de Collins, con una anotación que dice que nació en Edimburgo el 13 de noviembre de 1850 y después de haber sido llamado al foro se dedicó profesionalmente a la literatura. Radicado en Samoa en el 89, donde murió el 4 de diciembre del 94. Este libro se publicó por primera vez 1886. Obsequio fechado en 1948. Al mejor alumno. Al año siguiente recibí como souvenir otro volumen de Collins, *Tales of life and adventure*, de H. G. Wells. Y hubo también un album musical con partituras infantiles, Mary has a little lamb, etc. Del último curso retengo el maravilloso sabor de los primeros tragos de ginebra —horrible— con que mis compañeras me convidaban durante los ensayos de *The golden fish*. Digo maravilloso porque por primera vez trabajé con un grupo de teatro, aunque éramos todos aficionados sin formación. La idea fue de Lucy Acuña, una mujer superactiva casada con Richard Edgard Ybarra Grasso, arqueólogo de primera línea con trabajos publicados. Miss Lucy era nerviosa y fumaba cigarrillos negros en grandes cantidades. Durante los ensayos y lecturas yo también saboreaba mis primeros rubios. En general aquella gente me hacía sentir que era como ellos. En realidad era un pendejo de catorce infiltrado en una mayoría que oscilaba entre los dieciocho y los treinta. De entre todos recuerdo con cariño a Carmen Gómez, a Ana María Agostinetti, a Susana Fava, a Roberto Daminato, a Norma Difranza y a mi personaje Harry Rawlings, que me permitió —al margen del libreto— fumar el primer cigarrillo delante de mamá y de la abuela. Quienes sentadas en primera fila debieron limi-

tarse a mirarme saliéndoles los ojos de las órbitas y tragar saliva. Lo que no quiero recordar es el calvario para encontrar una gorra de cazador a mi medida. Fue también para una obra, pero estábamos en segundo. Miss Recagno me eligió —entre otras cosas— porque el trajecito inglés venía de perlas para el personaje. Pero lo cierto es que nos cansamos de recorrer tiendas y sombrererías por todo Rosario. Hasta dar con un local que más parecía un abasto de ropas teatrales que de vestidos de calle. Y allí —para espanto de mis custodias— dimos al fin con una gorra de unas dimensiones tan inusuales que hasta el sombrerero parecía desconcertado. Y como para salir del apuro, me acarició la cabeza con una mezcla de admiración y espanto y le dijo muy seriamente a mi abuela y a mamá este chico tiene una cabeza de ministro. En ese momento no supe qué pensar acerca de tan atrevido comentario. Hoy sí sabría y seguramente no hubiera pasado por alto el insulto. ▮

§



Pero entre mis preadolescentes, la poderosa fue Beatriz la uruguaya, porque me hizo descubrir el dolor. Por primera vez supe lo que es llorar por amor. Y si es cruel el amor no correspondido, más cruel es el correspondido cuando barreras ajenas se interponen. Recuerdo además de Montevideo la hospitalidad de Petra Arias —Patrocinio— y de su esposo Salvador Rodríguez. Y Salvito y Segundo y Amalia que se chupaba los mocos y recitaba zapatero remendero / tira pedos por el ahujero. También Herminia Arias, hermana de Petra y su hija María, que nos empujó a la aventura de mi primero y más puro amor. Y Emilia, hermana de Beatriz, una criatura que se me aparece como otro personaje de Dickens, aquella Estela de *Grandes ilusiones de Pip*. Aunque me parece que en *David Copperfield* también había una Emilia de similares características. No es novedoso que la realidad se confunda con la ficción. Nunca quedará claro lo del huevo y la gallina. *Nihil novum ab sole*. Todo un enero sembrado de besos a la sombra de unos plátanos en Ramón Anador y las caminatas por la playita del Buceo se truncaron una noche —la última— al comprender que no nos veríamos más. Que velé llorando en silencio, cerca de donde descansaban mamá y abuela Macrina. Después un regreso triste, una canción tonta y un par de cartas. Nada más. Aún hoy, después de cincuenta años, me sorprende alguna madrugada desandando caminitos por la playa, de la mano de ella, o parado frente al mar bebiendo la mirada de sus ojos que no conocían la falsedad. Que apenas pedían que los amara y les diera permiso para soñar. Es tan corto el amor y tan largo el olvido… *porque en noches como esta la tuve entre mis brazos, mi alma no se conforma con haberla perdido.* ∎

[*Zapping*, fragmento].



Salvador Rodríguez, Patrocinio Arias, Victoria y Gregorio. Playa del Buceo, Montevideo 1948



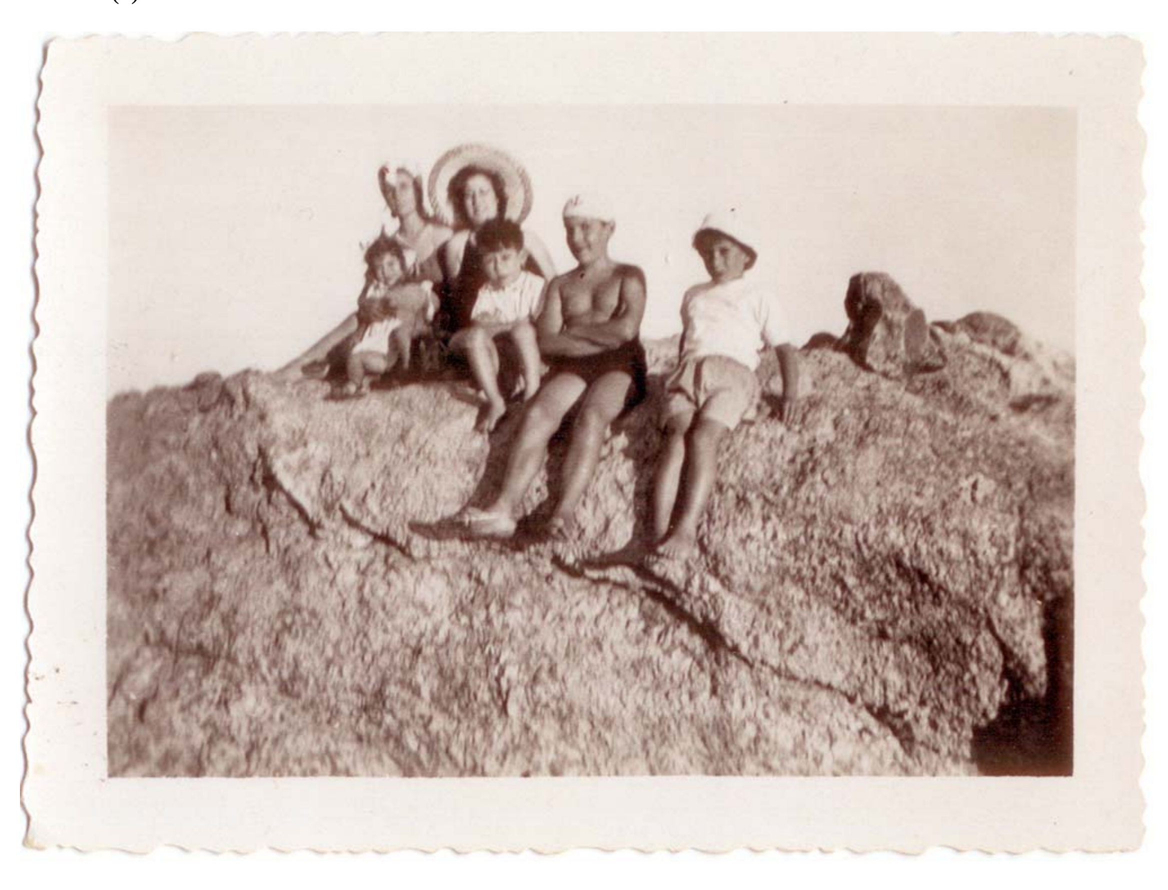
Playa del Buceo, Montevideo 1948. Petra, Amalia, Salvador, Segundo, Victoria y Tito.



Montevideo, enero/febrero 1948. Izquierda: Victoria y Macrina. Derecha: Amalita Rodríguez Arias. Abajo: María Arias, Amalita, Segundo y Tito. Herminia Arias, Patrocinio Arias (Petra), Macrina, Maruja Arias y Victoria.



Playa del Buceo, Montevideo 1948. Arriba: Salvito y Gregorio. Abajo: Petra, Victoria, Amalia, Segundo, Gregorio y Salvador (h).





Cerro de Montevideo, azotea del Fuerte, verano 1948. Victoria, Delicia y Gregorio.



Montevideo, febrero 1948 en casa de Petra. Victoria Vidal, Delicia, Tito, Amalita y Maruja.



Montevideo 1948. Amalia y Segundo Rodríguez Arias; Petra, Victoria, Macrina, Delicia y Tito.

§

Entretanto aquel niño continúa deshollando la planta de sus pies en el espinoso peregrinaje de la infancia a la adolescencia. La sangre que lo acompaña como un exlibris no es siempre la de los pies. Alguna vez será la de sus encías con los incisivos colgando después de dar de boca contra una piedra. Antes —o después— una fea herida en la frente al caer de una escalera sobre unos costrones de cemento portland. O las rodillas despellejadas al rodar patinando en un bache de la calle. Aunque las peores heridas sangran hacia adentro. Qué quieres, lo lleva en la sangre. No sales a tu abuela ni a tu madre, no. Naciste torcido y sigues torcido, pero así te las va a sentir el cuerpo, perrelho.

Los oráculos pesando sobre la vida y sobre la muerte anticipando y exigiendo sacrificio tras sacrificio porque la sed de sangre de los dioses es inextinguible y los sacrificadores y las libaciones no dan abasto y los sueños avanzan hacia el proscenio convertidos en pesadillas y tomando la imagen del hado o las formas de la providencia o las de una viuda gobernadora de las tinieblas y los dramas. Para saciar el hambre insatisfecha de los cabiros irá una doncella al encuentro de las olas y otra enfrentará la ordalía de las llamas en un túmulo cuyo esplendor ha de percibirse desde la profundidad de los estrechos y el mejor de los aqueos bautizará su espada encima de las murallas de la ciudad maldita a despecho de los vaticinios y a contrapelo de todos los augurios.

[GE; *Zapping*]



Rosario 21 de abril de 1948. Gregorio cumple 13 años.

§

El sexo fue el grande —y oscuro— campo de batalla. En el cual contabilizo hasta los diecinueve años muchas derrotas e ínfimas victorias. Después sobrevinieron mis rosas náuticas y los espejos negros atesorando los gránulos de cuarzo. Descubrí que todo vidrio es en su visión final arena. También descubrí el alcance mandatorio de la moraleja de tío Pepe la cabra siempre tira al monte y la no menos lapidaria de tal palo tal astilla con la que abuela remataba sus sermones. Y cuando mi hijo más pequeño empezaba a gatear sentí una mañana el ahogo de las preguntas insatisfechas y las respuestas inconclusas y mis manos se cerraron sobre la garganta de la abuela quien apenas atinó a dar un par de gritos en procura de auxilio. Esfumado en tinieblas recuerdo un largo período de policías y siquiatras o la mirada condenatoria de los jueces y la defensa inútil de un abogado que a su pesar me hablaba con la cabeza gacha y manteniendo una discreta distancia.

Ya no busco mi rostro en los rostros de la calle ni en el diván de los sicoanalistas ni en las fotografías lavadas por el tiempo y la benevolencia de la desmemoria. Lo encuentro con frecuencia al evocar el rostro de mis hijos contemplando mi fotografía que sigue presidiendo la pared más grande del comedor y a menudo preguntando a media voz y la mirada húmeda dónde está papá. ▮

[GE; *A media voz y la mirada húmeda*]

§

Llegó el momento de tirar el guardapolvo. Llegaron los profesores y nuevas modalidades de lecciones y de clases. Juan Herrera entró a nuestra vida como una tormenta de conocimientos y paciencia, a pesar del humor riojano o catamarqueño, incisivo y zumbón. Ah señor, señor cochino, saque esa manos de las narices. Deje esa porquería. Bendito tú eres entre todos los asquerosos… Pero en matemática tenía todas las preguntas y todas las respuestas. Y amaba enseñar. De inmediato lo asocio a Joaquín V. González y *Samay Huasi* y *Mis montañas*. Hizo esfuerzos memorables para sacarnos de la chatura de los textos de ocasión y pretendía (¿iluso?) ayudarnos a razonar. No diga teorema, señor, no necesitamos cartelitos. La hipótesis no requiere presentaciones. Un teorema es un razonamiento, no un aviso de pastillas de menta. El doctor Valdez, avenido a darnos botánica con su estilo médico sobrador predispuesto a meter el dedo en la llaga de nuestra inmadurez sexual. Ruiz Burgos, que nos enseñaba encuadernación en primero y en su momento nos llevó becados al Cristo Rey con Ángel Font, Jorge Romano, Vicente Sciarratta y Roberto Fontanarrosa. El catalán Eugenio Fornells y el griego Demetrio Antoniadis, que nos iniciaron en los misterios de la plástica. Fornells más allá del bien y del mal, convencido de la inutilidad de ofrecer margaritas a los chanchos. Antoniadis más pragmático, cuando la disciplina se relajaba más de lo conveniente nos plantaba un yeso y a la lona. Pascual Macías, biología, arrastrando la cicatriz de no haberse doctorado y curador de un museo de ciencias naturales. Creía que al entrar al aula lo saludábamos con un buenos días doctor que solo existía en su arcón de sueños. Carmen Giqueaux, la de trabajo manual desde primaria, que apenas lograba hacerse entender con su vocecita de niña y se mataba por enseñarnos a cortar tiras de papel glacé finitas-finitas-como-un-cabellito-rubio. Emma Pomiés, nuestra vieja enemiga de música desde siempre. Con la cual aprendí las mañas del playback. Y la gran estratega, la vieja Bárbaro (la mujer del doctor Merengue), digna enemiga para cualquier tipo de batalla. Ángel Font la volvió loca una clase con un pedazo de madera envuelto como una caja de zapatos, que golpeaba por el piso del salón, entre las filas de pupitres. Son los zapatos para mi hermanita, señora. Anamaría Martinengo, que nos introdujo en los placeres de la geografía europea. Maravilloso aroma de los plegamientos. Precámbrico, cámbrico, hercínico, devónico. Ahí estarían aflorando pasajes inolvidables de *Viaje al centro de la tierra*. En primero habíamos empezado a disfrutar de África, Asia y Oceanía con el doctor Quiroga. El nudo de Pamir. De Pamir al oeste Hindokush, Jorazán, Elburz, Ararat, Armenia, Líbanos y Anti-líbanos. Al este recuerdo el Kueng-lung, el Kara-korum, los Himalaya y los montes Celestes. Manga de vagos, los voy a hacer recontracagar. A pesar de todo sirvieron para darle a Nagasaky y a Corea y a Vietnam y a la Guerra de los Seis días y a la de Indochina y a la del Golfo una carnadura tangible. Dardo culito de goma Maini Cúneo nos daba historia en segundo. No conservo imágenes de sus clases. En primero habían sido las lecciones de la Petit y los salvavidas de Astolfi. Esa materia sí que fue un verdadero *Tesoro de la Juventud*. La India con sus parias, sus vaisias, sus chatrias y sus sudras. Egipto y Amenofis y Amenotep y Nefertiti. Quienes anidaron muy adentro de mis fantasías para renacer en *Tierra de faraones* y *La reina del Nilo*,

Moisés y el *Sinuhé* de Mika Waltari. Lamentablemente terminamos con los Habsburgo y con el tratado de Tordesillas, porque los programas del ministerio exigían que toda la historia universal antigua y moderna se despachara de un envión. Tuve que conformarme con una carpeta de apuntes y recortes que rebalsaba de mapas e ilustraciones. Para esa profesora dibujaba escudos dorios y capiteles jónicos y corintios y espadas de los hoplitas de Alejandro Magno y cascos de los centuriones de César Augusto. Es pensarlo y se van separando con nitidez las imágenes y las informaciones guardadas. Con la Petit dimos exactamente Oriente, Grecia, Roma y Edad Media. O sea que lo de los Habsburgo y Tordesillas debe pertenecer al curso de Culito de Goma. Margarita Cafferatta trataba de despulir nuestra expresión y ortografía. No recuerdo que me atrajeran los misterios de la semántica y la retórica. Pero no sería extraño que ahí se estuvieran plantando las primeras semillas. Ana María Pujals nos llenó de acentos franceses y de un encendido interés en sus lindos labios y sus bellas piernas. Estuvo varios meses enyesada de medio cuerpo por alguna dolencia que a todos nos llegó hasta el alma. Y siempre tratábamos que se nos sentara al lado. Y arrimarle espejitos pegados a los zapatos para reflejar sus maravillas ocultas. Ana María fue entre primero y segundo año lo que había sido María Teresa en tercer grado. ▮

[GE; *Zapping*]



Rosario 1948. Normal N°3, 1r. año B. Con Margarita Cafferatta, profesora de Castellano.

§

Quedan por el camino Raff Vallone y la isla y los delitos conexos, nada más una asociación bastante lateral, puesto que no recuerdo haber visto el filme. Y para cerrar la lista, provisoriamente, las cabritas y cabritos de yeso que pastaban alegremente en mis pesebres navideños. Hasta recuerdo que las primeras fueron meras figuras de cartulina impresa, recortadas y paradas sobres apoyos más bien precarios. E iluminadas desde atrás por unas escuálidas velitas de torta de cumpleaños que en alguna ocasión nos pusieron a punto de alarma y de bomberos. Ciertamente estaban lejos Capricornio y Aries y ni noticias tenía entonces de las poco aconsejables relaciones entre estos cápridos a la hora de formalizar las cosas. De haberlo imaginado, el tiempo me hubiera dado la razón. Me detengo y retrocedo para pasar de Raff Vallone a José Vallone mi compañero de secundaria. El que se peleaba todo el tiempo como loco con Federico Lanceille y con Rolando Nicolosi, a propósito de quién lucía mejores piernas o cutis más terso. Federico se llevó todos los premios un día que apareció con sus piernas orgullosa y prolijamente depiladas a la cera. Y se acabaron las discusiones. Federico indiscutido y José y Rolando tuvieron que conformarse con seguir peleando por sus respectivas aptitudes como pianistas (que no eran desdeñables). ▮

[GE; *Zapping*]

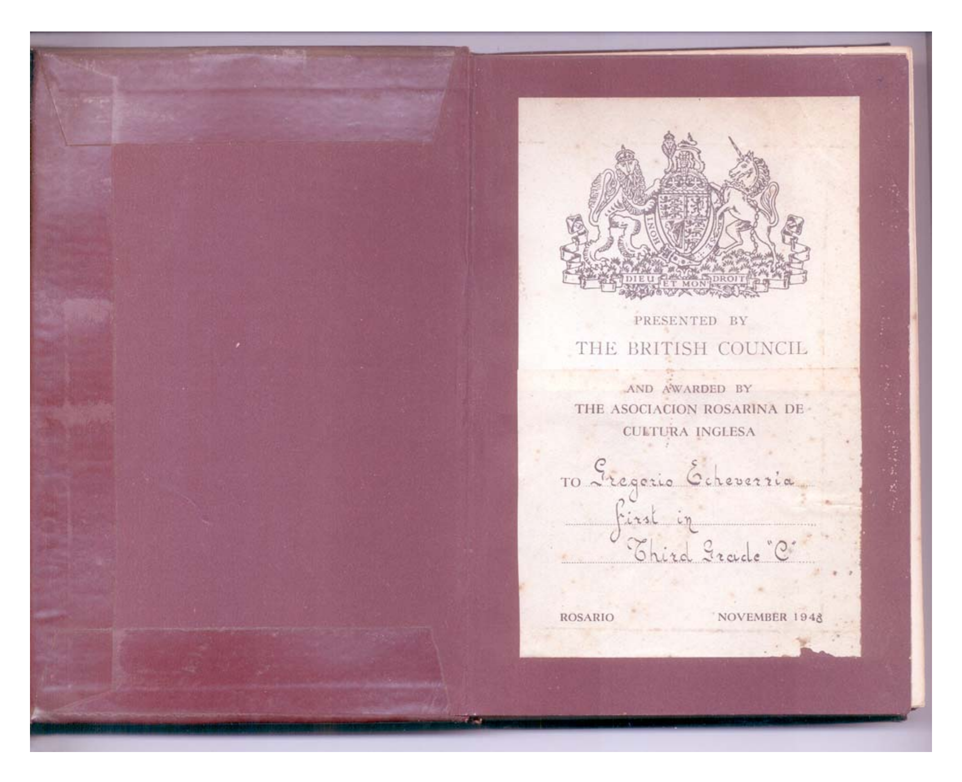


Detalle del pesebre armado en la casa de calle Sarmiento, para la Navidad de 1964 en Santa Fe.

§

Tengo un revoltijo de fechas y detalles. 8 de setiembre de 1940. Frente a mí una fotografía. Esa fecha no la recuerdo. Solo doy fe de lo que leo al dorso. La letra redonda y clara de mamá. El nene a los 5 años. Letra adquirida con sangre —y no es metáfora— en el colegio de las Hermanas, allá en Marín. Sor Felisa y sor Tomasa pervivieron muchos años en los recuerdos de mamá y tía Fina. Es decir de Josefina (Finita). La que está a mi derecha. (Está sentada a la diestra de Dios Padre). A mi izquierda mamá. Sacada en el Parque, aclara ambiguamente (siempre las ambigüedades). Para Gregorio, escarbando en la memoria de Tito, se refiere al Parque Independencia. Rosario también es letra de mamá. Y está Tito. Y al fin de cuentas, si en esa gorrita que se ve negra —o sepia— y que era en realidad azul marino dice —como me imagino— Fragata 25 de Mayo, el suso podría haber andado en su momento haciendo pata ancha en la Escuela de Mecánica. Y acaso no del lado de los sin voz. Hubo entre ellas insalvables diferencias. También —por cierto— hartas coincidencias. Por eso insistieron toda la vida con que lo que se hereda no se roba. Mamá era la hermana mayor. Y por mayorazgo, subrogante y árbitro de todas las preguntas y de todas las respuestas. En ausencia de la abuela, por supuesto. Ausente o muerta abuela, Victoria Elena tenía la manija. En una familia solo puede haber un apellido. Un solo cetro. Una sola posible legítima autoridad. Un nombre que siempre habrá de escribirse con mayúscula. Adelante, en el medio o al final de la oración. Quiero decir de la proposición. O del sintagma. No oración porque sabe a difuntos y nadie ha muerto aquí. *Los muertos que vos matáis / gozan de buena salud*… ▮

[GE; *Zapping*]



Asociación Rosarina e Cultura Inglesa 1948. Premio al mejor alumno de 3r. grado C.

§

Abuela Macrina viajó a España. Por preparar el tercero libre rechacé acompañarla. Es probable que mamá nunca me lo haya perdonado. Y yo tampoco. Ignoro qué hubiera aprovechado con mis verdes trece años. Pero nunca se presentó otra oportunidad como aquella. Era la época de Marta, vaya uno a saber qué anclas me retenían. Al fin se hace cierto que el corazón tiene razones que la razón ignora. El tercer año libre lo aprobé. Dispuesto a beberme los vientos. Todavía no existía mi diabillo que me soplara a tiempo y en la oreja su para-qué-Gregorio o quo-vadis-mi-querido-amigo. Ni había llegado la hora de las *Coplas a la muerte de mi padre* y así ignoraba el áureo *y pues vemos lo presente / cómo en un punto se es ido y acabado / si juzgamos sabiamente / daremos lo por venir por pasado*… apuro insensato, cuyo único efecto fue privarme del deleite del estudio despacioso y la camaradería de los compañeros. Todo a duras penas y sacrificando capítulos y hasta volúmenes que estaban ahí esperando regalarme sus riquezas. Del examen de historia, por ejemplo, recuerdo el bochorno de presentarme ante profesores que me conocían y me querían, como la Petit, Culito de Goma y Ruiz Burgos. Escribí acerca de los temas que me solicitaron. Pero con un conocimiento tan superficial de las cuestiones (se trataba de historia argentina) que no dudé en relacionarlos cronológicamente según estaban pedidos. De lo cual resultó que el tratado del Pilar se había firmado antes de las invasiones inglesas y el gobierno de Rivadavia había transcurrido después de Caseros. Imagino —recuerdo aún— la cara de espanto de estos tres queridos profesores al leer tales oprobios. Solo su enorme carisma y vocación y el buen concepto que les merecía evitaron mi naufragio. Lo cual no sé si fue bueno o malo. Es decir sí que lo sé. Fue redondamente malo. Pero como me enseñó en su momento Edwin Fiori, la realidad es lo que es y no lo que vos quisieras que sea. Me quedó solamente francés, que prepararía previa al año siguiente, ya bajo la batuta del padre Pedro. ▮

[GE; *Zapping*]



Mantel del altar de la Virgen del Pilar, en la capilla del Colegio de la Inmaculada Concepción, en Marín. Prometido por abuela Macrina en 1928 al viajar a América y cumplido a su regreso en 1949. Bordado por tía Fina.



regorio Echeverria

"Que tu habilidad y maestria en el manejo de las piezas del tablero, se superen dia a dia,

Recuerda que contribuiste con tu grano de arena ~~pa~~ a que "Provincial" se clasificara campeon Olimpico.

A prepararse entonces para la proxima olimpiada

E. V. Koller

22/1/49

ENRIQUE V. KOLLER
VICE-PRESIDENTE

DIC 1948

PEÑA FOTOGRAFICA
DEL CLUB A. PROVINCIAL

Scm 2007

§

El barco se separa lentamente del muelle. Puerto Nuevo creo. A bordo el jolgorio previsible. Los mozos en la tarea de trasladar y acomodar el equipaje de mano de doscientos ¿trescientos? pasajeros. Más tal vez. Un muelle que se aleja. Un horizonte —por ahora imaginario— que se va acercando. Ir navegando por estas aguas turbias, hasta salir a otras limpias pero turbulentas. ¡Ay Marín querido! Después de tantos años… de tantas penurias. Porque en este país pasamos las de Caín, válgame Dios. Pero tén paciencia, Macrina, bien sabe el Señor de todo tu sacrificio y tu fuerza de voluntad. Querer es poder. Podré ahora volver a ver aquel cielo y aquellas aguas. Y a saborear aquel pescado recién bajado de las barcas. La Natividad. La Buenaventura. La Concepción. Pasear por el Tombo recibiendo el saludo y el respeto de aquellas pobres mujeres. ¡Qué miseria, válgame Dios! Buenos días, Macrina. Buenos te los de Dios, Antonia. Estas Quisquizas son de lo que no hay. La madre parece una pordiosera. Y las hijas unas lagartas. Bien lo decía el finado papá. Desgracia de padre, coño, tres hijas, cuatro putas… Pobre padre mío. Tan plantado, tan apuesto. Tan pegado a mamá siempre. Pudiste haberme querido un poco más a mí, padre. Debiste comprender que ni Ramona, la pobre, ni Joaquina ni Carmen me llegaban a la cintura. No es que una quiera darse a valer. Pero las cinco tan distintas… a veces pienso que ni parecemos hermanas. Dejemos en paz a Ramona, que ya purgó su divagar. Pena y mucha me dio verla esos años enfurruñada y esquiva, metida contra su sentimiento en esa casa de retiros cerca de Lugo. Lejos de donde su recuerdo era nuestra vergüenza. Tantas pamplinas por aquel perdulario, el más chico de los Norteiros. Haragán, chupandín y quebrantahuesos. Tantas espaldas sabe Dios para qué, nadie lo vio nunca cargar al hombro un cajón de pescado o una bolsa de patatas. Padre, según dicen, del Tonelero, uno de los amigotes de Pepe, con el tiempo. Si daba pena verlos juntos, Pepe tan mono con sus rizos siempre bien peinados y la ropita impecable. Y el tonelero este con la camisa siempre afuera y esos brazos de picapedrero y esas greñas y esas barbas. Este hijo mío nunca fue listo para nada. Unas compañías, unas amistades. ¿Y aquel chosco, sobrino de la Garbancera? Con las bragas siempre a caer y el pecho abintestate. No sé a quién salió este chico, criado como un príncipe y educado por las monjas como una niña… Lo que es la falta de un padre, Dios santo. Tanto platicarle al finado Andrés, que Dios lo tenga en la gloria, tus hijos necesitan un padre. No puedes andar toda la vida de la ceca a la meca. Hoy secretario de un notario en Vigo. Mañana tenedor de libros de una tienda de abarrote en Ferrol. Y a lo último, para tocar a santos, el maldito consulado entre los hugonotes y las putas. Dios me dio paciencia. Así perdí también al finado Manolo, pobre hijo. A lo mejor de Marín se le iban los ojos por él. ¡Qué buena pareja hubieran hecho con la más pequeña de Nieves! O con la niña de los Rianxeiros, tan modosita y esos ojos, Dios mío, qué belleza, vaya por Dios. Y venir a América para terminar como terminó. Siempre esa falta de un padre. La falta del ejemplo y de los consejos, vaya. Escapado casi como un ladrón, de la noche a la mañana mamá me voy. Pero hijo. Que me voy, mamá, háblalo por favor con papá cuando le escribas. Pero hijo. Pero nada, madre. Que me embarco y que os escribo desde Buenos Aires. Cómo no iba a caer el pobre en manos de una cualquiera. Para más

una francesa, habiendo en el mundo tantas mujeres buenas. Esto de cargar todo el tiempo con la cruz de un padre viudo y casi postrado. Cinco críos que la Virgen no quiso dejarlos a todos a mi lado. Y el fantasma de un marido que poco hizo amén de echarlos al mundo. De las niñas poco quiero hablar. Victoria, con sus manos que son un primor, con esa letra, con esa cabeza para darse vuelta en todo. Pero sin cabeza para otras cosas, no hay felicidad completa en este mundo. Mira que fijarse en ese sinvergüenza. Jugador y de seguro mujeriego, bastaba verlo. Con esos perendengues. Y esos modales compradores, el muy zorro. Que doña Macrina de acá y doña Macrina de allá. Bien supo siempre dónde le apretaba el zapato. A Pepe nunca le llenó el ojo. Claro que este pobre hijo se veía tan poca cosa al lado de Gregorio. Un hombrón, eso sí. Victoria no fue tonta en eso. Pero contigo pan y cebolla, eso sí que no, santo Dios. ¿Qué lujos podía esperar de un empleadito de banco? Un sueldo, el auto para fanfarronear, ni casa propia siquiera. Se casaron y alquilaron, porque el señorito tuvo a menos vivir bajo el techo de la suegra. Vaya, vaya. Es cuanto hay que oir. Si Victoria me hubiera escuchado, otro gallo cantaría. Pero no mamá. Que tú no sabes, que tú no entiendes. Que Gregorio de acá y que Gregorio de allá. Un nadie. Un mentiroso, un jugador. Y encima enfermo. Buena te la echó, por tonta. A ti y al niño. Y no se la pescó trabajando, no. Eso es la parranda y salir de noche y andar entre mujeres de la vida. Ahora chúpate el dedo, que tu madre no se lo chupó nunca, hijita. Mira este viaje, perdido por tonta. El niño quedaba bien con las tías. O lo dejábamos pupilo en un buen colegio. Y Pepe que bien sabes que es más que un padre para él. Ay Dios, ¿qué hubiera sido de tu cabeza hueca y de tu hijo si no hubiera estado tu madre? Esperando como una xoumela. ¿Esperando qué, Victoria? Que el señor cambie, que el señor comprenda, que el señor se arrepienta… ¿eso esperabas, mujer? Bien dice siempre Pepe, la cabra al monte tira. Bien que Dios me iluminó para traerte de vuelta a casa con el niño. Y que tu hermano se puso firme en el asunto y se ocupó de que tu marido no apareciera nunca más por el barrio. Y eso que sabes bien que Pepe no es hombre de peleas. Pero por ti lo hizo. Y por tu hijo.

Vamos, Fina, apaga esa luz que quiero descansar. Estos camarotes parecen jaulas, vaya por Dios. Pero me cuesta dormir. De mis otras hermanas me acordaba. Joaquina dicen que fue la más bonita. Hasta pienso que el finado Andrés llegó a echarle el lente. Nada, hermanita, a buen puerto ibas y a buen puerto iba el galán, Dios me perdone y lo tenga en la gloria. Que mi finado esposo no sería todo lo que un marido y un padre deben ser, pero para eso se pintaba Macrina, ala… A veces pienso mejor te lo hubiera dejado si tanto te gustaba, mujer… Mal no me hubiera ido en el cambio, que las barcas de Vicente acarreaban perras chicas y perras gordas como sardinas, qué digo como sardinas … como berberechos. Cuando salimos de allá era dueño de una flotilla. Y le rondaba ya por el caletre lo de la conserva. Y tú Joaquina apenas fuiste capaz de darle hijos. Siempre con esa salud delicada. Esos descuidos en ventilarte de noche por la casa y por los balcones en ropa de dormir. Todo el mundo sabe lo fuerte que es el aire de mar. No podías compararte conmigo ni con Carmen. Carmen sí que fue siempre una mujerona sana. Nunca pensé que se casara, tan poltrona, tan dejada con su persona. Pero eso de fijarse en un primo, vaya por Dios. Como si no hubiera hombres en el mundo. No por-

que Celestino fuera malo. Bueno, no tampoco un santo, nada de exagerar. Pero sabías que le daba por la bebida. Todo el pueblo lo sabía, eha. Y era de mala bebida el pobre. Claro que nunca le diera por andar con un cuchillo encima. Dios sabe por dónde habrá venido aquello. Porque en Buenos Aires no os había ido mal. Celestino trabajó años en la carne. Era capataz al año de entrar en el frigorífico. Callado pero orgulloso. Amigo de enfrentarme y echarme en cara cosas. Que si me quedé con el hotel. Que había bienes de Joaquina y de Carmen de por medio. Y que si Pepe… Dios me perdone. Como lo habrá perdonado a él, que en paz descanse. Sabe Dios cuántos años le dieron. Carmen siempre lo disimuló la pobre. Está en Paternal, decía cuando alguien le preguntaba por él. Pero los hijos le salieron buenos. Buenos, si dejamos lo de Alberto. La misma poca cabeza del padre. Aunque Celestino (hijo) es también mal llevado, pero es otra cosa. Pelea por la política y por el fútbol. Alberto en cambio es de mal genio. Lo que se hereda no se roba, vamos. Qué noche, Macrina, qué noche. Como Fina no deje de mover el traste de un lado para otro, tengo por delante toda una noche en vela. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]

§

Permiso, don Pepe. Buen día. Qué contento lo veo. Usted siempre tan atento. Este hombre es un encanto. La manito no, don Pepe, salga, vamos. Qué hombre. Buena estás tú, atorranta. Es cuanto hay que oir. Qué dices oir, Macrina. Es cuanto hay que ver. Que no hay más que asomarse al negocio para verlo a este desvergonzado. Mano por acá, mano por allá. Qué hijo este, vaya por Dios. Si cualquiera de tus hermanas es más mujer que esa, Pepe. Ni sabemos qué gente es. Mejor no saberlo, me da el cuerpo que algo de bruja tiene esta. Si no, no me explico cómo se le fue quedando el marido. Como un lelo, como un bendito. Un hombrazo que regalaba salud. Siempre sentado en aquella sillita en la vereda de su casa. De espaldas a la calle. Cada día más calladito. Y de buenas a primeras, chau Julio. Y esta paifoca unas cuantas lagrimitas. Y la ropa de luto, que parece que la tuviera preparada. Por algo dice doña Rosalía que hay algo raro en la muerte de este hombre.

Pecadora lingua da mala muller
casada cun home vello.
Averno de Satán e Belcebú
lume dos cadavres ardentes,
corpos mutilados dos incidentes
peidos dos infernales cús
muxido da mar embravescida.

Pero allá ella, mujer. No ha de ser la primera en enviudar por encargo. Ah, sombra malvada de la malvada Clitemnestra. Y no digo nada del hijito, que me parece que sigue los pasos de la madre. Bueno, nada más natural, después de todo. Se sabe que los hijos salen a sus madres siempre. A quién habrían de salir si no. Aunque este Pepe, vaya por Dios. Qué puede haberle visto a esta bruja. Ella lo mira con esos ojos de cordero degollado y él bobo. Siempre fuiste un chambricas, hijo. Cualquier cosa te viene bien. Un llamadito solo, don Pepe. Ay, no sea malo, saque la manito, vamos. Usted sí que debe tener buena mano. Para los postres digo. Vamos, vamos, picarón, que ya me lo veo venir. Respete que hace menos de un mes que me quedé solita. Joven, viuda y estanciera, alala… ojalá, don Pepe. Joven y viuda sí. Pero por lo otro, pobre Julio, ni un peso me dejó. Algunas deudas. Van a pasar varios meses hasta que empiece a cobrar la pensión. Y usted sabe que la jubilación de un comisario no es ningún lujo. No sé cómo nos vamos a arreglar. Bueno, pues sin ningún compromiso, si usted quisiera… Yo no, don Pepe, me parece que el que quiere es usted… pícaro. ¿Le parece querer aprovecharse de una pobre mujer sola? Buenas uñas y buenas mañas tiene esta lagarta para defenderse. Y no solo para defenderse, líbreme Dios. Que le echa unas miraditas que este tarambana se derrite. Cuándo aprenderá este hijo, virgen santa. No sé qué hubiera sido de él en África. Entre aquellos cafres y la mala fama de nuestros regimientos en Marruecos. Y los de Argelia peor. Me lo traían muerto a la semana. Ahora está ya grande y dejado. Pero de jovencito, las mujeres se daban vuelta en la calle para mirarlo. Era un muñeco,

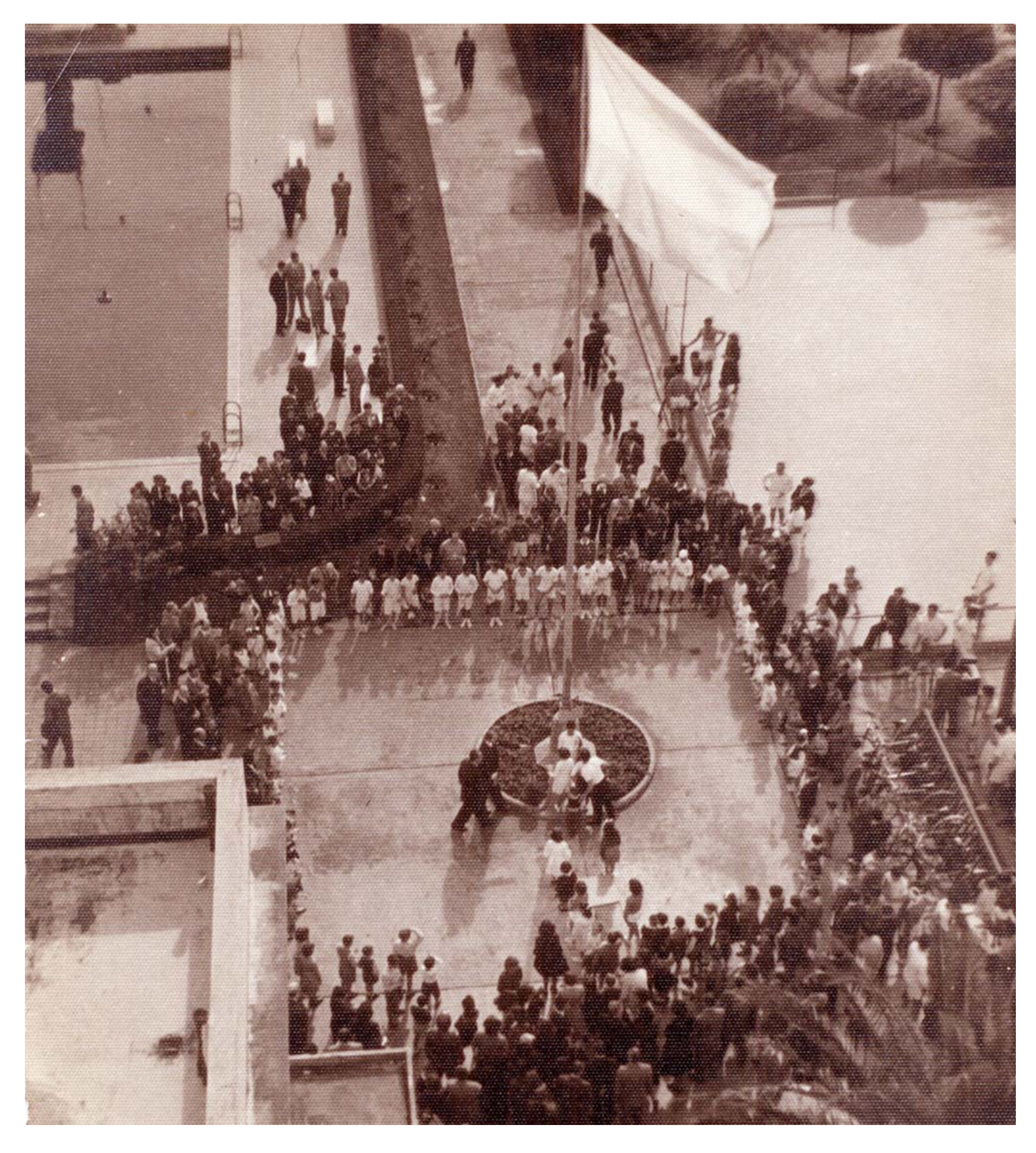
aquellos rizos, aquella carita… quién diría. Pero a esta la compongo yo, como que me llamo Macrina. No tuve pelos en la lengua con las del Tombo. Y aquellas eran bravas. De andar toda la vida a la greña con marineros y pescadores. Pero me sobraron agallas para ponerles las peras a cuartas. Buenas me las hubiera visto de no haber sido como fui. A María la francesa bien me le planté también, y que lo diga ella si no. Y si me llegó a decir lo que no debía, tuvo que escuchar de mí lo que no quería. Anda. Nadie quedó sin su ración donde Macrina sirve la comida. Y que no le tuve que sacar a cada cual las castañas del fuego. No una vez sino tantas. A las Guevara las dejo en paz porque las pobres bien se ve que echan el alma por los requiebros de un galán. Hasta a veces pienso que podrían ser mis hijas. Y si la cosa no pasa de dar palique, nada malo puede hacerse con la lengua. Este hijo mío con tal de darle a la sinhueso. No hay perica que le aburra. Más le vale. Así quedara nomás la cosa con los galanes. Callada está desde hace rato la muy zorra. A esta le echo ahora mismo los perros. Ya verás señora mía quién es Macrina y cómo las gasta. Saldrás de mi casa con cajas destempladas. Así fuera con los calzones en la mano, eha… que de Macrina nadie se burla ni la toma por el pito de un sereno.

¡Oíde, oíde!, os ruxidos queu dan
as que non poden deixar de queimarxe
no agoardente quedando así purificadoas.

Nadie reparó en el niño, claro. Con semejante alboroto. Como si fuera ayer lo recuerdo abuela, jajajjj. No me imagino cómo vivirá la cuestión en la memoria de la viuda. Lo que es tío Pepe, así hubiera vivido tantos más de los que vivió, no olvidaba los pasmos y los zarandeos de esa mañana. Abuelita se calzó con parsimonia los guantes, después de ceñirse el peto y las espalderas. Caló la celada y con los penachos al viento, lanza en ristre, abrió a lo cowboy la puerta del negocio. La sacudida debió escucharse por toda la manzana. Sin vislumbrar señales del enemigo, semblanteó el campo en busca de los réprobos. A la vista del salón vacío, fácil era echar cuentas del paradero de los tortolitos. A paso de guerra se encaminó hacia la cortina de lona oscura a rayas que daba al comedor de diario. Donde una coqueta repisita brindaba ocasión de poner el teléfono a cubierto de miradas y orejas indiscretas. Estaba la inocente viudita teléfono en mano, entonces. Y tío Pepe entretenido sabe Dios en qué promisorios menesteres. De los cuales lo sacó con acidez la voz tonante de la abuela. Tú sal de aquí, ve a barrer la vereda que tengo que platicar con esta mademoiselle. Así diciendo alzó abuelita una robusta pesa de la balanza en cada mano. No menos de cinco kilos cada una, aunque la memoria y la apreciación de Tito pudiera estar sensiblemente vulnerada por la estridencia del toletole. Y así equipada, ambos brazos en alto, le espetó de corrido y a voces a la susodicha. Que se manda usted a mudar ya mismo que no la quiero ver delante mío. So zorra más que atorranta, ni el mes de duelo y el luto por el finado le acoquinan. Y que si le diera en mala hora el antojo de volver a poner los pies en esta casa, con estas mismas pesas que está viendo delante de sus narices, con las mismitas le parto a usted la cabeza. Garantizado que no querrá usted ni el amén ni el vuelto. Conque andando, pedazo de calien-

tabraguetas. Zorra más que zorra. Y tú papanatas no te quedes ahí pasmado. Vete a bañar a ver si se te enfrían las calenturas. Que hace una semana andas con la misma camisa, roñoso. Y tú hijo sal de atrás de esas cortinas. Bueno es que se te meta en la cabeza que mientras viva tu abuela andaréis todos deprisa en esta casa. Os guste o no os guste. Que derecho o torcido, es así porque yo lo mando. Y donde manda el capitán no manda marinero. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



Club Atlético Provincial de Rosario. 25 de Mayo de 1949, Tito después de izar la Bandera, antes de empezar a recitar el Romance del Negro Falucho.



25 de Mayo de 1949 en el Club Atlético Provincial de Rosario. Gregorio izando la Bandera.

Quién iba a decirle al gurrumín ahí parado al lado del mástil recitando con una vocecita aflautada pero con bastante sentimiento

Alegres dianas la caja
de los traidores batía
el Pacífico gemía
melancólico y desierto
y en la bandera del muerto
nuestro sol resplandecía…

que algún día llegaría a profundizar un cachito en aquella historia que sabe Dios por qué razones incomprensibles para una criatura de doce años se le había pegado al alma de tal modo que a veces se veía él mismo abrazándolo al negro y abrigándolo con la bandera ensangrentada. ¿Revisionista? Vamos, hombre, ese pendejo no tenía de revisar otra imagen que la del Inspector recorriendo el tranvía y solicitando con voz de circunstancias las credenciales a cada pasajero. Boletos-pases-y-abonos, por favor. No cualquier tranvía, claro que no. Casi siempre evoca-ría —corriendo los años y dejando atrás las primaveras— aquellos coches modernos, de formas curvadas y asientos esterillados de la línea 15 que hacían el recorrido circular partiendo de avenida Dante Alighieri (entre el Hipódromo y el Estadio Municipal) y siguiendo Ovidio Lagos por 9 de Julio, Laprida, San Lorenzo, Dorrego, 3 de Febrero y Ovidio Lagos hasta el lugar de partida, donde el motorman y el guarda harían tiempo un cuarto de hora, llenando planillas y fumando un Fontanares. Él y la ciudad iban a dar muchas vueltas, un día habría de cambiar la mano en todo el país y se iban a emitir estampillas conmemorativas y entonces o después casi todas las calles de Rosario mudarían de mano. Nunca será capaz de precisar el momento en que los autos empezaron a llevar el volante a la izquierda. Tardaría años en asociar ese cambio al aparente pendoleo del país de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. ▮

[GE; *Da capo fuera del ropero*].



25 de Mayo de 1949 en el Club Atlético Provincial de Rosario. Gregorio desfilando con la Bandera.
A su lado, los hermanitos Meyer, hijos de un señor complicado.

Por supuesto no todo era fúnebre y truculento en el vecindario. Mezcla de violencia y sainete fue un entredicho entre tío Pepe y Octavio Meyer, más conocido en el barrio por El-del-caballito, que vivía sobre La Paz, pasando la casa de Armadá, no Francisco el regente del Normal sino su hermano Augusto el maestro de sexto. Este Meyer era un mal llevado de aquellos, con ínfulas de piojo venido a más y por su conducta y aspecto probablemente cana o bicho de los servicios, que esto no es un invento actual. Un domingo mandó al nene (que era el que se paseaba por la calle sobre un potrillo petiso con fusta y todo el circo de montar) a comprar soda. Como el nene no llevaba envases, tío Pepe —seguramente tenía algún entripado con esta gente— se negó a venderle. Al rato cayó el loco con una Ballester Molina en la mano y entró a los gritos en el negocio, amenazando textualmente con cagarte a tiros a vos y a toda tu familia, gallego maricón hijo de puta, o algo bastante parecido. Creo que esa vuelta fue a tío Pepe al que le tocó mearse encima y mi abuela Macrina capeó el temporal, y no precisamente con sonrisas ni buenos modales. ▮

[GE; *Zapping*]

§

No era por cierto Armadá el único represor que valía la pena mantener a distancia. En mucho menor grado pero asimismo con episodios memorables de violencia selvática, Parma el maestro de tercero de la tarde que terminó casándose con María Teresa, mi vaporosa y angelical maestra de tercero de la mañana, acostumbraba a colgar de los percheros a los díscolos y a los remisos en la obediencia debida. Nunca pensamos que la grafa de los delantales fuera a tal extremo resistente, pero la verdad es que los condenados colgaban con escasa gracia del fatal instrumento, expuestos al escarnio y a la exhibición pública, parte esta la más cruenta de la situación, habida cuenta del orgullo y la vergüenza y todo eso que hace que aún en un colegio de varones el que era arreado del artefacto al cabo del castigo prefería caer muerto antes que soportar las risitas y los murmullos de casi toda la escuela, porque la cosa corría como pólvora, tal era la mala fama del susodicho y el módico entretenimiento que procuraba el cúmulo de detalles, adorno que corría generalmente por cuenta del narrador en cada caso. Tengo claro que eran estas perversas prácticas y no su casamiento con María Teresa lo que hacía hervir el rencor en nosotros, con solo verlo, qué digo verlo, con solamente nombrarlo. Decirlo era un inmediato crujir de dientes ominoso y cargado de sordos anatemas y debo confesar que su salud y buena estrella parecían excelentes o bien que se cumplía en él minuciosamente lo de que maldición de burro nunca alcanza. Duro era verlo alzar a sus víctimas del cuello del guardapolvo y colocarlos limpiamente en la percha. Pero muchísimo más duro era imaginarlo abrazando y besando a nuestra maestra, mientras nosotros debíamos conformarnos con el calor que nos subía por el cuello y por las orejas cuando ella se agachaba delante del aula para alzar una tiza o el borrador que dejábamos caer fingiendo descuidos o torpeza. De repente, sus piernas que nos sabíamos de memoria del tobillo a la rodilla, se descubrían fugazmente hasta unas profundidades que nos cortaban fatalmente la respiración y el aula se congelaba en un silencio tan sólido que era como si el tiempo universal se hubiera petrificado. De todos modos eran épocas de ineludible ropa interior y aunque intuíamos los tesoros que las bombachas encubrían, el resto quedaba librado a nuestra imaginación y precarios conocimientos de la anatomía femenina, al punto que la mayoría suponíamos la vagina como una herida transversal a su verdadera posición. Pero el momento no daba para esos devaneos filosóficos y nos abocábamos a contemplar y retener la respiración, para que no se interrumpiera el milagro. Creo que fue el de ella mi primer perfume de mujer y su cabellos y sus labios y sus piernas y todo lo que fuera aproximadamente de ella matizaron muchas noches de insomnio y también muchas pesadillas que me hicieron aprender que una pesadilla no es siempre necesariamente una pesadilla. Ese fue el verdadero y honesto despertar al amor, antes ciertamente de Beatriz y de Marta y de Adriana, mucho antes por supuesto de Rosarito y de María. Fue una y única, porque Elvira la de primero inferior era bastante mayor y Amalia Guastavino no mucho menos. Después estaba la Stieffel, que no la tuvimos pero de no mediar nuestro obcecado enamoramiento tal vez en algunos items podría haber compulsado con María Teresa. Decían que era Lucena el maestro pintón de segundo de la mañana el que le hacía la corte. Y casi se acababa el elenco, porque la

Riera era poco agraciada y quedaban la Gollán, Delia Coppola y Emma Soto, que tenía unos ojazos verdes y un cabello renegrido que deberíamos haber apreciado con algo más de entusiasmo. No puedo asegurar ahora si era Emma o Zulema, pero sí cierro los ojos y veo ante mí su mirada candorosa y sus labios permanentemente húmedos. A Amelia la tuvimos en cuarto y lo mismo que Amalia nos dejó un recuerdo de firmeza y contención y la visión de su cabello corto donde las canas iban ganando terreno. Guardo entre los buenos recuerdos de esa época los rostros de Benito, Vicente Laina, Barreiro y Cardozo, cuatro porteros que corrían para todo y eran un poco como nuestros hermanos mayores, dueños absolutos del enorme manojo de llaves de toda la escuela y del badajo de la campana. Incluyo a Rizzo. Tan próximos a nuestra vida diaria y tan queribles como aquel portero que en Jacinta Pichimahuida recibía cada mañana a la patota con su sonrisa de Papá Noel y el adelante, adelante, mis blancas palomitas… A Benito le tocó secar el piso de la regencia cuando la gresca con Armadá. También la rectitud ejemplificadora de Pedro Sacchi, el maestro de quinto que me dio una formidable lección de ética y compañerismo. Con motivo de una próxima fiesta escolar, escribimos composiciones para elegir y leer ante toda la escuela. Mi trabajo ocupó el segundo lugar y el de Jorge Wacker el primero. Supinamente —tipo Canuto Carsio el soplón alumno de Jacinta— le acerqué al maestro un libro de lectura de donde la composición de Jorge estaba tomada casi textualmente. Me ordenó que leyera delante de toda la clase el texto del libro y la composición de Jorge y me designó para leer la mía en la fiesta. Fue unos de mis premios más amargos. Anoto al pasar que con el negro Olmedo fuimos compañeros casi toda la primaria. Recupero de él su extrema flacura, su nuez de Adán prominente en un cuellito delgado y largo. Todo él daba una sensación de desvalimiento. Y una voz medio aflautada y su hablar bastante quedo y mesurado. Pasé de largo sexto, porque a alguien se le ocurrió la mala idea de que podía rendirlo libre y así ganarme un año. Pregunta obvia ¿para qué (carajo)? Solamente me sirvió para perder el contacto con todos mis compañeros. Y para empezar a repetir, aunque no agarrara el sentido de la moraleja, que el tiempo es oro. Lo cual, aparte de apuntar a una discusión muy sesuda acerca del sentido filosófico del tiempo, me retrotrae a una cuestión que a tío Pepe le encantaba plantear acerca de cuál de ambos gemelos es mayor y cuál es el menor. Me imagino que el tema tenía que ver con las tías, puesto que seguramente lo que se dirimía era la supremacía, según el principio de que el mayor manda sobre el menor. Y tío Pepe sostenía con seriedad académica que el mayor es el último que nace. Y explicaba la aparente paradoja con el ejemplo de cuál pan se saca primero del horno. El que se puso último, por supuesto. Clarísima la cuestión. De todos modos no estoy seguro del orden de nacimiento de las mellizas, pero la realidad demostró siempre que tía Nita era el último orejón del tarro. Marta Crica. La fregona. ▮

[GE; *Zapping*]



Carnaval 1948. Riqui Bossert, Gregorio Echeverría, Sanluisiño y Juan Carlos Bossert.

§

Estar pupilo era mucho más —mucho peor— que el alejamiento de casa. Tu amenaza era oscura, concisa. Te encierro, perrelho. Te cargo de grilletes y cadenas como a un reo. Decreto para ti la prisión —la oscuridad— que no pude dar a tu padre. No tan cierto, abuela. No pudiste, a tu pesar, con la prisión. Pero lo enterraste en una noche tanto peor. ¿Cuántas sombras yacen bajo la acidez de tus decretos? ¿A cuántos Gregorios encerraste? ¿Estaba yo acaso destinado (condenado), abuelita, a ser el hombre de la máscara de hierro? Aunque más bien parece que el candidato era papá ¿no? Odio los encierros. Los baúles que se guardaban en la planta alta de casa me atemorizaron siempre como posibles celdas de encierro. ¿Cuánto tiempo puede uno sobrevivir ahí dentro? La suma de encierro y oscuridad es terrible. Es el ahogo, la asfixia. La muerte. Y una muerte por cierto horrible. La cara negra, ni azul siquiera. La lengua amoratada, endurecida. Un habitáculo que absorbe los propios gritos y decapita todo pedido de ayuda. ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Por favor, por Dios, sáquenme de acá! Te prometo que voy a ser bueno, mamita. Te juro que nunca más lo hago, nunca más lo digo, abuelita. Por eso no seré astronauta. Ni submarinista. Ni espeleólogo. Años antes del esmoquin blanco, me quedé encerrado en un baño de Gath&Chaves (o de La Favorita). En segundo año me metieron en un cofre de madera donde se guardaban las pelotas de basquet. ¡Déjenme salir, por favor! Me ahogo, me muero… Clitemnestra cubrió la cabeza de Agamenón con una camisa sin cuello. Cuando el sorprendido esposo pugnaba por un poco de aire el hacha le llevó el resto de resuello. Con los años los epígonos remataron la historia. Electra empuñó con decisión el pene del oficial y te lo clavó en el pecho. Y Orestes se hundió en el tenebroso mundo de los alcaloides en procura de la definitiva libertad. Sin estar demasiado seguro si en vos privaría la desconfianza o la gula. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]

§

El primer gran retorno empieza con una nostalgia. Con los años, abuela, creo que empezó con una picazón de mala consciencia. Cuántas discusiones. Cuánta pelea larvada, cuánta incontinencia. Porque entre aquella primera carta de Maruja —la mayor de las hijas de tío Manolo— y el visado de pasaportes y a su tiempo el embarque en el Monte Urbasa, pasaron cosas. En realidad, pasaron muchísimas cosas hasta ese entonces, a partir de la muerte de Manolo. María —su viuda— tuvo con la familia, según trascendió, un trato distante. ¿No habrás sido vos, abuelita, la que plantó las barreras? Porque no es difícil imaginar que María entendió que vos pensabas —lo declarabas a viva voz— que todas las francesas eran putas. Como las mujeres que fuman o usan melena corta o viajan en taxi. Mirá qué cosa, abuela, ahora me estaba acordando de aquella casa de los protestantes. En tu Marín de las rías bajas. En tu pueblo —tu aldea— de gentes sencillas, ignorantes y católicas. ¿Qué hacían esos protestantes en Marín, abuela? Un reducto de malvivientes y de brujas. Seguramente franceses, pienso. Qué jodido, me imagino, tener al enemigo tan cerca… tener que convivir con gente diferente… otra religión, posiblemente hasta otra lengua… ¡qué fastidio! Me hago cargo de lo que habrá sufrido el abuelo Andrés —tu esposo— desterrado en aquel consulado español en Bruselas… hay muchos protestantes en Bélgica ¿no? Tanto como Agamenón durante aquellos diez años frente a las murallas de Troya. ¿Hubo caballo en el consulado? A los protestantes de Marín se ve que los aislaron dentro de la casa. Como un gheto. Lo diferente es peligroso. Desagradable. Contagioso…

Forzas do ar, terra, mar e lume
a vós fago esta chamada
si é verdade que tendes máis poder
que a humana xente, eiqui e agora
facede cos espritos dos amigos
que están fora participen con nós nesta queimada.

No sé si conociste la historia de las guerras de religión. De conocerlas, hubieras aprobado vivamente —supongo— los tejemanejes de la vieja Médicis. Las cabronadas de Richelieu. La matanza de hugonotes. La noche de San Bartolomé. Tres o cuatro siglos antes te hubiera sido todo más fácil. Porque no te resultó fácil con María. Un pajarito me contó que quisiste quitarle las hijas, la Nené y la Beba. Es decir María y Elena. So pretexto de criarlas [¿…?]. Con la muy cristiana intención de sacarle a María madre una carga de encima "para que pudiera hacer su vida." ¿No es cierto que eso es lo que le dijiste, abuela? Tito te lo escuchó repetir, tantos años más tarde. En verdad ¿qué clase de vida pensás que hacía —quería hacer— María, abuela? Y en todo caso, ¿qué clase de vida llegaste a ofrecerle vos? Porque era tu nuera. La mujer querida por tu hijo bienquerido. Claro que tu claridad cartesiana vería las cosas desde otra óptica. ¿No era tuyo, acaso, aquel simpático didáctico versito "los hijos de mi hija, mis hijos son / los de mi nuera, serán… o no…" Tío Pepe lo recomendaba también como palabra santa. Tus hijas

podrían llegar a ser unas putas (Dios no lo permita). Pero tus nueras —cualesquiera y cuantasquiera— seguramente lo eran. Irremediablemente. Sin atenuantes. Por decreto. ¡Pobres niñas, Maruja y Elena! No puedo —no quiero— imaginar en qué términos la habrás —la habrán— interpelado, pobre mujer. Tus decretales nunca se editaron con vaselina, que yo recuerde. Todo lo contrario. Lo que yo digo es así, porque yo lo digo. Sea derecho o torcido ¿no? ¿Podrás pretender que crea que por primera vez en tu vida hablaste de igual a igual con ella? Debería convencerme de que eras capaz de entender qué cosa es la humildad y qué cosa es el amor, abuela. ¿Lo supiste alguna vez? No me atrevería a pensar —te lo juro— que amaste a tu hermana Joaquina (dicen que era la más bella de las cinco). Ni a Ramona, puesto que en casa ni se la nombraba, no recuerdo haber visto una foto de ella. Ni siquiera a tía Carmen. Casada la pobre con su primo Celestino. Un buen tipo malhumorado —más que malhumorado de mala bebida creo— que por una cuestión de boliche le metió un par de puntazos a un compadre y fue a parar por varios años a Devoto. O como la familia decía mohinamente "a Paternal". Está bien, no es tan lejos un lugar del otro, a fin de cuentas. ¿Amaste al abuelo? En todo caso, no tanto como para respetar un juramento. Porque para el abuelo Andrés, América era la perdición. Y en su lecho de muerte, de regreso ya de Bruselas, te pidió que le juraras no traer jamás a tus hijas a América. Eso juraste, abuela ¿te acordás? Pero el abuelo quedó enterrado allá. Y vos hiciste tus petates y te largaste para estas tierras. Supuestamente a cubrirle las espaldas a tío Pepe. Tal vez sabiendo —presintiendo— que más abajo de la espalda ya estaba demasiado cubierto. Siempre tuviste buen olfato. Piensa mal y acertarás. Esa también es tuya ¿no? Así que vendiste el hotel y avanti. Encontré por ahí unos poderes que le hiciste firmar al abuelo cuando todavía estaba en Bruselas. Poder para disponer del patrimonio de ambos. ¿Era cierto lo de los amoríos del abuelo? ¿Hubo de veras una Casandra? ¿Aquello fue acaso un divorcio encubierto? Llegado el caso, vos que eras tan cojonuda ¿te hubieras bancado el escándalo de un divorcio a voces? Porque siempre las mataste callando. Mamá y papá se separaron pero no se divorciaron. ¿Cómo la jugaste vos en ese partido, abuela? ¿En qué momento aparece Egisto en tu vida? Bueno, no nos apresuremos, porque tenemos todo el tiempo, vos allá y yo todavía acá. Contame cómo diste con Maruja. Recuerdo que para mí todo comenzó con una carta de España hablando de ella y dando una dirección. Provincia de Huesca. Jaca. Javierregay. Somanes. Yo cursaba mi primer año de secundaria. Año cuarenta y ocho. Vivíamos todavía en Barrio Parque. Para entonces ya no escribías. Le dictabas las cartas a mamá. Querida Maruja. Y Maruja contestó hablando de ella, de su esposo. Ingeniero herido durante la guerra creo. De Elena viuda y vuelta a casar, viviendo en Francia, lo mismo que la madre. El primer marido de Elena había peleado en la resistencia. Maruja en las montañas, por los Pirineos. Maestra de escuela. Dos o tres niños. Condiciones duras. A lo largo de ese año fueron y vinieron unas pocas cartas. Y en vos fue creciendo el proyecto. Jamás sabré ¿lo sabías vos? si viajaste para conocer a tu nieta o para recoger el vasallaje de tus antiguos admiradores, Macrina. La excusa para remontar la estela de tu fama. ¿Acaso aquella pobre chica de Alta Gracia no te dijo inocentemente "así que usted es la famosa Macrina"? ¿Y no te acordás cómo violentamente casi le retrucaste "famosas erais vosotras…"? Planteaste el viaje. Tío Pepe apoyó

(era voto cantado). Y elegiste a tus acompañantes. Mamá y yo. Tía Nita en el molde. Pero tía Fina enfurruñada. ¿Por qué Victoria? Porque ella era tu mejor presa, abuelita. Porque Victoria sabe manejarse, vosotras sois unas cricas… claro, abuela. Unas cricas. Electra y Cenerendola. Buenas para un fregado como para un barrido. Todas tus apuestas a favor de la más dócil e instruida. Mirá qué linda combinación para un curriculum. Te podías lucir sin miedo a un martes trece. Porque tía Nita ni hablar, pobre. Marta Crica, la fregona de la familia, ni Cenicienta porque calzaba treinta y ocho. Y tía Fina, bueno… tenía sus aristas difíciles. Una soltería peor llevada que la de Nita. Pretenciosa. Le había dado calabazas a Herminio por ser petiso. No por acatar el imperativo materno. Nunca terminó de aceptar que para muestra basta un botón. Y en todo caso, se propuso que fuera el de una bragueta. Nunca te imaginaste, abuelita, quién te iba a poner los tapones de punta. Cuando mamita miró llena de amor a Tito para decirle nos vamos a España, el periquinho sacó fuerzas no sé de dónde y dijo que no. Que viajara tranquila la abuela con mamita. Tito tenía planes propios. ¡Insoportable! Bobamente enamorado de Marta Noqué y decidido a rendir libre el tercer año. Nadie supo nunca para qué. Ni siquiera él. Tito tenía de tanto en tanto rasgos de cierta picardía. O estaba ya empezando a asomar Gregorio. La excusa del estudio era irrefutable. ¿No lo habían inducido a rendir libre el sexto grado? No se podía ahora pensar en perder ese año ganado. Porque se hablaba de un viaje largo. Estuviste nueve meses allá. Era de veras todo un año de estudios. Y mamita dijo entonces yo tampoco. Me quedo con mi hijo. Ole. Si hace catorce años hubieras tenido esa misma firmeza para quedarte al lado de papá… No te cayó muy bien la cosa, no podés negarlo. Pero el mariscal de campo jamás reconoce una derrota (la Mano Negra no se rinde). Conque entonces viene Fina.

Los Montes eran barcos de pasajeros de línea, bien preparados para turismo. Bandera y tripulación española. Antes la rojogualda de Alfonso XIII. Después la carbonaria de la república. Y ahora la sangregualda del caudillo. Cocina internacional. Razonablemente seguros y cómodos. Y bastante económicos. La tarifa no incluía algunas sorpresas que se demostró luego eran lo más jugoso de la cuestión. Gemelo del Urbasa era el Monte Urquiola, en el que regresaste. Y del cual tía Fina se llevó a la tumba el mejor de los recuerdos… y de los secretos… Viajamos a Buenos Aires para despedirlas. Ángel Chenlo y familia permanentemente a nuestro lado. El padre de Ángel era de tus pagos, aunque a su mujer —Peregrina— le disgustaba ciertamente que se lo recordaran. Claro, Puente Cesures es de la zona montañosa. Y vos eras de allá abajo. Donde a la vez había estratos internos. Un Marín de arriba y un Marín de abajo. Vos eras naturalmente de Marín de arriba y poco te codeabas con las de la Lonja y las del Tombo. Pero así y todo, Marín de arriba estaba bastante abajo de Cesures. Un mero asunto de paleontología social. Etnoestratología digamos. Hay organismos delicados. Que toleran mal las diferencias barométricas. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]

VALIDA PARA 3 AÑOS
EXPIRA EL 31 DIC 1951

CONSULADO DE ESPAÑA
EN ROSARIO
(REP. ARG.)

Certificado de Nacionalidad N.º 1000.

EL CONSUL DE ESPAÑA

CERTIFICO: Que en el Registro de matrícula de españoles que existe en este Consulado hay una partida señalada con el número 6086 que dice:

Don Juana Vidal hijo de Andrés y de Marina Iglesias

nacido en Marín

provincia de Pontevedra el 24 de Diciembre de 1910

estado soltera profesión labores

residente en Av. Francia 2351 - Rosario

y en el país desde 1926

Y a fin de que el interesado pueda acreditar su nacionalidad expido el presente en Rosario a 28 de Octubre de 1949

Clase 5a

El Cónsul de España

José Ledesma

Juana Vidal

Firma del interesado

Documento de identidad de Juana Vidal Iglesias, extendido por el Consulado de España en Rosario, en octubre de 1949.

§

Parecía que no se terminaba de abrir baúles y valijas y desenvolver regalos. Todo iba sucediendo como en el cine. El puerto. Ese puerto infinito de Buenos Aires. Lo siento tan eterno como el aire y el agua. Dock sur. No, Gregorio, no creo que fuera Dock sur. Esa fue en el 45. Aunque, pensándolo bien, el más a mano para los buques de ultramar. Una remota idea de que la salida fue cerca de Cangallo (de presidente Cangallo). Seguramente Puerto Nuevo. La muchedumbre detrás de los alambrados. Nosotros entre toda la gente. Entre aquellos alambrados y la orilla del muelle, algunos marineros. Por qué pensar en alambrados me estruja el estómago. Cuando Gregorio era Tito las alambradas eran Mauthausen o Varsovia o Normandía. Cuando Tito ya era Gregorio tomaron colores más próximos. La Perla, Pozo de Banfield, Villa Grimaldi. Barco a la vista. Algún golfo de Triana (o de Sanxenxo o de Redondela) reclamará la renta de ojos. El paquebote creciendo a menos de quinientos metros. Arrojad los cabos. Trescientos. Arriad los paños. Una cuadra. Aprestad las anclas. Ya están unos hombres echando cuerdas por la borda. Ya amarran. En una de las cubiertas vos. Con el tapado negro de piel. Y tía Fina con un sombrero blanco grandote. Una de esas capelinas que cualquiera se daba cuenta que traían aún perfumes de la Costa del Sol o de Marsella. De la Marsella diurna, por supuesto, no confundamos, vaya. Apoyadas sonrientes calladas misteriosas. Manos y más manos levantadas abajo. Para que nos vean a nosotros primero. A nosotros. Acá, abuela. Allá, allá están, Tito, Pepe, Victoria. La planchada. El oficial de inmigraciones que sube. Otro oficial que saluda uno por uno a los pasajeros que empiezan a descender. El Monte Urbasa te llevó. El Monte Urquiola te trae de vuelta. Todo retoma su timing. La cabra vuelve al monte. Todo lo que sube, baja. Todo lo que avanza, retrocede. Abajo es como arriba. Como es adentro, es afuera. Tito poco sabía acerca de Hermes. Y Gregorio apenas recuerda trozos —citas— que a veces vienen al caso y a veces no. Pero creo que vos eras la Tres Veces Grande. Abuela Macrina. Macrina Trismegista. Mirá lo que son las consonancias, abuela. Me acuerdo de Clitemnestra. ¿Que no te favorece mucho, abuelita? Supongamos que tu Agamenón muriera de muerte natural. Pero ¿y su descendencia? ¿No fue la sevidumbre de tía Nita mil veces peor que la muerte? ¿No fue la viudez a medias de mamá y mi propia mentida orfandad peor que lo peor acaso? No es poca cosa haber reunido en una la lobreguez de Bernarda Alba y la contumacia de Lucrecia Borgia. O la vena atrabiliaria de una Catalina de Médicis con las manipulaciones de aquella Agripina cuya muerte no fue el peor de los pecados de su hijito bienamado. Y no te hicieron falta puñal ni veneno. Aunque de alguna manera había ya veneno en tu destino. Desde el día en que un merdeiro se sentó a pensar en términos de impaciencia y de libertad. Fue como andar a oscuras mucho tiempo. Todo el tiempo. Y de repente todo se juntó. Las piezas. Los sonidos. Los colores. Algo estaba de más para que todos dejaran de estar de menos. Toda la familia agonizaba metida en una enorme vagina que apretaba y apretaba sin dejarlos respirar. Sin dejarlos mover. Sin dejarnos ser. Y no nos estabas pariendo, abuela. Nos tenías encerrados a pan y agua. Y a lo que yo digo está bien dicho, sea derecho o torcido. Porque lo digo yo. Tú te vienes para casa con el niño y te olvidas para siempre de tu marido. Y tú ves a bañarte, roñoso y deja a

esas atorrantas. Y tú calla la boca y sigue fregando, Marta Crica, no sabes más que meter la pata. Y tú Fina, ¿cómo pudiste, Fina? Por eso bajabas pálida por la planchada. Dijiste que venías mareada por el zarandeo. No me imaginaba en ese momento cuánto te habías zarandeado, tiíta. Después me vas a contar ¿verdad? Si será degenerado el perrelho. Claro que no era momento, claro. Tanto saludo, tanto griterío. Todo el mundo con todo el mundo. Los vistas de aduana. Los changadores. Los taxis. Después el tren para Rosario. Más taxi. Por fin en casa. Mamá algo pálida. Casi tanto como tía Fina. Me parece que Fina quiere vomitar. ¿Tan pronto, tía? Eres un pequeño degenerado. Te lo leo en los ojos. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]

§

El piano era en casa una especie de certificado vetusto, como esos árboles genealógicos o los desabridos escudos que se tienen para lucirlos. Lo adquirió estando radicado en Bruselas, mi abuelo materno. Según el taraceado en oro en el interior de la tapa, procedía de Hamburgo. […] Como tío Pepe no tenía nada que mostrar, pues era más bien negado en cosas de oficio, que consideraba propias de mujeres o bien de personajes de baja ralea, acudía a mi modesta colaboración lanzándome al ruedo para asesinar algún vals de Strauss a costa del sufrido piano comprado por mi abuelo en Bruselas y paseado por París, Vigo, Buenos Aires y al fin Rosario. ▮

[GE; *Zapping*]



Victoria Vidal al piano, alrededor de 1928. Probablemente Buenos Aires, la casa de Victoria y San José.

Habrían de pasar aún dos o tres años antes de que pudiera completar la lección de anatomía tan abruptamente interrumpida. Pero que no hubiera sexo no significa que no hubiera amor, intenso y doloroso a veces, siempre maravilloso. Con Dionisia —Dione— la ceremonia comenzaba cuando ella me escuchaba tocar el piano al pasar caminando frente a la ventana del comedor. Me golpeaba el vidrio suavemente y yo interpretaba para ella alguna mazurca y unos valses. Después nos íbamos a deambular por el barrio, tomados de la mano y embobados en lo nuestro. ▮

[*Zapping*, fragmento].



Arriba: Probablemente Buenos Aires, circa 1928, en la casa de Victoria y San José. Abajo, Rosario 1947, en la casa de Barrio Parque. Alrededor de 1953 se mudó a la casa de calle Moreno. Después le perdí el rastro.



Mi madre lo heredó por mayorazgo. Bien o mal lo aprovechó la pobre para alcanzar su módico profesorado. Para ella la música era un universo limitado al piano, la banqueta y unos álbumes de partituras. No recuerdo haberla oído hablar de escuelas ni estilos ni épocas ni autores. Es entonces natural que yo heredara el dichoso piano y su contexto. Por qué la cuestión empezó a crecer en el poco abultado mundo de mis inclinaciones, sería tal vez motivo de una investigación que jamás pensé en abordar. Lo real es que me atreví a asomarme a un modo diferente de escuchar, apreciar y valorar. Lo cual no diría que haya sido un avance en el menor sentido. Teniendo en cuenta que aquellas incursiones adolescentes me llevaron a Beethoven y a la desgraciada muerte de Estela. Me di de narices contra las teorías de Williams y de don Hilarión Eslava y contra el solfeo de los solfeos de Lemoine. Y contra las escalas de Hanon y los estudios del Czerny. Por entonces aún bajo la batuta de mi madre. A posteriori contra la armonía y la audioperceptiva. Y entretanto y por el camino, contra las síncopas y los tresillos. Contra los calderones y los silencios. Contra las escalas diatónicas y los compases de compasillo y de zorzico. Decir que me sentía como un nauta procurando avanzar a través de un medio cada día más espeso y rechazante podría quizás dar una idea de mi frustración. Aunque vislumbraba allá lejos delante de mi frágil embarcación, un objetivo luminoso. Un faro que no me dejaba lugar a dudas respecto de la derrota. Aún reconociendo mi congénita ineptitud y mi escasa voluntad. A pesar de que el lema de oro de la familia era *Querer es poder*. Y es que a despecho de las muchas lágrimas y no mínimos sinsabores, tuve desde siempre la ilusión de llegar un día a las marquesinas de las principales salas de concierto del mundo. En letras enormes. A la par —o por encima— de Rubinstein, Arrau, Gulda, Horowicz o Malcuzinsky.

[GE; *Juro que amaba a Estela*]

§

Sé que tirando de estos hilvanes van a ir apareciendo mis fantasmas queridos, aquellas criaturas que endulzaron mis días y suavizaron el desamparo de mis noches. Ninguna va a faltar al encuentro, de ninguna renegué, ninguna fue echada por la borda, ninguna fue arrojada del desván. Pienso que cada palabra, cada mirada, cada gesto de ellas, eran excusas para enamorarme, para transitar esa sensación irrepetible de los primeros ardores. Más alejados asomarán los rostros de Dionisia y de la otra María, la hermana de Astrid. Y también otra Beatriz, hermana de Yolanda. Al nombrar a Beatriz y a Yoly entreveo el cuaderno forrado con cretona azul y dorada en el cual Sarita Cuesta nacida Sarita Aseretto la madre de ellas copiaba poemas con una letra pequeña y parejita. *Hermana, hermanita araña / la trabajadora, la que en la montaña / te pasas los días labora y labora / siempre en tu faena, siempre en tus telares.* Probablemente haya sido la primera en llevarme de la mano con Becquer y con Espronceda y con Amado Nervo y con José Santos Chocano. Del salón en el ángulo oscuro. Me gusta un cementerio. Yo te bendigo vida. *La elegía del órgano*. Sospecho que disimulados entre los versos ajenos, había algunos propios. Parecía de esa clase de personas incapaces del alivio de una confidencia pero impotentes para arrastrar sus penas y sus ensueños sin compartirlos aunque más no sea con una hoja de papel. Y entre aquellos folios había aparte de los versos, flores y hojas y hasta mariposas disecadas. Pienso que estaban allí prisioneras a salvo de miradas indiscretas, muchas ilusiones resecas. De Beatriz poco recuerdo, aparte de una malla de baño blanca con grandes flores violeta y un escote que desnudaba su busto perturbador. También de espaldas era imponente. Creo que a Juan Carlos le arruinó muchas horas de sueño. O le habrá brindado alguna compensación por tanto insomnio tal vez. *Morir, dormir… tal vez soñar…* que por otra parte no sería la peor manera de suicidarse. Doppo di vedere Napoli. De todas guardo bellas hilachas de hermosos bordados hechos de la sutil esencia con que se entretejen los sueños. Tarde ya para lágrimas. Una me amaba por mi parecido con Carlos Barbieri. Sabría ella quién era el original y quién la copia. Años más tarde, Delia me confesaría en una noche tormentosa de estupideces, que me amaba por mis zapatos combinados marrón y blanco, es que le gustaban [sic] los hombres con pinta de cafishios. Otro descubrimiento. Es tan corto el amor y tan largo el olvido… *porque en noches como esta las tuve entre mis brazos, mi alma no se conforma con haberlas perdido.* ▮

[GE; *Zapping*]

§

No faltó en aquel entorno alguna apabullada que corriera a pasarle las quejas a la madre y una madre igualmente apabullada que volara a pasárselas a tío Pepe. Quien tenía claros conceptos morales al respecto y a la hora de votar votaba por se mira y no se toca. Cómo lograba zafar de estas situaciones, era cuestión de ingenio, un poco de suerte y si no aguantar el chubasco. En el caso de María del Carmen y Leonor, a las que intentamos enganchar en doblete con Juan Carlos, fue una jugada algo atrevida, tuve la inspiración de insinuarle a la madre de la niña que estaba al tanto de sus conversaciones telefónicas acarameladas con un señor que no era su legítimo. Culpa de ella venir a hablar por teléfono al almacén. Más culpable todavía cuando a falta de aún no inventados cospeles o tarjetas telefónicas, tío Pepe se cobraba el favor con una modesta tocadita de tetas o de nalgas, consentida con prudencia por la señora de las quejas. Con mis otros amores la cosa era platónica y no se corrían mayores riesgos. Provincial ofrecía sobrados rincones alejados de miradas indiscretas. Uno de esos rincones era lo más parecido al paraíso que se pudiera pedir, por supuesto que dependiendo de la visión que cada cual tuviera acerca del tema. Se trataba de un pequeño jardín con un único acceso al fondo de la callecita que permitía ingresar a las canchas de tenis. Con una extensa visión de quién iba y venía —por las dudas— y una belleza de canteros y arbustos llenos de flores. Ese jardincito fue testigo de tiernos encuentros con Adriana y con Rosarito, a quienes amé arrebatadamente y a las cuales agradezco haber colmado de dulces emociones una etapa de mi vida que de no mediar tales compensaciones hubiera sido mucho más dura de transitar. Pero como lo cortés no quita lo valiente, con Remigio también nos empeñamos en acceder a algún lugar desde el cual espiar el vestuario de las mujeres. ▮

[GE; *Zapping*]



Victoria y Gregorio, en la casa de Barrio Parque, Rosario 1950.

§

Hubo un antes y un después. Cuando volviste de ese viaje no eras la misma Macrina. Pocos —casi nadie probablemente— lo notaron. Exteriormente la misma prestancia, la misma seguridad, la misma solidez. Eras como siempre la gran Macrina que hubiera reemplazado con soltura al mismísimo John Wayne en cualquier western. Ratificando la mordaz definición de Gregorio. La abuela era un cowboy. O —más ácidamente— una mujer de pelo en pecho. Y sin embargo Tito pudo registrar para su coleto los discretos indicios del derrumbe. Nada demasiado evidente, por supuesto. Pero el niño había crecido. Ya no le interesaban los soldaditos de plomo y apenas la formación de algunos equipos de primera. Empezaban a quedar atrás los trajecitos marineros y las lecciones de piano. Se comenzaba a discutir (yo con voz pero sin voto) acerca de los necesarios, tacho, convenientes, tacho, deseados pantalones largos. Vos asistías a aquellas discusiones con un aire ausente. Curiosamente ausente te sentí una y otra vez cuando encarabas la relación del viaje. Por supuesto que la cosa daba para mucho. Es innegable que le sacaste bien el jugo. Para casi todo el mundo fue el privilegio de llegar a la verdad. La verdadera situación de España. España en vivo en el relato de Macrina Iglesias. Una visión sin borradores. El juicio perspicaz de una mujer que volvió a sus fuentes. En realidad te faltó el broche de oro. Debías haber viajado en avión. Pero bueno, ni tanto ni tan calvo. Pero trajiste toda la información. Cualquier opinión de tus interlocutores quedaba a la altura de un poroto. Vos venías de allá. Vos habías estado allá. Nueve meses. No nueve días ni nueve semanas. Un período que daba fuerza terrible a tus testimonios.

¿Mejor? Sí, mujer, anda. Que Franco supo hacer las cosas. Tenéis que ver lo que son las industrias. Lo que es el comercio. Lo que mueve el turismo. ¿Hambre? Qué, va, mujer, qué va. No trabaja el que no quiere. Cartilla sí, aún. Los rojos dejaron todo por el suelo. Y los precios por las nubes. Franco bajó los precios. Dispuso un racionamiento, es verdad. Pero a nadie le falta lo suyo. ¿Mercado negro? Nadie habla de eso. Algo de estraperlo, ya sabéis, el aceite, el pan, la margarina, esas cosas. Si veis el Tombo no lo conocéis. Fábricas de conserva, una al lado de otra. Y las pesqueras. Tantas que te nublan la vista, así como lo oyes. ¿Pobres? Ahora me diste, pobres hubo toda la vida. ¿Presos? Rojos y republicanos, nada más. Y muy pocos ya, no vayas a creer. Pero sonaba como un libreto aprendido de memoria. Se te sentía alejada de tu discurso. Es que vos habías ido al encuentro de tu antigua importancia. La famosa Macrina al reencuentro de su propia historia. Aunque no se lo hubieras confesado a nadie (antes morirías) habías ido a cosechar los frutos de tu gloria. La historia de Marín era la historia de Macrina. La historia de Macrina era la historia de Marín. Nada más y nada menos. Sospecho que esperabas encontrarte calles con tu nombre. Alguna placa de bronce en la plaza o en el Ayuntamiento. Ni que fuera en el Colegio de las Hermanas. Un mísero cruceiro en esos caminos de Dios que recordara a los viandantes “por aquí pasó una vez Macrina.” Pero ya viste. Ni banda ni comitiva ni discursos. Aquellas pocas personas que aún vivían y te habían conocido. La mayor parte de las cuales, no eran santos de tu devoción ni vos de la de ellas. Nietos de la Polvolavida. Alguna de las hijas de la Shacomeredes. Varios nietos de las Quisquizas. Manuela, que se ocupó de fregarte por las narices su patrimonio y su poder. Maruja, pobrecita, que pudo medir al fin la distancia entre tu leyenda y la realidad. Si era cierto que viajaste para traerla con vos, tu viaje fue un perfecto fracaso. ¿Qué imaginabas, abuela? Le propusiste lisa y llanamente que abandonara al marido enfermo para correr a América al lado de abuelita y los tíos. ¿Qué esperabas que te contestara? Este chico está insufrible, Victoria. Todo el día revoloteando a mi alrededor como un moscardón. Sospecho algún siniestro pacto entre vos y tía Fina. Ella no va a hablar para que vos no hables. Vos no vas a hablar para que ella no hable ¿no? ¿Por esa razón se fueron espaciando las cartas, abuela? ¿Fue por eso que una vez se te escapó que si las cosas no se hacen a su tiempo mejor no hacerlas? Porque la contrapartida de todo esto es que volviste sin material. Acá pensabas dar charlas a todo el barrio, a todo el mundo. En esta foto el alcalde dándome la bienvenida. En aquella la cabecera del banquete en la Escuela Naval. Allí me veis recibiendo una delegación de vecinos notables de Redondela. Y en esa otra cortando la cinta de un Hogar en Estribela. Esa es la Banda de Música del Ayuntamiento, tocando a mi llegada. En la foto del diario veis la suelta de palomas. Las echaron a volar en Vigo cuando el barco estaba a media hora del puerto. Imaginaros el barullo cuando bajaron todas en cubierta. Un espectáculo, anda.

Todavía me quedó por preguntar, abuelita ¿cómo encontraste tu aire y tu agua y tus pescaditos? No puedo creer lo que ha empeorado este chico en menos de un año, Victoria. Habrá que pensar seriamente en tenerlo pupilo. A ver si los curas lo meten en cintura. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



Familia González ("las Cordobesas"). "A la familia Vidal y Echeverría, de estos cordobeses que siempre los recuerdan con cariño; Yolanda Ester González, 20 de marzo de 1950." La Gringa, con su hijita y el esposo; los esposos González, Cleopatra, Irma, Yolanda y Teófilo Urquiza.



Rosario 1950. Victoria, Macrina, Juanita, Josefina y José Vidal Iglesias; Gregorio Andrés Echeverría Vidal.

§

Macrina antes de morir me hizo algunos favores, unos memorables y otros de poco agradecer. Entre estos, presidió el tribunal de selección de mis invitados cuando cumplí los quince años. Fecha por demás relevante, puesto que significaba aparte de muchas otras cosas, los prime-ros pantalones largos. La cuestión es que entre mi madre y abuela Macrina pugnaron por —es decir decretaron— invitar a Mirta Álvarez, morocha de ojazos verdes, a quien veían como muy buena candidata para mí. Es decir bonita (a más no se jugaban), simpática y de buena familia, o sea gente de una buena posición. Virtudes a mi modo de ver altamente insuficientes para encarar cierto tipo de relaciones en que para entonces me encontraba interesado. En cambio mi expectativa estaba centrada en María Passetto, una niña ciertamente de menor alcurnia pero con unos labios mucho más jugosos y unos pechos que aparentaban mucho y prometían más. De sobra está decir que perdí la partida, prohibido invitarla y tuve que conformarme con ignorar a Mirta, dedicándome casi toda la noche a su prima Mabel, rubia de ojos celestes, para descubrir al cabo que por tozudo me había equivocado y empezar a creer que algo de asidero tiene aquello de que las rubias son menos cálidas que las morenas. Pero por entonces, mi vida afectiva era una inmensa confusión. No porque careciera de objetivos, sino porque como a la mayoría de los políticos, me sobraban objetivos pero carecía de estrategias adecuadas y además de tacto. Con lo cual no era extraño que más de una vez me quedara sin el pan y sin la torta. Cómo volver atrás. Pero manejando la cosa desde aquí, desde el ahora. Desde el presente. Desde el interior. Desde el pretérito imperfecto. A ver, Gregorio. Presente señor señorita. Invariablemente Gregorio y unas veces el apellido. Estilo regimiento. Pase al frente. Firme. Díganos cómo se forma el cuadrado de la hipotenusa. Descanse. Háblenos de la campaña al Alto Perú. Salude. El potencial imperfecto de satisfacer. Amaría. Besaría. Tocaría. Tiene un cero siéntese. Pero cuando miss Baraldi me decía stand up Gregorio me sonaba como una música celestial. Me lo decía mirándome a los ojos. Ni me imaginaba lo que era acoso sexual pero deseaba ardientemente que me mirara todo el tiempo. El fuego de sus ojos y el olor de su cuerpo me corrían por dentro. Pésame Dios mío. *Yo soy el mejor del mundo. Yo soy el mayor del mundo. Después de mí no habrá más resurrecciones*. Tampoco habrá ninguna igual. Ninguna con su piel ni con su voz. No era seguramente una gran belleza según los cánones pongamos de un panchodotto. Más parecía salida de un concurso de oposición que de un casting. Nada por lo cual uno pudiera volverse loco y entrar a caminar por las paredes. Pero tenía una mirada dulce y un perfume que anticipaba las fragancias del paraíso. Antes de aprender a hablarlo, ella me enseñó a amar en inglés. Me pregunto cómo será ella ahora, dónde estará, si vive. Encontrarla sería como reconquistar aquel aroma del pasado. Confesarle mis miedos. Contarle cómo cuán enormemente la amaba. Recomponer su voz y mis deseos. Aproximarla a mí desde el recuerdo. Creo que se llamaba Teresa, no estoy seguro. En el tiempo quedaron su letra apretujada y los boletines que me firmaba. Que se perdieron entre peleas familiares y mudanzas. Mi querida miss Baraldi. Recuperar tu voz… ▮

[*Zapping*, fragmento].



José Vidal Iglesias con su madre, Macrina Iglesias Pena, en la puerta de El Chacho, Rosario circa 1949.

§

A veces te veía cansada, abuela. Como un cansancio triste. Raro en vos, que le marcabas el compás con castañuelas a toda la familia. Eras materia dispuesta en verbenas y kermeses. Vos y mamá y las tías eran las mimadas del Social. Y del Hindú. ¿De quién fue la idea del disfraz de enanito? Todavía recuerdo la barba y el gorro. Eso habrá sido para los carnavales del '36 o del '37 en el Social. Me dieron una medalla de oro. ¿Para qué sirven las medallas de oro, abuelita? Bueno, capitán, para que se luciera tu tía Fina, que te cosió el traje. Pero la medalla no se la dieron a la tía. Claro, periquinho, pero todo el mundo se enteró de quién era el trabajo. ¿Y el de Polichinela? Eso fue para otros carnavales. Me acuerdo, sí que me acuerdo. Lleno de cascabeles. Siempre confundí a Polichinela con Arlequín. Es que hubo demasiados disfraces en mi vida, abuela. Nunca me puse a sacar la cuenta. Pero uno de cadete. Otro de marinero de la fragata 25 de Mayo. Que me lo ponían para salir pero siempre me pareció un disfraz. Otro de calificación difícil fue el de cazador. Aquella obra en inglés ¿te acordás? Lo usaba para ir a la cultural. Con el agregado de la gorra famosa, aquella de la cabeza de ministro. En realidad no era teatro sino la teatralización de una canción. Sobre el césped que cubre la llanura / un pobre conejito está sentado / muy alegre, tranquilo y descuidado / cuando allí se aparece un cazador… Más algunos que vos no llegaste a conocer. El de mosquetero. El de chino. El de marciano. Te manejabas como una directora de teatro. Porque también mamá y las tías se disfrazaban ¿no? De tanto en tanto salían a relucir las mantillas y los mantones. ¿Qué sentido tenían esos disfraces, abuela? Hoy un terapeuta te hubiera propuesto psicodrama. ¿De qué habla este perrecho, Victoria? Fíjate un poco con quién anda y qué platican. Viene con cada encomienda. Le da por declamar a voces. Parece un harneirón. Es que se mezclan las cosas, abuela. Después de todo fue mamita la que me anotó para decir *El romance del negro Falucho* aquel 25 de Mayo en Provincial. Bueno. Después, por Ana María Pujals, aquella preciosura de francés, aprendí *Las flores del mal*. Del cuaderno forrado en cretona azul de Sarita Cuesta me quedó *Le vase brisè*. Y Largión me pasó el monólogo de *La vida es sueño*. Muchos años después se me fijaron unos párrafos de *Sinuhé el egipcio*. O de *Tierra de faraones*. Y un *Ricardo III* de Lawrence Olivier. Y un *Macbeth*. Que hierva el caldero, que hierva el caldero.

Pero retomando tus cambios de humor, te gustaba la música y el baile. Mejor si era flamenco. Conocías todo el repertorio de Imperio Argentina, de Lola Flores, de Sarita Montiel. Y también Angelillo, Miguel de Molina y el Niño de Utrera y los Bocheros. Aunque tío Pepe se permitiera algunos cantitos soeces acerca de estos muchachos, pienso que también le hacían hervir la sangre. No había comedia o zarzuela que se dejara sin ver. En La Comedia o en el Odeón. Y quedaban después flotando en el ambiente durante semanas las arias, los dúos y los coros. *Doña Francisquita. La del soto del parral. Los gavilanes*. Vos ibas y venías por la casa tarareando temas de Rosalía de Castro, jotas, muñeiras. Airinhos, airinhos, aires / airinhos da minha terra… Y cuando se estrenó *Botón de ancla*, la historia de Marín y de la Base. Te anotaste en primera fila. Pero no aparecería siquiera tu nombre.

Claro que hubo un par de años largos en que la cosa fue distinta. Cuando le bajaste el pulgar a papá. Cuando llegó aquel decreto "para muestra basta un botón." Cuando Barrio Parque quedó convertida, de la noche a la mañana, en la casa de Bernarda Alba. Cuando salieron a relucir los velos y las mantillas negras. Cuando los canarios y los gavilanes se transformaron en cuervos. Muchas veces te ponías a cantar cuando mamá o una de las tías decía algo inconveniente y no querías contestar. Una manera menos molesta de decir "calla Marta Crica" o "calaboca que anda la m… a volar." Aunque quién sabe si tus tarareos eran de veras menos molestos que tus respuestas agrias. Tío Pepe tenía esa misma costumbre. Pero antes de meterse con los compases de un tango, largaba su "música maestro" que era todo un discurso. Como una parodia de democracia parlamentaria, abuela. Todos podían —yo no— hablar. Siempre que se dijera lo que a vos (y a tío Pepe) les caía bien. Porque sin recurrir a los sonsonetes, tenías siempre a mano un "sal de ahí", "a mí no me cucas tú", "ya salió aquello", "la primera en la frente", "come y calla".

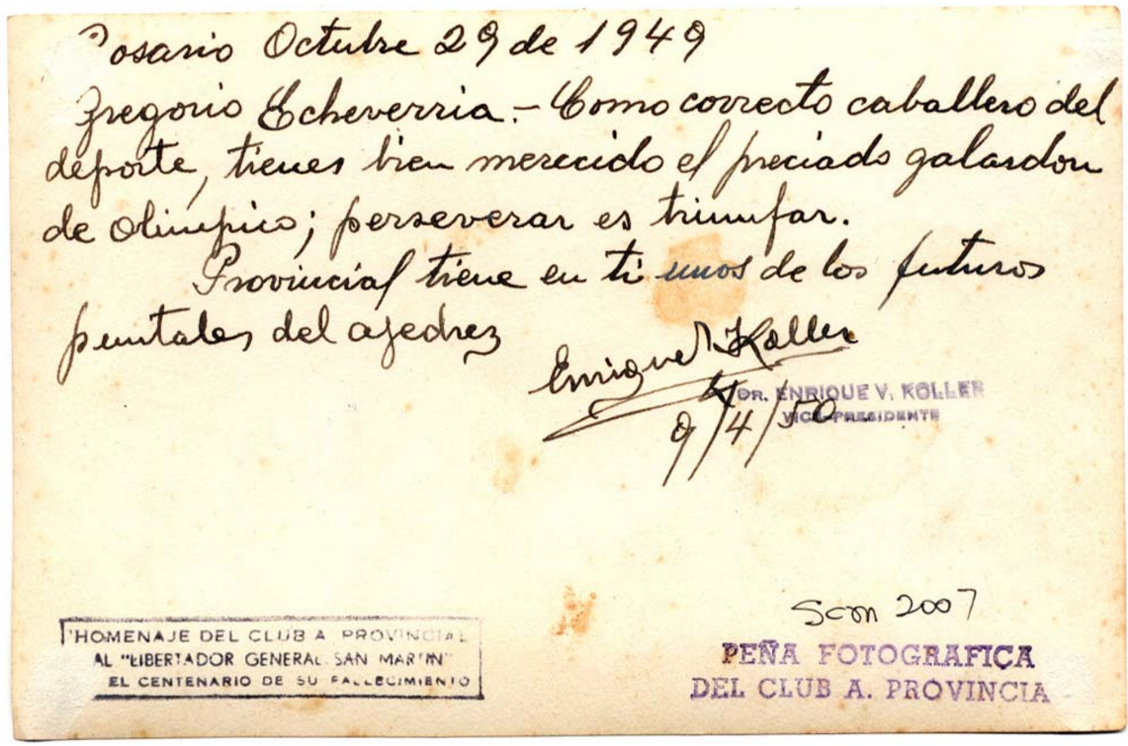
Pienso que se dieron a un mismo tiempo tu decaimiento y tu decadencia. Aunque racionalmente debería decirse que la consciencia de tu decadencia originó ese decaimiento. Cuál fue el hecho crítico no lo sé. Tal vez vos tampoco lo supieras. O sí. ¿En qué momento sentiste que las cosas se te iban de las manos, abuela? Al bisabuelo Manuel lo internaste en casa hasta que murió, pienso que de aburrimiento. Al abuelo, mal que mal, lo manejaste a tu gusto. A tía Ramona la metiste en un asilo. A tía Lola la borraste de la historia. Lo que no se nombra no existe. A tío Manolo no del todo, pero le pusiste los tapones bien de punta a tu nuera la francesa. Anda. A tío Pepe lo sacaste del peligro de los rifeños y los moros y le corriste los amigos "indeseables" de Buenos Aires. Quebrantaste juramentos para venirte a América. Desarmaste la sociedad comercial de tío Pepe con Carballo. Influiste en la compra de El Chacho. No lograste impedir el casamiento de mamá pero aprovechaste el primer traspie de papá para separarlos. De paso bloqueaste cualquier nuevo intento matrimonial en la familia. Para muestra basta un botón. Eras el referente de muchos paisanos. Los Guerrero, los Carral, los Figueiras, los Silva (Maravillas y familia), los Bujons, Agripina. Macrina la Corregidora. Macrina mater et magistra. Presidías los consistorios y a la vez escuchabas las exposiciones de las partes. Y dictabas sentencia. Y dabas las bendiciones. Y promulgabas las excomuniones. Los apodos que nacían de tu picardía —de tus inquinas— al rato corrían de boca en boca. Chambricas, la Cinturita, la Entonces, la Bombera, Naricita, Pajarito, la Loca, la Loro, el del Dulce de Leche, la Carne de Paloma, la Pipi… todo eso terminó.

Al volver de España floreció al principio como una euforia. Una necesidad de hablar y contar. Pero vinieron las preguntas. Y vos misma empezaste a no distinguir entre lo que era y lo que te imaginabas. Creo que hasta empezaste a no saber cuál era la verdadera Macrina. ¿Hubo alguna Macrina verdadera, abuela? No sé si se puede decir que hubo una Macrina de antes y una Macrina de después. Pero volviste con una mirada lejana, opacada. Como si todo aquel empuje, aquella famosa fuerza de voluntad, aquellos cojones de cowboy hubieran quedado anclados allá en Marín. Haciendo antesala, a la espe-

ra. ¿A la espera de qué, abuela? A la espera de los aplausos y las reivindicaciones y los honores. Su casa es una tacita de plata, señora. Reciba usted el humilde homenaje de estas pobres gentes. Acepte la modesta ofrenda de esta villa en cuya memoria vivirá usted eternamente. Doña Macrina Iglesias Pena procederá a inaugurar las nuevas instalaciones de la Base. En este preciso instante la benemérita Macrina corta las cintas del flamante Hogar. A continuación la Banda de Música del Ayuntamiento arranca con los compases del Himno de la Falange en honor de la ilustre visitante. Una pequeña hace entrega de un ramo de flores a la dignísima dama, en nombre de la comunidad de pescadores de la Lonja. Macrina arroja con su característica energía una botella de champaña contra el casco de la Concepción II. La hija pródiga de Marín se apresta en estos instantes a iniciar un paseo por la ría a bordo del Almanzor, como invitada de honor del Generalísimo. Calla, merdeiro. ¿Quién te dio vela en este entierro? Mira, Victoria, como no lo corrijas, este chico te va a dar muchos dolores de cabeza. Que no me compra este chuchumino ni con sonrisitas ni con tortas de chocolate, anda. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]





Rosario Octubre 29 de 1949
Gregorio Echeverria.– Como correcto caballero del deporte, tienes bien merecido el preciado galardon de Olimpico; perseverar es triunfar.
Provincial tiene en ti unos de los futuros puntales del ajedrez

Enrique V. Koller
DR. ENRIQUE V. KOLLER
VICE-PRESIDENTE
9/4/50

Scan 2007

"HOMENAJE DEL CLUB A. PROVINCIAL
AL "LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN"
EL CENTENARIO DE SU FALLECIMIENTO"

PEÑA FOTOGRAFICA
DEL CLUB A. PROVINCIA

§

Siempre escondida detrás de ese tejido, abuela. Das una buena imagen, por cierto. Con el huso del mundo están hilando. Tejiendo mantuviste en su sitio a papá y a mamá cuando novios. Uno a tu derecha y otro a tu izquierda, claro. Poco se conocían cuando se casaron. Poco hiciste para que se conocieran mejor. Supongo que no te levantabas ni para ir al baño. Entre santa y santo, pared de cal y canto. Anda. Tejiendo supongo que esperabas en Marín las postales de Bruselas. Para que Ulises no fuera a sospechar que sus sentidas ausencias no lo eran tanto. Pues que una no es de madera, abuelita. Que Penélope hubo una sola. Y no pondría yo las manos en el fuego por la discreción de esa zorra, qué quieres que te diga. Es que si los hombres son hombres, las mujeres son mujeres, abuela. ¿Siempre detrás mío, meterete? Sigue con tu lección de piano, que falta media hora aún. Harto me escuece tejer y tejer para vigilar que no me des el esquinazo.

Tejías casi todo el tiempo. ¿Cuál de las parcas eras, abuela? ¿La que hila, la que teje o la que corta? Tu tejido era al mismo tiempo una invocación y un código secreto. Solamente tus dedos se movían. Pero tu cabeza entretanto daba vueltas y vueltas. Margarita en la rueca. En tu cabeza se armaban y se desarmaban los rompecabezas. Sin telares. Sin torteros y sin lizos. Era una actividad mayestática. Superior a la de la Micaela allá en sus alturas de Rosaspata. Como si tus dedos auscultaran y decretaran al mismo tiempo. Mientras tejías eras como un oráculo. Te concentrabas en algún nombre. En algún rostro. Y tu pensamiento se elevaba. Y hurgabas vaya a saber dónde. Llevando tus preguntas. Buscando tus respuestas. Hasta que la cara se te iluminaba. Y volvías y eras otra vez Macrina. En plenitud. Convencida de tu agudeza. Fiada nada más en tus presentimientos y en tus pálpitos. Apenas la respiración un poco más agitada. Solamente. Más me gustaba verte tejer con aquellas agujas gordas de madera. Las que usabas para tus toquillas y tus pañoletas. Cuando salían a relucir aquellas agujas yo escamoteaba alguna para hacerla de espada. En uno de los baúles de la planta alta había guardadas varias agujas de madera excepcionalmente gordas y largas. Como hechas para gigantes. O al menos para brazos bien largos y fuertes. Deja eso, que le vas a sacar un ojo a alguien, capitán. Pero qué clase de capitán seré, abuela, si no me dejas hacer algo de esgrima aunque sea. En la primera escaramuza soy hombre muerto. ¿Quién vio un soldado sin su sable o sin su espada? Piensa, abuela, el Corsario Negro, el Zorro, los tres mosqueteros (los cuatro, abuela, aunque el gascón no era mosquetero sino guardia del cardenal), Sandokan, Dick Turpin, el conde de Montecristo, el sargento Cabral… no se concibe, abuela. A este lo dejan hablar y no le condenan, porra, que tiene jarabe de pico el perrecho. Sería bueno para abogado. Pareces un sacamuelas.

A veces me hacías abrir los brazos para sostener la madeja de lana mientras ibas armando los ovillos. Las dos primeras madejas iban bien. Pero después era cosa de mover los brazos —los dos juntos— de derecha a izquierda y de izquierda a derecha para que la lana saliera más rápido. No tonto, así no, que se desarma la madeja y haces un enredo. Para tejer en colores matizados me hacías sostener dos madejas a la vez. Tus manos vo-

laban ovillando. Cuántas veces pensé lo buenos que se veían aquellos ovillos grandotes y apretados para patear. Ni se te ocurra, hijo, que la lana se ensucia. Y si la lavas antes de tejerla el tejido te sale apretado. También mamá tejía, pero con hilos de algodón. Con el tiempo fue ella la encargada de mi vigilancia, tejido en ristre. Tejiendo controlaba mis clases de gimnasia en el club. Tejiendo seguía con la vista mis evoluciones y progresos en la pista de patín. Tejiendo me esperaba en verano al borde de la pileta. Tejiendo hacía tiempo mientras yo pasaba las horas en la sala de ajedrez. Tejiendo me aguardaba de noche, ya mayorcito, hasta la hora que volviera. Y tía Fina debía saber también, pues creo haber visto unas carpetas con muestras de tejido de la Escuela Industrial. Todo aquello tenía su orden, una explicación y sus nombres. Punto arroz. Punto garbanzo. Punto elástico. Que no debes confundir con el falso elástico. Punto inglés. Y después se mezclaban todos los puntos de bordado de mamá y de tía Fina. Punto ruso. Punto turco. Punto cruz. Punto cadena. Punto.

En casa hasta las arañas tejían. Me fascinaba verlas dar vueltas y vueltas armando sus telas. Araña, hermanita araña / la trabajadora, la que en la montaña / te pasas las horas labora y labora / siempre en tu tejido, siempre en tus telares. Este era otro poema que Sarita Cuesta tenía copiado en su cuaderno azul. Mamá la quería mucho a Sarita. Y decía que el señor Cuesta era picaflor y buen mozo. También me fascinaba cazar moscas y echarlas vivas sobre la tela. La mosca empezaba a patalear para escaparse. Y la vibración le avisaba a la araña. Las arañas no almacenan comida. En cuanto caía la mosca, la araña se acercaba rapidito y en un santiamén listo. Salvo que a mí se me ocurriera interrumpir el almuerzo —o el desayuno— con una lupa y algún oportuno rayo de sol.

Estábamos con tus tejidos, abuela. Tejer tiene sus ventajas, no creas. El tejido puedes dejarlo y seguirlo cuantas veces quieras. Con trabar las agujas para que no escapen los puntos basta. Puedes ir con él a cuestas. Puedes usarlo para sacarte de encima a algún pelma inesperado. Puedes aprovechar para pensar mientras tejes. Puedes hacer ver que tejes mientras escuchas lo que se cocina a tu alrededor. Uno arriba, uno abajo / no te saco los ojos de encima, renacuajo… Y por fin puedes darte aires de profesora cuando alguien se acerca y te dice “qué preciosura, doña Macrina.” Dando el pie a tu variado repertorio. No creas, hija, no creas. Vaya, es para mi nieto ¿sabes? Para pasar el tiempo nada más. Ya no me da la vista. Me gusta pero se me cansan los brazos. Et cœtera. Y allá ibas amontonando bufandas, chalecos sin manga, gorros, sacos, pulloveres, guantes, cubrecamas, alfombritas… Con el tiempo me di cuenta que tejer te daba tiempo a pensar cuando alguien te salía con algo imprevisto. Estoy contando, era invariablemente tu respuesta de espera. Como una jugadora de ajedrez. Eras bien impulsiva, pero nunca te escuché tropezar en una contestación. Bueno, tampoco te escuché nunca decir me equivoqué, gracias o hazme el favor. El poder no se equivoca ni pide favores, claro.

En verano solías tejer unos chalecos calados, con un piolín blanco como el de envolver. Sería nomás el de envolver. Pero tenías también otro de color crudo. Se los tejías a las tías. Pero con la recomendación de ponerse algo por debajo. Para no andar despechu-

gada como una atorranta, entiendes. Y tejías también con ese piolín las bolsas que usabas para cocinar los garbanzos. No se pueden echar sueltos en la olla del puchero. Tío Pepe apareció un día con la novedad de tejer bolsos de hilo plástico, para las compras. Se lo había enseñado uno de los jubilados que frecuentaban el negocio. No podría hacer hoy algo como aquello. Solo recuerdo que el trabajo se empezaba con una argolla cerrada de metal. De allí arrancaban todas las urdimbres. Se tejía con una naveta. Tía Fina trabajaba también con aquellas navetas —más chicas— y con hilos delgados, para hacer una imitación de ñanduty. Y también recuerdo haberte visto alguna vez tejiendo con hilo grueso unas enormes cortinas. Las llamabas estores. Y se colocaban únicamente en la ventana del comedor o en el ventanal del living que daba al patio.

Creo que el tejido es la habilidad que más prendió en tus hijas. Mamá se pasó la vida tejiendo su trencilla. Con la cual armaba las carpetas. Tía Fina tejía escarpines y batitas. Sabe Dios para quién. Hasta tía Nita se ponía a veces con el tejido, no muy a menudo. Y vos generalmente la cortabas con un Nita, ¿no tienes nada que hacer? También veía tejer, bastante a menudo, mantillones y portainfantes para recién nacidos. Decían que tía Fina había tejido mi mantillón de bautismo. Muchas de aquellas prendas quedaban en casa. Se envolvían en papeles azules para que la luz no las pusiera amarillas. Pero era inútil. De tanto en tanto, al abrir los cajones del aparador o una cómoda donde se guardaban, aparecían aquellos tejidos envejecidos y amarillentos. Con los años me di cuenta que ese parecía ser el destino genérico de toda la familia. Ya de grande, Gregorio empezó a entender algunas otras cosas. El atractivo del agua. Especialmente del mar. El placer de la pesca. El secreto encanto de pensar en las enormes redes que los pescadores echan al mar todas las mañanas. En los que se sientan durante horas interminables sobre la arena de la playa para remendarlas. Las espaldas encorvadas de hombres y mujeres tejiendo en silencio. Para reponer lo que cada día imperiosamente les va llevando el destino y el agua salada.

Dando resuello a los resucitados huesos me acuclillo / presto a tejer mi propia barredera y relingar mis cabos. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



A Dña. Macrina y sus hijas, con el mayor cariño y afecto. Secundina Rodríguez López, (la hija mayor de Secundina López viuda de Rodríguez). Marín 10 de octubre de 1937.

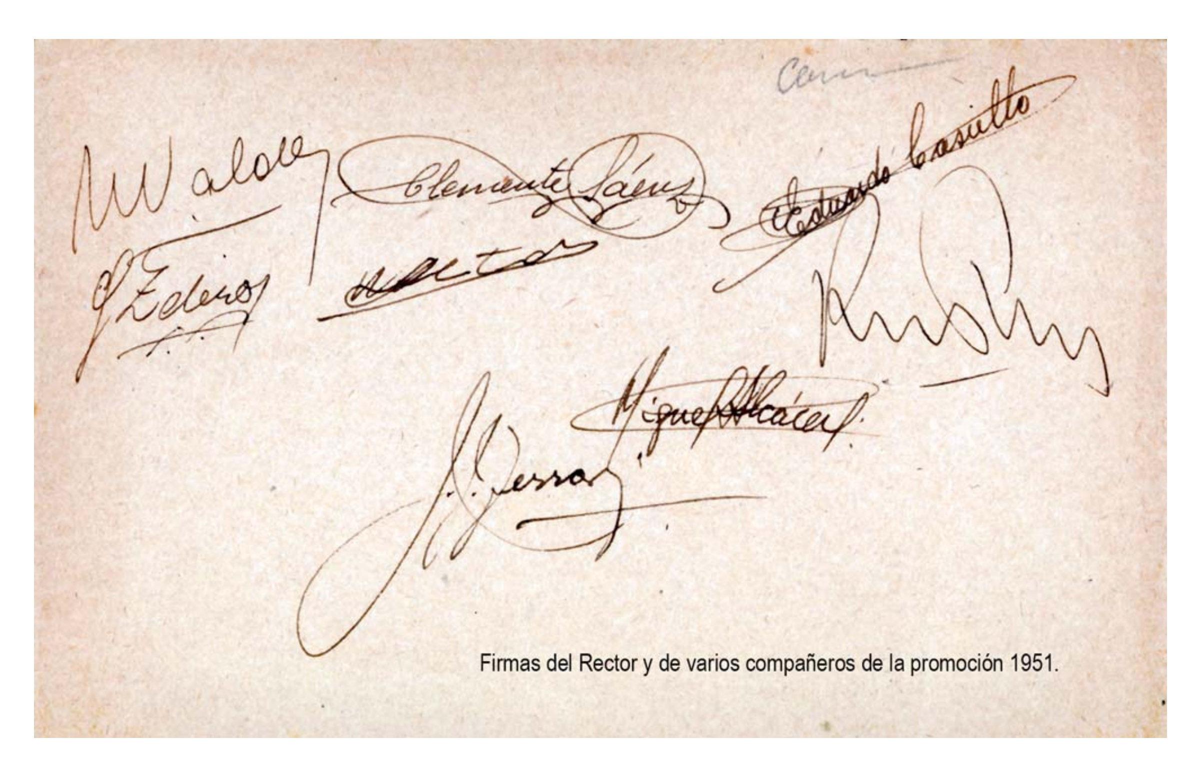
§

Me viene a la mente el nombre de Secundina a quien naturalmente no conocí pues había sido ama de leche de las tías. Quiero decir de las gemelas. Costumbre —por otra parte— muy de la época y del lugar. Atendiendo a garantizar a las niñas una alimentación sin altibajos. Creo haberte escuchado que al nacimiento de las tías ella acababa de destetar a su segunda hija. Vos adorabas su recuerdo y nunca entendí el por qué. Pero la continuidad de una correspondencia que duró no menos de treinta años me fue dando con cuentagotas vislumbres de tu relación con esa mujer. Yo tuve acceso a los últimos diez o doce años, cuando ya Secundina estaba doblegada por la edad y los achaques. Pero sus cartas, que al final venían escritas por una de las hijas, trasuntaban una especie de adoración, que era por supuesto la única actitud capaz de sostener con vos una relación perdurable. Macrina la famosa, como todos dictadores, no consentía émulos ni competidores a su alrededor. Solamente el gemido y la continuada enumeración de achaques y calamidades, sumada a los paréntesis de zalemas y alabanzas que goteaban de las epístolas de Secundina podían sostener ad libitum tu beneplácito. Porque cada palabra de la pobre mujer remarcaba la pequeñez de ella y por ende la grandiosidad de Macrina. Como la sombra valoriza la luz, como el compás de silencio enmarca la potencia del acorde que vendrá detrás. En muchos aspectos pienso que Secundina se parecía a la vieja Pegotty del David Copperfield de Dickens. Que Secundina fuera su nombre de pila (al menos eso creo) y no un apodo, parece una burla más de su destino. Ningún elemento más noble ni menos necesario que las secundinas, una vez producido el alumbramiento. Pero esto ubica las historias en un ámbito en el que los apodos convalidaban pertenencias. Algunos meros toponímicos, otros referentes de oficios o defectos, pocos aludían a méritos o virtudes. Volviendo a Secundina, como nombre me parece abominable. Como apodo, tal vez lo percibo equiparado al Marta Crica con el que llamabas a tía Nita cuando las circunstancias exigían poner de relieve la estupidez de la cenicienta de nuestra familia. Tu relación con Secundina es otro agujero negro. Tus aires de señorona y tus ínfulas patronales no propiciaban tal clase de vínculos. Los de arriba están arriba y los de abajo están abajo. Eha. Imagino que esta buena mujer era ya parte del personal de servicio del hotel. La relación del ama con las gemelas no debió pasar del período de lactancia, creo. Pues no recuerdo que las tías hablaran de ella ni mencionaran historias de convivencia. Sin embargo no pasaba una semana sin que se la nombrara, por uno u otro motivo. Y hablo de Rosario, es decir mucho después de su maternidad sustituta. Se intercambiaban correspondencia con asiduidad. Como que llegaban sus cartas casi a la par de las de Nieves. La pobre mujer pintaba a su modo el cuadro de carencia en que vivían desde la guerra civil. Y por ella tuve noticias del estraperlo. Ese mercado negro que conociste en tu viaje pero te empeñaste en minimizar. Como respuesta, se le enviaban una vez al año encomiendas con ropa usada. Supongo que eran estos envíos los que alimentaban el perruno agradecimiento. Con el tiempo llegué a suponer que hubo entre vos y ella algún secreto. ■

[GE; *Abuela Macrina*]



Colegio Cristo Rey, bachilleres 1951 frente al aula de 5º año. Juan José Ferrari, Walter Abatedaga, Gregorio, Juan Zdero, Eduardo Casiello, Vicente Sciarratta, Pedro Robirosa, Roberto Fontanarrosa, Miguel Ángel Alcácer, R.P.Clemente Sáenz, el Cabezón Valdez, Ángel Milevcich, Juan Dolonec, José Carlos Casiello y Francisco Goyogana.



Firmas del Rector y de varios compañeros de la promoción 1951.

Manuel Valdez, Clemente Sáenz, Eduardo Casiello, Juan Zdero, Walter Abatedaga, José Héctor Ruiz Burgos, Miguel Ángel Alcácer y Juan José Ferrari.

§

Y ahí nomás me caigo sin quererlo en los silogismos. Barbara celarent darii ferio que primæ. Cesare camestre festino baroco. Boyé Corcuera Sarlanga Varela y Sánchez. Padres escolapios. Allí nos conocimos con Remigio. Pobre Clemente, qué soberbio desperdicio de erudición para la camada de bestias. Comprimidos entre una virginidad que nos avergonzaba y un pecado cuya profunda temeridad nos hipnotizaba aunque volvíamos una y otra vez a las imágenes del arrepentimiento obligatorio y los diez padrenuestros y diez avemarías y la continencia y la inocencia que quería dejar de ser y no podía. Clemente tratando de desasnarnos en literatura y en filosofía. No hubo primas ni maestras ni mucamas ni cuñaditas que se atrevieran a sacarnos de perdedores. Solamente la de quinto grado, por ahora se me escapa el nombre[12], ampulosa como un jugador de rugby y que lo tenía a Clemente a mal traer, según aquella célebre interpolación en plena clase de lógica —por allí andaban los silogismos y los entimemas— en que simultáneamente pasó ella con el grado frente a nuestro salón, Clemente interrumpió su explicación, se volvió hacia la puerta, se arremangó la sotana con las dos manos sobre las rodillas y lanzó su célebre qué-buena-está-esa-mujer-me-la-voy-a-gozar. Se llamaba Raquel. Y sin saberlo ella (tampoco nosotros) se convirtió así de la noche a la mañana en el símbolo de los símbolos sexuales de quinto año. Y posiblemente Clemente también, en su categoría. Ellos eran como la delantera de la virtud. O al menos de la represión. Aunque con molesta insistencia aparecieran en los baños grafitti poco edificantes respecto de presuntos amoríos entre Conejo y el cabezón Mauleón. Y reconozco que los pupilos tenían una vena humorística relevante para el tratamiento de tan delicadas cuestiones. Como que a Raquel le decían la vice rectora. Clemente Sáenz, Julián Gutiérrez, Jesús Martínez, Juan Manuel Hernández y Eduardo Carancho García. Julián trabándose y tartamudeando para hablarnos de masturbación y de venéreas. Y también Ferhmann que tenía en la cabecera de la cama a San Martín, quien le pedía cuentas de sus jornadas docentes. Y Bolidito Schenone que se quedaba dormido en medio de sus clases de geografía. Y Ruiz Burgos que desde la secretaría nos amortiguaba los chubascos. Y Santiago Scarafia a los gritos junto al piano por-que a contrapelo le cantábamos la melodía en los ensayos de *La fiesta de la aldea.* Y Degiovanini con su cabezota y sus manoplas tratando de meternos en la mollera elementales nociones de física y vamos vamos muchachos no se me hagan los vivos. Una calidísima plegaria por el padre Pedro Pancita García. Sí, sí, doctorcito. Verá usted señor mío cuando se las vea con madame Patricchios. Veremos lo que es bueno entonces. *C'etait au pays d'argentine / dans la pampa solitaire et qui dort / a l'heure ou le soleil decline / embrassant la pleine de purpre et d'or…* ▮

[GE; *Abuela Macrina*]

[12] Raquel Wernicke.



Eugenio Giolito y Roberto Fontanarrosa. Carlos de Giovanini, Oscar de Luise, Mario Schenone, R.P.Clemente Sáenz, José Héctor Ruiz Burgos, Fresia, R.P.Eduardo García y R.P.Julián Gutiérrez. Gregorio Echeverría, Vicente Sciarratta, Juan Zdero, Walter Abatedaga, Juan José Ferrari, Francisco Goyogana, Eduardo Casiello, Juan Dolenec, José Carlos Casiello, Miguel Ángel Alcácer, Cabezón Valdés, Ángel Milevcich y Domingo Scarafía.

Rosario, diciembre 1951

§

Al terminar el bachillerato, llegó el momento de elegir una carrera. Mi necesidad era salir de casa, donde las atenciones de mi madre y las tías más abuela Macrina resultaban asfixiantes. Opté por ingeniería química y radicarme en Santa Fe, a menos de doscientos kilómetros de Rosario. Vivir solo, disminuyó bastan-te la presión. Pienso que es la salida recomendable, para jóvenes y adultos. Se avanza, se aprende y se madura, con más libertad y finalmente con mayor responsabilidad. Pero no es momento de consejos. A las pocas semanas conocí a Ana María. Mi relación con ella duró más de dos años y me dejó una enorme carga de ternura y sufrimiento. Pero sabia o tontamente, nos dimos lo mejor que pudimos, llenos de urgencias, de confusiones y de remordimientos. Por entonces Lita se arrojaba desde el balcón del primer piso. Su muerte fue la primera de una serie que me acompaña a lo largo de la vida. Nos conocíamos de Rosario y ella era una destacada nadadora en Provincial. Por alguna razón dejé a medio terminar el relato de aquella etapa del club. Hubo otros nombres y otros rostros que se me estaban escapando. Con la llegada de Mateo Roselló y su mujer (de ella no logro recordar el nombre, apenas los rasgos) dejamos la vieja pista circular de patín —ya bastante maltrecha y además pequeña— y empezamos a trabajar en la nueva, rectangular y amplia. A diferencia de la vieja, de cemento rojo, la nueva fue embaldosada en granito claro. Pero antes del cambio ocurrió un episodio cuyos detalles me acompañan con pérfida nitidez. Yo no pasaba de los doce años. Tenía como compañeras a dos mellizas idénticas, rubias y preciosas ambas. A una de ellas la adoré silenciosamente durante meses. La veía patinar, hacer acrobacia, bailar. Y ella fue la del accidente. Estaban haciendo *Los patinadores* (o *En un mercado persa*). Cerraba con su figura de lujo, una palomita con la pierna derecha extendida hacia atrás y señalando al cielo. Mejor quiero decir señalando la prolongación de otro cielo, que comenzaba en la intersección de sus muslos con el fondo de una bombachita de la que ya ni recuerdo el color porque eran otros mis puntos de vista de entonces. En la culminación de la magia se enredaron el patín y la trenza amarilla. Grité. Gritamos. La vi caer y me sentí morir. Su grito de dolor y el estruendo de la caída todavía los escucho al recordar. Pensé de verdad que se moría y morí junto con ella (como para castigarme, a los pocos días salí corriendo de la pista, sin darme cuenta en la oscuridad que estaba colocada la cadena. También hice bastante ruido). Gritó mientras caía. Gritó un nombre, eso me pareció ese día terrible y así lo recuerdo tercamente con los años trascurridos. Gritó Tito. Todos la escuchamos, en el mismo momento en que se le enroscaba el cabello con la rueda y como ave herida caía sobre el cemento colorado, que al punto empezó a adquirir un tinte más dramático. Tito dijo, estoy seguro. Todos los que estábamos cerca la escuchamos, aunque seguramente por envidia los otros retacearon siempre ese testimonio. Un Tito que brotó profundo, entre gemido y alarido. O como desesperado pedido de auxilio. O como desafío. Y que me encarceló entre la picana del rubor y el azúcar del éxtasis. Dijo así, Tito, sin mayor énfasis y cayó. De haber gritado Gregorio, seguramente hubieran cambiado en ese instante incalculables coordenadas de la historia… Yoly Andino en cambio era morocha e igualmente muñeca y no tenía nada que ver con Yolanda la hermana de Beatriz. ▮

§

Durante el día no es tan evidente. Pero con la caída de la tarde se recogen los ruidos. Las zapatillas de paño de mamá sisean sobre el linóleo del comedor. Tía Nita, después de lavar tres o cuatro veces las mismas tazas, barrer un par de veces la cocina y el patio y una vez más la cocina, se sienta en su silla baja de paja, sin encender la luz. A mamá le gustaba ver todo limpio. Tía Fina parece una estatua, bordando también sentada en otra silla baja. Han salido del olvido —o del recuerdo— los viejos bastidores. Algunos emparchados con tiras de algodón atadas con sedalinas. Nunca había prestado atención a esos aros de madera terciada. Tan perfectos que no se notan las uniones. Un lustre que parece eterno. Las mariposas de bronce para ajustar la labor. Algunos de pie. Otros *da gamba*. La veo agachada sobre el bordado y reveo antiguos relatos. La condesa Matilde apaciguando la espera en unas labores interminables. Mientras aguarda el regreso del hijo menor del margrave de Turingia. La pequeña Ludovica cosiendo incansable bajo los capiteles de mármol del gineceo del castillo en las afueras de Brandeburgo. También auscultando en la penumbra los cascos del caballo de Felisberto. Mamá lleva casi un mes amontonando cajas y cajas de pañuelos. Preciosos trozos de linón, de hilo crudo y hasta de gasa. Sembrados de motas minuciosas blancas y amarillas y rosadas. Vainillados. Ruloteados. Gallardos de punto turco y de punto ruso y de bobé. Lavados y planchados y apilados entre puñados de mejorana y espliego. Un perfume casi de la corte de Enrique de Offenbach. Unas sombras austeras que más se aproximan, en todo caso, a las reconditeces de Elsinor. Un ahogo que se desliza en voz baja sobre los pavimentos en damero de la sala del trono. Escondida entre los espe-sos cortinados. El alma de la reina Eurídice incapaz de descansar en paz. Sí abuela, los hombres son lo que son porque los dioses son lo que son. ¿Y tú, perrecho? Yo no sé si los dioses se ocupan de estas mezquindades. No puedo hacerlo todo, pero soy capaz de hacer algo. *I can't do everything but can do something*. Y lo que pueda hacer lo debo hacer. *And what I can do I ought to do*. Y lo que deba hacer lo haré. *And what I ought to do I shall do*. Por la gracia de Dios. *By the grace of God*. Calla perrecho, no digo que me pareces un harneirón con esos bandos que nadie te entiende. Un día serán poemas, abuelita. La condesita Matilde enredada en la espera de su sueño interminable. Levemente inquieta al presentir un cosquilleo arriba de las pantorrillas. El impensable rastro de una mano que sin hacer contacto con su piel asciende amenazando. Un vahido delicioso que se balancea como un péndulo. Desde el grito que convoque las excomuniones y las culpas. Y deje reposar en su debido sitio las responsabilidades. Hasta un silencio arrobado que acampa sobre los firmes meridianos de esos muslos. Tomando posesión de cada poro. De cada vello. Un vello casi inexistente que sin embargo acusa la seducción del ataque. Que se yergue uno por uno como de contrapunto con otra erección muy próxima tan adivinada… tan temida… ¿tan deseada? La pequeña Ludovica ebria en la convocatoria de unos cascos que se resisten. Se niegan. Sublimados por ensalmo de la prehistoria de colegio de monjas. Decantados y resumidos en un sudor de belfos y una ostentación de crines. Y la antífona resonando allí abajo. En la grieta turbulenta de vapores sulfurosos. En cuyo fondo inaccesible yacen todas las tentaciones. Todas las promesas. Las esquivas promesas de las

deidades subterráneas. La oscura caverna de las tentaciones y los miedos. Y vos madre en el mañoso equilibrio de los requerimientos y las dudas. De las aceptaciones y las reticencias. Comisionista y víctima —qué ironía— de la eterna dualidad.

Cómo pudiste madre, prestarte a la farsa del cadáver inexistente. De la inicua sepultura a la que arrojaste en vida a quien debías haber abrigado en las intimidades del tálamo. ¿Podía el pequeño Edipo anticipar en la sabrosa miel de tus corolas la perversa condenación a que lo arrastrarías maniatado entre la sofocación y el miedo? Un padre en el exilio no es preferible a la fría garantía de una lápida. ¿Qué confusos fantasmas acudieron en noches pecaminosas al calor de tus sábanas? Tu gimnasia y los amagos de desnudez no serían —en todo caso— sino la parte visible del témpano. No veas en mí el cilicio ni la toga, madre. El pequeño Edipo se las amañó para disfrutar —y cuánto— de las apresuradas escenografías y las incruentas tanto que dolorosas mutilaciones.

Hoy ya la sombra de mi padre se confunde con las otras sombras. La de su hermano con la de tu hermano. Y tu sombra y mi sombra son juntas una sola sombra. Una sombra negra y larga. Larga y sola. Mamá no lo hubiera permitido. Sí, tía Nita, lo hubiera permitido haciéndose la desentendida. Era una vieja zorra. Y sabía que a veces la dependencia de la culpa es más eficaz que la penalización preventiva. Sin cadáver no hay delito. A quién creés que pudiera importarle, llegado el caso, tu preciosa virginidad. Sí mamita, lo hubiera permitido porque todo eso y mucho más estaba dentro de sus planes. Al demostrar que las mujeres son todas iguales su insatisfacción quedaba satisfecha. Las flamencas y las valonas. La tía Ramona y la tía Joaquina. Las hijas de la Xacomeredes y las de la Polvolavida. Las nietas de Antonia ‘a Quisquiza. Las mujeres de los burdeles del Tombo. Las peluqueras y las artistas. Y las nueras francesas. Y Ramonita la única hija mujer de tío Vicente. Y las que llevan faldas y melenas cortas. Y las que fuman. Y las que andan en taxi. Y la nieta de doña Antonia, apenas cinco años, válgame Dios. Y esa Ana María que le escribe al perrecho en extranjero. Y las atorrantas que se aprovechaban de los simulacros de tío Pepe. Y aquella María que no pude invitar a un cumpleaños porque sus tetitas estaban fuera de contexto. Y la nuera de María Dapoto. Y la hija de las catalanas y la pecosita Shaw. Y la cinturita y las Guevara. Y las alemanitas y Sarita Schmidt. Y tía Fina puesta en evidencia en el barco delante de todo el mundo, qué bueno. Y Victoria que bien le costó no hacerle caso a su madre. Pero la tengo bien calada en sus manejos con Juancito Acosta y con el Huguito Marano. Y me parece que con sus cuñados. Con los dos, sí. Y las niñas dicen a escondidas que hasta con el propio hermano. ¿Con el niño también? Ahora sí que me diste. Es cuanto hay que oir.

Ya no sé si es tu sombra la que invade mi alma, o de mi propia alma va surgiendo la sombra. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]



Año 1952

FACULTAD DE

CARRERA DE

Alumno Gregorio

nacido el 21 de abril

de 1935 en Rosario (S. Fe)

Fecha y expediente de inscripción

10-3-52.- Exp. 87-E/52.-

Santa Fe, 27 de octubre de 1952

Jefe o Encargado de la Sección Alumnado

CELSO MONTEJO

ENCARGADO SECCION ALUMNADO

N.º de Libreta 02636

INGENIERIA QUIMICA

INGENIERIA QUIMICA

Echeverría.-

Vº Bº

SECRETARIO

Gregorio A. Echeverría

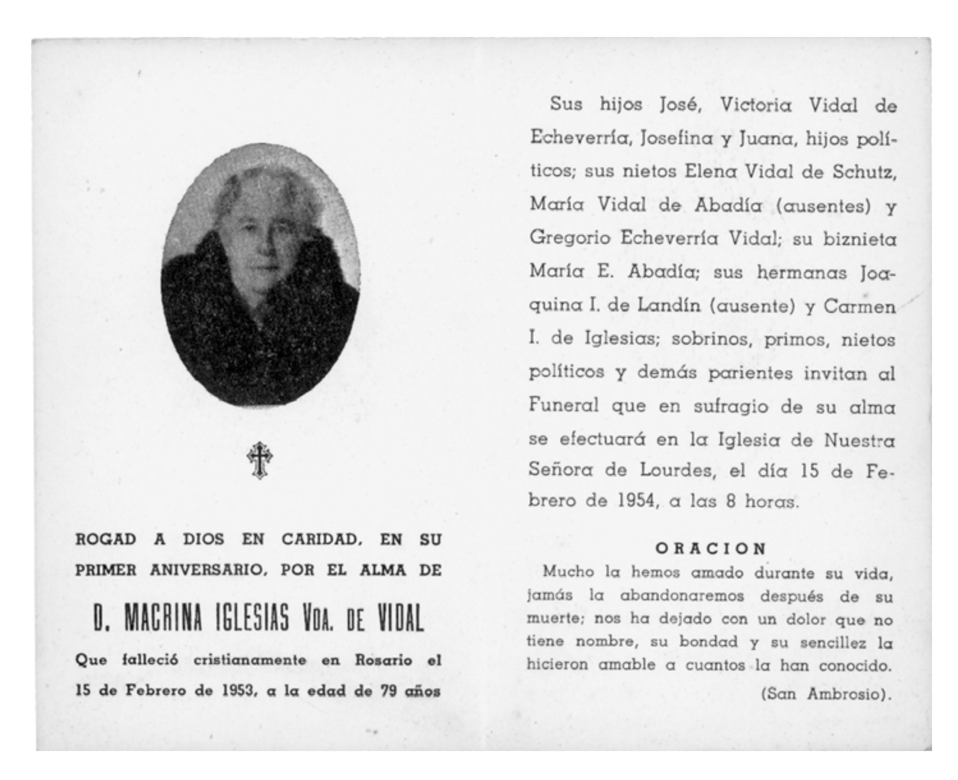
Firma del estudiante

3

Libreta Universitaria de Gregorio. Inscripto el 10 de marzo de 1952 en la Facultad de Ingeniería Química de la ciudad de Santa Fe. Universidad Nacional del Litoral. No había cumplido 17 años.



Gregorio Echeverría, Santa Fe 1953, en el Parque Sur.



ROGAD A DIOS EN CARIDAD, EN SU PRIMER ANIVERSARIO, POR EL ALMA DE

D. MACRINA IGLESIAS Vda. DE VIDAL

Que falleció cristianamente en Rosario el 15 de Febrero de 1953, a la edad de 79 años

Sus hijos José, Victoria Vidal de Echeverría, Josefina y Juana, hijos políticos; sus nietos Elena Vidal de Schutz, María Vidal de Abadía (ausentes) y Gregorio Echeverría Vidal; su biznieta María E. Abadía; sus hermanas Joaquina I. de Landín (ausente) y Carmen I. de Iglesias; sobrinos, primos, nietos políticos y demás parientes invitan al Funeral que en sufragio de su alma se efectuará en la Iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, el día 15 de Febrero de 1954, a las 8 horas.

ORACION

Mucho la hemos amado durante su vida, jamás la abandonaremos después de su muerte; nos ha dejado con un dolor que no tiene nombre, su bondad y su sencillez la hicieron amable a cuantos la han conocido.

(San Ambrosio).

Recordatorio del primer aniversario de fallecimiento de Macrina Iglesias vda. de Vidal, Rosario 15 de febrero de 1954. Con varios errores y ausencias. Su hermana Joaquina estaba casada con Vicente Iglesias Pumar y había muerto para entonces. Faltan sus hermanas Dolores y Ramona, su hija política María y su hijo político Gregorio Beltrán Echeverría.

§

Mujer de pelo en pecho y de armas tomar, nació demasiado temprano. Y murió demasiado tarde, cuando ya el daño estaba consumado y era irreparable. Como llegaron tarde mi comprensión y la torta de estricnina. Puedo hablar de ello ahora que ya sus restos son ceniza y ni siquiera el peligro de una autopsia tardía sembraría inoportunas dudas acerca de mi responsabilidad o de mi culpa. Que aparezca en medio de esta póstuma conversación no hace más que afirmar su presencia y las fuertes ataduras que entretejió alrededor de todos nosotros. Creo que en algún poema se me deslizó que tejía al bolillo con el cordón umbilical de cinco hijos. Todos me reprochaban porque no derramé una lágrima. Sin embargo me duelen los exámenes. Claro que también me dolían bastante las abuelas. Me habrán colgado en psicología pero en química siempre tuve nota. No, para qué hablar de nota, si entonces notas y por lo tanto música y en consecuencia piano. Y abuela. Y dictadura. Y ligadura. Y ya estás enterrado en la tabla de Mendelejeff. Por mí la hubiéramos enterrado debajo de la mesa de mármol del laboratorio. Metales y metaloides. Rima consonante: alcaloides. No se ría, usted debe tomar notas mentalmente. No se le paga para que se divierta. Ni para que me pervierta. Seguro que no me pervirtió ella. Era incapaz de hacerme sufrir. Lo hacía todo por mi bien. ¿Cómo hago para sacármela de encima? Internalizándola, eso es lo que tiene que hacer, me repite. Piénselo y la próxima lo discutimos. ▮

[GE; *Abuela Macrina*]

§

Rosario 11 Junio 1953

Querido hijito.
El martes recibí tu carta que no puedes figurarte lo intranquila que me tenías, ya sabes no quiero dejes pasar ninguna semana sin que tengamos noticias tuyas. Me extrañaba recibieras la partida y no contestaras, quedaras de decirme si venía Berlanda y nada, que ya no sabía qué pensar si te pasaría algo en Paraná que pasé unos días terribles con fuertes dolores de cabeza. El día que fui a retirar los papeles estaba tan ocupada esos días que me era casi imposible salir como te va a faltar tiempo para poner dos líneas por

Rosario, 11 de junio 1953

Querido hijito:

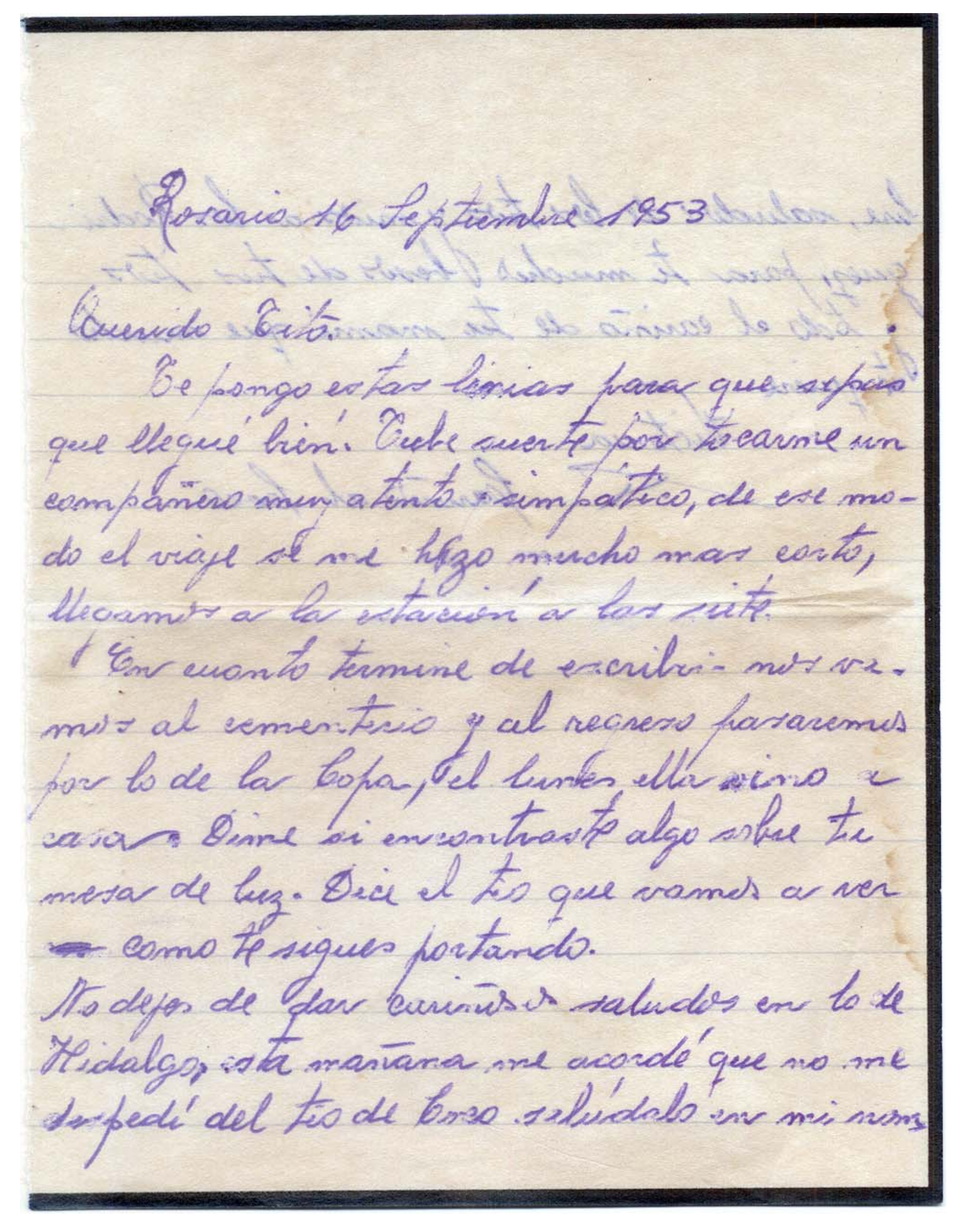
El martes recibí tu carta que no puedes figurarte lo intranquila que me tenías, ya sabes no quiero dejes pasar ninguna semana sin que tengamos noticias tuyas. Me extrañaba recibieras la partida y no contestaras, quedaras de decirme si venía Berlanda y nada, que ya no sabía qué pensar si te pasaría algo en Paraná que pasé unos días terribles con fuertes dolores de cabeza. El día que fui a retirar los papeles estaba tan ocupada esos días que me era casi imposible salir cómo te va a faltar tiempo para poner dos linias por más ocupado que esteas, de Berlanda quedaste de decir si venía y nada dijiste ni mandaste el número de la casa si yo no me preocupaba ya ibas a tener el regalo para el sábado, después dices mamita qué apurada eres, el muchacho me dijo que el martes te viera en la Facultad pero que nada le dijiste que viniera por casa, el dice que viene casi todas las semanas, también sabemos que tenéis vacaciones que el me lo dijo y ahora por tu carta. Tito si piensas ir a la Plata te quedarás a pasar unos días en B. Aires ya sabes que tienes que traer un pijama nuevo, la camisa rayada, una muda gruesa puesta y otra en el bolso y no te digo más ya sabes tú lo que más o menos necesitas para pasar unos días fuera de casa. Los zapatos no se que tiene que ver que no tengas el traje azul para comprarlos no puedes tenerlos y no usarlos hasta que no tengas el traje además ahora empiezan las liquidaciones en las zapaterías, aquellos que vimos cuando fui eran muy bonitos, hace tanto que tienes ganas de unos trenzados a ver si los consigues, aquellos creo que eran de $ 82 eran lindos y baratos. Lo que dices de ese señor que conociste hace poco cualquier cosa consulta con la familia del Coco que todo lo que ellos te aconsejan es por tu bien mira que hay muchos vivillos. La crema resultó muy linda quiero ver si te vendo alguna más. Tito cuando escribas no dejes de decir que para el cumpleaños de la abuelita q.e.p.d. pongamos unas flores en tu nombre, se que si no te lo digo ni se te ocurre es de lo que menos te acuerdas, en cambio la Maruja desde tan lejos lo dijo y ya ves los pocos días que estubo con ella, y no tú que te crió y viviste siempre a su lado, cuando vengas no tienes que dejar de ir al cementerio, las tías ya dicen el Tito nunca nombra a la abuela para nada nunca dice que fue a Misa por ella o otras cosas por el estilo. Hoy tube carta de la María y dice cuando te voy a mandar de pensionista. Cuando contestes ya dirás como pasaste el día de Doña Elisa[13]. Ten mucho cuidado no dejar la puerta de la pieza que da al zaguán abierta a ver si algún día los desbalijan, tener mucho ojo, siempre que vengas a casa no dejes la caja del compás sobre la mesa sinó en el ropero o dentro de la mesa de luz ya sabes cuesta muchos pesos. Bueno Titiño llevas para leer un rato da nuestros saludos a los de la casa, a los Gallardo[14] y los del Coco[15], para ti muchos besiños de las tias y tio y todo el cariño de tu mamiña que mucho te quiere.

Victoria. ▮

[13] Elisa Reinhardt vda. de Hidalgo.

[14] Gastón Gallardo y Clelia.

[15] Julio Alberto (Coco) Cejas Hidalgo.



Rosario 16 Septiembre 1953

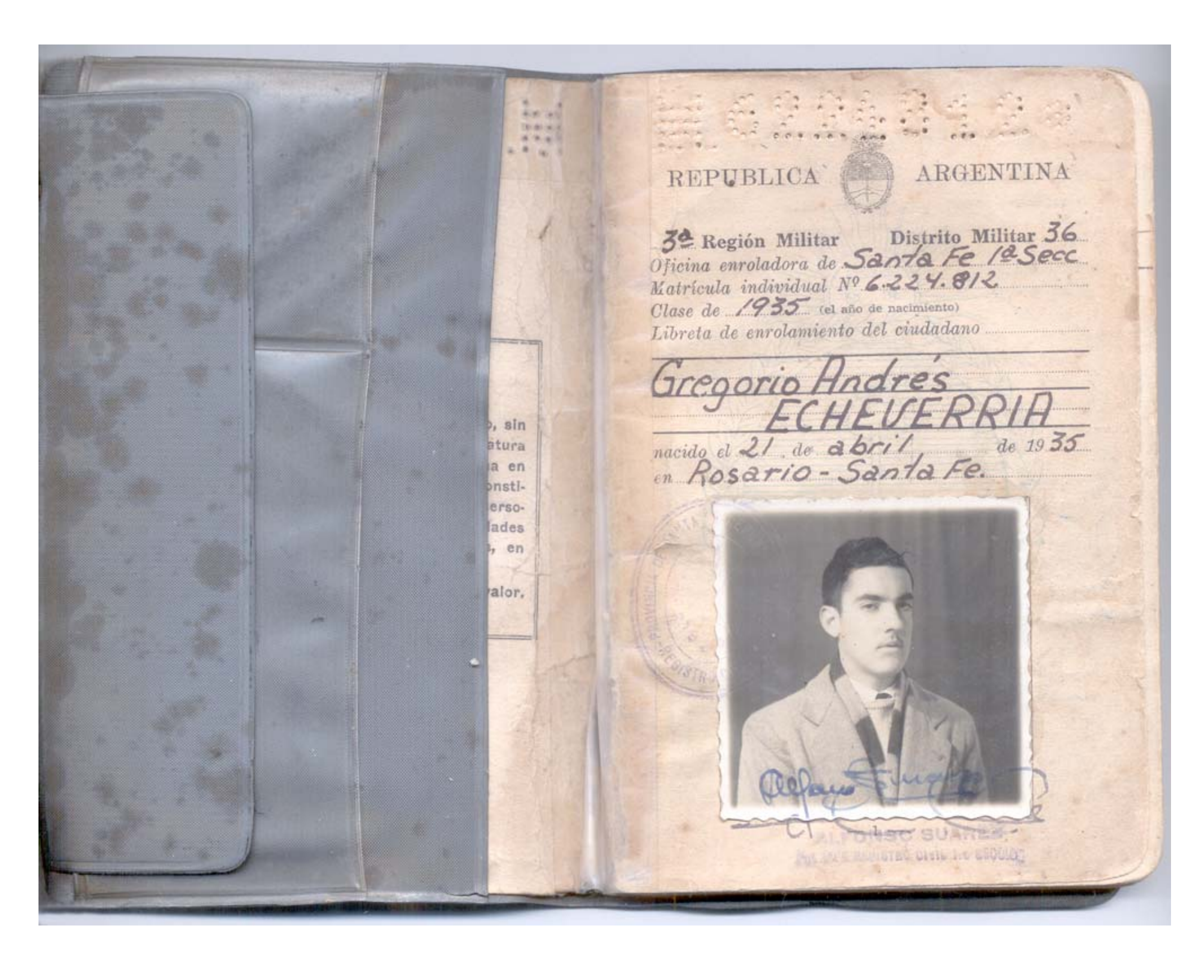
Querido Tito.

Te pongo estas líneas para que sepas que llegué bien. Tuve suerte por tocarme un compañero muy atento y simpático, de ese modo el viaje se me hizo mucho mas corto, llegamos a la estación a las siete.

En cuanto termine de escribir nos vamos al cementerio y al regreso pasaremos por lo de la Copa, el lunes ella vino a casa. Dime si encontraste algo sobre tu mesa de luz. Dice el tío que vamos a ver como te sigues portando.

No dejes de dar cariños y saludos en lo de Hidalgo, esta mañana me acordé que no me despedí del tío de [illegible] salúdalo en mi nom

Carta de Victoria a Gregorio, fechada en Rosario el 16 de setiembre de 1953. Durante todo un año se guardaba luto, incluso en el papel carta y en los sobres. Macrina Iglesias había muerto el 15 de febrero.



REPUBLICA ARGENTINA

3ª Región Militar Distrito Militar 36
Oficina enroladora de Santa Fe 1ª Secc
Matrícula individual Nº 6.224.812
Clase de 1935 (el año de nacimiento)
Libreta de enrolamiento del ciudadano
Gregorio Andrés
ECHEVERRIA
nacido el 21 de abril de 1935
en Rosario - Santa Fe.

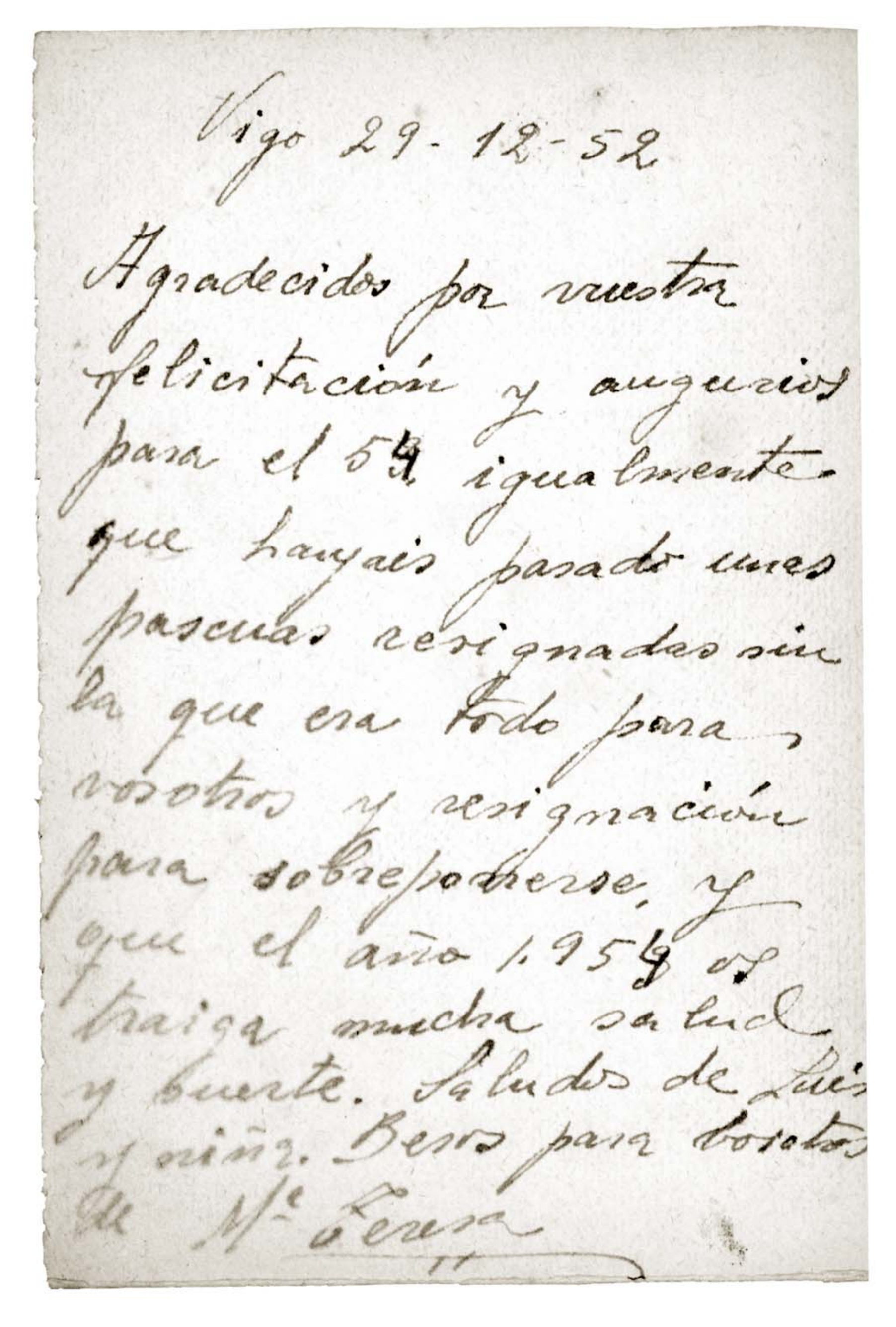
ALFONSO SUARES

Libreta de enrolamiento de Gregorio Andrés Echeverría. Enrolado en Santa Fe el 17 de setiembre de 1953. Sorteado el 11 de noviembre de 1955 para Ejército. Exceptuado por insuficiencia visual.

Rosario 3 Noviembre 1953

Mi querido hijito.
Ayer recibimos tu carta que esperaba con ansia pasta-
mente del día de Difuntos y me extraña no hayas tenido ni
un recuerdo para la abuelita ya que no hubieses podido es-
tar acá en esta fecha. Yo como no se cuando tienes fecha de
examen pensé que para los muertos si no tenías que rendir
vendrías, así que todo el sábado estuve pendiente ya que sabía
que el viernes terminaban las clases, pero no llegaste.
Si piensas venir como dices esta semana no veo que pi-
das la plata por unos días mas ya la llevas tu. Dile a Doña
Pepa como piensas venir no mandamos la plata del mes la lle-
vas tu y no dejes de pasar por lo de Gallardo y dile a la seño-
ra como vienes a casa quieres saber si vendió algo, si
tiene algo vendido y te paga puedes utilizar tu esa plata
si necesitas.
La semana pasada recibí carta de Doña Elisa me dice que ya
hicieron la inauguración de la parrilla y festejaron los años
de casada de Delia que estuvo la fiesta muy linda, me
extraña tu no hayas estado por lo menos no te nombran para
nada y en tu carta nada dices, me dice que Delia aún no
vino a Rosario como pensaba, que cuando lo haga no dejará
de pasar por casa. Antes de venir no dejes de ir por allí dales
nuestros saludos y dile que el tío vendió el negocio lo mismo

§



Vigo 29-12-52

Agradecidos por vuestra
felicitación y augurios
para el 54 igualmente
que hayais pasado unas
pascuas resignados sin
la que era todo para
vosotros y resignación
para sobreponerse, y
que el año 1.954 os
traiga mucha salud
y suerte. Saludos de Luis
y niños. Besos para bosotros
de Mª Teresa

Carta de Ma. Teresa Alonso a Victoria, (mal) datada en Vigo el 29 de diciembre de 1953.

Vigo 29 de diciembre 1953[16]

Agradecidos por vuestra felicitación y augurios para el ‘54 igualmente que hayáis pasado unas Pascuas resignados sin lo que era todo para vosotros y resignación para sobreponerse y que el año 1954 os traiga mu-cha salud y suerte. Saludos de Luis y niños. Besos para bosotros de María Teresa[17]. ∎

[16] La carta original (arriba) está mal fechada, por su texto es de 1953. Macrina Iglesias había muerto el 15 de febrero de ese año.

[17] María Teresa Alonso, hija de Nieves Fernández vda. de Alonso.

§

Un año nos aguantamos con Clelia y Gastón. Pongo a favor de ellos que no me obligaban sino a la misa del domingo. Aunque recuerdo con rencor que una madrugada de invierno me despertaron para la procesión de la virgen de Guadalupe. Pasmado, manifesté mi negativa. Gastón, tan pasmado como yo, acudió a Clelia para un breve conciliábulo, del cual resultó la negativa a dejarme solo. En términos inequívocos, usted solo en casa no se queda Tito. Finalmente, acatando la parte inevitable, me vestí y tomé un tranvía para ir a compartir los mates de las seis de la mañana con unos compañeros de facultad. Movimiento que si bien fue aceptado por la fuerza, dejó una incurable fisura en nuestras relaciones caseras de allí en más. Fisura que hice lo posible por achicar embarcándome en la dudosa aventura de timonear el grupo de jóvenes de Acción Católica de la comunidad dominica. Aventura que hizo agua rápidamente porque comencé por darle a los adolescentes más chocolate y más fútbol y menos Santo Tomás y San Agustín y esas cuestiones de castidad y todo lo demás. Amén de aportar a las reuniones semanales, a las cuales concurría en calidad de supervisor el prior del convento —fray Lídoro Correa— preguntas y argumentos en los cuales fray Lídoro, como buen mastín heredero de Torquemada y compañía, olfateó más de convicción herética que de duda piadosa y me relevó a tiempo de semejantes compromisos.

Es verdad que hubo de por medio un serio resbalón mío, no de principios sino de táctica. Por entonces se estrenaba en Santa Fe la película *Manón*, basada en la vida de uno de los gatos más famosos de la bibliografía cortesana. Y no faltó quien pasara de la repulsa privada a la convocatoria pública para empuñar las armas de la fe contra los avances de la inmoralidad. Lucha que tenía como núcleo la intención de patotear los alrededores del cine el día del estreno para impedir el ingreso de la gente. Al margen de otras consideraciones personales, me pareció una barbaridad medieval y cometí el error, primero de denunciar el hecho a la policía y segundo de hacerlo desde el teléfono de los Feldman, sin pensar que por encima de su origen judío iban a privilegiar su convivencia en el barrio, teniendo en cuenta que su almacén estaba frente mismo al convento y vivían de sus feligreses.

La antipatía de fray Lídoro comenzó a transformarse en odio. Que llegó al extremo por otra equivocación mía en cuestiones de etiqueta. En general yo era bien recibido en el convento, al punto que disponía de celdas desocupadas para descansar, estudiar o meditar cuando quisiera. Esto atendiendo a que la construcción data de una época en que la tripulación era de diez o doce sacerdotes y para la fecha a que me refiero había solamente tres, Jerónimo Rodríguez el riojano y Salvador Santore[18] el músico, aparte del susodicho prior. Honestamente, solo palabras de agradecimiento y elogio me caben hacia fray Jerónimo y fray Salvador. Uno porque resultó excelente catador de vino y empa-

[18] El padre Salvador Santire OP fue Director del periódico de Puerto Argentino, entre abril y junio de 1982.

nadas amén de buen relator y mejor oyente de cuentos de buen tono y de los otros. Buenas cualidades de las que supimos disfrutar a bordo de una mesa siempre rebosante de buena comida y mejor bebida, incluso dulces, que los fieles aportaban con generosidad y sin medida, determinando que las varias heladeras y alacenas rebalsaran siempre de lo que uno buscara. Y el otro, porque aparte de su profundo conocimiento musical —era profesor en la Escuela Superior de Música— me concedió el permiso sin límite de horarios para tocar en la capilla (fuera de las horas de servicio) en el armonio y en el órgano. Confieso que un tango medianamente interpretado no suena del todo mal en ese ámbito, amén de la cuota de trasgresión que para algunos criterios pudiera implicar. Pero no fue por los chascarrillos y los vinos con fray Jerónimo ni por los tangos con el consentimiento del padre Santore que se precipitó al abismo mi relación con fray Lídoro Correa, sino porque pensando entrar a una celda desocupada en busca de un rato de lectura en paz, me encontré con el malencarado prior y no solo sino en compañía de una agraciada joven cuyo nombre me reservo y abocados ambos con entusiasmo a un quehacer que me excuso de describir. ▮

[GE; *Zapping*]

§


Padre Salvador Santore

Fallecimiento del R.P. Fray Salvador Tomás Santore OP

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy viernes 6 de julio [2012], el Señor ha llamado a Sí a nuestro querido hermano fray Salvador Tomás Santore, quien falleció a los 88 años en San Miguel de Tucumán, aproximadamente a las 21 horas, a consecuencia de un aneurisma de aorta abdominal. Fr. Salvador fue acompañado por los frailes, y recibió los sacramentos antes de su internación. Encomiendo a todos los hermanos y las comunidades su oración por fray Salvador y la celebración de la S. Misa, conforme a lo establecido en nuestro LCO. Confiamos también en la oración de todos nuestros hermanos y hermanas de la Familia Dominicana.

Demos gracias al Señor por el don de la vida y la vocación dominicana de fray Salvador, y por haber podido contar con su presencia en este último tiempo en nuestros conventos de Buenos Aires y Tucumán, dejándonos a todos, -y de un modo especial a nuestros hermanos estudiantes-, un hermoso testimonio de vida sacerdotal y dominicana.

Fr. Salvador Santore ha sido un incansable predicador del Rosario, que seguía compartiendo con entusiasmo aun en estos últimos días, bellos proyectos de irradiación apostólica. Encomendémoslo, por tanto, en nuestra oración especialmente a la intercesión de la santísima Virgen N.S. del Rosario, y de N.P. Santo Domingo.

Fraternalmente en Cristo, María y Santo Domingo,

Fr. Pablo C. Sicouly OP
Prior Provincial

§

Los demás pormenores de mi relación con los dominicos son letra menuda. En ocasión de los carnavales del ´53 tuve la ocurrencia de disfrazarme de mosquetero, aprovechando una espada verdadera que Gastón tenía colgada como adorno (recuerdo al pasar que según las lenguas ligerísimas del barrio, casi todo lo que Gastón llevaba colgado lo llevaba de adorno, de ahí la comprensible sorpresa con que se recibió en público la novedad del embarazo de Clelia, sorpresa que cambió de carácter cuando los mal pensados que nuncan faltan en cualquier congregación empezaron a vislumbrar parecidos faciales y gestuales entre el bebé —a su debido tiempo, por supuesto— y el padre Santiago, quien regenteaba para entonces la feligresía de la catedral. En lo personal, y a pesar de algunas evidencias que quiero olvidar porque se parecen demasiado a mi desafortunada intromisión en la vida social de fray Lídoro, debo reconocer que nunca tuve muy claro quién era el director espiritual de Clelia, es decir si fray Lídoro o el padre Bonet o ambos tal vez, puesto que ambos eran concurrentes habituales a la casa, sin necesidad de invitación previa. De lo que sí estoy seguro es de que el futuro espiritual del bebé descansaba en excelentes manos. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Pero lo más destacado del atuendo de mosquetero fue la capa de terciopelo azul oscuro casi negro que teóricamente formaba parte inseparable del ajuar de la virgen del Rosario, que era la patrona de la parroquia y que se le ponía a la imagen durante los meses del invierno. Partícipe necesario de la herejía fue el chileno Héctor, que oficiaba de sacristán e intendente al mismo tiempo y a cuyo cargo y cuidado estaban las imágenes, los elementos litúrgicos y toda la ropa. Me acompañaba en muchas de estan andanzas Coco Cejas, que vivía al lado de la Casa de los cuervos, con su abuela doña Elisa, su tía Delia y su tío Toto. Coco era un sufrido alumno de cuarto año de los jesuitas de la Inmaculada, que alzaba su lobreguez frente a la Plaza Mayor, a un costado de los territorios de la autoridad provincial por un lado y del padre Santiago Luis Bonet por el otro. Cruzando en diagonal estaba el Bar de los Constituyentes, comandado al frente por don Argasto Sartini y en retaguardia por doña Sara esposa y madre de Carlos (Charles Pix) y Chela. En ese entonces Carlos no era aún Charles Pix. El nombre artístico nació cuando hicimos dúo como prestidigitadores e ilusionistas bajo los seudónimos de Charles Pix (él) y Némesis (yo).

La cosa surgió en casa de Coco —mejor dicho de doña Elisa, porque la casa paterna / materna de Coco estaba si mal no recuerdo pasando Amenábar, hacia barrio Centenario — con idea de organizar en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario una función a beneficio de la actividad apostólica. Un intento con similares intenciones había sido la indigesta obra de teatro de un cura —el padre Bernal— que anduvo de paso y montó un engendro que giraba alrededor de un tío rico, tacaño y sordo. Mis primeros ejercicios en esta delicada cuestión los había realizado cursando cuarto en el Cristo Rey y a partir de un libro bastante extraño que me había regalado el gallego Fernández, cuyo autor y título no recuerdo y que se perdió de mi vista hace muchos años. No estoy seguro si llegó a mis manos antes o después del frustrado intento de patentar y comercializar para las FFAA una pistola capaz de disparar un pequeño proyectil explosivo propulsado a cohete, del cual teníamos los planos. El emprendimiento no llegó a la etapa de construir el primer prototipo porque el gallego cayó un día con cara de pocos amigos y unos recortes del diario donde se hablaba con detalles de una moderna arma que estaban usando los infantes de marina en algún rincón de Indochina o por allí y que el ejército norteamericano había bautizado y todo (lo llamaban bazooka). Y excepto el nombre —del que nuestro invento aún carecía— nos resultó clarísimo que habíamos sido víctimas de una prolija y perversa operación de espionaje por parte del pentágono o del FBI, para quedarse con el fruto de nuestros desvelos.

El otro libro de cabecera —que aún conservo reencuadernado por mí gracias a las lecciones de Ruiz Burgos— era *La magia de los naipes*, de Carlo Rossetti, Hoepli SL Barcelona 1952. Y que tiene el sello de librería Longo, Sarmiento 1173 Rosario. Y un explicativo subtítulo que reza *Tratado Completo de Prestidigitación con los Naipes. Para uso de los profesionales y aficionados del arte mágico, con todos los juegos de*

prestidigitación antiguos y modernos que pueden realizarse con los naipes. Contiene también los principios generales de la prestidigitación y una abundantísima bibliografía crítica del arte mágico. Con ciento setenta y ocho ilustraciones. Por la fecha y el sello de la librería me doy cuenta que data de mis primeras incursiones en acopio de material de química, en una época en que mis modestos gastos todavía eran solventados por tío Pepe. Mi mensualidad en lo de Clelia era de doscientos cincuenta pesos (que no andaban lejos de su valor actual). Todos los meses me daban o me giraban trescientos, con lo cual yo gozaba de una pequeña renta de cincuenta para pequeños vicios. Pero la cuestión es que con poca experiencia y mucho coraje, preparamos el escenario del salón parroquial y allá fuimos, el profesor Enigma y su asistente Coco, que no se había decidido por otro sobrenombre. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Con las limitaciones previsibles, fue un éxito. Unos discos de pasta de setenta y ocho y un Winco aportaron el sonido. La cosa empezaba con el escenario y la sala a oscuras. Muy piano comenzaba *Bolero*, de un longplay de Delia. A medida que subía el volumen se iban encendiendo luces y un locutor hacía las presentaciones. En una semipenumbra, Coco acomodaba una mesita y un par de sillas. De pronto un esqueleto aparecía por detrás, haciéndole muecas. La platea —casi todos niños— procuraba ponerlo sobre aviso. Pero nada. Coco seguía en lo suyo. Y el esqueleto yendo y viniendo entre las risitas nerviosas de los más chicos, tranqui hasta por ahí. Me parece que ya entonces contábamos en el equipo con Yuyi el hermano de Coco, que en cuestiones de poner cara de circunstancias era realmente especial. En fin, todo ocurrió o menos como tenía que ocurrir y la sacamos bien. En primera fila estaban fray Jerónimo y Ana María con Angélica la madre. Aparecieron pañuelos y caramelos en recipientes vacíos. Desaparecieron y volvieron a aparecer algunos objetos personales. Entre otros un anillo que alguien del público facilitó con algún recelo. Los aros chinos causaron sensación. Me acosté sobre una cama de clavos. Ana María aprovechó ese número para volar arriba del escenario y acariciarme bien el pecho y la espalda para mostrar que no llevaba ninguna protección debajo de la remera. Angélica la miraba con ojos de ya vas a ver en casa, mocosa. Se cambió arroz por lentejas, agua por vino y luego por leche para volver al agua primordial. Se adivinaron cosas. Se cortaron y recompusieron unas sogas. Todo el circo. Ya *Bolero* había llegado a su fin. Después siguieron *Picnic de los ositos*, muy rítmica también y muy adecuada. *Andalucía* de Lecuona, muy del gusto de nuestro público. Y me parece que algo de Musorgsky o de Saint Saens. Seguramente la *Danza macabra* (siguiendo las andanzas del esqueleto) o *Una noche en el Monte Calvo*. Sí estoy seguro que después de esa presentación incorporamos *El aprendiz de hechicero,* todo en la misma línea.

Lo que se dice, una velada a lo grande. Con muchos aplausos y felicitaciones. Y con ganas de repetirlo. ▮

[GE; *Zapping*]



§

Las siguientes ya tuvieron un matiz más comercial. Animar cumpleaños. Se agregó Charles Pix, después de que lo echaron del Liceo y casi de la casa a raíz de ello. Con Carlos hicimos enseguida buenas migas y gracias a su gestión (antes de la bronca) se consiguió que don Argasto encargara una lista de precios para el local. Recuerdo el episodio con muchísimo cariño, porque fue al mismo tiempo mi primera experiencia como dibujante y los cien pesos que cobré, el primer dinero ganado en mi vida. Como trabajo, aunque muy prolijo, era lamentable. Gastón me compró en Castellvi, al lado justo de Lutz Ferrando donde él trabajaba, una hoja de passepartout 70x100 cm. Sobre mi primer tablero de dibujo (Lutz Ferrando 80 pesos) empecé a plasmar la ópera prima. Letra técnica con tinta china y speedball de diversos espesores. Repasada luego con filetes de tinta roja, amarilla y verde. Portal ni lo hubiera dudado. Maravilloso. Por suerte a don Argasto también le pareció así. Pagó muy contento y al instante mi trabajo lucía como un Picasso en la mejor pared de Los Constituyentes.

Este hombre y tío Pepe tenían —a despecho de sus muy distintos físicos— rasgos en común, como el placer de comentar con sus parroquianos los pormenores de cada adquisición que planeaban o realizaban o paso de importancia que dieran. Así comenzó a rodar entre aquella tribuna de políticos, procuradores y otras variedades de aves negras de la misma familia, un extracto de mi sucinta biografía. Módica fama de pequeña capital de provincia, que sin embargo me sirvió para captar más trabajo. De esa etapa recuerdo una actuación casi siniestra en el cumpleaños del nene de un turco macanudo que tenía una de las mejores heladerías de la ciudad, sobre General López cerca de la Legislatura. A falta de tarima, armamos un escenario con caballetes y tablones y cubrimos todo con una alfombra bien grande y pesada.

La cosa arrancó fenómeno y los chiquitos estaban como locos. Contestaban a todo y se lo preguntaban todo. Se reían cuando se tenían que reír y en los otros ratos hacían un silencio casi suficiente. En un momento del espectáculo, medio envalentonado por el cariz de los acontecimientos, solicité la colaboración de un niño para completar una prueba. No terminé de decirlo y estuvieron en un segundo los treinta pibes a mi lado arriba del escenario. Y al segundo siguiente todos patas arriba, en el suelo, en un revoltijo de tablones, caballetes, mesa del mago, aros chinos, Némesis, Charles Pix, Yuyi y todos los nenes. ▮

[GE; *Zapping*]


Charles Pix, Némesis y Yuyi Cejas, animando un cumpleaños infantil, Santa Fe 1953

§

La ruptura con Gastón y Clelia fue muy política, sin sobresaltos. Sobre la base de que su próxima maternidad demandaría a Clelia todo el tiempo para la atención del niño, razón más que atendible. Una especie de despedida amable y lubricada. Por suerte conseguí —y no recuerdo por qué medios— ubicar muy cerca de allí a doña Josefa, qué oh casualidades vivía en el Parque Sur justo frente al convento de San Francisco. No era exactamente una pensión, pero al casarse Manuela la mayor, les había quedado un lugar disponible, que alquilaron a Luis Garasino y a mí. En la casa vivían también don José, que murió al año siguiente, Tita y Tito, los más chicos, algo mayores que Luis y yo. Creo haber explicado que esta gente eran vecinos de Barrio Parque, conocidos pues de mi familia. Todo seguía quedando de entrecasa. Doña Josefa era una mujercita afable y fácil de entender. Muchachos, no quiero despelotes. Todo el mundo sabe que somos socialistas, pero el barrio es católico y yo necesito llevarme bien con los vecinos y no quiero historias con nadie. Ojo con las pensionistas de Angelita. Angelita era una vieja arpía con más pinta de madama que de ama de casa. Su pensión estaba junto a la nuestra (después venía la casa de los Ferreyra y la de la esquina de Amenábar). Solían contar las chicas que pasada la mitad del mes, para hacer economía, en lugar de postre les daba un caramelo. Pero no era Angelita a secas sino Angelita Picazzo (o Picasso, no podría asegurarlo). Pero parecería ser que estos picazzos —o picassos— habían ayudado a fabricar una porción de la ilustre historia de esa parte de la provincia y bueno ¿no? Francamente las chicas estaban fuertes en general, pero ya tenían compradores y nunca pudimos hacer negocio con ellas. Luis era un tipo de buena convivencia, a pesar de ser de

Derecho. Llenaba un poco con sus historias de Comodoro, pero aparte de eso vivíamos bien. Incluso hacía mejor promedio que yo en horas de estudio y materias aprobadas.

De todos modos nuestra relación no era demasiado monótona ni excesivamente estirada. Todo lo contrario. Pero realmente el advenimiento de Nino trajo su cuota de alegría al cuarto. Nino era un gatito blanco con manchas doradas, dócil y un tanto asustadizo. Y cuando algo lo asustaba demasiado se ponía tan bizco que los ojos se le cruzaban. Le encantaba meterse en nuestro cuarto cuando estábamos estudiando o tomando mate. Un día, por ver cómo reaccionaba, lo pusimos en el techo del ropero y colocamos en débil equilibrio una tabla de cosa de metro y medio por unas ocho pulgadas, un poco más de la mitad apoyada en el mueble debajo de una valija y el resto en el aire. Nino se acurrucó lo más atrás que pudo y esperaba. Como parecía dispuesto a quedarse allí todo el día, Luis (o yo) subimos a la cama para tratar de convencerlo de acercarse, caminando por encima de la tabla. Que es más o menos lo que hacían los piratas con sus prisioneros, solo que abajo no había una cama mullida sino agua salada y tiburones. O sea que auún en el peor de los casos Nino iba a salir ganando. Y se dejó convencer, previo echarse sobre la parte firme de la tabla y mirarnos para saber si había entendido bien el juego. Cuando todo estuvo a sus gusto se levantó con calma, emitió dos o tres maullidos como de resignación y empezó a caminar hacia adelante —o sea hacia afuera— por arriba de la tabla.
De la física podemos decir lo que se quiera, pero que sus leyes son inmutables, lo son. Y Nino estaba a punto de demostrarlo con el mayor rigor científico. En cuanto cruzó la línea imaginaria que separa la parte segura de la tabla de la otra, medio reculó. Pero al nuevo reclamo para que siguiera avanzando sacó la cuenta de las vidas que le quedaban en reserva y se mandó. Los insomnios de Newton y de Galileo no habían sido estériles. Para honra de ellos y espanto de Nino, el sistema tabla-gato, perdido su viejo centro de estabilidad y de apoyo, se vino en banda arriba de la cama, creo que Nino abajo y el tablón y la valija encima de él. Durante todo este trámite los ojos del bicho se cruzaron tanto pero tanto, que a la semana todavía no había logrado enderezarlos.

Con esta experiencia, Nino se ganó como un título de permanencia en nuestro cuarto. Lo que le daba derecho, por ejemplo, a que cualquiera de los dos —el que llegaba primero a casa— lo metiera en la cama del otro, bien tapado con sábanas y cobijas. El bicho era tranquilo en estado normal, de modo que se amuchaba en medio de tremenda cucha y dormía. Era común que el último que regresaba lo hiciera ya tarde y la costumbre era acostarnos sin encender la luz. Con lo cual Nino se despertaba sobresaltado y en cuanto el trasnochador destapaba las mantas sentía como una especie de terremoto silencioso y el gato saliendo de estampida. Y habitualmente irritado y con las uñas afuera. El tercer ejercicio era lisa y llanamente tirarnos con el gato de una cama a la otra, hasta que Nino se aburría y en uno de los vuelos sacaba las uñas y aterrizaba matando. Una versión ecológica de la ruleta rusa, tal vez. ▮

[GE; *Zapping*]



Casamiento de Manuela Rodríguez con Chiche Stacchioli. A la izquierda, Gregorio entre Tita Rodríguez y su novio. A la derecha, mi compañero de cuarto Luis Garasino.

§

Durante ese año ocurrieron tres o cuatro hechos dignos de recuerdo, aparte de exámenes, cartas familiares con los consabidos comé bien, abrigate, cuidado con esto y con aquello, etc. Lo más grosso mirado desde esta distancia, fue que doña Elisa —con la cual seguía manteniendo excelentes relaciones después de mudarme— entró a pensar que era una lástima que yo saliera con Ana María, que parece ser ella tenía reservada en secreto para Coco. Y maquinando el modo de lograr sus fines, no tuvo peor idea que escribirle a mamá un memorandum tipo yo lamento incomodarla pero me pongo en su lugar de madre y… etc… aconsejándole —de última— que-tomara-cartas-en-el-asunto. Conque hubo en Rosario una junta de familia y una decisión tajante. Tenés que ir a Santa Fe para arreglar esto. Y allá apareció doña Victoria Elena por lo de doña Josefa, qué linda sorpresa, mamá, qué hacés por acá. Si soy poco político, tengo ciertamente de quién heredarlo. Digamos que más que poco político soy perfectamente capaz de hacer barro de la cuestión más sencilla. Mi madre también. Vengo por esto, qué te parece. Y puso la carta en mis manos, como si hubieran sido todos los libros del Pentateuco y los rollos del Mar Muerto. Después de leerla —por suerte yo no podía mirar mi propia cara— comenté inglesamente algo tan indirecto como ¿y? Y que esto se tiene que terminar ahora mismo. Que era precisamente el mensaje que traía in pettore. Le sugerí que la salida más decorosa era tomar en ese instante el micro de regreso. Cosa que por supuesto no hizo. En cambio pidió que la acompañara de inmediato a-casa-de-esa-familia-porque-yo-tengo-que-hablar-con-esa-señora-de-madre-a-madre. Conclusión tomó el micro dos horas más tarde de lo sugerido. Pero se dio el gusto de que Angélica le dijera de muy buenos modos que la cuestión era entre la hija y yo. Y que de no mediar razones más valederas y directas, seguiría teniendo abiertas las puertas de su casa. Y fue un gran gusto conocerla y la felicito por el hijo que tiene señora. Mamá se tomó el micro porque no sabía cuál era la próxima jugada. Pero una vez en Rosario, el clan sí sabía cómo seguir la cosa. La jugada inmediata fue un telegrama rajante para que viajara yo. Alfil 4 dama jaque. Conque el fin de semana hice el bolso y allá fui. El rey blanco venderá cara su vida. Los argumentos no habían variado, solamente que en lugar de una voz esta vez fue un coro a cinque, unísono entre abuela, mamá, tío Pepe, tía Fina y tía Nita. La dama negra, las dos torres negras, un alfil negro y un caballo negro juntos al ataque. Con una variante: o se termina o se termina o se acabó la mensualidad. Da capo e fine al segno. Dése a publicidad. Comuníquese. Pase al Boletín Oficial. Con lo cual solitos me dieron la solución. Dama por alfil. Y caballo por dama. Gregorio sacrifica su ventaja material por la libertad. De allí en adelante me las arreglaría con mis cuestiones económicas. Y se acabaron los giros de trescientos pesos. Esta fue una jugada magistral. En otras oportunidades Gregorio hizo exactamente lo contrario. Y siempre perdió. Aparte de esto, todo siguió igual. Pero mejor. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Durante los siguientes tres años mis necesidades se fueron cubriendo con trabajos variados, como clases particulares de matemática, física y química, dibujo publicitario y mis primeros pasos en cosmética. En esto andaba al final del año que estuve en lo de doña Josefa. Empecé a desarrollar algunas cremas faciales sencillas, empezando por la diadermina, producto hoy desplazado totalmente del mercado, no porque fuera malo sino porque no interesan las preparaciones magistrales del boticario, que de hecho ha desaparecido convertido en mero despachante de mostrador. Para la diadermina había diferentes recetas y analizando la cuestión descubrí, entre otras cosas, que la sensación refrescante se debe nada más que a la cantidad de agua que contenga el producto. El secreto en todo caso está en lograr que el agua se mezcle bien con las estearinas o cualquier grasa que se le agregue como suavizante. Mi libro de cabecera era por ese entonces *Cosmetics, perfums and soaps*, de Fred Winter, un respetable tratado británico de más de ochocientas páginas. Pero no quiero hacer de esta charla una clase de farmacología. A partir de las diaderminas, empecé a probar otras formulaciones, incluyendo especialmente cera virgen, un producto natural absolutamente noble y muy rico por el olor, debido sobre todo a una cantidad de miel que queda mezclada con la cera. De modo que con todo esto llegué a preparar una crema interesante a la cual en principio llamé genéricamente crema fría, que es sencillamente el equivalente del *cold cream* con que se conocen estos productos. De la fábrica de envases Fernando Pittner, que estaba (y está todavía creo) en avenida La Plata cerca de la antigua cancha de San Lorenzo en Buenos Aires, me hice enviar unos lindos potes de vitrea opal con tapas negras. Así comenzó una experiencia que habría de continuar en calle 25, ya con laboratorio, marca y etiquetas y demás. Pero el hecho es que cuando ocurrió lo que quiero contar, yo tenía en el cuarto que compartíamos con Luis dos o tres docenas de potes listos para la venta. Durante toda la semana Luis había estado dando manija con que el sábado se comprometía en La Paz, al norte de Entre Ríos. El viernes, como a las siete de la tarde, empezó con laboriosos preparativos de viaje. Mientras se bañaba (había que atravesar todo el patio) aproveché para mezclarle con la colonia de baño una buena ración de insecticida líquido o repelente para mosquitos. Al volver del baño, limpito y recién afeitado, se roció y refregó cabello, cara y cuerpo con la colonia contaminada. Cuando ya estaba completamente embadurnado y apestoso se dio cuenta y empezó a putear. De última no le quedó otra que volver al baño y rascarse hasta con papel de lija. Callado y sin dirigirme la palabra, cazó el bolso y se fue Dios sabe para dónde. Pero el entremés terminó recién el lunes siguiente, cuando fui a empaquetar los potes de mi crema fría para entregarlos. Supongo que el diablo o el ángel de la guarda me avisaron. La cosa es que abrí toda la partida, pote por pote. Todos se veían igual. Igualmente asquerosos. La superficie normalmente lisa y brillante de la crema se aparecía opaca y revuelta. Encima nadaba un líquido sucio y maloliente. Aunque me negaba a reconocerlo, era el resto de insecticida que no había echado en la colonia, o la misma colonia mezclada con el matamosquitos. El que a hierro mata a hierro muere. Y la última la hicimos a dúo y fue motivo de que al año siguiente estuviéramos buscando nuevo alojamiento. Creo haber comentado que vi-

víamos justo frente al convento de San Francisco. Lugar histórico y además hermoso, con muy bien conservados detalles coloniales. Incluso el lugar del parque en que un puma se había desayunado con uno de los frailes, allá por el siglo dieciocho. Y nuestro cuarto daba a la calle, es decir a la avenida Juan José Passo. Ahora no estoy seguro si a esa altura era todavía avenida San Martín. Y teníamos una muy amplia ventana, de alféizar bajo y recias persianas de hierro, además de las hojas de madera y vidrio con cortinas pesadas. Hacia octubre o noviembre, la comunidad franciscana celebraba una fiesta importante, parte de la cual consistía en una procesión que partiendo del templo tomaba por la avenida hacia la Boca del Tigre (frente a la cancha de Colón) para regresar por el mismo camino. Realmente no recuerdo los antecedentes de nuestra conducta, pero lo cierto es que con Luis nos pusimos a tomar mate en calzoncillos y con la ventana abierta de par en par, en el preciso momento en que comenzaba a salir la procesión. Los procesionantes salieron del paso como pudieron, pero era evidente que algo ocurría, porque al pasar frente a nuestra ventana todas las miradas entraban a nuestro cuarto y las caras —al margen de una morbosa curiosidad— no eran justamente de aprobación. Esto sucedía un sábado por la tarde. El lunes, a primera hora, doña Josefa no se anduvo con vueltas. Muchachos, ustedes sabían bien cómo era la cosa. Yo pienso lo mismo que piensan ustedes de los curas. Pero la convivencia es la convivencia y no quiero broncas con el barrio. Así que para el año que viene se me van buscando otra pensión. Reconozco que no hicimos mucho negocio con esta triste historia. El lugar era lo más parecido al paraíso que uno pueda pedir. El corazón del Parque Sur es un lago artificial —el Quillá— formado a partir de un brazo del río Colastiné, al que se le cerró la salida, pero permitiendo que el agua siga fluyendo. Todo alrededor una avenida costanera preciosa, con veredas anchas y una más que generosa variedad de árboles y plantas. Alrededor del lago corría yo casi todas las mañanas antes de empezar a estudiar. Al regresar a casa me bañaba, tomaba unos mates y a los libros. Si hojeo mi libreta de estudiante, seguramente me confirmaría que fue el año más regular en cuanto a cursos y exámenes. Incluso al dar la vuelta hacia la izquierda por calle 4 de Enero, se iba a parar a un arroyito que era la antigua salida del Colastiné y donde pesqué tantas mojarritas como jamás en mi vida. Y donde un día —vuelvo a la reflexión de que el mundo es insensatamente pequeño— a orillas de ese arroyo y mojarrero en mano, escucho azorado que un desconocido, desde la altura de la calle y a cosa de unos treinta metros, me llama por mi nombre. Ya cerca mío comienza a interrogarme con aire inquisitorial. Cosas como se supone que usted debía estar estudiando, no pescando. Y pálidas por ese estilo. Finalmente se dio a conocer. Era uno de los tantos viajantes proveedores de El Chacho. Como tío Pepe no dejaba de publicar los pormenores de mi vida ante cualquier auditorio, cuando este señor —se llamaba Luis Genco— le comentó que dentro de su itinerario habitual estaba la ciudad de Santa Fe armaron entre ambos esta sorpresa. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Durante el segundo año de universidad murió Remigio. Había ingresado en el Colegio Militar a instancias de una madre que tenía decretado un hijo militar y la hija monja. El padre de Remigio se había arrojado con el auto al paso de un tren, simulando un accidente para que con el dinero del seguro pudiera costearse el curso de ingreso, las matrículas y demás gastos, incluidas deudas derivadas de la exigencia conyugal. A Remigio lo arrastró de la garibaldina un tren expreso en el andén de la estación de San Martín. Por sus compañeros pude deducir que alguna pena muy grande lo empujó a la muerte. Y creo adivinar que no fue sino el descubrir los pormenores de la desaparición del padre (ambos se adoraban). A Indalecio el Vasco —el hermano menor— no le cupo otra que entrar a su vez al Colegio Militar, porque Socorrito no se paraba en detalles baladíes como la muerte de un esposo y un hijo. A su debido tiempo, supe que el Vasco ya era coronel de caballería. Serás lo que debas ser. ▮

[GE; *Zapping*]



§

Solamente pude juntar algunos de mis muertos en un poema extenso casi desesperanzado. Unos acudieron a la convocatoria de una memoria impar e infiel. Otros —Dios sabrá por qué— permanecen esfumados en una especie de bruma y el modo incierto de estar y no estar que coloca unos personajes a mitad de camino entre el ser y el fantasma. Realmente asustan esta clase de censos. Uno espera a cada nombre, a cada rostro, la respuesta acá estoy u hola o por lo menos la sonrisa que nos confirme la permanencia junto a nosotros. Mal momento, en todo caso, para abordar una pregunta que por la previsible falta de respuesta nos abstendremos de formular. Que seguirá esperando y demandando y que llevaremos finalmente a cuestas en un rincón de nuestro bolso marinero. Entre los rostros velados por no agregar aristas innecesarias al filo del espejo, el de Rubén Eguiazu, a quien abuela Macrina y las tías apodaban Naricita por su apéndice respingado que le daba un aire de adulto resistiéndose a abandonar la adolescencia (o la infancia). Quien vivía en un momento en la esquina de avenida Francia y Las Artes, donde antes o después el doctor Bignoli (¿Vignoli?). Quien era sobrino de la señora señora de Pérez Ordóñez (otra empingorotada y vetusta dama de un mismo nivel con la señora de Vidal y la señora de Muñoz). Quien era primo, creo, de Pocho y de Buby Zabala, primos ambos y sobrinos a su vez de la benemérita. Y que inevitablemente se me mezclan con Teófila y con Mariela y con otro apellido que se me escabulle por los recovecos. Pero muy cerca de la historia anda el pelado Ceballos, el de los genioles. Pocho era un buen pianista y un admirador fervoroso de García Lorca. Y a propósito, creo vislumbrar asimismo un Federico en la familia, que tenía sus orígenes en la localidad de Serodino. Oh casualidad, del mismo pueblo (no llegaba a ciudad) de donde provino a su tiempo el Chocho Drovetta famoso de los preservativos dobles. Pero dejo vagar la memoria sin esforzarla, seguro que aquellos datos volverán. Efectivamente, Buby y Mariela eran de la familia Pace o Pacce. Y también relacionado con ellos estaba el japonés oriundo de Isla Verde, un pueblito que imagino perdido en el interior de la provincia de Córdoba. Rubén era propietario de una madraza autoritaria del mismo corte que su tía, por lo cual atando cabos supongo que ambas eran hermanas. Viudas ambas como es de suponer porque hay vínculos difíciles de soportar pasada una cierta cuota de equinoccios. Peronista enfervorizado y admirador más enfervorizado aún de los modelos prusianos y de la Alianza Libertadora Nacionalista, amaba por igual el lado presuntamente femenino de los franceses y el supuestamente varonil de los teutones, con lo cual su cabeza era un estallido de marsellesas y grandielocuencia wagneriana. Sin otra relación más que la vecin-dad, Lita Rossi desapareció de Barrio Parque (y de mi vida) para reaparecer muchos años después en Santa Fe. Por entonces la facultad exigía actividades deportivas, que yo satisfacía sin demasiado entusiasmo en las instalaciones de Rivadavia Juniors. Supongo que la elección no pasaba sino por la comodidad de la cercanía, pues distaba pocas cuadras de la facultad. Y en una de las prácticas de basquet me reencontré con Lita, dedicada a su vez a algún tipo de gimnasia. Mantenía, eso sí, sus hábitos de excelente nadadora. En mi memoria se mezclan escenas del Club Provincial de Rosario y de la pileta de Rivadavia. Pero siempre aparece ella en zambullidas impecables. Su postre-

ra zambullida no fue desde un trampolín sino desde el balcón del primer piso de su casa. Aunque conocía a sus padres, me negué a preguntar, me negué a ver y al correr del tiempo me negué asimismo a recordar. De tanto en tanto su figura esbelta y su ceñida malla blanca atraviesan alguno de mis compartimientos secretos con la brevísima duración de un relámpago, de una lágrima. Como tampoco logro anclar un recuerdo coherente de la hija mayor de Rogelio Sarra, el ebanista que colmaba las aspiraciones señoriales de tío Pepe con un oficio impecable y unos muebles abominables. Quien fue, entre otras cosas, el hacedor de aquella famosa valija lustrada y con monograma que Chijani pateó con rencor y el delicado la-concha-de-tu-madre que yo me sentí obligado a retribuir con el no menos delicado e imaginativo la-concha-de-tu-madre-y-la-de-tu-padre-juntas que menciono por ahí. A Rogelio lo ubico en tres momentos distintos de mi vida. Primeramente en calle La Paz, dos o tres casas antes de las barreras. Al tiempo, como encargado de mantenimiento del club Provincial. Y bastante después, en un pequeño departamento de planta baja sobre calle Mendoza, cerca del Normal Uno. Por entonces, Ana María andaría entre los catorce o quince y el exceso de peso era al parecer una de sus peores preocupaciones. Ignoro cuáles eran sus otras circunstancias personales, pues no teníamos trato alguno, tímida y muy poco comunicativa. Pero una noche, superada acaso por el peso de respuestas que nadie le daba, buscó la definitiva en una copa de cianuro que le aseguró una paz mucho más franca que las comunes pastillas sospechosas de lavajes y regresos indeseados.

Pensar por ejemplo en Remigio es recordar a su padre el doctor Etcheón —Pochilo para Socorrito— y su humor habitualmente bueno pero igual así sombrío (¿premonitorio?) y también agreste y alejado. Una tarde generosa de sol a orillas del Paraná, sobre la costa de Pueblo Ester (¿o Esther?) Remigio y yo pescando y también el padre —el doctor— con su parsimonia y un chambergo pajizo tipo panamá. Y de golpe mirar hacia donde él estaba y él ya no estaba. Solos su mojarrero y el pajizo, flotando despreocupados a la altura de la piedra que lo viniera conteniendo y unas ondas que se iban agrandando y alejando. Y el grito opaco de Socorrito. Y la corrida —ambos— hacia el sombrero flotante y manotear debajo del agua y sacarlo medio ahogado pero apenas un poco lavada la sonrisa que nunca lo abandonaba del todo. Casi todo era en él ficción —caricatura— al punto que cuando el tren se lo llevó con el auto en una barrera del Central Argentino nos costó entender que esa vuelta iba en serio. Que se había matado en un accidente estúpido que con el tiempo comprendimos que no había sido un accidente y por lo tanto tampoco estúpido. Ninguna muerte carece de grandeza. Y la de Remigio padre conlleva la grandeza absoluta, la inobjetable, la que nadie se atrevería a cuestionar aunque muchos se hubieran apresurado a armar titulares con sus desprolijidades y sus deudas. Muchos que ignoraban que aquellas barreras de aquel paso a nivel marcaban el inicio de un sendero luctuoso empedrado con el cuerpo destrozado, con las lágrimas prolijas y mesuradas, con la orfandad inconsolable de Remigio junior y el Vasco y Belcha, con la tozudez irredenta de Socorrito calculando que el importe del seguro cubriría los gastos de ingreso de Remigio al Colegio Militar. Que se haría mortal circunferencia cerrándose sobre sí misma como la figura de la serpiente cuando en la otra punta —el otro origen—

quedara colgado el cuerpo también destrozado de Remigio junior y alguna otra parte y una parte de su capote enredados en las bielas de una locomotora expreso y la mancha oscura al borde del andén y las miradas acuchilladas de sus compañeros alrededor del cajón y el murmullo que no se atrevía a abandonar los labios del no fue un descuido, se acercó a esas vías mirando algo más allá que ninguno de nosotros podía ver. También prisioneros y apisonados en ese mismo sendero quedarán los pasitos de Belcha bajo el silencio de los claustros y el taconeo de las botas del Vasco sobre el pavimento de la cuadra y el peso de sus insignias de coronel de caballería porque había que acatar las directivas del destino que se escurrían por los ojos crueles y los labios mezquinos de Socorrito.

Si la hermandad en el dolor y los insondables errores de una historia compartida —al menos las escabrosas miserabilidades de una Clitemnestra feroz— fueran insuficientes para juntar dos memorias queridas que en vida no se conocieron, cabría creer que Remigio y Rubito tenían en común mucho más que la circunstancia de mi amistad y la insensata trivialidad de sus muertes. Remigio junior remontando sabe Dios qué cielos detrás de la esfumada memoria de su padre, perdido él mismo tras otros cielos ante la ignorancia —indiferencia— de otros dioses, perdidas a su espalda la sumisión desvalida de una hermana y la estolidez de una madre pétrea. Rubito golpeando asimismo contra un pavimento asesino bajo las ruedas sin control de un camión desorbitado, dejando un rastro de viudas encintas de paternidades obscenas y agripinas imperturbables —madre e hija es decir hermana— heroico al encuentro, sin vacilaciones y sin temblequeos, de la extasiada serie de respuestas a su impaciente lista de preguntas.

Ruiz Burgos no sería entonces un tercero ajeno, sino elemento necesario en la arquitectura de este triunvirato que con el tiempo irá incorporando segmentos y variando de estado. Cambiando alguna circunstancia menuda —levemente alterando el certificado de defunción— (¿por qué no nos animamos a decir certificado de disfunción?). Poco importa en el espesor del tiempo el detalle forense, una muerte es una muerte, tren, camión o cardiopatía. Un propósito —despropósito— un tajo, un simulacro o un atajo. Más seguros que aseguran un ingreso, una garibaldina, una gorra y el sable. José Héctor padre de José María —Jose— y dos niñas cuyos nombres y rostros persigo inútilmente. Una era creo Ana María, la otra María del Carmen. La viuda, de cuyo nombre no me acuerdo ni quisiera acordarme, era la menor de las Carrasco, otro borrón anclado en Barrio Parque, sobre avenida Francia. Sobran los pormenores. Ciertamente, retazos duros de una dura y larga lista de desgarros e interrogantes. ▮

[GE; *Zapping*]



Gregorio jugando ping-pong con compañeros de facultad, en un salón del C.A. Rivadavia Juniors. Santa Fe 1953.

§

Los veranos los pasaba en Rosario. El del ´54 en particular fue tormentoso. Con Ana María habíamos decidido escribirnos en francés, no porque nuestra comunicación fuera algo del otro mundo sino un poco como juego. Pero a las tías no les pareció lo mismo. Claro que jamás reconocieron haber intentado leer esa correspondencia. Sí me parecía evidente el rastro del intento, porque no es fácil despegar y volver a pegar un sobre al vapor de una pava sin que se note. De todos modos no pasó de algunas indirectas mal enviadas y peor recibidas. Con el correr de varios años —exactamente cinco— cuando ya Ana María quedara en un recodo del camino, tía Fina se permitió comentar qué clase de chica sería que me escribía "en extranjero" se-ve-que-nada-bueno-es-lo-que-te-dice. Con lo cual quedó en claro que el pez siempre muere por la boca… Así llegó marzo del ´54. Y así nos encontramos con René y con Chocho en el depto de 25 de Mayo, entre Moreno y Juan de Garay. ▮

[GE; *Zapping*]

§

El depto de calle 25 de Mayo en Santa Fe fue mi primer cuartel general de soltero. Lejos de un loft ni siquiera del clásico pisito —Corrientes tres cuatro ocho y todo aquello— pero bastante superior al cuarto en lo de doña Josefa y ni qué hablar de la casa de Clelia y Gastón. Gastón que aclaro no tenía nada que ver con mi condómino del depto de 25, quien era en realidad René Gastón.

En conjunto, las sucesivas mudanzas marcan como un itinerario de mi liberación. Porque elegir una carrera y trasladarme a Santa Fe es algo fácil de decir, pero supuso en la realidad muchos entretelones y altibajos. Empezando por una luz verde harto sospechosa y rápida de abuela Macrina, que fue una de mis mayores sorpresas, the last but not the least. Porque era de esperar una firme oposición a lo que por más moñitos y disimulos que le colgara sonaba a la legua como el grito de Alcorta o el éxodo de los Treinta y tres orientales. Era, para decirlo clarito, salirse del ámbito de las tijeras de podar y para la abuela no eran sapos que tragara sin pataleo. Sin embargo no solo no dijo ni mu sino que apoyó, más lejos de aquello de quien calla otorga. Participó en forma activa de las conversaciones y preparativos. Que comenzaron buscando el apoyo y el consejo de uno de los agustinos de la iglesia de Luján, bajo cuya nave había lucido mi esmoquin blanco de pantalón largo (sola y única ocasión hasta los quince, seis años más tarde) cuando mi comunión, brazalete y libro de oraciones haciendo juego, que en las fotos que mandamos a España se notaba que me habían criado de primera, a pesar de la ausencia paterna. El sacerdote en cuestión —creo que el padre Sancho— dio los pasos necesarios para que nuestra primera parada (mamá y yo quiero decir) en Santa Fe, fuera otra casa de los agustinos que también se llamaba iglesia de Luján, sobre la plaza de los Constituyentes y a un par de cuadras de la facultad. De donde previo refrigerio en casa de una familia adjunta a la parroquia terminamos desembarcando en lo de Clelia y Gastón. Quienes no pertenecían al círculo de los agustinos recoletos sino al de los dominicos predicadores y estaban acampados frente mismo a las murallas laterales del templo de Santo Domingo en pleno corazón del Barrio Sur. Cuya cúpula conservaba orgullosos impactos de bala de más de una revolución, porque parece moneda corriente que a cada chirinada algún sacerdote curioso trepara a las alturas para apreciar la magnitud de los hechos y de inmediato cualquier francotirador desde Casa de Gobierno procurara por las buenas o más bien por las malas preservar en discreto silencio oficial los pormenores, al menos hasta ver quién ganaba la pulseada.

La casa era maravillosa, con sus paredes de adobe de medio metro de espesor, sus rejas y su puerta de calle con dos o tres llaves, la mayor de las cuales pasaba del kilogramo bien pesado. En realidad era una casa histórica, pues figura en una de las novelas de Hugo Wast, creo que en *La casa de los cuervos*. Hubo los convenientes intercambios, recomendaciones y seguridades dadas por ambos contratantes. Por parte de mamá en cuanto a la excelencia de mi crianza, educación, modales, conducta y buenas calificaciones, referencias de profesores y maestros, opinión de padrinos y vecinos, trofeos y

pergaminos cosechados a tan temprana edad, en fin, una manifestación de bienes más que suficiente para que Clelia y Gastón supieran que podrían seguir viviendo en paz, a pesar de todo. Y por parte de Clelia y Gastón, recíprocamente, que eran católicos practicantes de la primera hora, de misa y comunión diarias, discretos y de buenas costumbres, sin hijos por el momento, sin otra familia cercana más que un gato y un perro de los cuales espero no olvidarme alguna mención antes de terminar, morigerados en la comida, sobrios en el beber (agua diariamente y cerveza mesurada las fiestas patrias) y hasta se puso en el tapete el pasado de Gastón joven como cadete del liceo primero y como seminarista después, habiendo renunciado a la vocación sacerdotal para ocuparse de su madre viuda e inválida. A la fecha empleado de la mayor confianza de Lutz Ferrando, calcule.

A esta altura de la ceremonia, mi madre reconoció contar con los necesarios elementos como para despedirse previas discretas lágrimas y emprender el regreso a Rosario a retomar su vida, que prometía ser en adelante un poco más tranquila. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Es obvio que un depto implica una cantidad de expectativas muy ligadas a la libertad y al sexo. Yo tenía encima, entre otras fantasías, la de mi primera vez. Hecho ciertamente mucho más importante antes que después. Fue tema cotidiano. En ese sentido, René era reservado y nada comunicativo. Chocho en cambio gustaba fanfarronear y hacer facha o —como decía él— hacerse el lindo. Tenía una particular manera de pararse frente al espejo con un cigarrillo en la mano y mirarse desde uno u otro ángulo, sonreírse, ponerse serio, girar la cabeza, en fin hacer poses, para terminar con una muletilla por la cual se hizo famoso, puta-que-soy-lindo. Aunque mucho más famoso se hizo al descubrirse que con la Juanita se ponía de a dos forros por vez, por miedo (de ella) de quedar embarazada. Lo descubrió René, porque Chocho le pedía la pieza, que era la más agradable. René puntilloso hasta el hartazgo en cuestiones de limpieza, un verdadero rompepelotas. Y en tren de volver todo a la normalidad, en una de esas visitas pasó un escobillón por debajo de la cama y encontró la evidencia. Me llamó para pedirme opinión y a mi modo de ver no cabían dudas. Nadie es capaz de poner uno adentro de otro a menos que sea en vivo. O sea que quedó como una pincelada más de las aventuras con la Juanita, que eran todo una historia. Porque había que encerrarse con llaves y pasadores cuando la traía. Él le juraba que estaban solos en la casa. Todo el circo duró hasta que decidieron formalizar la cosa y entonces se acabaron los tapujos. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Uno o dos meses después de ocupar el departamento fuimos a bailar con René en una pista muy de medio pelo cerca del puerto, por calle Moreno abajo, a no más de tres cuadras de casa. Se trataba de lo que el patrón llamaba Pista Flor de Ceibo y lo que en el ambiente se conocía por el apodo más familiar del Colombo. Donde un gendarme de caballería te palpaba de armas —cualquiera fuera el sexo— y te solicitaba utilizar el servicio de guardarropas para depositar cuchillos, navajas y demás herramientas de trabajo. Adentro —de regular para abajo— había de todo. Seguramente un Joaquín Castellanos o un Borges atinarían al calificativo adecuado y a la pincelada justa. Visto desde lejos, era sórdido. De cerca también. Lleno de gente pobre y de pobres gentes. Se bailaba. Se tomaba. Hasta se divertía uno, si no había demasiadas pretensiones. Si no se metía la mano en territorio ajeno no pasaba nada. Si no, había que aguantársela, como en cualquier parte. Son al fin de cuentas lugares donde cada cual sabe a lo que va. A eso de las tres de la mañana, salimos para el departamento con Beatriz y Rosa, dos hermanas. Rosa era calladita. Yo no le preguntaba por detalles personales, para no ponerla en la obligación de mentir. Poco a poco se fue soltando. Se hicieron amigas de la casa. Se sentían tratadas como personas y eso les gustaba. Bien dispuestas a la hora de cocinar o preparar unos mates. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Recuerdo nuestra primera experiencia en un tenedor libre. Esto era en el ´54 un concepto revolucionario, por lo menos para Santa Fe. Lo había lanzado el hotel Colón y alguien le pasó la noticia a Chocho. Decidimos que el primero que aprobara un examen lo festejaríamos allí. Le tocó a René, penal o administrativo. Me inclino a creer que era penal, porque entre él y Chocho me tenían como loco con Fermi y con Lombrosso y *l´uomo delinquente* y la *spinta criminale* y la *contraspinta penale* desde hacía más de dos meses. Así que esa noche, con la pancita vacía, nos fuimos a la prometida comilona.

El Colón estaba sobre Humberto frente a plaza España. En la esquina estaba la farmacia Las Colonias, propiedad de Toto Montemurro, el tío de Coco Cejas. La verdad fue un éxito. Había, en primer lugar, muy pocos comensales, por ser día de semana. El mozo estuvo a nuestro lado casi todo el tiempo, que fue ciertamente muy largo, al menos dos horas y media. Sirvió con manga ancha todo lo que le pedimos. Y aceptamos con estómago no menos ancho todo lo que nos recomendó. Recuerdo entre los cinco platos que despachamos, una estupenda corvina a la baska y unos riñoncitos al vino blanco. El patrón y el mozo estaban verdaderamente encantados de vernos engullir y engullir. Se hicieron cargo de inmediato de nuestra condición civil de estudiantes y realmente pusieron todo lo que estuvo a su alcance para que no nos priváramos de nada y tuviéramos una noche inolvidable. Naturalmente con mucho vino. Más postres. Más café. No faltó nada. Unos verdaderos maestros en atención personalizada. ■

[GE; *Zapping*]

§

Entretanto hubo un intento de desarrollar la cuestión de los cosméticos. Junto al cuarto que ocupaba —eran dependencias de servicio— había un local de regulares dimensiones (regularmente reducido quiero decir) pensado como cuarto de baño. Un poco de imaginación, una buena limpieza y algo de pintura obraron maravillas. Con el agregado de la que había sido mi mesa de trabajo durante mi escuela primaria y unas estanterías más un par de docenas de frascos de laboratorio recuperados de los desechos de la facultad y uno que otro elemento ad hoc —un mechero de Bunsen, dos buretas, un refrigerante y una ampolla de bromo— conseguí montar algo remotamente parecido a un laboratorio. Simultáneamente cumplí con formalidades varias para registrar el producto y una marca en salud pública y solicitar la habilitación pertinente. El inspector designado para evaluar las instalaciones fue un señor (¿doctor?) Busso. El día del acontecimiento esperé la visita de este funcionario con una mesa de desayuno espléndida para mis posibilidades. Después de aceptar ese modesto agasajo pasamos-a-recorrer-las-instalaciones. Supongo que en su vida enfrentó el buen hombre tamaño compromiso entre el ser y el deber ser. Su sentido de cómo debían ser las cosas lo impulsaba a hacer preguntas (ciertamente discretas) y formular algunas objeciones (no demasiado lacerantes). Yo, por mi parte, respondía a unas y refutaba otras con un aplomo y una convicción que terminaron por ablandar la severa reserva del inquisidor. Recibí la peleada habilitación. De ahí en adelante hubo varios rounds. El último fue una oposición interpuesta por el fabricante de cocinas Merlín de la provincia de Entre Ríos. Finalmente desistí, previo darme cuenta de que no hay nada más fácil de hacer que un buen millón. Siempre que se cuente naturalmente con otro tanto o haya tenido uno la precaución de nacer en cuna bien forrada. La crema fría Merlin´s nunca llegó al mercado. Todas mis amigas opinaron en forma unánime acerca de su excelencia. ▮

[GE; *Zapping*]

§

En el ´54 mi segunda experiencia en publicidad con la gente de *Vida Escolar*. Horaldo Campana, sus hermanos Jorge y Juan Carlos, Juan Arancio, Héctor Peragallo. A Juan lo veía dibujar a mano alzada sin bocetos y no lo podía creer. Cada página de *El despertar del Mundo* era una lámina de setenta por un metro. Se sentaba frente al tablero, empuñaba el plumín como un pincel y en un par de horas el espacio se había poblado de árboles, bisontes, dinosaurios y trogloditas, decenas, cientos. Con todos sus rasgos. Con todos los detalles. Herramientas. Armas. Vestimenta. Viviendas. Pájaros. Lo que uno buscara. Y Peragallo dibujando tipografía a mano. Cuerpo 8 sin esfuerzo. 7 y 6 con una lupa puesta. Y las modelos de la agencia. Aquella Mirta de ojos verdes. Y aquella María Estela… Y don Pedro Candioti. Yo tenía a una cuadra la revista. Los horarios no eran estrictos y la cuestión pasaba por si había o no trabajo. Si no había, a otra cosa. Y si había, nos quedábamos hasta la hora que fuera. Juan Arancio no tomaba más que mate. Peragallo nada. Los demás lo que podían, aunque la tónica general era muy sobria. Con Lalo entablamos una buena amistad. A menos que tuviera un especial compromiso, a una hora prudente —que podía ser cualquiera después de las diez de la noche— me decía largue, Gregorio, vamos a comer algo. Era como un ritual tres o cuatro veces por semana. Invariablemente a lo del Alemán, en la esquina de 25 y Rioja. Nuestro gusto no era variado. Queso sardo o parmesano, un buen jamón crudo, un pan exquisito y crocante y la jarra de borgoña. Eran las horas —siempre varias— del descanso, de los bueyes perdidos, de alguna confidencia no solicitada pero bien escuchada. En alguna ocasión —cuando un cliente se ponía— cambiábamos por un bife de chorizo completo y un par de botellas de Colón borgoña o un chablis de Valderrobles. Eran buenas ramas de un excelente tronco familiar y cada cual a su modo me dieron tal vez mucho más de lo que ellos mismos hayan alcanzado a imaginar. Incluso un apoyo discreto y sin reticencias, en ocasión de un retorcido episodio en el que se mezclaron la sonrisa tentadora de una morochita que terminó compinche de María Estela la modelo-cana, la adquisición malhabida de una maleta de lona para avión y tres días en la alcaidía de Jefatura, en pleno centro y a pleno verano. Saldo no menor de esta historia es el recuerdo de un calabozo promiscuo en compañía de unos quince camaradas. Variando sus historias y merecimientos desde el que estaba por una pavada (había robado un par de docenas de pavos) hasta el que se había cargado de una puñalada a un compinche circunstancial de juerga o Martín un homosexual de unos 20 años a quien rebautizaron Martina y se lo jugaban a los dados para disfrutarlo por las noches. La cuestión se zanjó previa indagatoria ante el juez Gallegos. Cuya admonición hubiera sido conmovedora. De no mediar la circunstancia de ser Su Señoría habitué del Centro Vasco y eventual socio de cama de Gloria la hija menor de Alcides (la mayor era novia del Chancho Cervín). Con la venia complaciente de Carola, of course. A Su Señoría le encantaban además el pulpo a la gallega, los tangos de Saborido y el champán. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Al empezar con las modelos, los hábitos se modificaron en parte. A veces éramos más alrededor de la mesa. El negocio lo trajo un morocho con aire de bandido, de nombre ampuloso. Humberto J. Cardozo Gómez. Grandote y elegante, parecía decidido a llegar al estrellato con su inspirado Instituto Santafesino de Modelación y Consejo de Modas. Acarreaba un cierto halo de rufián melancólico tras haberle curtido el lomo a las nenas Simonetta, dos hermanitas (perdidas) que andaban en el negocio de la moda y de la trata, pupilas ellas mismas del primer cafishio que les guiñara un ojo. La hermana, también de buen talle y mejor lomo —Graciela— era callada. En el enganche estaban también el gordo Castro, casado con una hermana de Lalo que no aparecía por la agencia. Juan Carlos que hacía de gerente de marketing. Juan Manuel Palavecino, un gritón con problemas de autoestima mal encaminados. Y su hermana María del Carmen, con un pie en el magisterio y otro en la joda. Jorge el chiquito, que aportaba al margen de su trabajo en la Dirección de Cultura y en la Orquesta Sinfónica y había sido probablemente el fundador de Editorial Vida. Chiquito Biancucci —este no tenía nada de chiquito— que hacía de asistente de cualquier cosa y calibraba los talles. Los otros hermanos —Tito y Antonio— todavía con la gráfica familiar, donde imprimíamos la revista. En algunos números de *Vida Escolar* aparecieron mis primeras publicaciones. Recuerdo dos cuentos, *Viejo payaso* y *La flor eterna*, y un ensayo acerca de la danza. Aparte de la retórica presuntuosa y los lugares comunes, puedo acotar a favor de ellos que no tenían errores de ortografía. Tiempo después se arrimaron los Zapata, dos hermanos del interior de la provincia, que fabricaban —o fraccionaban— productos de limpieza. Uno era Juan. No recuerdo el nombre del otro, me suena Esteban. En el conjunto, eran los que más en serio se tomaban las cuestiones de trabajo. Estaban cerca de los vendedores, les enseñaban permanentemente formas de actuar y recursos de ventas. Organizaban los viajes y las giras. Realmente daban la impresión de creer en lo que estaban haciendo. No recuerdo en este momento la marca de los productos. Pero sí tengo presente un jabón limpiador en panes y el modo que sugerían para vender. Era llamar a cada casa y pedir permiso para limpiar una canilla. Hoy con los afanos sería una técnica inabordable. ▮

[GE; *Zapping*]



Arriba: María Estea Dimeola, […]. Mirta Gerhardt, Gregorio Echeverría, Pedro Candioti, Carlos Biancucci, Estela Juárez, Humberto y Graciela Cardozo. Abajo: Silvana y Esther.

§

Ubico unos carnavales inolvidables, en el viejo Comedor de calle Crespo. En un movido *brain storming* para darle un toque especial, cada cual se anotó según sus habilidades y ganas de trabajar. Propuse armar en la entrada una marquesina con la figura del perro Pluto. Mis luces como dibujante artístico nunca fueron deslumbrantes, pero conservaba de mi preadolescencia alguna aptitud de logística masturbatoria. En efecto, los primeros picores de la libido y la escasez de recursos monetarios se habían conjugado para que desarrollara algunas técnicas interesantes. Una era el calco sobre papel vegetal (lo conocíamos como papel manteca y tío Pepe lo usaba para envolver el fiambre) de figuras —especialmente de Rico Tipo— de mujeres sexy, sobre todo de Divito, dibujante que se hizo famoso por sus cabelleras chispeantes y colitas de caballo, labios supercarnosos, tetas estupendas, escasa cintura y unas caderas como las de la mulatona, piernas muy largas más zapatos de taco extra large y ropa bien ceñida. Tanto que era sencillísimo no calcar la ropa, con lo cual las niñas quedaban más naturales. Soy consciente de que la gente mejor educada las llama lolas, pero a la hora de la verdad no importa tanto cómo se las llame sino cuánto placer dispensen. Ni comparto la opinión superortodoxa de Largión que me decía que eran exclusivamente mamas sin otra finalidad natural. Oso. La otra técnica que debo a esas primarias picazones es la copia de dibujos valiéndome de cuadrículas. Que utilizaba para reproducir y ampliar mapas y otras figuras menos científicas. El asunto es que tenía en mi poder una lámina gigante con personajes de Disney,

clave de unas figuritas de los chocolatines Kelito. Cada personaje (estaban todos) aparecía en decenas de posiciones. Una antología de miniaturas. Entre todas esas encontré a Pluto en la postura potable. De perfil, el lomo arqueado, las patas delanteras medio apoyadas como antebrazos en el suelo, las traseras erguidas, igual que la cola. Y mirando de frente. Ampliada cuatro veces con ayuda de una cuadrícula me sirvió para presentar la idea. Y fue aprobada con entusiasmo. El siguiente paso fue ampliar este dibujo (de unos 12x10 centímetros) con otra cuadrícula, con la cual se llevó a 48x40. De aquí pasamos a una nueva ampliación, quedando en un 1,92x1,70. Con el paso final obtuvimos el tamaño de Pluto, que fue de 5,76x4,80 metros. Vino el momento de armar un bastidor que siguiera el perfil del perro. La puerta en sí estaría entre las patas delanteras y las traseras, debajo de la panza. Sobre el bastidor clavamos unas treinta hojas de cartón. Encima pegamos unas diez capas de papel diario, para obtener espesor y textura. Una vez seco el pegamento empezamos a pintar. Cuerpo naranja, hocico, cola, orejas y detalles negros. Lengua roja. Finalmente, pararlo y asegurarlo contra el viento. Adentro se estaba armando un plato volador —un Ovni— con un mecanismo que hacía ruido de motores y cantidad de ventanitas que dejaban salir luces de color. Cuando estuvo listo lo subimos a una terraza, desde la cual partía un grueso cable que —cruzando uno de los patios— llegaba hasta una terraza más baja. La primera noche de carnaval la gente colmaba las instalaciones. Mientras se bailaba, el locutor cortaba cada tanto para anunciar que se habían avistado naves extrañas en las cercanías. Nada original, porque el bueno de Orson Wells, basado en un texto de H.G.Wells había usado en el treintaytantos el mismo recurso en su *Guerra de los Mundos*. Pero al fin de cuentas, no todos sabían lo del radioteatro o la habían leído. Alrededor de la una de la mañana, el plato volador (que hasta el momento no estaba visible) encendió luces y motores y empezó a deslizarse por el cable hacia la terraza inferior, a lo largo de la pista donde se bailaba. El efecto que causaba se podía apreciar en el surco que iba quedando abajo. Llegado a la terraza inferior, detuvo su marcha. Una figura con sugerente vestimenta se alzó despacio como saliendo del plato y empuñando un arma extraña. La apuntó hacia lo lejos, adelante. A la distancia estallaron luces amarillas y destellos rojizos. Del otro costado del Ovni apareció una segunda figura de ropa oscura, también armada. Entre el gentío había sorpresa, expectativa y —por qué no— una pizca de temor. El primero de los marcianos (a esta altura no cabían dudas) se llevó a la boca el arma, que resultó una trompeta. Y desde el borde mismo de la terraza, interpretó en un solo magistral *Aquarela do Brasil*, el clásico de Ari Barroso. Era Giacomo Rondinelli, el trompetista de Varela Varelita, una orquesta característica que muchos aún recuerdan. El otro extraterrestre, mientras tanto, se había arrimado también al borde de la terraza. Apuntando su arma cilíndrica hacia el público y moviéndola en abanico, soltó varias nubes de gas que atemorizaron bastante a la gente. Ese marciano era yo. Y mi arma era un tubo de gas de refrigeración. Rondinelli terminaba en ese momento su solo de trompeta.

El viejo Comedor Universitario se venía abajo de los aplausos. ▮

[GE; *Zapping*]



Carnaval 1954 en el viejo Comedor Universitario de calle Crespo. Gregorio Echeverría y Giácomo Rondinelli.

§

Es inevitable nombrar a Jorge Lorenzo. Emparentado con uno de los corresponsales de La Capital, de Rosario. Creo que cayó al departamento de la mano de Mario Storni o de Jorge Conti. Me inclino por esto último, porque uno de sus berretines —no el menos relevante— era emular la vena poética de Conti. Loable intención que no iba más allá, a juzgar por algunos esperpentos que usaba endilgarnos con voz impostada y ademanes histriónicos. Y de lo cual basta y sobra para muestra aquel poema que comenzaba diciendo *camisetas, camisetas, calzoncillos, calzoncillos*… por supuesto una cosa es leerlo y otra escucharlo de boca del propio autor. Uno podía llegar a estar de acuerdo hasta con la pena de muerte. Al poco tiempo de lograr la admisión en casa en calidad de visitante, empezó a relatar —en capítulos— los vaivenes de su apasionado negocio con Miriam Rivera. Una piba realmente interesante, lo mismo que su hermana Nené (ojo, nada que ver). Y rodando rodando, terminó pidiendo prestado un cuarto para pasar el rato con su dulcinea. Comento al pasar que a René no le disgustaba para nada esta Nené, que estaba realmente rica. Propio de su hábito de meterse siempre en quilombos. Que es —por otra parte— la única vertiente que creo teníamos en común. Miriam había estado enamorada —antes de la aparición de este Lorenzo— de un tal René, que tampoco tenía que ver con mi compañero de casa. Pero prefiero preservar los nombres verdaderos, a riesgo de cualquier confusión que procuraré aclarar. La cuestión es que Jorge Lorenzo terminó instando a Miriam a abandonar su hogar, donde entre otras cosas creo que había un padre borracho o golpeador o ambas cocardas. Tomada la decisión, pidieron pernoctar en casa antes de emprender viaje hacia Buenos Aires. Hay aquí una laguna en mis recuerdos o en la información que tuve acerca de esta cuestión. Supongo que esa misma noche, tal vez acuciada por prematuros arrepentimientos o sabias premoniciones, Miriam le contó a Jorge toda la historia con el tal René. Y seguramente se le habrá escapado además que todavía lo seguía queriendo. Tras lo cual el romeo se dedicó a dos intentos consecutivos de suicidio. El primero encerrándose en el baño y procediendo a cortarse las muñecas. No a lo ancho —por supuesto— sino a lo largo. Cuestión que Miriam a los gritos de se encerró en el baño y se quiere matar, etc. Cuando lo sacamos, lo tiramos en una cama, más o menos enjuagado. A las dos o tres horas (bien de madrugada) Miriam corrió a despertarme para contarme que Jorge se había tomado unas pastillas que había en mi mesa de luz. Le aseguré que no corría peligro. Eran anticonceptivos de uso externo y todo no pasaría de una buena cagadera. El loco deliraba como entre sueños era-para-escribir-tu-nombre-con-mi-sangre-Miriam. Y seguía roncando.

Nené debe haber llamado a René para contarle toda esta historia. El hecho es que el René de marras (no Rambeaud sino el llamémoslo sin apellido) se enteró del asunto y apareció en calle 25 dándose a conocer y pidiendo hablar con Miriam. Conclusión, se fueron juntos ambos y dejaron a Jorge durmiendo la mona. Al rato (estaba empezando a amanecer) resucitó el muerto. Miriam. Miriam. Con lo cual fui despertado por cuarta o quinta vez en la misma noche. Le expliqué cómo era la situación. Empalideció. Tartamudeó. Primero lloró. Y me pidió que lo acompañara a caminar y despejarse. Mi alegría

no tenía límites. Pero estaba dispuesto a liquidar la cuestión, así que me vestí y salimos. Rodando rodando, enfiló para al puerto, del lado de los elevadores. Allí comienza el terraplén que bordea el brazo del río Colastiné y embalsa a su derecha el lago del Parque Sur. Al comienzo de ese terraplén (que ahora forma parte de la avenida de circunvalación) había una playita insignificante cortada al borde del agua en una pequeña barranca (de medio metro hasta dos o tres, según la altura del río, esa noche estaba bajo). Se detuvo —nos detuvimos— al borde del agua. Se puso a recitar. A desvariar. Miriam. Miriam. Hamlet. Qué hermoso sería morir esta noche, bajo estas estrellas. Le hice notar que lo único probable a partir de una zambullida en tales condiciones podía ser una pulmonía. Muerte tan irrefutable como cualquier otra pero carente ciertamente de gallardía ni siquiera de romanticismo.

El final de esta comedia es digno de todo su desarrollo. Tengo entendido que llamó a René para retarlo a duelo. A cuchillo, en la playa de Guadalupe. De madrugada. Cuentan que René aceptó. Jorge concurrió provisto de dos sólidos cuchillos ¡de postre! Dicen que alguien le escuchó desafiar luchá-por-ella-como-un-hombre-si-te-la-querés-llevar. Agregan creo los cronistas que René se conformó con ponerle un par de trompadas. ▮

[GE; *Zapping*]

§

A media luz aparece a menudo Imelda —Meldi— la de la terrible cicatriz. La vida nos acercó dos veces y en ambas oportunidades nos apartamos. Nos conocimos en un recital de la Sociedad de Canto de Esperanza. Año ´54 o ´55. Una invitación de Eduardo con quien nos habíamos salvado de la colimba el mismo día. Un ángel de mirada lejana y triste. Y dulce. Una criatura delicada hecha para las mieles del amor. Con una historia tan terrible como aquella cicatriz. En la que se mezclaban entre otros pormenores el hermano ahorcado y la fábrica de sogas, herencia de la familia. Coincidencias. Paradojas. Bailamos, bebimos, conversamos. Nos quisimos de una manera distante y distinta. Nos separamos en silencio y cargados los dos de melancólicas premoniciones. Treinta y tantos años más tarde volvimos a vernos, sin que mediara en todo ese tiempo comunicación alguna. La colorada Silvia me había invitado a la presentación de uno de sus libros en la ciudad de Santa Fe. Yo había escrito sobre Meldi en un poema. Silvia hablaba de su amiga Meldi. Le pregunté al pasar acerca de las circunstancias. Hablábamos de una misma persona. Así nos reencontramos. Yo casado con Amanda. Ella casada con Bernard el Pájaro Loco, uno de mis profesores de facultad. Nos vimos una vez más en Buenos Aires y una vez más consultamos los arúspices. La hallé verdaderamente adorable, plena en una sencillez querible y creíble. Recordamos cosas. Nos dijimos cosas. Nos preguntamos cosas. Nos dijimos adiós. Tal vez en algún otro recodo de nuestros impredecibles caminos… ▮

[GE; *Zapping*]

§

Casi para la misma época de conocer a Meldi moría Ruiz Burgos, de muerte natural si se puede considerar natural la sobredosis permanente de trabajo también —curiosamente— para sostener el tren de vida de esposa y tres hijos (en su caso dos mujeres y un varón) de elevadas pretensiones. Su nombre de pila era José Héctor y salvando la barrera de las edades, pues me llevaba por lo menos treinta años, cultivamos una amistad profunda que comenzó de profesor a alumno para ir creciendo casi hasta un afecto semejante al que supongo propio entre padres e hijos. Matizada por largas conversaciones y partidas de ajedrez y viajando a través de la filosofía, la religión, la historia o la filatelia. Pienso cuántas aventuras me ocurrieron frente a un tablero de ajedrez. Aunque también le complacía aceptar un desafío a la báciga, desafíos que eran de largo aliento, en matches de hasta diez o doce partidas. Y estando los naipes ya sobre la cubierta verde oscuro de su escritorio, no era inusual que entre tanda y tanda de báciga se alternaran algunas manos de chinchón. Su maravillosa colección de sellos postales de todo el mundo fue la primera cuota del aporte económico para que José María ingresara —casualidades— al Colegio Militar. La última cuota que pudo pagar fue con su propia vida. Nada he sabido de su mujer ni de los hijos. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Cuando jugábamos con Ruiz Burgos yo ya andaba por los trece o los catorce. Pero a los seis años, ajedrez era solamente para mí una palabra alada revestida de misterio, de extrañas y atrapantes connotaciones. Creo recordar que quienes la pronunciaban eran Largión o Leonardo —en todo caso Enrique— que diariamente pasaban por El Chacho al volver del trabajo. Ellos tenían un juego de piezas pequeñas de madera, que tío Pepe guardaba debajo del mostrador, donde paraban las resmas de papel de envolver. A veces, supongo que concidiendo con particulares estados de ánimo, el que de los tres llegaba primero pedía el tablero y se ponía a acomodar las piezas, sin apuro. Yo observaba la ceremonia, subido a un cajón de cerveza o sentado arriba del mostrador. El cuadrito blanco a la derecha. La dama en su color. Los caballos mirando hacia el rey. Cuando aparecía un contrincante, iniciaban la partida en silencio. A veces se continuaban partidas de tardes (o noches) anteriores. Cada uno de ellos tenía una diferente manera de jugar, me refiero no a las técnicas sino a los gestos y palabras. Leonardo era impetuoso, casi atropellado. Y con frecuencia, apenas movida una pieza, se pegaba en la frente o movía la cabeza a derecha e izquierda desaprobándose. No recuerdo que se le escaparan palabras gruesas. Era propio de él también pegar con un puño sobre la palma de la otra mano. Y tras cartón pedirle a tío Pepe bueno, don José, sirva un anisito. Enrique era más calmo y el menos generoso, no permitía que se volvieran jugadas ni que se toquetearan las piezas. Y pugnaba por ganar como una cuestión de principios o de sostener quién sabe qué metafóricas autoridades o aquilatar nadie sabe qué consensos. Se veía antipático cuando perdía porque no le gustaba perder. Y cuando ganaba se ponía sobrador. Nunca tomaba. Largión —Héctor— parecía el más disciplente, el menos comprometido. Hasta que algún desacuerdo le daba pie para discutir y volver jugadas y revisar variantes para ilustrar sus opiniones. Tampoco recuerdo que tomara.

En las tardes de primavera y de verano, solían sacar al jardincito de adelante una mesa y dos banquitos, aprovechando que la casa de ellos miraba hacia el este y a partir del mediodía el lugar quedaba en sombra. Y allí pasaban dos o tres horas empeñados en el misterioso juego. Uno de esos días en que los veía jugar desde mi vereda, crucé hasta la casa de ellos por primera vez. Me permitían quedarme y mirar siempre que estuviera callado. Y un día me empezaron a enseñar. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Así me adentré en esa amazonia que solo pueden entender y amar quienes juegan el juego de abalorios. En Provincial había actividad, sobre todo entre adultos. Eso me parece, porque yo era el más chico en todos los torneos. Hay quien piensa que es un deporte —o juego— de neuróticos. Algo de cierto habrá. Se ataca, se defiende, se avanza, se jaquea, se golpea, se hiere, se mata. Se parece a la vida. Pablo Levame era de los que nunca quieren perder. Pedro Albiac disfrutaba patrocinando actuaciones y encuentros. Luis Finkel, que estaba terminando medicina, también se la tomaba en serio. Roberto Fossarelli, uno de los maestros del club, se nos fue un día sin decir siquiera las blancas abandonan. Tomasito Ruiz Sánchez y Jorge Bassani eran, junto con Farré y Adam, un cuarteto infaltable en amistosos y en competencias importantes. Largión también era miembro del clan, incluso quien me acompañaba al volver a casa, generalmente a última hora, porque los adictos se iban arrimando a medida que regresaban de sus tareas o cuando terminaban de cenar. Brillaban en el firmamento internacional Miguel Najdorf, Tigran Petrossian, Max Euwe, Miguel Botvinik, Herman Pilnik, Paul Keres y un chico español que llenó los titulares durante bastante tiempo, Arturito Pomar. A los diez o doce años ya era campeón de su país y llegó a hacer un buen papel en torneos internacionales. Lamentablemente se agotó antes de tiempo. O bien a tiempo, quién sabe… En el Normal también se organizó la actividad. Años más adelante, encontraría muy buen ambiente en Santa Fe. Casi enfrente del depto de 25 de Mayo vivía Adriano Colussi, con quien entablamos una amistad que comenzó creo con el ajedrez y derivó luego a interminables noches con Nietzche, Dostoiewsky, Hegel, Sartre, Kant, Schopenhauer, Schiller, Wagner, qué sé yo. O nos íbamos a saborear helados a un local que tenían sobre calle Mendoza, en pleno centro. Sus hermanas eran muy ricas y atentas, su madre muy delicada y su padre un loco tormentoso (y seguramente atormentado). De esa época recuerdo (con desagrado) a Sidor, un judío muy mal llevado y jodido en actitudes de juego. Claro que era de los que jugaban por plata. Lo peor es que se le notaba. Su víctima predilecta era otro paisano —Kolchewsky— que parecía el exacto reverso, bonachón y divertido. Se jugaba habitualmente en los bares o en el Círculo Italiano, como complemento para muchos del poker o el billar. Me incorporé en aquella temporada al equipo de Alfil Blanco, que pertenecía a la Biblioteca Popular Mariano Moreno, en barrio Candioti. Adonde fui a parar invitado por Polo, el hermano de Toto Montemurro, tío de Coco Cejas (y yerno de doña Elisa). En algún otro párrafo hablé o deberé hablar de ellos, con quienes compartimos muchos momentos buenos y también de los otros. Seguramente entre los buenos contabilizo amables partidas de canasta e inolvidables degustaciones de los alfajores santafesinos de Antigua Alfajorería Merengo, que era uno de los emprendimientos familiares. Alrededor del ´60, después de haber ascendido a tercera jugando para Alfil Blanco, dejé casi por completo los trebejos y con el tiempo perdí hasta el derecho a retener la categoría. Hoy suelo enredarme en alguna partida con la computadora, pero no me atrae demasiado perder frente a una máquina. ▮

[GE; *Zapping*]



Frente de la casa de calle Moreno 1464. Victoria, Josefina, Juanita y Gregorio. Enero de 1956.

§

Más o menos para la misma época en que nos conocimos con Meldi me crucé con Gladys en Santiago del Estero. Gladys sencilla y pequeña dulce como una guayaba, como un panal de miel dorada. Fueron tres viajes en una misma temporada, justo antes de la Revolución Libertadora. Tres viajes al ensueño, al futuro, al vacío, a la eternidad. Tres viajes al cielo. Sus ojos contenían el mundo. Su voz pequeña predecía la gloria. Y su tonadita sabía a vinos generosos y leves. Ah, su dulce ingenuidad de llamar cocomaineros a los drogadictos. Realmente un ángel. Involuntariamente tuve el privilegio de arrimar algún (morboso) consuelo a una pobre mujer cuyo hijo había muerto siendo aviador militar durante los bombardeos a Plaza de Mayo en junio de ese año. No sé cuánto era nuestro parecido físico o cuánta imaginación sangraba desde su comprensible dolor. A tiempo escapé de las suaves invitaciones del hermano Antonio para que luego de ayudarlo a trasegar a sus botellas definitivas el vino de misa de los toneles lo ayudara en el trasiego de otros humores más privados. Este franciscano reaparecería al cabo de los años en el personaje de Su Eminencia en unos presuntos apuntes de bitácora de la época del descubrimiento que aún esperan su final.

En setiembre del ´55 la revolución que volteó al viejo me agarró allá. Las noticias son lentas. La gente no creía, lo que pasaba solo pasaba en Buenos Aires. Pero poco a poco la realidad también se fue instalando en esas lejanías. Perón se había ido al Paraguay. Gobernaba Lonardi. Se formaban las primeras comisiones investigadoras. Enemistades estudiantiles. Se quemaron retratos. Se arrastraron estatuas. Se demolieron bustos. Desaparecía el cadáver de Evita. Rodolfo Walsh inmortalizaría ese episodio con su pluma y con su propia muerte. Un año más tarde dejé el departamento de 25 de Mayo y regresé a Rosario. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Con un poco de empeño conseguí trabajo en el frigorífico Swift, que a cambio de otros deméritos, pagaba buenos sueldos. Y yo necesitaba, entre otras cosas, sanear mi economía. Fueron pocos meses, en un medio ni mejor ni peor de lo esperable. Jefes cipayos. Compañeros cipayos. Personal de seguridad que provocaba el despido de quienes encontraran fumando fuera de las áreas permitidas o con algún puñado de clavos viejos en los bolsillos a la salida. Con guardia femenina que revisaba hasta los genitales de las mujeres. Pero no lograban evitar que por las tranqueras del Golf Club de la empresa se escabulleran ventiladores de treinta y cinco pulgadas que yo me volvía loco después para localizar en los inventarios. Cámaras frigoríficas que conservaban reses podridas destinadas a pâte de foie. Representantes sindicales que viajaban como príncipes y vivían como reyes, vendían a los compañeros como Judas y se lavaban las manos como Pilato. Un mister Dawson y un mister King que podrían haber figurado en cualquier mal libreto de cualquier mala película sobre las minas de cobre o las explotaciones de caucho o de cacao o de diamantes en el Mato Grosso, en Sudáfrica, en Indonesia o en cualquier rincón del mundo. Que también estaban persuadidos de que necesitaban gente obediente más que gente inteligente. Y que eso no se hace, eso no se dice y eso no se toca. Absolutamente todos los mensualizados vestían camisa blanca y corbata negra. Unos pocos hablaban inglés. Muchos mentían en español. La mayoría apenas pensaban, ignoro en qué idioma. Bien convencidos de que sabían decir casi correctamente yes-ser, gud-monin-ser y okei-ser. ▮

[GE; *Zapping*]







Izquierda: Amanda y Gregorio en Parque Independencia, Rosario 25 de Mayo de 1959. Derecha: Julián Ezquerro (h), María Esther y Amanda Pastrana; Gregorio Echeverría. Rosario agosto de 1959. Abajo: Amanda 1959.

§

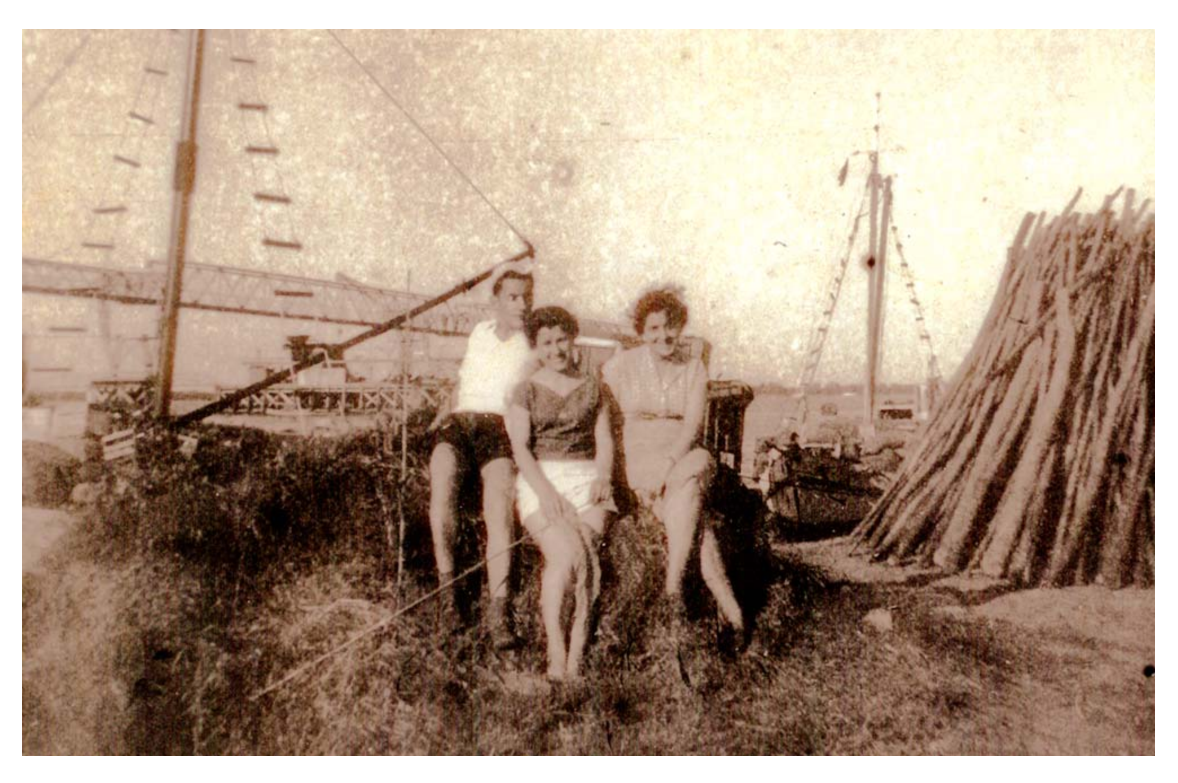
En un baile de estudiantes —Club Francés— la conocí a ella. Ese invierno estuvimos a punto de viajar con Charles Pix a la provincia de Buenos Aires para colaborar con los inundados, pero no tuve consenso. Creo que fue la primera concesión inoportuna. *The last but not the least.* Y todo mi voluntariado se volcó a unirme al grupo de enfermería de barrio con Rubito, Carlos (Charles Pix), el Chancho Cervín y el negro Silva, para cubrir guardias de inyecciones cuando la epidemia de gripe asiática.

En realidad el Chancho estaba en la casa de pasaje Tiscornia pero no sabía nada de inyecciones, como no fueran por vía oral y de grappa Valleviejo. Una noche estaba invitado a cenar en casa de ella, porque iban también Marta Guida y Cacho Licatta, que me querían conocer. O en realidad era ella la que deseaba presentarme en sociedad. Por la mañana nos fuimos con el Chancho a pescar por Saladillo, en la Gilera 250 cc bicilíndrica. A media tarde volvimos con algunas piezas menudas. Nos pusimos a freir. Una Valleviejo. Comimos, no te vas a ir ahora. Ayudame a lavar los platos. Una Valleviejo. Avisale a Amanda. Una Valleviejo. Te acompaño hasta el tranvía. Una Valleviejo. Un taxi en Ovidio Lagos. Final: casi a medianoche en Pasaje Gávez, hola mucho gusto y a los cinco minutos me había quedado dormido sobre la mesa. ▮

[GE; *Zapping*]



Amanda, Rosario 1958.



Parque Ludueña, Rosario 26 de octubre de 1958. Gregorio con Amanda y María Esther Pastrana.



Arriba: un paseo por Parque Ludueña con Amanda y Silvia Grasettín. Rosario 1958. Abajo: Amanda en Parque Independencia, Rosario 25 de Mayo de 1959.

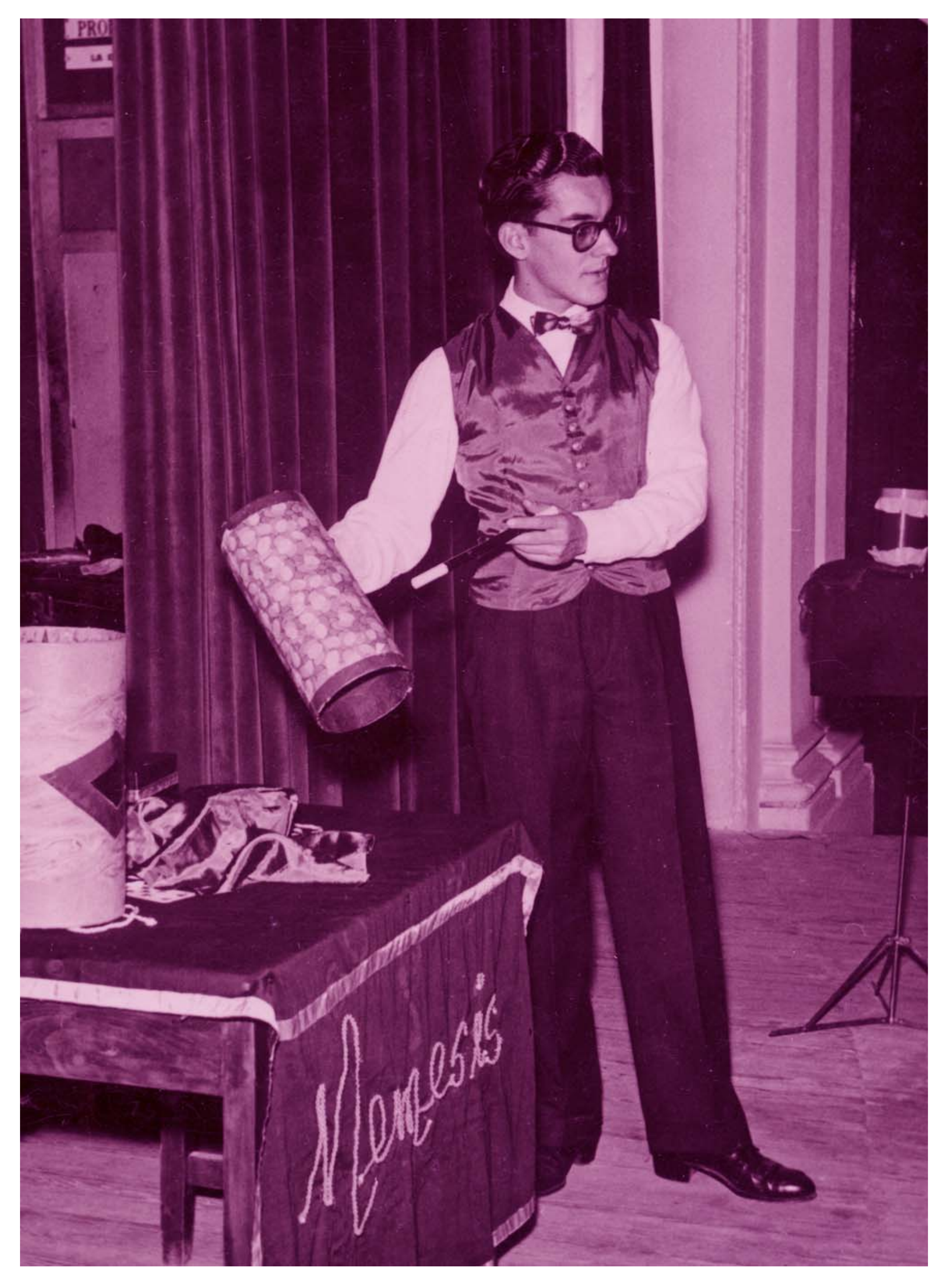
§

Retomando el tema de los amigos que se fueron, poco después de Remigio y Ruiz Burgos morían José Berlanga y el Negro Villalba, ambos de muerte más o menos natural, en una época en que no todos los estudiantes podían darse esos lujos. Berlanga alineado en la JP y el Negro alguna vez en la Fede y después recuerdo haberlo visto arrimado al MLN. Fundador del Colegio Menor. Era incansable en las tareas que se le asignaban y creo que parte de su buena salud fue consumida por los vaivenes políticos.

A él le debemos, entre muchas otras cosas, la aparición de Octógono. Y yo la encendida defensa que hizo de mi cuento *Marcado* cuando hubo que jugarse frente al Consejo de Redacción. ▮



Parque Ludueña, Rosario Octubre de 1958. Amanda, Eduardo Fernández y María Esther Pastrana.



Némesis en el Auditorio del Colegio San Jose, Rosario 1958. Con Jorge Pizarro como partenaire

§

Con Rubito decidimos regresar a Santa Fe, yo para retomar los estudios, él para hacerse cargo de las actividades de su padre recientemente fallecido. Casualmente jefe del marido de doña Josefa la dueña de la casa donde viví después de lo de Clelia y Gastón. Y Josefa y el marido también casualmente vecinos nuestros de Barrio Parque, vivían justo al lado de la Gallina Colorada. Todo para deslizar el corolario original de que el mundo es pequeño. Arreglé con Rubito ayudarlo medio día en su trabajo a cambio de hospedaje en un altillo delicioso que tenían en el jardín de la casa en calle San Jerónimo. En ese mismo jardín llegaría en pocos años el momento de enterrar libros que volvían a ser materia de discordia y persecución. Es verdad que las ideas no se matan. Los enemigos de las ideas saben que resulta más práctico finalmente matar a quienes las piensan. Pero censurar y empuñar tijeras suele ser un ejercicio reconfortante para ciertos cenáculos que pueden vestir de distintos modos, pero de los cuales se puede decir, como los paisanos de nuestro interior, que el pájaro se conoce por la cagada. Los griegos no pasaron a la historia grande por su modo de hacer la guerra —que llegado el caso no hicieron en ninguna de ellas mal papel— sino por la grandeza con que contemplaron el universo y discurrieron acerca de lo que estaban contemplando. No fueron ni grandes mercaderes ni grandes conquistadores, si dejamos de lado la figura de Alejandro y sus sueños hegemónicos, que de todos modos naufragaron a orillas del Ganges y en última instancia la mejor página que llegan a escribir en todo una larga y dolorosa campaña inútil en el corazón de Persia es la marcha de los diez mil espartanos de Xenófanes regresando al Peloponeso derrotados y muertos de hambre. Los sueños imperiales no nacieron con Alejandro ni murieron con Napoleón ni con Hitler ni con ningún general aunque luzca en la pechera más estrellas que la bandera de Boca o de los Estados Unidos. Pero hay un hegemonismo más sutil y al mismo tiempo más brutal que se ejerce presionando el intelecto. Y el esquema es muy simple. Si no pensás como yo entonces estás equivocado. Me quedan pues dos caminos para mantener la paz, la estabilidad y el orden. Te convencés de tu error o te mato. Los cargos y los argumentos no han sido ciertamente originales, al menos durante los últimos cinco mil años. ▮

[GE; *Zapping*]

§

Mi primera percepción de censura se remonta a los inicios de la Guerra Civil. Para Tito, menos de 3 años, era una cinta engomada a bandas creo verdes y amarillas que venía aplicada en los sobres procedentes de España. Y que en la casa de avenida Francia se nombraba sin mayores explicaciones. O sea pasaría bastante tiempo hasta entender que las cartas que salían eran abiertas, leídas y vueltas a cerrar, que para eso se usaba la cinta de colores. Censura —bien genérica y perversa— era el eso-no-se-dice-eso-no-se-hace-eso-no-se-toca. Las tijeras pudendas intentaron —sin éxito— bloquear la publicación de aquel cuento en la revista Octógono. El que empezaba con "¡Tu madre es una puta!" Bloqueo desautorizado finalmente por el decano. Quien —contradicciones— avalaría después aquella feroz censura contra Mazamorra.

Los jefes de personal y directores de recursos humanos son típicos censores. Durante mi breve permanencia en Swift, respondí el pedido de una consultora que exigía —entre otros requisitos— carácter y personalidad. Era una búsqueda para un cargo interesante, dentro del mismo frigorífico [¡…!] Y lo del carácter y personalidad me lo aclaró mi presunto futuro jefe: "…porque usted puede imaginarse que en caso de huelgas, el personal de Gerencia no participa, claro"… Carácter y personalidad.

Durante la época del taller de Brato, se me cerró la posibilidad de publicar material en el suplemento de La Nación por no avenirme a suavizar el lenguaje. Córdova Iturburu incluyó *Vientos azules del sur* en una nota de la revista Noticias Ford. Previo extirpar por su cuenta, los versos *Otros viernes / huyendo del taller (de la oficina) la boca vulnerada / por un rencor pastoso…* Años más tarde, el responsable del suplemento de El Litoral se permitió eliminar de *Noches de Montiel* la referencia a "su destino de pequeño viajante, insatisfecho y cornudo". Episodios todos ellos irritantes. Aunque menos que los surgidos de uno mismo en razón de argumentos no siempre sustentables. A los que veces por vergüenza llamamos autocrítica. ▮

[GE; *Zapping*]



Amanda y Gregorio en Rosario, Carnaval 1958.

§

Pero en el ´58 el panorama todavía aparecía despejado. Los brotes peronistas de dos años antes habían sido abortados con la mayor dureza. Irónicamente mayor a la que el propio peronismo pudo haber ejercido en su momento en junio del ´55 en legítima defensa. Pero las falanges ya estaban cebadas. Y se preparaban para volver al asalto del poder y de ser posible, de una vez para siempre. Estábamos entrando sin saberlo a un final de siglo muy difícil, impugnadas algunas creencias, revertidos muchos principios y trastocados conceptos elementales de convivencia y de solidaridad. Yo empezaba a medir con otros ojos cuestiones muy calientes. El peronismo había fallado y no porque fracasaran sus propuestas sino porque había fracasado su metodología. El eclecticismo nunca dio frutos aceptables, porque la razón pocas veces se encuentra en el justo medio. Y aunque así no fuera, quedaría por ver cuál es en cada caso el justo medio. Ese año, gobernando ya Frondizi, la primera gran batalla estudiantil perdida. Y las que seguiríamos perdiendo. La educación abría sus puertas al capital y al interés. Más enemistades estudiantiles. El padre Leyendeker paseando su sotana blanca al frente de los Colegios Mayores. Triunfaba Cristo Rey. El petróleo se nos empezaba a escurrir por las alcantarillas. Publicábamos el primer número de la revista universitaria *Octógono*. En el Caribe se estaba abriendo una esperanza. Llegábamos a la década del 60 con ilusiones y con ganas. En el horizonte se levantaban las estrellas de Julio Cortázar, Roa Bastos, Juan Rulfo, Mario Benedetti, García Márquez, Vargas Llosa, Juan Carlos Onetti, Jorge Amado. En otros órdenes, empezábamos a mirar cada vez más lejos en el universo, hacia otras galaxias. Cobrábamos consciencia simultánea de nuestra pequeñez pero también de nuestras enormes posibilidades. Sobre el planeta se jugaban difíciles partidas de ajedrez. Las guerras de verdad se alternaban con las de mentira y los contradictorios intereses en juego iban haciendo sus preparativos, formulando sus apuestas y recomponiendo sus discursos. En Santa Fe pudimos apretujar en un abrazo a Nicolás Guillén, a Astor Piazzolla, a Leonidas Gambartes, a José Luis Romero, a Cipriano Reyes. En el Centro Vasco (el Chancho Cervín salía con una de las hijas de Carola y Alcides, los concesionarios del comedor) conocí a Jorge Cafruné, quien ya punteaba lindo la viola y que con los años se quitaría el acento del apellido. Y quien años más tarde se casaría con Marcela, la hermana menor de Sara Canto y las chicas Abitbol, con una de las cuales —Sol— vivimos en lo del viejo Altare. Reiterado tantas veces comentario acerca de la pequeñez de nuestro enorme mundo. ▮

[GE; *Zapping*]



Rosario, febrero 1959. Pic-nic de Cadar en el campo del Centro de Empleados de Comercio. Amanda y Gregorio.



Superusina de San Nicolás, 30 de junio de 1959. De espaldas el ing. Vanrrell y a su derecha el ing. Zapata.

§

En breves viajes por gestiones del Centro de Estudiantes a Buenos Aires, aparte de estrechar relaciones con los compañeros de otros medios universitarios, conocí el Instituto di Tella. Asistí a lo que supongo fueron los albores de Les Luthiers, de Marikena Monti, de Nacha Guevara, de Marta Minujín. Compartimos luminosas charlas con gente que regresaba de Cuba. Manteníamos en excelente estado el Comedor Universitario. En el viejo comedor de calle Crespo habíamos llegado a organizar en el ´54 los mejores carnavales que recuerda la ciudad. Entre el ´59 y el ´60 estábamos ampliando el comedor de boulevard Pellegrini y se abrían nuevas residencias estudiantiles. Un tiempo atrás habíamos empezado a juntarnos con Juan Chiesa, que era vecino de los Vittori y hermano de Luis, quien fuera durante casi un año ocupante de la casa de pasaje Tiscornia. Quien acreditaba en su haber, entre otras anécdotas jugosas, un intento de ingreso por la fuerza y borracho en un internado de señoritas de Rosario. La cosa había empezado en la pensión del Negro Rey, comiendo un asado, chupando y jugando al truco. Luis —para todos el Tuerto por sus quince o veinte dioptrías— ya había levantado buena presión y suficiente temperatura cuando se despidió, cerca de la medianoche. Todavía pudo dominar la Puma y se dirigió hacia un colegio de monjas sobre boulevard Oroño, donde creo estaba pupila una niña que le veía quitando el sueño. Sus demandas fueron explícitas, porque no era hora para discursos. Abran, que quiero coger. Sus pretensiones, tan avanzada la madrugada, fueron desestimadas, por lo menos por las monjas de mayor edad y autoridad. Con lo cual y después de recibir un fuerte golpe en la cara con la puerta de cedro que ya había logrado abrir a medias, volvió a montar en la Puma y se dirigió al laguito de Parque Independencia. Se bajó del caballo y se metió en el agua. Aparentemente la intención era refrescarse o cruzar hasta la isleta y completar la juerga con los patos y los gansos. Nadie tiene idea cómo salió de esa, porque cerca de las cinco de la mañana apareció en la casa del pasaje, sin la moto, embarrado hasta las orejas, herido en la cabeza, con una gripe que no se tenía parado y sin los anteojos. ▮

[GE; *Zapping*]



Viaje con la cátedra de Tecnología del Calor a San Nicolás, 30 de junio de 1959. Con Eddy Caravaca en la planta de Siderúrgica.

§

Juan era en ese sentido algo más calmo. De lo contrario las lampalaguas que guardaba en los cajones del escritorio y en el placard no hubieran tolerado su compañía. Pero todo era recíproco, porque la madre tampoco le toleraba las culebras. Él me invitó por primera vez a las sesiones de espiritismo que estaban realizando en la fábrica de terciados de Guadalupe. El motivo fue hacerme saber que estaban en comunicación con el padre de Rubito. Hipótesis violentamente rechazada por este, pues la cuestión vulneraba su formación cartesiana. Yo fui siempre desprejuiciado en estos asuntos y bastante curioso, de manera que acepté. La primera sesión no fue nada especial. Me presentaron a Estela como medium y a Dante como vidente. Era una mujer menuda y poco atractiva, de unos ojos negros profundos. Me llamaron también la atención sus órbitas hundidas. Se apagó la luz, quedando encendida una lamparita roja, para favorecer la videncia. Estela se sentó, se relajó y en enseguida entró en trance. Creo que la primera y única entidad que se presentó fue el padre de Rubito. En sesiones posteriores aparecieron otras entidades y el espíritu de una niña de pocos años, que los Espíritus de Luz me enviaban para que me acompañara como una especie de ángel de la guarda. La acepté de buen grado como la hermanita que no tuve y realmente hubiera deseado tener. Rubito fue una sola vez y salió furioso y convencido de que la presentación del que decían era su padre era un fraude total. ▮

[GE; *Zapping*]



A bordo del carguerro SS del Mundo, en los muelles de Siderúrgica, San Nicolás 30 de junio de 1959. Jurando solemnemente la bandera de la Madre Patria.

§

Una semana después Juan invitó a otra sesión. Hoy vamos a recibir una visita, es lo único que me anticipó. La visita llegó puntual. Estela tomó, saludó y pidió que se acercara Juan. Juan se sentó y le tomó las manos. Sabes quién soy. Sí, Maestro. Beethoven, murmuró Dante. Sabes por qué estoy aquí. No Maestro. Vine a traerte una gran alegría, como compensación por duras tareas que te serán exigidas. Estoy ansioso Maestro. Bien, sé que te agrada mi música. Es lo que más amo en el mundo, Maestro. Y te agradaría interpretarla (Juan era un discreto alumno de cuarto o quinto año de piano). Así es Maestro. Bien, a partir de hoy bastará con que te sientes al piano y me invoques. Yo estaré a tu lado y serás […] el más eximio de mis intérpretes. Juan lloraba. Lo toqué para llamar su atención. Quisiera preguntarle algo, le dije. Acá hay un amigo que desea preguntar algo, Maestro. Que se acerque. Juan me dejó el asiento. Me dio sus manos. Qué deseas saber. Por qué cambiaste la dedicatoria de tu tercera sinfonía. Ah, no me ocasiones más dolor. Sufrí mucho al desencarnar y los recuerdos de mi vida terrena solo me causan dolor. Una sola y no te perturbo, Maestro. ¿Recuerdas a quién le escribiste la sonata opus 27? No, perdóname. Mis recuerdos son oscuros y difusos y me haces sufrir. Perdóname Maestro, no era mi deseo. Adiós. Adiós. Volvimos a casa en silencio en la moto de Juan. Al dejarme, su única pregunta fue no-te-pareció-maravilloso. Y sí, Juan … maravilloso. ▮

[GE; *Zapping*]



Planta de refrigeración de turbinas. Superusina de San Nicolás, 30 de junio de 1959. Ing. Vanrrell, ing. Zapata, Gregorio y Alberto Pividori.



Superusina de San Nicolás, 30 de junio de 1959.

§

Todo el ´59 estuve alojado en casa de doña Deska, donde compartíamos un cuarto con Aníbal Peirolo. Don Atanás y doña Deska eran personajes teatrales. Búlgaros semiarraigados, adventistas de corazón y firmes practicantes. Uno de los hijos —Tzetze, el menor— muy buen guitarrista clásico, discípulo de Graciela Pomponio y de Consuelo Mallo López. Iván, el mayor, estudiando medicina en Rosario. Los escollos más delicados de sortear para don Atanás eran tres. Sus dificultades con el idioma le habían acarreado todo tipo de situaciones, desde lo casi trágico hasta lo cómico, como acercarle un gato maullante al patrón de un taller mecánico que le estaba requiriendo uno hidráulico para levantar un camión o andar por la calle con una canasta ofreciendo a gritos huevos de Federico, por querer decir de frigorífico. Su segunda dificultad eran las mujeres en general y la propia en particular, aburrido de entablar cien batallas inútiles, porque siempre la cosa terminaba con más gritos de doña Deska y la invariable reflexión del pobre hombre, las-mojieres-son-hijas-del-demonio. Y la tercera y más grave para todo el entorno era su severa enemistad con el baño, el jabón, las esponjas y demás utensilios vinculados con el lavado y la higiene. Puedo jurar que para encontrarlo solo se necesitaba observar en qué lugar había mayor aglomeración de moscas, porque en el epicentro estaba seguramente él. Y sus camisetas y zapatos podían mantener a distancia a un pelotón de infantería. A medida que la economía familiar se les tornaba difícil, siguieron recibiendo huéspedes. Así llegaron primero Pancho Martínez, de Rafaela y Eduardo Gudiño Kieffer, más adelante Oscar Degregori (también de Rafaela) y el Turco Yunes, de Resistencia, después Aníbal, de Rosario y al final caí yo. Incluso terminaron por alquilar un local al frente, en el cual se instaló una directora de escuela jubilada, de la provincia de Catamarca, con un sobrino, un hijo y una hija, que tenían lo suyo los cuatro. Con todo lo cual y teniendo en cuenta el perfil de cada uno de los ocupantes, la casa se convirtió poco a poco en lo que abuela Macrina no hubiera vacilado en designar como la casa de tócame-Roque. Por el lado de los dueños de casa, doña Deska era una mujer muy limpia y prolija en todo aspecto. Incluso en no alzar dinero los sábados, pues desde el viernes a la caída del sol hasta el atardecer del sábado no se permitían ningún tipo de actividad material. Don Atanás ya está presentado de cuerpo entero (y de lejos). Pancho y Oscar eran los más aplomados, ambos estudiantes de derecho y ambos, junto con Gudiño Kieffer, se recibieron en esa casa. Lo que no obsta para que se prendieran en algunas memorables mesas de poker o de truco que llegado el caso podían comenzar una noche y terminar al mediodía siguiente, según cómo anduvieran los porotos y lo cerca que estuvieran los exámenes.

En cuanto a la directora —la señora Guillermina Nievas— merece la pobre mujer un capítulo aparte. Supuse siempre que más que jubilada estaba retirada por algunas complicaciones nerviosas. Para decirlo con toda franqueza, síquicas. Gustaba ser el centro de las conversaciones y sus relatos —siempre prolijos en el detalle— podían derivar por ejemplo a que no comía ensaladas porque el médico le había prohibido los cítricos. O que en las calles de su pueblo en Catamarca se encontraba montañas de calcopirita, que

usted sabe es oro puro. Nadie está obligado a saberlo, por supuesto, pero en todo caso la calcopirita no es más que sulfuro de cobre con algunos otros agregados y cristalizada en bonitos cubos como de bronce muy pulido. Pero de allí al oro hay una cierta distancia. Para rematarla, gustaba contar cómo en Moisesville donde una sobrina suya era maestra, los vecinos la discriminaban porque los sábados se negaba a ir a la Ciénaga. Ticho, el sobrino, no mostraba mayores problemas aparte de un relativo retraso mental y las ganas enormes que le tenía a su prima, quien a su vez lo gastaba de arriba abajo, pidiéndole, por ejemplo, que la ayudara a prenderse o desprenderse los corpiños. A instancias de la tía, hice algunos intentos vanos por iniciarlo en los rudimentos del inglés, pero su pronunciación no era más feliz que la que pudiera obtenerse de un hotentote. ▮

[GE; *Zapping*]



Mi cuarto en la pensión de doña Deska, Santa Fe 6 de julio de 1959. Estudiando con Pedro Yunes.

§

Al mencionar corpiños recuerdo los senos alucinantes de Anita Blanco, que alcanzaban para que soñara un batallón y para que comiera un regimiento. Era hija de Celeste Blanco, una ecuatoriana con aires de provenir de buena cuna, casada con el señor Blanco, quien parecía estar en este mundo solamente para atender a las exigencias económicas de la familia. Que ciertamente no eran modestas. Esta señora gustaba de las charlas diplomáticas y decía contar con la amistad de numerosos personajes del ambiente. Prueba de ello eran los chismes y chascarrillos que tenía siempre a mano para plantar sobre la mesa, entre mano y mano de canasta, que era su más genuina pasión. Aparte del whisky, on the rocks por favor. Mi segundo de tentación ocurrió —como ocurren las mejores cosas de la vida— sin mala intención y con agenda abierta. Anita estaba en cama recuperándose de una ligera gripe. Pasé a interesarme por su salud. Su señora madre me hizo pasar al cuarto de la niña. Ya solos, la conversación derivó incautamente hacia la solidez de su busto. Y si a ello contribuía algún sostén o eran de tipo autoportante. Vivían en la esquina de Amenábar, casa de por medio con doña Deska. Con su hermano Carlitos cultivábamos nuestra común afición por la filatelia. También con doña Deska mi estadía duró exactamente un año. ▮

[GE; *Zapping*]



Calle Saavedra, frente a la casa de doña Deska, Santa Fe 7 de julio de 1959. Aníbal Peirolo, Gregorio y Ticho

§

De esa época data una nutrida y muy cariñosa correspondencia con Ángel Chenlo. Ángel —tío Ángel durante mi infancia— era hijo de un paisano de abuela Macrina. No de Marín, sino de una localidad cercana, subiendo a los montes. Puentecesures. O como decía abuela abreviando, de Cesures. José Chenlo vino al país como tantos inmigrantes, con una mano atrás y otra adelante. Se conocieron con Peregrina, se casaron y tuvieron dos hijos —Ángel y Nicanor— y dos hijas —Peregrina y Elvira—familiarmente Pere y Elva. Nuestros encuentros fueron incidentales (cada cinco años, más o menos) pero sentí siempre el afecto de todos ellos, sin que mediaran motivos o méritos de mi parte, excepto tal vez el apuntar un poco mejor que Jorgito el único vástago de tercera generación —Coco— hijo de Pere, mucho más identificado con el polo y la joda que con el camino que sus mayores le asignaban. En mi biblioteca conservo con verdadero afecto *El santo de la espada* de Ricardo Rojas[19], las *Tradiciones argentinas* de Pastor Obligado, la *Historia de la pintura y las artes plásticas* de Salomón Reinach, *Las fuerzas morales* de Ingenieros y un refranero español, todos regalos de ellos con sus respectivas y datadas dedicatorias, con las cuales en tiempos de mayor inmadurez solía engordar mi ego. Pero que también sirven para confirmar fechas y tomar distancias. Lamentablemente observo recorriendo mi biblioteca, que *El santo de la espada* se ha perdido (espero que en buenas manos). El refranero español es una obra de Félix Corso editada por Perlado en el cuarenta y dos y dedicada por Nicanor el 12 de junio del ´47. En la portadilla de *Las fuerzas morales*, Ángel me escribía: "Mi querido amigo. Tus dieciocho años florecen como una deliciosa primavera promisora de ópimos frutos. Tu alma tiene ya trazada una clara y definida ruta, tu ojo avizor atisba el seguro norte y tu noble corazón palpita al influjo de los más elevados anhelos. Si nosotros somos nuestros propios artífices y los creadores de nuestro devenir, cuanto más pronto nos pongamos a trabajar ennobleciendo nuestra personalidad con la conquista de exquisitas perfecciones, más rápidamente lograremos tan alto fin. Dichoso tú, que ya comprendes estas verdades. Y porque te estimo y deseo perseveres en tan segura senda tengo el placer de dedicarte estos sermones laicos de un notable filósofo argentino, en cuyos pensamientos hallará tu alma conceptos admirables con los cuales enriquecerás tu acervo de conocimientos que iluminarán tu inteligencia y avivarán el fuego de tu entusiasmo y tu idealismo. Tal es el anhelo de este amigo que te quiere de verdad. Buenos Aires 29 de julio de 1953". El *Apolo* de Reinach es de Nueva España, dedicado afectuosamente por Perucha y Elvira el 30 de julio de 1953. Pero era con Ángel mi especial feeling. Gustoso de la buena retórica y del buen decir y dueño asimismo de una bella caligrafía. Arte por otro lado no inusual entonces y no por milagro, sino porque caligrafía era materia curricular y nos mataban a líneas y líneas de palotes y bucles y todo sin pasar de las pautas y sin borronear y sin caerse del renglón. Y con ayuda —al césar lo que es del césar— de unas hermosas plumas Perry 321— con las cuales no parecía tan difícil.

[19] Como tantos otros, ya no vive en mi biblioteca. Reafirmo que quien presta un libro es un tonto… y quien lo devuelve… :-)

También Herminio Pérez, el eterno enamorado de tía Fina, cultivaba ese fino don. Mi relación con Ángel creció repentinamente a partir de una visita de él cuando vivíamos, como contaba, en lo de Spartaco. Supongo que el encontrarnos con tres hijos y viviendo en un aparente orden reavivaron en su interior algún resorte de esos que nunca faltan y se ponen a chirriar cuando uno menos lo quisiera o lo espera. Lo cierto es que de entonces data un paquete de cartas llenas de las reflexiones que puede elaborar y donar un hombre cabalmente bueno. Fue lector y crítico de algunos de mis poemas contestatarios —algunos de hecho lo eran más por su forma que por su contenido— y ello dio pie a extensos párrafos que releo con admiración y agradecimiento. ▮

[GE; *Zapping*]



El cuarto que compartíamos con Aníbal Peirolo en la pensión de doña Deska. Sania Fe 1959.







Izquierda: Victoria Vidal, Amanda Martí y Andrés Pastrana. Derecha: Juanita, José y Josefina Vidal. Abajo: María Esther Pastrana, Silvia Grasetín, Gladys Articoni, Chiche Cirimele, Cacho Licatta, Marta Guida; Josefina, Juanita y Victoria Vidal.

§

Buenos Aires 10 de mayo de 1960

Querido sobrino:

Recibí tu afectuosa carta del 4 con gratas noticias de tu compromiso. No te imaginas cuánta alegría nos ha proporcionado el saber que toda la familia ha sido partícipe de un acontecimiento tan trascendente y que una vez más, con ella y contigo, el dulce amor haya podido disipar cerrazones que oscurecían vuestro delicioso amanecer, en la espera del día luminoso en que vuestras vidas serán una tan solo. Tú ya vas conociendo el poder de las fuerzas superiores que tarde o temprano superan y desvanecen a las que intentan oponerse. Es claro que no actúan de inmediato como sucede con las fuerzas físicas, pues son de otra naturaleza, dependen de muchos factores que pueden demorar sus efectos puesto que tienen que actuar con otras vidas que a veces son impermeables a toda influencia y solo falta la oportunidad para que se abra un resquicio por donde infiltrarse. No en balde enseñó Budha “sé como el sándalo, que perfuma el hacha que lo hiere.” Y aunque este es un pensamiento pleno de poesía, encierra a la vez la realidad de una vulgar prosa, porque lo sostiene con la razón de este precepto: “así como el fuego no se apaga arrojándole más fuego sino con agua, el odio no se apaga con odio sino con amor.” Este, pues, es el que perfuma al hacha que hiere. Querido sobrino: de un error cometido o de un daño causado siempre quedan dolorosos recuerdos; de un acierto generoso o un bien otorgado gozaremos siempre de deliciosas memorias, de las que nunca nos arrepentiremos. Mucho nos alegra vuestra reconciliación, que os ha de deparar grandes satisfacciones. Nos place tu nueva residencia que sin duda ha de proporcionarte las comodidades que necesitas. Deseamos que te sea apacible y tranquila para el mejor ambiente de estudio en el que estás empeñado. Transmite a ella nuestros afectuosos saludos. Hoy más que nunca le toca ser tu ángel tutelar y protector, la lámpara votiva cuya luz permanente ilumine siempre tu espíritu para disipar las tinieblas del infortunio o la desazón. Y el triunfo en tus proyectos e ideales será seguro y pronto. Un abrazo cordial para los dos, de estos tíos que los quieren de verdad. ▮

Margot y Ángel







Izquierda: Alejandra Pastrana, María Luisa Pujadas, Alfredo Dreossi, Salvador Pujadas t Elvira Fernández. Derecha: Luis Chiesa, Carlos Sartini, Carlitos Cervín y Juan Chiesa. Abajo: adelante Andrés Pastrana, Amanda Martí, Victoria Vidal, Ana María Bonefoi y Victoria Vidal. Atrás […]; María del Carmen Martí, Eduardo Barros, Josefina Vidal, Ana María Martí, José Vidal, Julián Ezquerro, Narcisa Martín y Carlos Davoli.

§

Dos de mis últimos años de estudiante los pasé en la residencia de calle Rivadavia, compartiendo el cuarto con Reinaldo Brunetti, un muchacho de Las Parejas, en el sur de la provincia de Santa Fe. El edificio era de antigua data y antes de pasar a manos de la Universidad había sido sede de LT-9 Radio Santa Fe de Santa Fe, la radioemisora local privada (la oficial era LT-10 Radio Universidad). Capital de los Bobbio, en pugna permanente con los Caputto, dueños del diario El Litoral. La casa ocupaba un primer piso y una enorme balconada interior daba a los depósitos de una bodega, si no recuerdo mal una planta fraccionadora de Giol. El hall principal era el auditorio de la emisora. La cuestión es que los vapores de vino que subían desde aquel patio nos pusieron a varios —por no decir a todos— en tren de inventar cualquier artificio para pescar algún cajón. Artificio que nunca se concretó pero dio pie para innumerables bromas y malentendidos. Allí estábamos mezclados democráticamente estudiantes de derecho y de química, dos especies ciertamente diferentes. Aunque sigo sosteniendo que uno de química se parece bastante más a un ser humano que uno de derecho. Muchas caras y nombres recordados con cariño. El alemán Rinstisch, que aparte de tartamudo, el enojo y la bebida lo empeoraban y ni una puteada le salía entera. El casi chaqueño Prato, que venía del confín norte de la provincia y nos hacía reír y llorar al mismo tiempo con sus rasgueos y sus cuentos. El negro Ojea, que no podía disimular su ascendencia andaluza. Capaz de batir cualquier marca durmiendo, a punto que su mejor registro fueron casi veintitres horas continuadas en la cama. Habíamos decidido no intervenir, a menos que empezara a salir olor a podrido de la habitación. Su maldición preferida era ojalá que te un dolor tan fuerte, que cuanto más corras más te duela, y si te paras que revientes. El turco Altabe, que solo se interesaba en las minas y en los bailes. Adelqui Brunetti, el hermano de Reinaldo, uno de los más reservados y cascarrabias de la casa. Omar Isasi, el entrerriano, siempre a mano para cualquier gauchada y para el mate. Durante una breve semana tuvimos en la casa un personaje de películas. No recuerdo haberlo comentado, pero el acceso a la casa era por una vieja escalera de mármol que desembocaba en un gran hall o patio cubierto, al cual daban parte de nuestras habitaciones. La primera por la derecha era la de Roger Decamps y el turco Altabe. Al lado la de Gosende y siguiendo la de Lloveras, un mendocino de promocionados atributos que le valían el apodo de Manguera. Si no me traiciona la memoria, el compañero de cuarto de Manguera era un judío de apellido Benzetrich, de quien conservo solamente los rasgos y el poco meritorio hábito de presentarse y firmar como Benze a secas para disimular su origen. Cruzando el hall o patio —la vieja sala auditorio— estaba el cuarto que compartíamos con Reinaldo. A continuación el de Omar Isasi y Adelqui. Se llegaba a la cocina y baños. Al fondo el del ruso Salvador Zocol, que vivía solo, no se sabe si como privilegio o por su malhumor insoportable. Pegando la vuelta el de Ojea y Prato. Después el del alemán y un colla de apellido Velázquez. A quien recuerdo haber visto rezando hincado de rodillas cada vez que se escuchaba algún discurso grueso, lo cual no era infrecuente. Y un último cuarto, Cortesi y otro ocupante que se me esfuma en el recuento, un muchacho de anteojos muy callado y estudioso. Seguramente revisando alguna fotografía de esa época

aparezca algún rostro no mencionado. La cuestión es que un lunes regresando del almuerzo —todos comíamos a unas diez cuadras en el Comedor Universitario— nos encontramos con una cara desconocida. Un chico rubio de pelo corto y anteojos, sentado con un bolso mediano a su lado. Seguimos camino a la cocina para los mates de rigor. Y él detrás nuestro. Alguien le preguntó entonces con quién estaba (o a quién buscaba). La respuesta fue en una jeringoza muy atravesada, entre inglés y español. Español poco y malo, con toda franqueza. Pero con esfuerzo llegamos a entender que se llamaba Steve. Que venía haciendo dedo desde Estados Unidos. Que se proponía completar la vuelta al mundo por el mismo medio de locomoción. Que acababa de terminar su college. Que todos sus compañeros de promoción habían elegido un destino para viajar, solos o en grupo. Que él había elegido solo y a South America. ¿Qué te dijeron tus viejos? Buena suerte. Después de aclararle —sin demasiado énfasis— que South America era indios, víboras y comunistas (en ese orden). Del Caribe traía unos borceguíes pichincheados a un infante de marina norteamericano en la zonal del canal. Hablaba de Ecuador y del Perú. Por último Chile y el cruce de la cordillera (todavía corría el transandino). Su cuestión con un guarda por no llevar pasaje. Su descenso casi violento en Mendoza. Su embarque en un camión de transporte de vinos rumbo a… la bodega que teníamos al lado. En cuanto pisó la vereda de calle Rivadavia, le llamó la atención la placa con el escudo de la universidad y se metió. Planes, estar unos días —los que le permitiéramos— y seguir a Uruguay o Brasil y a Europa. Imprecisamente cualquier ciudad de cualquier país de cualquier idioma. Lo tuvimos como huésped honorario y honorífico una semana. Lo llevamos al Club Universitario (si mi confusión no es total, ese día estaba Piazzolla con Vardaro). Donde se lo agasajó, no sin hacerle saber expresamente que tal agasajo hubiera tenido muy diferente contenido de tratarse de su mister president (estaba de turno Richard Nixon). Oh, yes, yes, understand, ja ja… Lo llevamos a comer un asado en el campo del club, donde demostró que su apetito y su capacidad de bebida no eran lo menor de sus aptitudes. Y donde de paso, previa declaración vaso de tinto en mano, en el sentido de que de Argentina le gustaba la carne, el vino y… las mujeres, se instaló en el negocio de convencer a una de las niñas presentes para que lo acompañara el siguiente trecho del viaje. Antes de despedirse nos pidió que le contestáramos algunas preguntas para tomar nota, como ayudamemoria. Una de ellas era qué pensábamos de la madre patria. Dos noticias más tuvimos de este personaje. La primera una carta desde Londres, dos o tres semanas más tarde. Declarando su intención de pasar a Francia y Holanda. Y preparando su salto a Hong-kong. Dicen que es fácil. Y una última (nunca más supimos de él) desde Angola o Ceylán (ahora debería decir Shri-lanka, pero me resulta ajeno y difícil). Quedó flotando la cuestión de qué era, quién era y qué fines lo movían. ▮

[GE; *Zapping*]



Residencia Universitaria, Santa Fe 1960. Gregorio, Horacio Pratto y Martín (Mazamorra).

§

Dos caras y dos nombres recuerdo con desagrado. Roger Decamps y Julio Gosende. Una noche nos encontramos con Lalo Campana, mi ex jefe y amigo de Vida Escolar. Me habló de Miguel un pibe de trece años sin familia al que estaban tratando de ayudar. Todo el mundo lo llamaba Mazamorra, supongo que por ser un moreno de aquellos. Se ganaba la vida como lustrabotas y Lalo lo tuvo trabajando en su bar hasta que el bar cambió de dueño y Mazamorra se vio forzado a emigrar. Lo hablé con algunos de los muchachos de la casa y todos estuvieron de acuerdo en darle una mano al pibe. Que por otra parte lo único que quería era un rinconcito donde echarse a dormir. Y en la casa siempre había camas disponibles. El pibe era un avión, simpático y servicial como él solo. Pero al cabo de algunas semanas, Decamps y Gosende plantearon que no podía haber un negrito en casa. Tal cual. En la asamblea de la casa no tuvieron suerte, porque Mazamorra se había ganado el afecto de todos. Así que lo denunciaron directamente a la Comisión de Comedores y Viviendas de la Universidad. Y la Comisión dictaminó que siendo la nuestra una Residencia Universitaria, estaba absolutamente prohibido el ingreso y permanencia de personas ajenas al quehacer de la misma. Dese a publicidad y archívese. Atribuyo una directa responsabilidad en este despropósito a nuestro decano Alberto Guillermo Davie, que por entonces presidía la benemérita Comisión.

[GE; *Zapping*]



Gregorio, Mazamorra y Reinaldo Brunetti en el cuarto de la Residencia Universitaria de calle Rivadavia, Santa Fe.

§

Las relaciones con esta dichosa Comisión de Comedores y Viviendas se pusieron al rojo vivo a raíz de un lamentable episodio que expuso a la vista la debilidad de una estructura en la cual la burocracia primaba sobre cualquier objetivo social o humanitario. Dieciocho estudiantes asistentes al Comedor fueron internados en el intervalo de tres días, víctimas de una intoxicación aguda con comida en mal estado. No hizo falta un gran análisis para comprender el origen de aquella comida. En cuanto se hizo evidente la responsabilidad del Comedor en el asunto, comenzó un siniestro juego como del Gran Bonete. Las víctimas estaban. El producto estaba. El lugar estaba. Y también las circunstancias. Pero pasaban los días y el jefe de compras seguía en su puesto. El coordinador de Comedores y Viviendas seguía en su puesto. El administrador del Comedor seguía en su puesto. Y naturalmente el Comedor seguía funcionando como si allí no hubiera ocurrido nunca nada. En vista de ello y teniendo todavía en el buche el asunto de Mazamorra —no lo acepté entonces y no lo aceptaría jamás— me despaché con una carta que no hacía sino procurar colocar las cosas en su lugar. Expuse mi opinión acerca de las responsabilidades. Detallé las medidas que a mi juicio deberían haberse tomado para prevenir otra más grave. Aclaré mi parecer acerca de quiénes y por qué razones debieran renunciar a sus cargos, o al menos ponerlos a disposición del rectorado hasta que la cuestión quedara prolijamente esclarecida. Y finalmente renunciando a mi carácter de becario y beneficiario de un servicio que no me garantizaba estar a salvo de morir envenenado […].

Resultado: los honorables rechazaron los términos de la carta y se dispuso mi expulsión de la casa de Rivadavia y de cualquiera otra dentro del ámbito de Comedores y Viviendas. El amigo de Césare contento. El amigo Carrasco contento. El amigo Davie contento. Los amigos Decamps y Gosende contentos. Tú también Bruto, hijo mío… ■

[GE; *Zapping*]



Ochava de la Facultad de Ingeniería Química, elecciones universitarias, Santa Fe 1960.

Elecciones universitarias, Santa Fe 1960


Elecciones universitarias, Santa Fe 1960. A la izquierda Víctor Pratto, compañero de la Residencia de calle Rivadavia.

Santa Fe 1960. Elecciones en el claustro universitario. Importante movilización del Movimiento Reformista en pro de frenar proyectos de tercerización y privatización de los servicios sociales.

§

Buenos Aires 25 de junio de 1960

Querido sobrino:

Recibí tu afectuosa carta del 22 que me apresuro a contestar. No te imaginas la pena que nos ha causado lo sucedido, especialmente en estos momentos en que has asumido la responsabilidad de tu compromiso y todos deseábamos que nada empañara la dicha de tan feliz acontecimiento. Ante todo debo decirte que tienes toda la razón del mundo para rebelarte ante un hecho que pudo tener fatales consecuencias y pedir una investigación para hallar a los culpables y sancionarlos debidamente. Pero es el caso de que vivimos en una época en que todo está relajado. En otros momentos en que existía en los funcionarios el sentido del deber y la responsabilidad, no hubiera sido necesario pedir una medida ejemplarizadora. El mismo administrador sería el primero en renunciar a su cargo aunque él personalmente no fuera el culpable de lo sucedido. Bastaba con que uno de sus subordinados no cumpliera con sus obligaciones, para que él se sintiera afectado por una falla tan grave. La superioridad por otra parte debió indagar lo sucedido y así dar satisfacción a quienes fueron afectados. Pero como te dije vivimos en una época de relajamiento en donde caben los postulados de la filosofía más pesimista y desconcertante. Todos los valores, deber, responsabilidad, solidaridad, honradez, probidad, tolerancia, amistad, compañerismo, rectitud, etc., etc., etc. son palabras sin sentido pues cuando se invocan se acomodan a los hechos más contradictorios.

Yo te comprendo perfectamente. Tú no eres un contaminado de la epidemia de las desordenadas costumbres de la vida actual y de sus arbitrarios principios y por consiguiente tus convicciones te llevan a tener arrestos idealistas que en tales circunstancias no pueden prosperar. La juventud es intrépida y osada por naturaleza y sería fatal para la humanidad que así no lo fuera. Yo también lo he sido y recién al correr de los años supe comprender el porqué de algunos fracasos. Lo cual no quita mérito a los actos realizados por cuanto lo que realmente vale es la intención con que los hemos ejecutado.

Me vas a perdonar que yo con mi experiencia (¡qué gracia!) me permita hacerte algunas advertencias que necesito formularte por lo mucho que te estimo. No son en absoluto de censura ni para disminuir la legitimidad de tu reclamo. Te pasa lo que a aquel inocente al que un agente llevaba detenido y después de escuchar su defensa y su protesta le dijo: Sí señor, usted tiene razón pero marche preso. Es la orden. Tú tienes razón como te he dicho, pero ya conoces el famoso dicho que nuestros dignos antepasados nos legaron como enseñanza: el que se mete a redentor sale crucificado. Por otra parte vivimos un momento en que los redentores terminan como Gandhi. Ya nadie se atreve a tomar iniciativas individuales. Es valentía suicida. Ningún obrero hoy día tramita “personalmente” su conflicto, ni el de los demás. Es el conjunto el que se mueve, ya que la otra proverbial enseñanza “la unión hace la fuerza” nos da la prueba evidente de su eficacia. El individualismo está en bancarrota. Ahora hay que actuar en función de “masa social” para no ser crucificado (en un principio también las masas fueron no crucificadas sino

ametralladas cuando exigían justicia). La actuación individual debe ser más bien de carácter privado. Así es que en tu caso, si todos o la mayoría hubieran efectuado el reclamo, hubiera sido más difícil que procedieran tan arbitraria e injustamente. O a lo mejor en lugar de un becado hubieran dado la baja a todos, que todo puede ser. La vida nos ofrece problemas diarios a resolver que a su vez significan lecciones, pues sean sus soluciones acertadas o no, conoceremos las consecuencias. Aprendámoslas.

Ahora bien, tú sabes muy bien que la vida nos impone deberes y a veces imperativos categóricos que nos hacen cambiar nuestro modo de proceder. Por ejemplo, un hombre soltero, uno comprometido y uno casado. A los tres se le presenta el mismo problema. En la casa de comercio donde trabajan les informan que en adelante les rebajarán el sueldo un veinte por ciento y deberán trabajar dos horas diarias más. El soltero se rebela indignado y como no tiene mayores obligaciones pide la cuenta y se retira. El comprometido que anhela su próximo casamiento, que estudia de noche para obtener un título, solicita que no le aumenten las horas de trabajo pues le son indispensables, aunque le rebajen el sueldo. Y el casado como tiene esposa y un hogar que sostener se aviene a la exigencia de los patrones, vale decir que le aumenten el horario de labor y que por favor no le rebajen el sueldo, pero por último acepta la rebaja. Estos simples ejemplos te han de hacer comprender que cada uno hace los enfoques de una situación desde un punto distinto. Te lo digo porque ya comprometido, tienes menos oportunidades para arriesgar actitudes y tomar decisiones. De hoy en más el problema fundamental es el de tu graduación y todos los esfuerzos debes concentrarlos en tan alto propósito. Perdona si mi criterio te parece errado creyendo que puede conciliarse con otros anhelos. Cuando nos fijamos una meta no podemos entretenernos en el camino, aunque los demás intenten demorarnos. Si nos insultan seguiremos la marcha impertérritos, ya que lo que cuenta es el triunfo final. Yo te invito a que así lo hagas porque de ello depende exclusivamente lo demás. Y siempre está la incógnita del mañana que no sabemos qué obstáculo nos presentará y desbaratará nuestros planes y marchitará nuestras esperanzas. Prueba de ello es que en determinado momento contamos con determinados apoyos y al poco tiempo pueden desaparecer, y si contábamos con ellos para avanzar, nos vemos de pronto trabados e imposibilitados. Es lo que nos ocurre ahora con Jaime Mas. Hasta ahora fue un gran amigo, porque vivía casi gratis en un departamento que le alquilábamos. Y la semana pasada se cortaron las relaciones. Pensaba transferir el departamento o de lo contrario que le diéramos doscientos mil pesos para dejarlo desocupado. Como ni esto ni lo otro era posible se produjo lo inevitable.

Tal los momentos que vivimos. Piensa pues nuestra desazón al llegar tu carta. ¿Fatalidad? No. Es el mañana que trae su nuevo día, claro o nublado, lluvioso o seco. Comprendo tu ansiedad y por ello me interesaré en el lance de una oportunidad para actuar en una audición. Te escribiré lo que se puede hacer al respecto. No obstante te llamaré la atención sobre un hecho importante. Tal actuación ¿no te obligará a distraerte de los estudios y debilitar el tesón que debes tener para este final de tu carrera? Tú conoces bien cuán necesaria es la concentración en una obra determinada para obtener un éxito

feliz. Yo te aconsejo que no la desvanezcas con labores que van a requerir un gran esfuerzo de voluntad. Si es necesario sacrifica momentáneas ventajas materiales para continuar la ruta hacia el triunfo final. Lo demás puede intentarse después. Y posiblemente con mejor fortuna por tener menos preocupaciones.

En fin, querido sobrino. No te acobardes por esta caída. El amor de ella es un trofeo que merece cualquier sacrificio y en él has de encontrar fuerzas para levantarte y más esforzado que nunca alcanzar el merecido triunfo. De todos muchos cariños para ella y para ti con un abrazo de Margot y de este tío que te quiere de verdad. Ángel. ▮



María Esther Pastrana, Silvia Grassetín, Amanda y Gregorio. Centro Empleados de Comercio, Rosario 1959.

§

La audición a la que hace referencia tío Ángel en su carta es una vieja historia que arranca de principios de los 60 y pasados cuarenta años sigue pendiente. Tiene que ver seguramente con mi marcada afición a las competencias del saber. Afición manifiesta inicialmente hacia las palabras cruzadas. Con el andar del tiempo, apareció una suerte de espectáculo-entretenimiento, primero en radio y después en televisión: los programas de Preguntas y Respuestas. Cito entre otras, la Cabalgata Gillette, Odol Pregunta y Moneda Siembra. Y asocio a ellos nombres estelares, como Augusto Bonardo, Cacho Fontana, Carlos d'Agostino, Iván Caseros, Pancho Ibáñez y tal vez Jaime Font Saravia. Esto en cuanto a sus conductores. Y respecto de participantes que hayan quedado en mi recuerdo, nombro en primer lugar a Claudio María Domínguez, un chico que con menos de quince años se llevó el premio grande contestando acerca de mitología griega. Posteriormente Marateo, con un dominio espectacular sobre aves. Yorga Salomón, una vez sobre Juan XXIII y otra sobre Pancho Ramírez. Hay otro personaje cuyo nombre —Sepiurka— recupero aproximadamente y que también tenía un amplio conocimiento sobre pájaros. Sin olvidar a Oscar del Priore, que ganó dos veces —creo— contestando sobre tango. No sé en qué momento de esta historia pensé por primera vez en la posibilidad de participar. Cuando digo por ahí que mi vida es una reiteración de abuelas y de exámenes, tal vez tenga más razón de la que imagino. Si rendir exámenes supone demostrar conocimientos —al menos buena memoria— tengo argumentos suficientes entonces para creerlo. Respeto (admiro) la memoria razonable, la mínima exigible a cada cual según sus roles. No soporto, por ejemplo, ver a un jefe de Estado leyendo un discurso. Ni consultando un machete de reojo siquiera. Sostengo que quien no es capaz de expresar en palabras su pensamiento está manifestando no pensar con claridad. Veo a Fidel hablar durante horas en un foro internacional, ante un congreso de escritores o en un colectivo campesino y pienso este hombre sabe lo que dice y puede expresarlo sin papeles porque cree en ello. No imagino a de Gaulle o a Churchill o a Mao leyendo un discurso. Perón y Evita no leían. Palacios no leía y tuvo intervenciones excepcionalmente largas e incisivas en el Congreso. No imagino leyendo a un Lisandro de la Torre ni a un Lumumba ni a un Mandela. Y no hay juicios de valor de por medio. Hitler y Mussolini tampoco leían. Quiero decir que leer cuando se supone que uno debe hablar me parece una grave carencia. Y las carencias, en el plano político, son imperdonables. Dar examen me resulta entonces natural y casi agradable. Digamos francamente una oportunidad de lucirse. Y si al lucimiento se une la posibilidad de ganar unos buenos pesos ¡qué interesante! La primera preocupación entonces es elegir el tema. Cuestión por cierto delicada, de importancia táctica y al mismo tiempo estratégica. Así nació la decisión de incursionar en la vida de Alejandro Magno. Afecto o apego que se remonta seguramente a aquellas clases de historia de la Petit. A la carpeta con dibujos de cascos dorios y espadas de hoplitas y capiteles corintios. Cuestión aún no consumada que me porporcionó sin embargo el innegable disfrute de la lectura de obras queribles de queridos autores. Plutarco, Gustav Droysen, Maurice Druon, Arthur Weigall, Gisbert Haefs, Massimo Manfredi y Roger Caratini. Y otros clásicos no específicos, como Drioton, Kitto o

Persson Nilsson. Que dio origen al poema *Morir en Babylonia*. Y que es sin duda —supongo— el nudo inicial de la novela que probablemente llevará también ese nombre.

Entretanto disfruto en la medida que la lucha por el sustento me lo permite, de los entretelones de esta vida intensa, sorprendente y rica. No importa quién la interprete o quién la cuente. La grandeza de los grandes reside justamente en que ni sus más tenaces enemigos logran empañarla. Y aunque no quedan documentos de testigos contemporáneos, todos sus biógrafos coinciden —anécdota más o menos— en lo fascinante del personaje. Lástima que Shakespeare no lo haya tenido en la mira.

[GE; *Zapping*]



Amanda, Parque Independencia. Rosario 1959.

§

El otro hecho que rememoro es de muy diferente tono. Y anterior a la intoxicación. Los turnos de servicio del comedor los cubríamos todos en forma rotativa. El mes que atendíamos el servicio de cocina o de mesas, comíamos sin pagar. Uno de los días que estaba yo en el servicio de agua para las mesas, derramé por descuido unas gotas encima del polaco Antoniuk. El polaco era una luz para la joda, así que de primera me insultó a los gritos. Y yo le contesté cualquier verdura, al mismo volumen. Dos horas después aparecieron por nuestra casa de Rivadavia cinco o seis compañeros —todos del Centro de Estudiantes— que vivían, junto con Antoniuk, en lo que por cuestión de principios y de burla llamaban el Colegio Menor, por oposición al Colegio Mayor del cura Leyendeker. Traían por escrito una curiosa demanda redactada en términos quijotescos y de la cual se desprendía el enojo del polaco por la cuestión de la mojada. A continuación formalizaban la presentación con una retada a duelo y la invitación para que se designaran mis padrinos a fin de concretar detalles, esa misma tarde a ser posible, en casa del ofendido. En cuanto se retiraron los embajadores, la residencia se puso en movimiento, porque no pensábamos desperdiciar la oportunidad de divertirnos un rato. Estaba de visita un habitué de la casa, Jorge Conti (que no tiene nada que ver con el que están pensando). Jorge era y es un gran poeta y a quien sigo llamando un gran amigo, a pesar de que no estamos en contacto desde hace años. De inmediato puso su pluma al servicio de la causa y se redactó la debida respuesta al documento que nos habían dejado los mensajeros de quien a partir de ese momento pasó a ser Pablo Antoniuk Bielika, conde de Pavlant y barón de la Eustolia. Terminada su escritura, firmado y lacrado, varios miembros de nuestra cofradía —entre ellos el propio Jorge Conti— se disfrazaron con lo que les vino a mano. Recuerdo entre otros a Rinstisch con un bonete de astrólogo y al ruso Zocol con una salida de baño de toalla color salmón con estampados negros. Ni más ni menos que el astrólogo y el filósofo del *Adán Buenosayres* de Marechal. Además de una guitarra, cacerolas, un pinkullo y un tambor. Marcharon por las calles unas diez o doce cuadras, hasta el Colegio Menor. Allí se procedió con la misma prosopopeya a leer nuestra respuesta y confeccionar el acta del acuerdo. El cual consistía básicamente en que el duelo se realizaría utilizando las extremidades inferiores. Con lo que todos entendimos que la cosa iba a ser a patadas. Pero un codicilo aclaraba a continuación que se realizaría una carrera, el domingo tal y tal a las siete de la tarde, desde la puerta del Ritz Hotel, sobre calle San Martín, hasta la puerta de la Confitería de los Dos Chinos, también sobre dicha arteria y a una docena de cuadras hacia el sur. Se leyó, se ratificó y nuestra comitiva regresó, tocando y cantando como a la ida. La noche anterior al duelo nadie durmió en la casa de Rivadavia, porque habíamos dispuesto velar las armas. O sea un par de zapatillas. Sobre mi biblioteca se había improvisado un altar de apuro, si bien contaba con los necesarios símbolos para dar credibilidad al acto. Es decir, había sobre el altar el correspondiente mantel, un ejemplar de la Biblia, uno del Capital, otro del Corán y una vida de Budha (para darle a la cuestión una perspectiva ecuménica), un cráneo, un mate, un cubilete de dados, un mazo de naipes y mi par de zapatillas. Se jugó durante toda la noche al truco y se tomó mate, alternando todo con lecturas alusivas y relectura de los

documentos intercambiados. Así llegó al día siguiente el momento de asistir al lugar fijado para la ceremonia. Nuestro atuendo no era del todo ortodoxo, por lo cual se empezó a reunir a nuestro alrededor, en la entrada del hotel, una cantidad de curiosos.Y la previsible curiosidad de la gente era exacerbada por Jorge, quien haciendo de heraldo o escribano, leía la sustancia de los pergaminos, para enterar a los presentes de lo que se trataba. A las siete de la tarde en punto los árbitros dieron la señal de partida y salimos a buen trote hacia los Dos Chinos, seguidos por nuestras respectivas barras y los curiosos que se sumaban, que eran bastantes. En cada esquina dejábamos boquiabiertos a los policías encargados de dirigir el tránsito, quienes no alcanzaban a entender qué ocurría cuando ya nosotros habíamos superado la marca, rumbo a la siguiente bocacalle. Así arribamos a nuestra meta, yo diez metros atrás del polaco, que tenía buenas gambas y mejor estado. En realidad, en cuanto me detuve frente a la confitería quedé paralizado, hasta que alguien me recuperó con unos masajes en los muslos y pantorrillas. Nos dimos con el polaco el beso y abrazo de la reconciliación y todos juntos marchamos a Rivadavia, pues estaba establecido que la casa perdedora pagaba la fiesta. Comimos y bebimos hasta pasadas las cuatro de la mañana, entre canciones y recitados. Después, previo brindis en no menos de diez idiomas, los invitados a su casa y nosotros a la cama, con la consciencia feliz y templada por la satisfacción del deber cumplido y el honor salvado. ▮

§

Buenos Aires 6 de diciembre de 1960

Querido sobrino:

Recibí tu amable carta de nvbre. ppdo. acompañada de algunos poemas tuyos que, según dices, responden a tu nueva orientación y me pides opinión al respecto. Poco valdrían mis setenta y un años de vida si no tuviera, además de la experiencia alcanzada, el sentido común, la discreción y la mente abierta a todo lo nuevo, aparentemente bueno o malo que pueda acaecer en el mundo, y aceptarlos como fenómenos naturales de los cuales la humanidad extraerá lo mejor que se llegue a alcanzar. No he leído hasta hoy a ningún pensador que reniegue de la juventud, cuando a ésta la guían elevados propósitos. Todos la exaltan y veneran esperando de ella las obras más excelsas del arte, la ciencia y el pensamiento. Hay quienes se alarman porque las nuevas generaciones rompen los moldes de todo lo conocido. Yo no me alarmo de nada porque la historia nos demuestra los altibajos de la cultura y la civilización; las decadencias y los renunciamientos y a la postre la humanidad va cerrando los ciclos del eterno retorno en busca de la verdad. Quiero aclarar que en todo lo dicho no me refiero a esa juventud que aprovechando el romper de las cadenas de los bien intencionados, se hacen bandoleros, asaltantes, invertidos, cayendo en el desenfreno, como ocurre después de un sismo cuando aparece el bandidaje y es necesario decretar la ley marcial. Pareciera que estos se proponen darle la razón a Shakespeare cuando dijo: “la juventud, aunque nadie la combata, halla en sí misma su peor enemigo.” Hechas estas aclaraciones, debo expresarte que yo no estoy en condiciones para juzgar ni tus poemas ni tu nueva orientación, por carecer de los conocimientos imprescindibles que se necesitan, ni la sensibilidad adecuada para juzgar una obra de tal naturaleza. En estos momentos, en que la juventud se proyecta con impulso propio hacia otros derroteros, solo cabe estar a la expectativa y en espera de sus resultados, si es que uno alcanza a verlos. Espero pues, de la juventud culta e idealista como la tuya, las más altas definiciones sobre la verdad, la belleza, el bien, la justicia y el amor, que superen en forma brillante y rotunda lo que los viejos hemos aceptado, hasta hoy, como hipótesis legítimas de perfeccionamiento humano. Y digo todo esto porque recuerdo esta sentencia de Ingenieros: la juventud es savia renovadora de los pueblos; ignora la esclavitud de la rutina y no soporta la coyunda de la tradición.

Deseándote el mejor de los éxitos en tus nobles propósitos, recibe un cariñoso abrazo de este tío que no te olvida. ▮

Ángel

§

Buenos Aires 22 de agosto de 1961

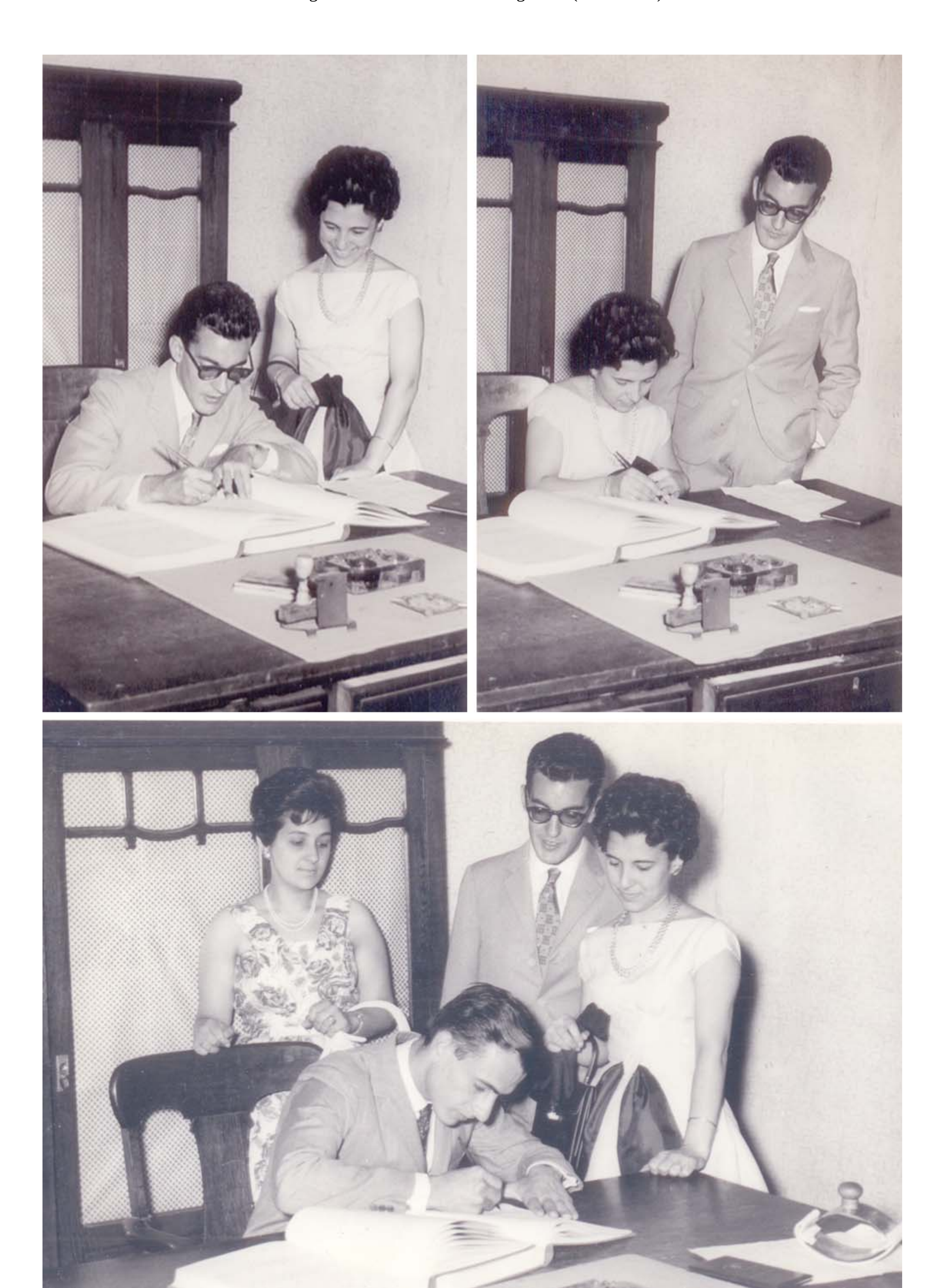
Querido sobrino:

Por fin después de un largo silencio llegaron tus noticias. Tu carta te justifica y comprendemos perfectamente tu conflicto. Es lamentable, pues es en la familia en donde deben resolverse y practicarse las más estrictas normas de convivencia que la vida impone. En ella deben desarrollarse nuestros más puros sentimientos. Los que viven egoísticamente para sí mismos, no pueden comprender a los que tienen ideales más generosos. Y si tienen ideas arcaicas y cristalizadas en viejos principios, no podrán de ningún modo comprender y armonizar con los que, siguiendo las sendas del progreso, proponen a las nuevas generaciones abandonar viejas normas de vida ya superadas y carentes de vigencia, en un mundo más evolucionado. En primer lugar tengo en cuenta que no eres un adolescente sino un hombre, cuya mayoría de edad te ha liberado no solo de la patria potestad sino también de cualquier influencia que quieran ejercer sobre tu vida, familiares o amigos. Tienes por lo tanto, como ser humano, libre albedrío que está guiado por una cultura y un saber de la vida que garantizan y avalan resoluciones racionales, sensatas, justas y nobles. Me imagino tu conflicto moral: deberes hacia tu querida madre y tíos, deberes para con tu prometida, deberes para contigo mismo. Y ya se sabe que entre todos priman los que están cerca del corazón y los que proyectan hacia el futuro más trascendencia. Además esos deberes crean forzosamente correlativos derechos. El deber que tenemos de respetar a los demás funda nuestro derecho a que se nos respete. Nadie tiene más derecho el uno sobre el otro, que el deber mutuo de respetarse. Lo mismo digo referente a nuestros afectos y a las normas a que ajustamos nuestras vidas. Los afectos han de ser recíprocos y las normas, respetarse como un deber a la dignidad que nos da el hecho de ser seres inteligentes, responsables y bondadosos. Todo ello no excluye el consejo amable, orientador e inteligente que podamos recibir de los demás; pero que de acuerdo con nuestra orientación pueden ser acordes o no con los elevados, sinceros y nobles propósitos que nos mueven en la vida. Por otra parte los consejos solo tienen la calidad de tales; son puntos de vista, apreciaciones, nunca mandatos. Un juez solicita a veces las opiniones de peritos para formarse juicio sobre alguna cuestión de un pleito, pero los peritos no pueden exigir “legalmente” que el juez acepte e imponga sus dictámenes, no obstante ser peritos en la materia. Es el juez el que resuelve y falla. De igual manera nosotros somos jueces de nuestros actos y ni siquiera en los casos en que pedimos un consejo prudente a nuestros mayores, familiares o amigos, estamos obligados a aceptarlos y seguirlos pues nadie más que uno mismo puede conocer el elevado fin que se ha propuesto y pesar con las medidas cualitativas los afectos y calidades de los demás. Te comprendemos pues perfectamente y estamos seguros de que ahora más tranquilo, resueltos los problemas de alojamiento y beca, enfocarás con la mente más serena el estudio, y con más ahinco que nunca salvarás con éxito las barreras de los exámenes para conquistar el ansiado título profesional. Son nuestros fervientes votos y deseos. Respecto de tus colaboraciones en la revista Octógono las he leído con mucho interés. El cuento me ha agradado sobremanera. A pesar de su realismo desacostumbrado (en

cuanto al crudo insulto) no es por esto censurable, y lo que está perfectamente logrado es el relato del drama íntimo de un alma inocente que recibe latigazos por una falta ajena y el desencanto con que ve enlodada la límpida pureza de la palabra madre. El cuento me ha emocionado. Y cuando el escritor consigue emocionar con la pluma, el escultor con un cincel, el músico con una melodía o el pintor con el color, es que han interpretado la verdadera función del arte: producir emoción y belleza en su más excelsa expresión por medio de la frase, la forma, el sonido o el color. Te felicito por este trabajo que evidencia tus dotes de cuentista. Te acompaño un recorte de Clarín con un trabajo del conocido autor francés André Maurois, con el que estoy de acuerdo. Creo que cuando lo leas lo juzgarás también juicioso e interesante.

Solo me resta referirme a tu ángel tutelar, tu musa adorada, que como bien dices, “vale más que el halago de una posición cómoda o cualquier clase de éxitos pasajeros.” Sabemos que es una alhaja cuyas virtudes, como piedras preciosas, están engarzadas en el oro de ley de un alma exquisita. Para ella el recuerdo cariñoso de todos. Para tu inolvidable y querida madre nuestro afecto de siempre. Un fuerte abrazo de Margot y mío para los dos, con los fervientes votos para que puedas terminar tus estudios y formar el hogar con que sueñas y donde reinen el amor, el estudio, el trabajo y la paz. Así sea. ▮

Ángel



Rosario 26 de enero de 1962. Matrimonio civil de Amanda y Gregorio. Testigos María Esther Pastrana y Reinaldo Brunetti.

§

El día que nos casamos quedó fuertemente enredado entre esos pliegues del alma o del corazón que se ocupan de juntar los extremos dispersos y de desordenar todos los ovillos que prolijamente vamos armando, con la ingenua intención de organizarnos el universo de una baldosa en que vivimos prisioneros de nuestra propia ilusión. Por un lado la muerte de doña Regina, una anciana magnífica que nos adoraba, abuela de Silvia y vecina de Amanda. Le dieron las últimas fuerzas para vernos unidos como ella deseaba. Por otro el enterarnos que al fondo de la capilla de Cristo Rey, escondido entre la sombra de las columnas, estaba mi padre. Escondido, fuera de mi vista como había estado durante esos veintiseis años. Sabrá Dios con qué lastres, con qué dolores, con qué deseos… Sufrí por no haberlo sabido en ese momento, en que un abrazo hubiera podido torcer muchos rumbos y suavizar muchas heridas. ▮



Capilla del Colegio Cristo Rey, Rosario 28 de enero de 1962. Con los padrinos, Andrés Pastrana y Victoria Vidal.





Acaso nada más que una expresión de deseo. Puede haber sido el momento de mayor proximidad con mi padre, después de aquel forzado exilio de casi 27 años.



§

Pero la indecisión y la cobardía asumen diversas vestimentas a lo largo de la existencia. Mi terrible error fue no comprender que el tiempo divino es infinito pero el humano no. El día en que mi madre me anunció su muerte, un año más tarde, reprobé sin apelación una de mis más importantes asignaturas. Después vendría la elaboración de ese duelo. El encuentro con tío Guillermo, tío Ricardo y tía Sara. Pero quien era el nexo entre todos nosotros ya no estaba. La relación con mi nueva familia careció de consistencia y de adecuados cimientos. Éramos unos extraños. Y turbios intereses terminaron por empañar un paisaje ya de por sí triste y gris. A veces pienso que soy como el ciruelo del jardín, que un fuerte viento tumbó hace alrededor de un año. Lo alzamos, volvimos a plantarlo, lo cuidamos, pero le cuesta mucho sostenerse. Porque le faltan algunas de las raíces principales. Yo no supe buscar las mías mientras era tiempo. Nunca le pregunté a abuela Macrina quién realmente había sido mi abuelo Andrés. El bisabuelo Manolo. No supe preguntarle a mi madre quién era mi abuelo Gregorio. Quién era mi abuela paterna. No supe preguntarle siquiera quién era papá. Mi relación con todos fue siempre distante y rencorosa. No me sirve pensar que eran ignorantes o mezquinos. Solo me hubiera servido saber. Solo me hubiera valido conocer. Necesitamos comer y beber de nuestros vínculos de sangre. Si el ternero no mama, se muere. Pero la leche se congestiona y se pudre en las ubres y también muere la vaca. No somos nosotros los que avivamos los vínculos. Los vínculos nos sostienen y nos avivan y nos alimentan. La planta sin raíces es una caricatura de planta. Y al tiempo e irremediablemente, se seca y muere. Finalmente, a pesar de ficticias biografías y de espejos y de documentos de identidad, si uno no logra rastrear sus raíces nunca llegará a saber quién verdaderamente es. Ahora puedo darme cuenta de la importancia de las larguísimas genealogías de las escrituras. Los judíos llevan cuenta minuciosa de los nacimientos y los parentescos. Su *Libro de los Números* es sagrado entre lo más sagrado. Es el libro de sus identidades. Todo lo demás son conjeturas, hipótesis de trabajo, meras adivinanzas. Y terminamos —que ironía— comprendiendo qué significa haber nacido dentro de un repollo. Todo rompecabezas tiene su solución. Pero la solución de un rompecabezas infinito será una solución infinita, bien lejos por cierto de nuestra capacidad y alcances. De qué me sirve entonces el afortunado descubrimiento del por qué de mi vocación marinera o la seducción de las costas y las redes. No es sino una simple pieza entre el montón. La cuestión es sencilla y terriblemente matemática. Provengo de dos padres. De cuatro abuelos. De ocho bisabuelos. Y no hace falta ir más atrás. De estas catorce raíces inmediatas, solamente conozco dos: mi madre y abuela Macrina. Digamos que de las dos principales perdí una. Soy una mitad de mí mismo. De las cuatro secundarias me faltaron tres. Y las ocho terciarias todas. Muy poco cimiento para sostenerse uno todo entero y de pie. ▮







Izquierda: José Luis y María del Carmen Martí; Carmen Llusia; Oscar, María Teresa y Oscar Alberto Martí. Derecha: Lidia Cazeneuve, José Luis Vittori, Luis Chiesa y Eduardo Barros. Abajo: Agustina y Sandalio; Mario Dapoto y Elena; Victoria Vidal. Adelante: Marta Guida y Cacho Licatta; Antonio y Matilde Barros; doña Matilde Barros, Trini y Clarito Barros; María Basteri.



Sentados: […]; doña Sofía y Delia (hija). Parados: Manuel (yerno), Enrique Pasquini, Reinaldo Brunetti y Antonio Cantalejo. Abajo (parejas): Luisa Núñez y Roberto Martí; Marta Guida y Cacho Licatta; María Esther Pastrana y Julián Ezquerro; Cleopatra González y Teófilo Urquiza; María del Carmen Martí y Oscar Martí.



§

Buenos Aires 29 de enero de 1962

Queridos sobrinos:

No pueden imaginarse la contrariedad de todos por lo sucedido. Cerca de dos meses sin saber nada de Tito y de pronto la comunicación telefónica de que se casaba al día siguiente. Esto no hubiera significado nada si estuvieran cerca de la capital, pero a tal distancia el asunto resultó como la marcha nupcial, con muchos bemoles. Lamentamos que no vengan por Buenos Aires, pero me dijo vuestra querida mamá Victoria que para Semana Santa se irían a Bariloche. Esperamos verles. Reciban de parte de todos los más sinceros plácemes y votos de salud y felicidad y que el nuevo hogar sea nido de amor y de ventura. Un abrazo para los dos. Ángel. ▮



Julián Ezquerro, Andrés Pastrana, Salvador Pujadas, José Articoni y Felisa Martín. Reflejados en el espejo, Julián Ezquerro (h) y Julián Alberto Ezquerro.



Adelante: Antonito Fernández, Roque Lacapra, Laura Sola, Hilda Fernández, Nelly Guzella, Rolando Fornasiero y Elena Martí. Atrás: Marta Fernández, Alberto Sola, Julián Ezquerro (h), Andrés Pastrana, Narcisa Martín, Carlos Davoli y María Esther Pastrana.

§

Ese mismo día viajamos a Santa Fe. Nos instalamos en una habitación en casa de Maruca, una viuda bastante joven con su hija Betty. Compramos cerveza y le hicimos honor a algunas masas y restos de nuestra torta de bodas, que Amanda madre había deslizado entre nuestros bultos. Fue una linda temporada, sin lujos pero sin demasiados aprietos. Yo trabajando en Delta Propaganda, una pequeña agencia de publicidad propiedad en común del Negro Pasquini, el inglés Jack y el gordo Cantalejo. Al mes siguiente esperando a nuestro primer hijo. Maruca protestando porque escuchábamos radio y gastábamos corriente al pedo (se escuchaba todo el día Radio Nacional o Radio Universidad). Clemente, un chico vecino de quince o dieciseis años, venía con frecuencia a visitarnos y a mirarse al espejo. Rosa —la única pensionista aparte de nosotros— peleándose por insignificancias con la sorda Matilde, amiga de Maruca. Maruca fajándola a Betty por cualquier pavada. Ella cocinando sobre la estufa a gota para nosotros y algún infaltable compañero de la facultad o del partido. El partido era la Fede y en esos tiempos nos sentíamos con toda la polenta como para cambiar el mundo. Cruzando la calle vivía con su madre y con su abuela la colorada Silvia. Herencia —no la peor— de uno de los oficiales del Graf Spee. Casado con la madre nada más (eso pensó siempre la flaca al menos) que para obtener la ciudadanía y evitar la extradición en el caso de que perdieran la guerra. Durante esos carnavales, la policía detenía en la playa de Guadalupe a Telmo Difilippo —hermano de Clemente— con un grupo de amigos, disfrazados todos con atributos femeninos tan convincentes que lograron tentar a los mismísimos guardianes del orden y —loado sea Dios— de la moral y las buenas costumbres. ▮







Izquierda: Maruca y Amanda. Derecha: Amanda y Gregorio. Abajo: Betty con Amanda y tres gurises del casero de la quinta. Sobre el río Salado, Santo Tomé, febrero de 1962.



Amanda, Club Universitario sobre el río Colastiné. Santa Fe 1962.

§

Buenos Aires 16 de febrero de 1962

Queridos sobrinos:

Recibí vuestra cariñosa carta de fecha 6 y la puse en conocimiento de todos los de casa, causándoles viva satisfacción la felicidad por uds. alcanzada. Mucho nos complace que los dos afronten la vida unidos en el propósito de comprenderse, amarse y vivir unidos en un afán de progreso y perfeccionamiento moral y material. Por fortuna poseen conocimientos suficientes para darle a las cosas el valor relativo o absoluto que tienen; que al primero pertenecen las cosas de orden material y al segundo las de orden moral; por consiguiente en una modesta habitación se pueden guardar los más valiosos tesoros del alma y se pueden vivir instantes tan dichosos o más que en el palacio más suntuoso. Que Tito así lo comprenda no me extraña, pero que una niña como ella se haya liberado tan joven de prejuicios, del ¿qué dirán? o de la vanidad tan generalizada de las chicas casaderas que hacen castillos en el aire pretendiendo las mayores comodidades imaginadas —muchas difíciles de obtener— y lo que no saben es que en ello no estriba ni el matrimonio ni la vida, pues los seres humanos forjamos nuestro carácter, desarrollamos la inteligencia y afinamos nuestra sensibilidad en la lucha, el esfuerzo, el trabajo, el estudio, etc. Teniendo en la vida un ideal de progreso y de superación como el de vosotros, de comprensión y tolerancia recíproca y particularmente un grande y sincero amor, podréis alcanzar la felicidad con que se sueña siempre, porque el sendero que conduce a ella no es el de la conquista de bienes materiales sino de esos valores morales imponderables, que no se gastan, que no se nos puede robar, que en su ejercicio, por el contrario, se acrecientan. Hablo no solo por los conocimientos alcanzados sino por propia experiencia en este difícil oficio de vivir. ¡Adelante! pues. Sin prisa y sin pausa, como la estrella, al decir del filósofo, pero dichosos de vivir no solo para los goces materiales sino para los más puros deleites que nos proporciona el trabajo, el estudio, el bien, la verdad, la justicia, en fin, el amor en su más excelsa expresión. De todos un fuerte abrazo con otro de Margot y mío para los dos. ▮

Ángel